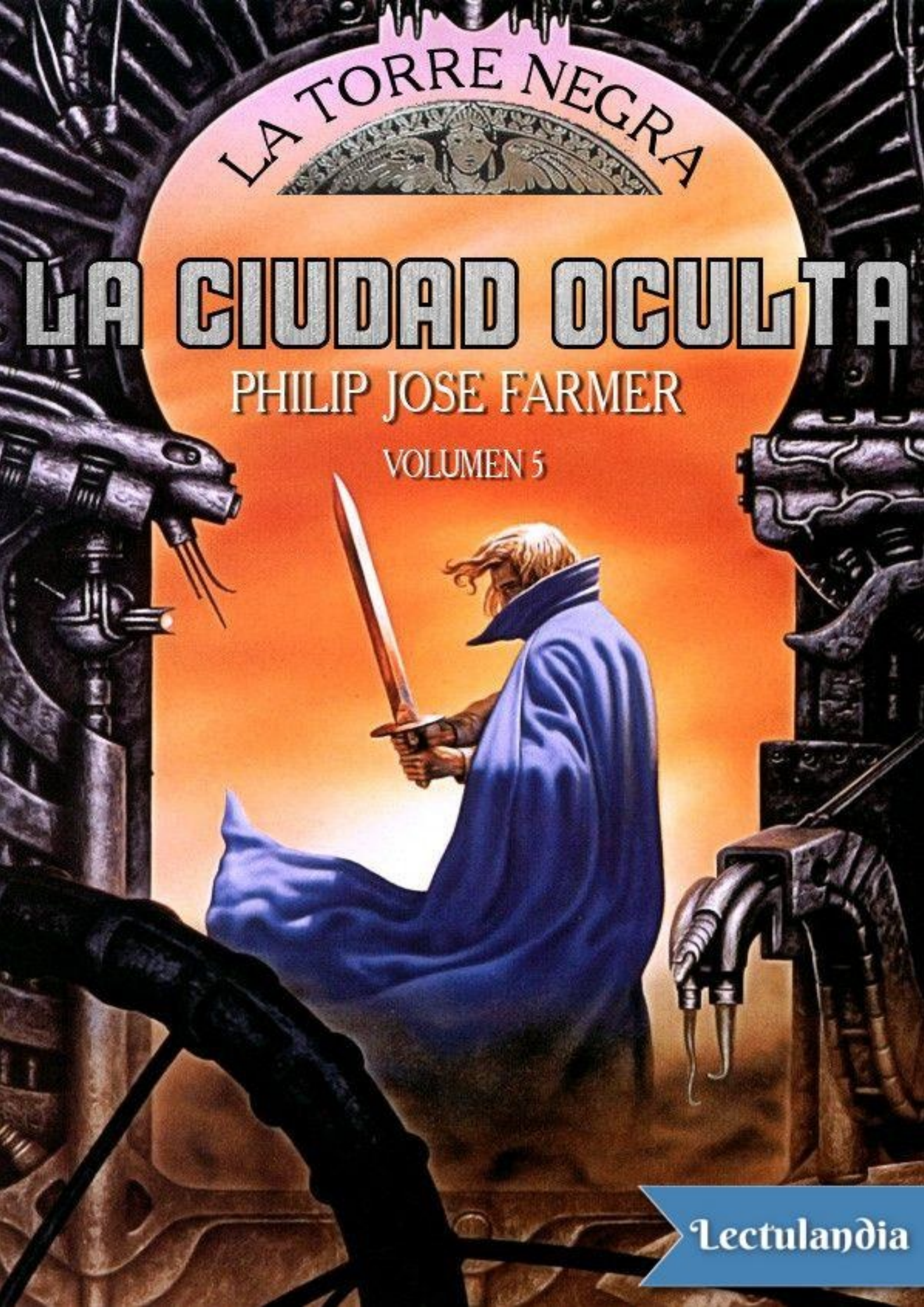


LA TORRE NEGRA

LA CIUDAD OCULTA

PHILIP JOSE FARMER

VOLUMEN 5



Lectulandia

Cerca del cénit de su búsqueda, Clive y Neville Folliot y sus compañeros se encuentran en el octavo nivel de la Mazmorra que está formado por una ciudad arrasada, sembrada con las ruinas y los escombros de un apocalipsis desconocido. Pero debajo de ella se halla otra ciudad, subterránea y oculta en la que hay un laberinto de tuberías donde los hombres se mueven como ratones.

En este nivel se nos revelará lo que parece la verdadera naturaleza de la Mazmorra: un mero asteroide del planeta Aralt. Gigantes, esqueletos siseantes y jaurías de enormes perros salvajes atacan a nuestros personajes. Sin embargo, es bajo las calles desoladas donde acecha el máximo peligro: los ren y los chaffri, dueños inescrutables de la Mazmorra. Estas dos razas, que se reparten el dominio de la Ciudad Oculta, se han apoderado de una mortífera máquina de guerra, el Ghoster; pero este artefacto tiene que ser alimentado por un Folliot. De ahí, los desesperados intentos para capturarlos y extraerles el «líquido rojo», que ponga en funcionamiento la máquina.

La Ciudad Oculta es uno de los volúmenes de la colección que desborda mayor imaginación. La prueba la tenemos al asistir a la genial aparición del hermano trillizo no nacido de Neville y Clive.

Lectulandia

Philip José Farmer y Charles de Lint

La ciudad oculta

La torre negra 05

ePub r1.1

Titivillus 05.06.15

Título original: *The Hidden City*
Philip José Farmer y Charles de Lint, 1990
Traducción: Carles Llorach
Diseño de cubierta: Ciruelo Cabral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

... dedicatoria...

Prólogo

«El cielo no revela nada. La tierra se guarda los secretos».

Eso escribía Li Ho, antiguo poeta chino (791-817 d. J. C)

El verso final de su poema dice algo así:

«Ved al hombre que delira mientras escribe en el muro sus preguntas al cielo».

Li Ho se refiere aquí a Ch'u Yüan, que vivió en el tercer siglo antes de nuestra era. Ch'u, deambulando por las ruinas de los palacios y por entre las tumbas de reyes muertos mucho tiempo atrás, se volvió loco y escribió sus preguntas bajo unos frescos. No sabemos qué preguntas eran.

Debían de ser del estilo de las que conducen a los historiadores de hoy día a la desesperación o al límite del frenesí. Digo «hoy día» por más que esas preguntas son las preguntas eternas del hombre.

¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué tenemos que sufrir? ¿Por qué existe la injusticia? ¿Adonde vamos? ¿Quién nos empuja?

Los antiguos griegos creían que los dioses olímpicos interferían en los asuntos humanos, aunque esta interferencia era esporádica y en general para beneficio personal de algún dios o diosa. Sin importarles para nada lo que le ocurriera al desafortunado (hombre, mujer o niño) que se encontraba en medio. Los griegos no creían, sin embargo, que las divinidades conspiraran para causar estragos y llevar la miseria y la muerte a la humanidad, pero penaban que la Fortuna o el Hado determinaban habitualmente el destino del *Homo sapiens*. Que esto apenas fuera para bien del *Homo sapiens* era, simplemente, el estado de las cosas. Aunque los dioses de vez en cuando tomaban parte en el destino del hombre, el universo era una máquina que no se preocupaba en absoluto de lo que les ocurriese a los vivos. O, por lo mismo, a los no vivos: la destrucción de una montaña era un acontecimiento tan importante, o tan insignificante, como la muerte de un ratón.

Una actitud muy similar, al parecer, fue compartida por varias otras culturas antiguas, con excepción de los egipcios y los hebreos. Estos parecían creer que los dioses vigilaban de cerca las vidas y las actitudes de sus fieles. En otras palabras, que se preocupaban por los humanos. Puede que los hebreos adquirieran este concepto de los egipcios, durante su cautiverio. Pero la idea hebrea de un único Dios deriva, en última instancia, de la idea de muchos dioses, aunque tal vez, en este caso, la influencia de Akhnaton, el faraón que concibió el monoteísmo, fuera decisiva.

El concepto de un vasto complot contra la humanidad parece haberse originado en el seno de los primitivos cristianos. Probablemente el concepto recibió el influjo

de diversas religiones coetáneas, en especial la de los persas, de quienes descienden los actuales iraníes. Los budistas no achacan a otras personas o a seres superiores el buen o mal destino de los individuos y no creen en una conspiración cósmica contra ellos. Cada individuo es responsable de su propio destino.

Las semillas del concepto de conspiración pueden hallarse ya en la antigua religión hebrea. Los primeros cristianos alimentaron esta idea con las de los persas y la desarrollaron hasta llegar al final a darle la forma de un gran ser malvado, el poderoso ser sobrehumano y antihumano, el ángel caído llamado Lucifer, Satán, el Diablo, el Patillas.

En la realidad, el mal en abstracto no existe; no hay una nube maligna, penetrante, ectoplásmica, flotando en el espacio y provocando desgracias a los impotentes humanos. El mal no es una idea platónica. El viejo dicho popular «El mal es lo que hace mal» describe su auténtica naturaleza. El mal es lo que ocurre, y lo que ocurre por alguna causa. Y lo que ocurre es el resultado de un accidente, de la suerte o de la deliberada acción de los seres humanos. La única conspiración que existe en este universo es la que traman los seres racionales. No es necesario inventarse el diablo para explicar las desgracias. La herramienta de la filosofía y de la lógica, la navaja de Occam, extirpa el diablo del esquema de este mundo. El inglés Guillermo de Occam, nacido en 1285, dio su nombre a este principio, aunque otros antes que él ya lo habían formulado de distintas maneras: «No se deben multiplicar los conceptos más allá de lo necesario».

Es decir, vayamos al grano, busquemos la explicación más simple. Así, Satán es una fantasía, una excrecencia totalmente superflua para la explicación de las malas acciones y reacciones.

A pesar de todo, en nuestra época actual, mucha gente continúa creyendo en la existencia de Satán como una entidad viva que engendra, en persona, todo el mal, de pensamiento y de obra, en la Tierra. «¡El diablo me obligó a hacerlo!». En 1990 hay muchos que piensan como pensaban sus antepasados de la Edad de Piedra. Crean con toda sinceridad que el «mal» es el hálito expelido por la gran conspiración contra el «bien», de Satán y su legión de demonios, los ángeles menores caídos.

Pero la sinceridad, tal como la conocemos, no es una cualidad restringida solo a la «buena» gente. Ni la sinceridad es la prueba de la bondad. Hitler, Stalin, Jack el Destapador y el inquisidor Torquemada eran sinceros. Y no obstante, la historia de conspiraciones generadas por seres humanos es larga. Y auténtica. Haciendo una extrapolación, podemos suponer sin temor a equivocarnos que otros seres inteligentes, los de otros planetas no terrestres y de otras dimensiones, deben de tener también su historia de conspiradores.

La serie *La Torre Negra* se basa, entre otras cosas, en una Gran Conspiración. El volumen primero, a cargo de Richard Lupoff, contiene los primeros indicios de ella, y el volumen cinco, de Charles de Lint, desarrolla la idea multiplicándola por diez. Aunque en la serie hay demonios y referencias al Señor del Infierno, no son,

evidentemente, los de la Biblia, de Milton o de Dante. Sus orígenes y motivos se hallan en la realidad, aunque en la realidad en su forma ficticia. Esos demonios y poderes misteriosos son de carne y hueso, y no son inmortales. El Gran Satán que se halla tras esta conspiración (o entramado de conspiraciones) no es la criatura metafísica inventada por los antiguos teólogos.

Por otra parte, mientras que los anteriores libros de la serie solo sugerían o insinuaban situaciones metafísicas, el volumen cinco se zambulle de pleno en las aguas de lo metafísico. No puedo dar más detalles sin echar a perder el gusto por el suspense y la sorpresa de los lectores. Reconocerán estas incursiones en los terrenos del más allá de lo físico cuando se topen con ellas. De Lint, estoy seguro, no pide al lector que acepte la antigua teología en la que parecen basarse esos episodios. Enlaza las últimas investigaciones de los físicos con las viejas ideas teológicas y mitológicas. Supone que conceptos tales como cielo, infierno y limbo, aunque hasta el momento religiosos por naturaleza, puedan adquirir naturaleza física.

En un tiempo, los físicos consideraron que los universos paralelos y las «otras dimensiones» eran fantasías de escritores románticos. La mayoría de los físicos de principios del siglo xx también contemplaban el viaje a la Luna y a otros planetas como imposibles, como imaginaciones descabelladas e irresponsables de escritores de ficción. Hoy día, los físicos más progresistas no se echan atrás ante el reconocimiento de la posibilidad de existencia de semejantes ideas como universos paralelos, otras dimensiones y viajes interdimensionales.

De Lint nos está diciendo que los conceptos de cielo, infierno y limbo derivan de mundos reales, cuya naturaleza nos es desconocida. Los teólogos bordaron estos conceptos para sus propios usos. Aquellas otras realidades, sin embargo, puede que lleguen a ser mucho mejor conocidas. Algún día, es posible que se clasifiquen junto con los fenómenos de los agujeros negros, la carcinoma y las cuerdas cósmicas, los cronones (partículas ondas de tiempo), etcétera. Al final su verdadera naturaleza se revelará como muy diferente de la que pintaron los teólogos y los metafísicos.

De Lint introduce en su novela varios conceptos originales. Si los lectores no están de acuerdo conmigo en cuanto a la originalidad, al menos tendrán que reconocer que el modo como los trata el autor sí es nuevo. Sobre este punto, una escena me erizó los pelos del cogote y me puso la piel de gallina. Pocas veces me ocurre cuando leo una narración. Espero que los lectores experimenten otro tanto.

Otro fenómeno aceptado como posible en esta serie es la telepatía. Mi actitud personal hacia este tema, después de leer mucho al respecto (a favor y en contra) de los psiónicos (personas con poderes mentales), es que la existencia de la telepatía no ha sido probada. Hasta que lo sea, permanezco escéptico. Si la telepatía existe, pienso que debe de ser un fenómeno muy escaso, quizá porque sean muy pocos los que posean captadores de mensajes telepáticos en la parte receptora del cerebro. Solo una minoría muy reducida puede que tenga ese poder receptor, y lo más probable es que este talento sea intermitente y poco fiable.

Nuestra banda de aventureros desarrolla tanto la transmisión como la recepción, de lo cual se desprende que todos los seres inteligentes poseen o han poseído este poder. O tal vez, que uno de entre ellos les proporciona este talento para sus propios (posiblemente siniestros) propósitos. No hay duda, sin embargo, de que esta serie se basa en la premisa de que todos los seres racionales, humanos o no, comparten un sustrato común de iconos y emociones. También supone que todos los seres dotados de raciocinio tienen una necesidad básica de compañía, afecto y aprobación. Lo cual me parece válido. Cierto, los animales «superiores» de la Tierra comparten esta necesidad con el *Homo sapiens*. Parece probable que no solo la humanidad y los animales, sino también todos los seres inteligentes y los animales «superiores» de otros mundos, hayan nacido con esta necesidad. Es algo de que la evolución o Dios, lo que prefieran (y puede que prefieran ambas cosas), ha dotado a la vida. Por todas partes.

Mientras tanto, la banda lucha contra tales arduos y crueles peligros, tanto físicos como metafísicos, que es un milagro que no perezcan todos. Sus pruebas exceden en mucho las de los ratones en un laberinto o las de los ratones frente a los problemas en apariencia insolubles en un laboratorio. Solos, sus miembros podrían enloquecer. Pero están juntos y comparten en estos momentos una genuina camaradería, afecto y aprobación. No es como en sus tempranas relaciones.

A diferencia del hombre sobre el cual Li Ho escribió, nuestros héroes no se han vuelto locos. Están hechos de buena madera, se dan ánimos mutuamente y conservan su sano juicio. Y, a diferencia de Ch'u Yüan, esperan respuestas a sus preguntas. Y esto está en la línea del espíritu de mis obras, en especial en la del espíritu de sir Richard Francis Burton de la serie *Riverworld*. Se zambulló en lo desconocido después de su viaje involuntario a un mundo alienígena. Se adentró más y más en lo desconocido porque era desconocido y anhelaba hacerlo conocido. Y no solo esperaba respuestas a sus preguntas: las exigía.

Veremos las respuestas que aparecerán en el siguiente y último volumen de *La Torre Negra*.

PHILIP JOSÉ FARMER

1

La Mazmorra se ensañaba con la acrofobia de Annabelle.

Su miedo a las alturas no era tanto un miedo a caer como una reacción contra el desesperado deseo de lanzarse al vacío, que se incrementaba siempre que se hallaba encaramada en una precaria posición. Era demasiado fácil dejarse caer por el borde y permitir que la gravedad tomara posesión de su cuerpo.

Y luego se golpeaba contra el suelo.

Y luego se moría.

Pero, por más que supiera con toda certeza que ésa era la conclusión lógica, no detenía la atrocidad.

En su propio mundo, solo la diminuta voz de la lógica, gritando por entre el pánico desquiciado, podía pararle el sencillo proceso de clausurar todas las funciones motrices del cuerpo. El problema en la Mazmorra era que, una y otra vez, cuando cruzaban las Puertas que separaban los niveles entre sí, mientras descendía en picado increíbles distancias (o al menos lo que ella sentía como increíbles distancias) sin daño físico alguno, la autoridad de aquella vocecita de la razón menguaba.

«¿Ves?», parecía que le dijeran las alturas. «No hay mal alguno simplemente en... soltarse...»

La voz de la razón, confrontada con la irrefutable prueba de su constante supervivencia, se estaba deteriorando por momentos.

«Tal vez estás equivocada...», le decía.

Y aquello era más aterrador que nada que la Mazmorra le hubiera echado encima hasta el presente, porque lo único que la mantenía en su sano juicio cuando estaba en las garras de la acrofobia era el conocimiento (oculto muy en lo hondo a veces, cierto; pero, a pesar de todo, presente) de que su instinto básico de conservación la mantendría a salvo, por más persistentes que fuesen las voces de las profundidades que la llamaban desde el otro lado del borde.

Porque *no* era seguro que fuera inerme.

Ni por un minuto.

Verdad era que el riesgo de recibir algún daño era mínimo, flotando a través de una Puerta como flotaba ahora, desde el infierno literal del séptimo nivel a lo que Dios sabría lo que les aguardaba en el octavo, cogida de una mano de la pata garra de Finnbogg y de la otra de la de Horace. Pero ¿y si una próxima vez sus aventuras la llevaban a una precaria posición elevada? ¿Una próxima vez en que el curioso y blando amortiguamiento que existía en tantas Puertas desapareciera y simplemente la

hambrienta gravedad la arrastrara hacia la muerte? Si su instinto de conservación no intervenía, si no había nadie para ayudarla...

En aquel momento, sus botas tomaron contacto con algo duro, interrumpiendo el curso de sus pensamientos con preocupaciones más inmediatas.

—Atención —dijo con voz suave a sus compañeros de viaje—. Allá vamos otra vez...

Annie se preparó para lo peor, pero no hubo verdadera necesidad. La superficie bajo sus pies era dura como el pavimento, pero habían aterrizado suavemente como plumas. Entonces, un pie le resbaló en algo pringoso. Annie habría caído, pero Finnbogg y Horace la mantuvieron en pie. La neblina gris del paso entre niveles que había cegado su visión mientras caían y caían se esfumó, y poco a poco el entorno se hizo nítido. Un hedor nocivo sofocó sus olfatos antes de que pudieran percatarse con exactitud de adonde los había echado aquella Puerta.

—Huele mal, muy mal —se quejó Finnbogg, con sus facciones bulldogoides constreñidas.

Annabelle asintió. Si aquello olía nauseabundo para ella, no podía imaginarse lo mal que debía de oler para la hipersensible pituitaria del can enano. Annie buscó con la mirada qué era lo que había pisado y su rostro se contrajo en una horrible mueca de asco: un charco de vómitos manchaba el pavimento.

«¿Pavimento?», pensó, y luego miró a su alrededor.

Se hallaban en un callejón, con paredes de ladrillo que se alzaban a ambos lados. Había bidones de basura y porquería esparcida por doquier. Por la boca del callejón, Annie pudo distinguir un panorama de edificios quemados y derruidos bajo un cielo plomizo que le recordó no poco al Bronx Sur.

¿Habían llegado a casa? ¿Al mundo que al menos ella y Horace compartían?

Se alejó del asqueroso charco en el que chapoteaba y se limpió las botas lo mejor que pudo en los despojos que habían rebotado de un bidón de basura. Sentía el estómago revuelto, y un sabor desagradable le subía hasta la garganta.

«Domínate, Annie», se dijo. «Te has visto en peores situaciones».

Buen consejo, pero que no hacía que su entorno fuera más atractivo. Sin embargo, aún estaban vivos. Y al menos no parecían encontrarse en peligro inmediato.

Observó a sus dos compañeros. Al percatarse del aspecto de Horace, plantado allí nada más que con una camisa atada alrededor de la cintura y una capa encima, con la cabeza rapada bajo el sombrero de copa negro que la cubría, y con el bigote y la barba también afeitados, tuvo ciertas dificultades para contener una sonrisa. El sargento mayor Horace Hamilton Smythe, otrora agente al servicio de la reina, antes de ser ascendido, y el fiel ordenanza de su más que bisabuelo. En aquel preciso instante parecía uno de los numerosos extras de una de aquellas viejas películas de los Monty Python.

—Cristo —dijo—. Menuda facha.

Pero Smythe evitó devolverle la mirada, lo cual llevó a Annabelle a concluir que

ella misma no debía tener un aspecto mejor. Había perdido la camisa y todo lo que llevaba eran las botas, los vaqueros negros y su chaqueta de cuero, con la cremallera bajada, que era lo que angustiaba a Horace. Annie se subió la cremallera.

—De acuerdo, Horace. Ahora ya estoy visible.

—Desearía poder decir lo mismo —masculló Smythe, envolviéndose más y más con la capa.

No había aterrizado en el mismo charco de vómitos que ella, pero iba descalzo. Annabelle no se lo envidiaba..., al menos allí no.

—Finnbogg odia este lugar —se quejó su otro compañero—. Lo odia mucho, no está bien.

—Comprendido —respondió Annabelle—. Nos iremos tan pronto aparezcan los demás.

Lo cual debía haber acaecido solo momentos después de su llegada. ¿Qué los retenía? Si Clive y el resto habían cruzado el espejo inmediatamente después de ellos, en aquellos instantes ya deberían encontrarse allí.

—Esto empieza a darme mala espina —dijo Annie.

Sus compañeros asintieron taciturnos.

—Solo un nuevo peligro habría evitado que Clive se reuniera con nosotros —concedió Smythe.

—O algún capricho de la Puerta —añadió Annabelle, lúgubre.

Acababa de hablar cuando deseó no haberlo hecho. La cara larga de Finnbogg se alargó más, la preocupación en los ojos de Smythe se intensificó, y Annabelle tuvo la triste sensación de que con el mero acto de dar voz a sus ansias las había hecho reales.

—Enseguida llegarán —dijo.

—Enseguida —repitió Finnbogg con la voz teñida de malos augurios.

—En cualquier instante —acordó Horace.

Pero de momento nadie lo creyó. Ni cuando pasó el tiempo y continuó sin que hubiera signos del resto de su banda.

—Mierda —dijo Annabelle—. Justo cuando parecía que estábamos realmente a punto de llegar a alguna parte...

Ahora se hallaban de nuevo en el punto de partida.



Una preocupación similar por sus compañeros desaparecidos inquietaba a Sidi Bombay.

Él y Tomás también habían llegado a un paisaje urbano en ruinas, y también solos. Pero mientras que los otros tres habían aterrizado en un callejón, el indio y su compañero habían ido a parar al tejado de un edificio que se elevaba un buen

centenar de plantas hacia un cielo sucio de nubes grises.

Hacia todos lados se extendía una vista panorámica de la desolada ciudad a la cual la Puerta los había llevado. Ante sí tenían kilómetros y kilómetros de manzanas de edificios en ruinas, de calles invadidas por espesos matorrales silvestres y obstruidas por escombros de construcciones derrumbadas y vehículos abandonados. Desde su vista de pájaro, todo parecía más un mapa que una auténtica población.

—*Mae de Deus* —suspiró Tomás en voz baja, al asomarse al murete del tejado y mirar hacia abajo, hacia la calle, que se hallaba a una distancia insondable—. Este no es lugar para Annabelle, ¿*sim*?

Sidi asintió.

—Aunque la cuestión que realmente me da vueltas por la cabeza es dónde está Annabelle. ¿*Dónde* están los demás? ¿Por qué hemos llegado solos aquí?

—¿Podrían habernos abandonado? —preguntó Tomás.

—No por propia voluntad, en todo caso.

—Eso no es un consuelo para mí.

—Ni para mí —confirmó Sidi.

Volvió la cabeza hacia Tomás y vio que estaba buscando algo en sus bolsillos.

—¿Qué has perdido? —se interesó.

—La pistola que tenía. La pistola de rayos...

—Láser —acabó Sidi, proporcionándole la palabra al recordar el arma mortífera.

—*Sim* —dijo Tomás—. Del Palacio del Lucero del Alba. Me ha desaparecido.

—Debe haberte caído.

—O me la han robado, como los Señores de la Mazmorra nos robaron los trajes blancos.

Sidi asintió.

—O te la robaron —accedió.

Permaneció junto al español unos momentos más, contemplando la ciudad y luego se volvió.

—¿Adonde va? —preguntó Tomás.

—A buscar la manera de bajar de esta montaña de edificio.

Tomás miró hacia la distante calle al pie del bloque una vez más, entrecerrando los ojos para tratar de distinguir en la lejanía.

—Y si cuando llegaron... —comenzó.

—¿Sí? —animó Sidi a continuar al ver que el español dudaba.

Tomás dejó de mirar al vacío y se apoyó de espaldas en la balaustrada.

—¿Y si no había un tejado esperándolos? ¿Y si aparecieron en el aire —y Tomás hizo un ademán con el brazo señalando el vasto espacio al otro lado de la seguridad del tejado—, y han caído hacia las calles de abajo?

—¿Qué pensamientos más terribles se te ocurren, Tomás!

—¿Cristo! ¿Cree que me gusta? Pero estamos solos aquí, ¿*sim*? Si los demás hubieran podido llegar, estarían aquí con nosotros, ¿*sim*?

Sidi sabía que la angustia en las facciones del rostro de su compañero reflejaba la suya propia. Miró hacia el paisaje urbano una vez más, luego se volvió de nuevo. El suelo de grava del tejado crujió bajo sus zapatos mientras se encaminaba hacia donde se erigía una especie de garita.

—Si tenemos suerte —dijo Tomás al alcanzar al indio—, aquí habrá uno de esos artilugios llamados «ascensores», como los que había en Dramara. No me apetece bajar a pie tantas escaleras.

Ni a Sidi. La puerta de la garita se abrió sin resistencia nada más empujarla, pero en su interior, tanto si una vez había habido escaleras como ascensor, ahora solo quedaba un pozo negro que descendía hasta donde les alcanzaba la vista. Con la punta del pie, el indio lanzó al vacío un guijarro. En su caída rebotó contra las paredes, pero pese a que escucharon durante largo rato, nunca lo oyeron tocar fondo.

—Estamos atrapados —dijo Tomás. Miró por el tejado a su alrededor—. Sin comida ni agua ni refugio de los elementos.

Sidi asintió.

—A menos que encontremos nuestra propia manera de bajar.

—Pero vuestra merced puede ver que no hay ni escaleras ni artilugio.

—He dicho nuestra propia manera, con lo cual quiero decir otra manera.

Tomás se lo quedó mirando un largo momento; luego meneó la cabeza lentamente.

—Oh, no. No va a cogermé mientras intento bajar escalando por las paredes como un bicho.

—¿Tienes una sugerencia mejor?

—*Sim.* Esperar a que nos rescaten.

—Tú mismo lo has dicho. No tenemos comida, ni agua ni refugio. ¿Qué ocurrirá si hemos de aguardar días? ¿O semanas? ¿Puedes ayunar tanto tiempo, Tomás? ¿Y si nunca vienen a rescatarnos? ¿Qué, entonces?

—Demonios —musitó Tomás—. No quería decir que vuestra merced estuviera equivocado, sino que bajar escalando es *muito perigoso*. Muy peligroso.

—Yo he escalado montañas en el Himalaya, mientras que moverse por los aparejos de un barco es casi una segunda naturaleza para ti. Creo que estamos más dotados para esta tarea de lo que piensas, Tomás.

Regresaron al murete y ambos se asomaron. La fachada del edificio no era tan lisa como parecía en un principio. Había en ella una red de grietas, debida a los embates de los elementos, sin duda alguna. En algunos puntos podrían ser débiles, pero, sin embargo, allí estaban, al menos hasta donde alcanzaba su vista.

—¿Ves? Hay lugares donde asirse —le dijo Sidi.

—Para una cucaracha, quizá.

—Solo tenemos que bajar hasta la siguiente planta. Tal vez allí podamos encontrar una escalera que no se haya derrumbado.

—¿Y si no es así?

—Seguiremos hasta que encontremos una.

Tomás balanceó la cabeza tristemente.

—Pasaré delante para señalarte el camino —le dijo Sidi.

Se quitó los zapatos y se metió uno en cada bolsillo de la chaqueta; luego salvó el murete y, con los dedos de los pies, buscó la primera serie de grietas en el muro que había avistado al asomarse.

—Buena suerte —lo animó Tomás—. Es vuestra merced muy valiente, Sidi. Rezaré una oración a la Virgen para que lo proteja.

El indio asintió en agradecimiento porque sabía que Tomás lo hacía con buena intención. Pero, en el país de Sidi, una divinidad virgen no era sino un aspecto de Shiva, y ésta prefería que fuera cada hombre quien se abriera su propio camino en el mundo.

—No me tengas esperando mucho tiempo —fue todo lo que el indio dijo a modo de respuesta.

Tomás observó cómo Sidi hacía su vía centímetro a centímetro, grieta a grieta, alejándose con gran lentitud del nivel del tejado. En quince minutos no descendió más de dos metros. Tomás se imaginaba los calambres que debería de estar sufriendo el indio en los dedos de las manos y de los pies, pues todo el peso de su cuerpo, por más leve que fuera, se apoyaba en aquellos débiles apéndices.

Luego Tomás se apartó, se santiguó en el pecho y prometió mil velas a la Virgen si lo ayudaba en aquella prueba definitiva. Y finalmente él mismo trepó al otro lado del murete.



No es muy esperanzador, pensó el mayor de los hijos del barón Tewkesbury al contemplar lo que tenía que ser el octavo nivel de la Mazmorra.

Él y Chillido también habían caído en la ciudad en ruinas, pero mientras que los demás habían llegado al menos a lugares que se hallaban en proporción con su tamaño, Neville Folliot y su compañera habían aterrizado en una metrópolis que en otro tiempo debía de haber sido habitada por gigantes, ya que los dos se veían minúsculos ante la inmensidad de lo que los rodeaba.

Los edificios a su alrededor eran de ladrillo. Las ventanas, cuando no estaban rotas, tenían cristales. La vegetación se había abierto paso por entre las grietas del pavimento de la calzada y de las aceras. A lo largo de la calle había vehículos metálicos abandonados. Pero, miraran donde mirasen, todo era de un tamaño tan gigantesco que ambos solo podían captarlo a vista de ratón.

Neville y Chillido no eran más altos que los ladrillos de que estaba construida la pared del edificio más próximo. Las matas de hierbas eran bosquecillos para ellos. Los

vehículos abandonados debían de haber sido artilugios para criaturas tan grandes que solo de imaginar el tamaño de los antiguos habitantes de la ciudad la cabeza les daba vueltas.

Neville empezó a formarse una idea de cómo tenía que haberse sentido el héroe de Jonathan Swift al llegar a Brobdingnag.

—En un lugar como éste —dijo a su compañera—, no seremos considerados más que cucarachas correteando a la sombra de quienes construyeron el lugar, un concepto muy desagradable para un par del reino.

Chillido se quedó mirándolo con lo que debía interpretarse como diversión en sus facciones alienígenas.

A los ojos de los Señores de la Mazmorra, Ser Neville, no somos más que cucarachas, sin duda alguna.

—Esto, mi querida mujer araña, es un concepto igualmente desagradable, agravado por su obvia veracidad.

De más preocupación para el Ser que habla ahora es el paradero de nuestros compañeros.

Neville asintió.

—Parece que nos han abandonado.

El Ser Clive no lo haría por voluntad propia.

—Eso es solo su opinión, madame. A mí no me sorprendería en absoluto.

Entonces solo demuestras lo poco que conoces a tu hermano.

Neville consideró aquella respuesta unos momentos y luego se encogió de hombros.

—Y me siguen llevando la contraria. Así pues, ya que debemos inclinarnos ante su sabiduría, mi señora Chillido, ¿quizá sería tan amable de ofrecernos un plan de acción acerca de lo que debemos hacer a partir de ahora? ¿Continuar? ¿O esperar a mi fiel hermanito? Lo dejo a su libre elección; yo seguiré cortésmente lo que decida. Sin embargo, si me permite una sugerencia, creo que por el momento sería mejor que nos retirásemos a una posición más defendible.

Muy poco de lo que tenían en su entorno le inspiraba confianza. Eran demasiado pequeños, eran una presa demasiado fácil de lo que en su propio mundo no se consideraría más que un bicho molesto. Aquí, incluso un insecto, a escala de aquella inmensa ciudad, podría representar un peligro de difícil solución, por más pelos-púa que Chillido lanzara y por más sable que Neville blandiera.

No había más que imaginarse una abeja, de caparazón acorazado, del tamaño de un carro. Una abeja con un aguijón de la longitud de una espada... O peor, un enjambre de avispas, cada una del tamaño de un perro grande...

No eran unas conjeturas agradables, decidió Neville.

—¿Bien, *madame*? —dijo.

Chillido solo lo miró de hito en hito.

De nuevo veo por qué tú y el Ser Clive siempre tendréis opiniones dispares.

—¿Y por qué cree que es?

Pero la alienígena simplemente meneó la cabeza.

Estoy de acuerdo con tu consejo, Ser Neville. Buscaremos una posición mas ventajosa y una vez estemos en ella, haremos más planes...

Su voz mental se interrumpió tan de repente como si la hubiesen desconectado, como si hubiesen cortado el hilo comunicativo que los unía. El súbito silencio sobresaltó a Neville. Había estado estudiando la altura del más bajo de los escalones de los monstruosos portales de los edificios más próximos. Entonces se volvió hacia Chillido, quien se hallaba con la cabeza inclinada a un lado, en actitud de escucha. Chillido extendió una de sus cuatro manos hacia los pelos-púa que recubrían su abdomen.

—¿Qué ocurre...? —empezó Neville, pero no continuó.

Chiton, Ser Neville. Hay un peligro cerca. Habla con la mente si quieres decir algo. Si no, mantente en silencio.

«No puedo comunicarme telepáticamente», quería decirle Neville, pero permaneció callado. El tiempo que había pasado en la Mazmorra le había enseñado esto: había peligro a cada vuelta de esquina. Si la extraterrestre percibía algo que él no podía percibir, estaba más que dispuesto a inclinarse ante sus sentidos superiores, y con total honestidad, no con la exagerada cortesía que le había ofrecido hasta ahora, la cual se debía mucho más al sarcasmo que a la amabilidad.

Esperó paciente mientras ella escudriñaba su entorno, él también con la cabeza inclinada a un lado. No oía nada, pero continuaba en silencio. Solo cuando la alienígena se volvió hacia él de pronto y con sus brazos superiores lo atrajo hacia su abdomen, no pudo contenerse más y habló.

—¡Madame, creo que va usted demasiado lejos! —protestó.

¡Quieres callarte, por favor!

Aquella voz sonó como un trueno en el interior de la cabeza de Neville. Con sus brazos inferiores, Chillido tiró de un grueso hilo de seda de sus hiladeras y lo lanzó encima del enorme peldaño. Tan pronto como se hubo pegado en el suelo, la araña empezó a trepar por el hilo, llevando a Neville a cuestras como si de un bebé se hubiera tratado.

Ten cuidado, le dijo cuando se hallaron a salvo en la parte superior del peldaño, apartados del borde, pero no tanto como para no poder ver debajo.

La voz de Chillido tenía ahora su volumen habitual, no más alto que el del habla corriente, aunque para Neville, que una voz le hablara directamente en el interior de la cabeza seguía siendo tan desconcertante como siempre. La araña soltó a Neville, pero le ayudó a mantener el equilibrio cuando, al depositarlo en el suelo, le falló el pie.

Ten cuidado, Ser Neville. Ahora están muy cerca.

Neville asintió. Estaban tan cerca ahora que él también pudo oír lo que había alarmado a su compañera. Se asomó por el borde del escalón y miró hacia el bosquecillo de matorrales de donde salía el inconfundible sonido de una conversación

y el campanilleo metálico de los arreos. La mano del costado opuesto al sable se desplazó hacia su empuñadura y, cuando lo que había despertado su atención apareció a la vista en sus monturas, cayó fláccida a un costado.

Neville hizo lo imposible para reprimir una exclamación de sorpresa.

Elfos y hadas, fue lo único que se le ocurrió para designar a los miembros del grupo.

Porque cabalgaban en ratas, aunque no eran las viles criaturas que pueden hallarse en cualquier muelle, desde Londres hasta los puertos de África, sino unos ejemplares de pelo liso y acicalado, de blanco puro, con guarniciones de plata y oro y narices y colas de color rosa como la piel de un bebé recién nacido. Y los mismos seres, ¿qué podían ser sino elfos y hadas? Eran criaturas esbeltas, gráciles, y formaban una pequeña compañía de diez jinetes; tenían los pómulos salientes, las orejas puntiagudas, el pelo como una cascada de delgadísimos hilos plateados sostenidos por tiaras recubiertas de joyas, y ojos oscuros como los más profundos charcos del bosque; los duendes iban con chaquetas, pantalones y botas, todo de color verde, y armados con finas espadas y arcos; las hadas llevaban vestidos de gasa resplandeciente que perfilaban todos sus encantos...

¿Qué otra cosa podían ser sino elfos y hadas? Salvo..., salvo...

Que no eran las diminutas criaturas de los cuentos y las leyendas. A pesar de su aspecto y de la elección de sus monturas, la compañía estaba compuesta por seres del mismo tamaño que ellos. No obstante, si uno los comparaba con las dimensiones de la ciudad, eran diminutos, ciertamente.

Como él mismo.

A veces todo era demasiado confuso. Pero aquello era la Mazmorra, recordó para sí. No Inglaterra. Aquí lo imposible era posible. Si podía tener de compañera de viaje a una araña inteligente, ¿por qué no podían existir también allí elfos y hadas, diminutos o no?

Se volvió hacia su compañera y balanceó la cabeza.

¿Conoces a esos seres?, le preguntó Chillido.

Neville se volvió hacia su compañera e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Tenías una expresión en el rostro..., empezó Chillido; luego se encogió de hombros mentalmente. *Aún tengo ciertas dificultades para interpretar las expresiones faciales de vuestra especie.*

Neville abrió la boca para explicar la simple maravilla de lo que estaba contemplando, pero la mujer araña se la cerró con uno de sus dedos de molde rarísimo.

Habla solo por telepatía, le avisó de nuevo, pero entonces recordó que aún no había introducido a Neville en la red neuronal de comunicación que compartía con los miembros perdidos de su compañía. No podía hablar por telepatía.

Antes de que Neville supiera lo que estaba pasando, ella entrelazó sus dedos con los de él y sus mentes entraron en contacto. Más deprisa de lo que Chillido habría

creído posible, más deprisa que cualquier ser no entrenado en la telepatía con quien ella hubiese llegado a intimar, Neville erigió barreras para proteger sus recuerdos privados. Pero la línea de comunicación quedó abierta: como un hilo de telaraña tendido entre ambos por medio del cual Neville enviaba sus pensamientos.

Ah, dijo él en el interior de ella. Ahora veo el truco.

No trates de decirme que no estabas familiarizado con este proceso, Ser Neville.

Solo soy un alumno precoz, replicó Neville.

Pero levantar tales barreras y con tal inmediatez...

Yo también estimo mi intimidad, madame...

Se estudiaron mutuamente un largo momento, cada uno tratando de leer la expresión alienígena del otro, sin conseguir, ninguno de los dos, superar las barreras del otro. Finalmente, Chillido hizo un encogimiento mental de hombros.

Has reconocido a esos seres..., volvió a empezar.

Pero entonces ambos se dieron cuenta de que durante el tiempo en que habían permanecido atentos a la red neuronal que enlazaba sus mentes, habían sido descubiertos. Dos arqueros se hallaban en el peldaño superior al suyo, con los arcos tensos y las flechas apuntando a sus corazones. Más abajo, el resto de la compañía permanecía en silencio a caballo de sus monturas, mirando hacia arriba. Una de las hadas hizo avanzar su rata un par de pasos.

Dijo unas breves palabras en una lengua totalmente desconocida que, por su dulce sonoridad, como de campanillas, hechizó por completo a Neville.

—Me temo que no la comprendo —contestó éste en el argot común de la Mazmorra.

—Os he preguntado —respondió la mujer de igual modo— si estáis alineados con los ren o con los chaffri.

Neville y Chillido intercambiaron miradas ansiosas.

Debemos decirle la verdad, opinó Chillido. Que no pertenecemos a ninguno de los dos bandos.

¿Y si ella sí?

¿Qué quieres decir?, preguntó Chillido.

¿Significa algo para usted la expresión «nos van a hacer la pascua»?

Ojalá el Ser Clive estuviese aquí, fue lo único que Chillido pudo responderle.

Al fijarse en los feroces rostros de la guardia del hada líder, Neville se sorprendió porque advirtió que él también hubiera deseado que su hermano estuviese presente. Comparando las experiencias de ambos hasta aquel punto de la Mazmorra, tenía que admitir (aunque aborrecía tener que hacerlo, no solo para sus adentros, sino también para los que se apuntaban los tantos, es decir, los condenados Señores de la Mazmorra) que hasta el momento Clive había obtenido mejores resultados que él.

Clive había mantenido unido a su grupo, mientras que Neville no había logrado nunca mantener compañeros constantes a su alrededor.

Clive poseía aquel maldito invencible optimismo tan suyo que siempre le daba

ánimos para seguir adelante, por más dificultades que hubiera; y, lo que era peor, su interés para hacerlo no era tanto por él mismo como por los demás. Había ido en busca de su hermano gemelo, había arriesgado su vida una y otra vez por aquella heterogénea tropa de alienígenas y viajeros del tiempo que había reunido a su alrededor...

Clive no había sido reducido a mero pienso para los Señores del Trueno.

Pero ahora Clive no estaba cerca para ayudarlos.

Estaban solos.

—¿Le han dicho ya lo bien que le sienta ese vestido? —dedicó a la mujer que desde abajo esperaba su respuesta.

Ella lo escrutó durante unos fríos e interminables instantes; luego hizo un rápido gesto con una de sus delicadas manos.

—¡Prendedlos! —ordenó a su guardia—. Pero tratadlos bien. Quiero interrogarlos mientras aún estén enteros.

¿Qué hacemos ahora, Ser Neville?, inquirió Chillido.

Creo que en un caso como éste, contestó él, sin apartar ni una fracción de segundo su mirada de la de la mujer, *la discreción demostrará ser la mejor parte del coraje, ¿no cree?*

Chillido tan solo refunfuñó algo ininteligible en su Miente.

¿Acaso no le entusiasma el Bardo, madame?

Quien no me entusiasma eres tú, replicó Chillido.



Solo el hecho de que su mano agarrara la de su compañero, le decía al hijo más joven del barón Tewkesbury que no se hallaba solo en aquel vacío entre los niveles de la Mazmorra.

Pero Clive Folliot se sentía menos preocupado por su inmediata situación de lo que quizá debería. Cierto era que no había nada que ver (como poco que oír, probar o tocar, salvo la mano metálica de Guafe cogida con la suya), pero debería haber estado preocupado por su destino. La Mazmorra no era lugar en que uno pudiera bajar la guardia, ni siquiera un instante, no, y continuar viviendo como si nada. Sin embargo, otras angustias se agitaban en la mente de Clive.

Mientras caían por la grisura, destellos de un brillante azul centelleaban en su cabeza, recordándole otra Puerta de las que habían cruzado, después de la cual su compañía se había dividido en dos. Los destellos azules le causaban la persistente sensación de que olvidaba algo de importancia. Pero nada más; no le revelaban nada; no abrían las puertas de su memoria. Pero tampoco lo dejaban en paz, yendo y viniendo, fluctuando tras sus párpados como sombras de antorchas al viento, y

pronto le produjeron una incipiente jaqueca aturdidora: una sensación demasiado conocida en la Mazmorra.

Pero cuando hizo un esfuerzo para apartar esa persistente sensación de la cabeza, apareció ante sí aquella partida de ajedrez, aquellas piezas en el tablero de la habitación que habían abandonado tan recientemente saltando a través de un espejo. Las piezas blancas eran reproducciones de él mismo y de los demás de su grupo; pero eso no era lo que lo desconcertaba más.

Eran las piezas negras.

La mitad del juego que representaba con toda evidencia a sus oponentes.

Era el hecho de que entre las piezas negras hubiera representaciones en miniatura de Sidi Bombay y del actual compañero de Clive, el ciborg Chang Guafe.

Su presencia en las piezas contrarias, ¿significaba que durante todo el viaje habían esperado solo el momento oportuno para traicionarlo? ¿Trabajaban para el enemigo, fuera quien fuese aquel misterioso enemigo?

Clive se negaba a creerlo. Tenía que ser otro truco de los Señores de la Mazmorra. No obstante, ¿qué sabía de cada uno de ellos? Guafe era un alienígena, más incluso que Chillido o Finnbogg, según la opinión de Clive, porque sus actos y sus pensamientos estaban basados en la fría y pura lógica y nada más. En cuanto al indio... Sidi Bombay continuaba siendo el mismo personaje enigmático que era cuando había salido de la oscuridad de aquella noche africana de hacía ya tanto tiempo para unirse a su expedición.

En el fondo de su corazón, Clive sabía que ninguno de los dos lo traicionaría. Después de todo lo que habían pasado juntos, ahora eran sus amigos. Les confiaría su vida sin dudarle un instante.

¿No?

¡Malditos fueran los Señores de la Mazmorra por los juegos que realizaban con su mente! Se burlaban de lo más sagrado de sus sentimientos. Engañaban sobre tantas cosas que era casi imposible fiarse de los propios sentidos.

Los usurpadores del nombre y del rostro de su hermano, que había encontrado en los niveles anteriores de la Mazmorra...

La visión de su prometida en el lago de los condenados...

El tiempo que había desperdiciado reconciliándose con su pretendido padre...
Mentiras.

Todo puras mentiras.

Y luego aquellas piezas de ajedrez, colocadas con tanta oportunidad para que no escapasen a su mirada. Más mentiras.

Tenía que ser otra mentira. Porque si no lo era, ¿quién podría decir cuál de sus compañeros era de fiar? Por Dios, ¿sería él mismo de fiar? Cuando pensaba en lo que los Señores de la Mazmorra habían hecho con Smythe, colocándole unos implantes en la mente para doblegarlo a su maldita voluntad, una esclavitud que solo la vigilancia constante de Horace podía mantener a raya...

¿Quién podría decir que no les habían colocado similares implantes a cada uno de ellos? ¿Volvería él mismo la espalda a sus compañeros en algún momento crucial? ¿Lo haría Annabelle?

¡Dios, cuánto odiaba a los creadores de la Mazmorra por lo que hacían! Para ellos aquello solo formaba parte de algún complejo juego. Un entretenimiento, nada más. Solo un juego que minaba los mismos cimientos de las personas, de él y de sus compañeros. Socavaba lealtades.

Se burlaba de la verdad. Ponía en duda toda sensación.

En un lugar como aquél, ¿cómo un hombre podría llegar a saber lo que era verdad y lo que no lo era, cuando ni siquiera se podía fiar de sí mismo?

Los dedos metálicos de su compañero apretaron los suyos en aquel mismo instante, volviéndolo de nuevo a la situación actual. Un momento después, al sentir una superficie sólida bajo sus botas, comprendió que Guafe solo le estaba avisando de que habían llegado.

Aterrizaron en lo que parecía ser una plaza del centro de una gran ciudad. Edificios en ruinas se extendían por todas partes a su alrededor, junto con la chatarra de los vehículos abandonados. La vegetación crecía exuberante, salía con extraordinario vigor de entre los ladrillos, resquebrajaba el pavimento, lo invadía todo. Un deprimente cielo gris se cernía sobre el lugar.

Clive contemplaba su entorno con ojos parpadeantes. Había algo en aquel paisaje que no cuadraba. Y no era la tremenda desolación de la ciudad, sino más bien como si mis sentidos no percibiesen con corrección.

—Parece —le comentó entonces su compañero—, que los habitantes originales de este lugar eran solo la mitad de nuestro tamaño.

Aquello era lo que no cuadraba, comprendió Clive. Se fijó en el edificio más próximo y pudo comprobar que la puerta estaba proporcionada para alguien la mitad de su estatura. ¡Qué extraña sensación, hallarse en pie, alto como era, desproporcionadamente alto para su entorno!

—Y también estamos solos —agregó Guafe.

Cierto, estaban solos. No había señal de ninguno de los otros que habían saltado a través del espejo antes que ellos.

Clive lanzó una mirada pensativa al ciborg. ¿Era acaso el inicio de la traición?, no pudo evitar preguntarse. Luego expulsó con firmeza aquel desleal pensamiento de su cerebro. Si entraba en el juego de los Señores de la Mazmorra estaba perdido.

—¿Qué puede haberles ocurrido? —preguntó mientras recorría el paisaje con la mirada, escrutando las calles desiertas que salían de la plaza donde se encontraban.

—Considerando las paradojas de espacio y tiempo con que nos hemos topado hasta aquí, en la Mazmorra —contestó Guafe—, pueden estar en cualquier lugar... o en cualquier momento.

Los hombros de Clive se hundieron en un gesto pesimista al hacer su efecto la realidad de la observación del ciborg. Pero cuando Guafe se volvió para mirarlo, se

enderezó enseguida e inclinó la cabeza en una brusca señal de asentimiento.

—Así es —dijo—. Entonces el primer punto del orden del día será descubrir el paradero de los demás.

Las brillantes superficies rojas de los ojos del ciborg siguieron mirando a Clive, pero no dijo nada.

—¿No está de acuerdo? —le preguntó Clive mientras las dudas surgían de nuevo en su interior, por más que intentara mantenerlas a raya.

Guafe movió la cabeza en un gesto negativo.

—Al contrario, no puedo sino admirar tu lealtad hacia nuestros compañeros.

—Cada uno de ellos se ha ganado mi lealtad.

—¿Incluso tu hermano?

Cuando Clive pensaba en su hermano gemelo, le era difícil elegir entre la desconcertante serie de emociones contrapuestas que cruzaban atropelladas por su mente. Las diferencias entre ambos eran muchas. Neville lo había tratado mal (por utilizar una expresión suave), pero seguía siendo el hermano de Clive, y, últimamente, cuanto más tiempo pasaba Clive con él, más comenzaba a comprender algo de los motivos que habían llevado a Neville a hacer todo lo que había hecho.

Neville estaba acechado por sus propios demonios personales; el barón lo había forzado, tanto como Clive se había forzado a sí mismo, a competir con su hermano.

Aguantó la firme mirada del ciborg y finalmente asintió.

—Incluso mi hermano —confirmó.

—Creo que por fin empiezo a entender la fascinación que sienten los Señores de la Mazmorra por tu familia —dijo Guafe con voz suave—, en particular tal como tu familia se ha encarnado en tu persona.

—Yo no soy nadie especial —dijo Clive.

—Al contrario, Clive Folliot. A partir de las observaciones de tu estirpe que he ido tomando hasta ahora, tengo que considerarte realmente muy especial.

Clive no pudo controlar el repentino rubor que le subió por el cuello y le invadió las mejillas.

—Sí, bien —repuso—, esto está muy bien, pero no nos es de ninguna ayuda para saber dónde están nuestros compañeros. ¿Qué nos dicen sus sensores de este lugar?

Guafe permaneció un momento en silencio antes de responder.

—La simple observación a partir de los datos primarios introducidos, nos indica que esta ciudad cayó víctima de un desastre localizado de mayores proporciones, la detonación de un mecanismo nuclear, creo, puesto que aún puedo detectar un bajo nivel de radiación, que ya no es peligroso, debo añadir. La explosión debió de tener lugar a unos kilómetros de distancia; de ahí la relativa estabilidad de las construcciones que aún siguen en pie a nuestro alrededor. Situaría el marco temporal del desastre aproximadamente ciento treinta años atrás, según el cómputo terrestre. No hay formas de vida en las cercanías.

—¿Y qué hay de los edificios? —preguntó Clive—. ¿Percibe los mismos circuitos

(creo que fue así como los llamó) que había en casa de mi padre..., quiero decir, en aquel edificio del nivel anterior?

—Negativo. Estas estructuras están desprovistas de tales instalaciones. Abajo, sin embargo...

Clive tuvo la sensación de hundirse. Los peores momentos que había pasado en la Mazmorra habían sido, de forma indefectible, en las zonas situadas bajo tierra.

—¿Abajo? —instó a continuar.

—Mis sensores indican una considerable actividad, tanto electrónica como mecánica, en el subsuelo.

—¿Lo cual significa?

El ciborg se encogió de hombros.

—Por desgracia no poseo datos suficientes para elaborar más informes en este momento.

Clive echó un último vistazo a su entorno, todo proporcionado a la mitad de su talla. ¿Qué clase de seres habían vivido allí? ¿Humanos como él mismo? No lo aseguraría, no con todas las variadas razas que habían encontrado por la Mazmorra. Pero aquello no era importante por el momento. Encontrar a sus compañeros era lo primordial. Una vez estuvieran juntos de nuevo, se prepararían para enfrentarse a los monstruos que habían creado aquel lugar infernal para su propia y peculiar diversión.

Había deudas que saldar; que los Señores de la Mazmorra tomaran nota. Deudas enormes.

Y el comandante Clive Folliot, actualmente en permiso de su Quinto Regimiento de la Guardia Montada Imperial de Su Majestad, era un hombre que siempre saldaba sus cuentas.

—Abajo, ¿no? —dijo al fin Clive—. Entonces supongo que lo que tenemos que hacer es encontrar un camino que nos lleve al subsuelo.

2

—Bien —comentó Annabelle—. Parece que tendremos que apañárnoslas solos.

Aunque a ninguno de sus compañeros le agradaba la idea más que a ella, no había nada que Horace o Finnbogg pudieran ofrecer para contradecir su afirmación.

—Así pues, lo que tenemos que hacer ahora —prosiguió— es averiguar dónde estamos y cuál es el resultado de nuestra posición.

—¿Cómo puede haber resultado —preguntó Finnbogg—, si no hay partido?

—Oh, seguro que hay partido. Tenemos a los ren y a los Chaffri y Cristo sabe a quién más haciéndonos la pascua. Nosotros luchamos por la simple supervivencia, pero ellos solo lo consideran un partido.

—A mí no me parecería mal un nuevo equipo, *mademoiselle* —suspiró Smythe.

El comentario arrancó un esbozo de sonrisa de los labios de Annabelle. A lo largo de sus aventuras, el sargento siempre había dado muestras de aquella famosa flema británica. Pero sin sus ropajes, con poco más que los calzoncillos, lo único que hacía era agitarse incómodo.

—¿Trapos nuevos? —dijo Annabelle—. Vamos, rápido: ¿alguien sabe por dónde se va al *Macy's* desde aquí? —Y ante las miradas vacías que le ofrecieron sus compañeros, se encogió de hombros—. Da igual. Vamos a reconocer un poco el paisaje.

Se puso en cuclillas y se bajó la cremallera de su cazadora lo suficiente para alcanzar los controles del mecanismo del Baalbec A-9, que se encontraban bajo la piel de la parte central de su pecho. Los implantes informáticos en su antebrazo comenzaron a zumbiar mientras bajaba la mano, con los dedos extendidos. En el sucio pavimento que se hallaba ante ella hizo su aparición un mapa estilo parrilla construido con líneas de un tenue resplandor azulado.

—Bloques urbanos, por lo que el Baalbec puede captar —murmuró.

Finnbogg observó a Annie con una expresión de reverencia y asombro, pero se mantuvo a distancia. Smythe se agachó junto a ella. Señaló un puntito de luz intermitente.

—¿Es ésa nuestra posición? —inquirió.

—Acertaste, Horace. Parece terrible, ¿no?

—Me parece que no la sigo, señorita.

—Bien, reflexiona en ello un momento. Cada uno de esos cuadrados representa un bloque de pisos, eso es... quizás un tercio de k-m, metro más metro menos.

—¿K-m?

—Kilómetro.

Smythe volvió de nuevo la atención al mapa.

—Ya veo.

—Estupendo. Tengo el Baalbec colocado en posición máxima, de modo que el mapa cubre un gran radio, quizá de treinta k-ms. Y esta ciudad se sale de los límites de todo lo que da mi ordenador.

—Finnbogg no comprende —musitó su compañero can enano.

—Es muy fácil, Finnbogg —le dijo Annabelle—. Quiere decir que estamos exactamente en medio de una extensísima ciudad. Por todo lo que sabemos, podría alcanzar el centenar de kilómetros de radio en todas direcciones. Y si todo es como lo que estamos contemplando ahora, entonces puede que estemos con la mierda hasta el cuello.

—Sin comida ni agua —indicó Smythe.

—Sin ropa nueva —añadió Annabelle con una sonrisa burlona.

Smythe frunció el entrecejo.

—Esto es muy serio, Annabelle. ¿Cómo podemos siquiera empezar a buscar a los demás en un lugar de proporciones tan inmensas?

La sonrisa de Annabelle se marchitó.

—Me has cogido, Horace.

De repente Finnbogg levantó la cabeza, al tiempo que le vibraban las ventanas de su hocico:

—Alguien viene.

—Diablos —masculló Smythe.

Se levantó, intentando mantener su desnudez a cubierto a la par que se colocaba en una postura defensiva. Pero solo consiguió enmarañarse más con la capa.

Annabelle también se puso en pie. Se volvió hacia la boca del callejón que Finnbogg estaba escudriñando con los pelos del cogote erizados. Annabelle echó sendas miradas fugaces a su derecha y a su izquierda, en un intento de localizar algo que pudiera servirle de arma improvisada, pero no halló nada. Antes de que pudiera buscar con la vista hacia otra parte, una sombra se movió al final del callejón, y apareció un hombre, que se detuvo a escrutarlos.

Finnbogg emitió un gruñido que le salió de las profundidades del abdomen.

—Tranqui, Finnbogg —dijo Annabelle mientras estudiaba al desconocido.

Tenía todo el aspecto de un paria alcoholizado de su propio mundo, de aquella clase de vagabundo canoso, medio muerto de hambre que ronda las calles y que uno puede encontrar en la mayoría de las grandes ciudades. Tenía una joroba pronunciada, el pelo hecho una maraña, una barba de días y vestía unos harapos que solo hacían que su frágil cuerpo pareciera aún mucho más delgado.

—Ea —dijo el desconocido, con las manos extendidas delante de sí en un gesto de paz. Estaban manchadas, mugrientas y surcadas por venas azules—. Jake no busca problemas.

—Está bien, abuelo —dijo Annabelle al ver que el vagabundo empezaba a retirarse —. No te preocupes, aquí todos somos amigos.

El recién llegado detuvo su retroceso cuando Annie habló, pero dejó de mirarla para fijarse en Finnbogg y decir:

—Tiene usted un perro muy fiero, señorita.

Annabelle no se molestó en explicarle lo que era Finnbogg. Porque aunque estuvieran en la Tierra, continuaría siendo juicioso intentar que Finnbogg pasara inadvertido. Ya que si se dejaba que las autoridades pusiesen las manos encima de alguien como él, ni Dios sabía lo que serían capaces de hacerle. No es vano había visto de pequeña las películas de Spielberg. Lo raro y lo maravilloso siempre reciben la peor parte del trato.

—¿Cómo se llama este sitio? —le preguntó Annie.

—¿Se ha perdido, señorita?

—¡Qué va! Hemos salido de juerga, eso es todo, Jake; y nos hemos hecho un poco de lío con las calles y ahora no sabemos exactamente dónde estamos.

—Bien, pues se halla usted en los Tugurios, señorita. No es un buen sitio para los de Abajo, pero imagino que ya sabe eso. Parece como si ya hubieran sufrido algunos percances.

—¿De abajo? —preguntó Horace.

Jake pateó el suelo con un pie.

—Bajo las calles, por los túneles y cloacas, donde viven los ricos y los poderosos.

Lo cual no se parecía mucho ni a Nueva York ni a cualquier otro lugar del mundo que Annabelle conociese, advirtió. Maravilloso.

—¿Tiene nombre la ciudad?

Jake se encogió de hombros.

—Uno tenía, supongo, pero no sé si nadie lo recuerda. Ea, ¿les queda algo de líquido refrescante o están secos?

—Lo siento, Jake —respondió Annabelle—. Estamos a cero.

—Me lo imaginaba. Es mi sino.

—¿Sabe algo de una Puerta hacia el siguiente nivel? —inquirió Horace.

Jake eludió la respuesta.

—¿Cómo, cómo?

—El siguiente nivel de la Mazmorra. Tiene que haber una Puerta en alguna parte de este nivel.

—No sé, yo solo vivo aquí. No tengo ni puñetera idea ni de mazmorras, ni de puertas ni de niveles. Esto de aquí son los Tugurios, míster, así de claro y simple. No se puede decir que sea bonito, pero es lo único que tenemos. Se llega fácil: una patada en el culo desde Abajo y basta; pero una vez que uno ha llegado, aquí se queda para siempre. A menos que tenga un pase para regresar...

Al decir esto, su mirada tomó un matiz insinuante.

—No tenemos pases, nosotros —repuso Annabelle—, así que ya te puedes ir

olvidando de tratar de robarnos nada.

Los ojos de Jake se volvieron hacia Finnbogg.

—Eh, señorita, yo no quiero hacerles ningún daño. Solo era un comentario, ¿no?

—Está bien, solo un comentario —concedió Annabelle—. ¿Hay algún lugar por ahí donde podamos conseguir algunas provisiones? Ya sabes, ropas, comida, ese tipo de cosas.

—¿De dónde demonios son ustedes?

—De los Tugurios, no, por supuesto, y tampoco de Abajo —contestó Annabelle.

—¿Es que hay algo más?

—Es una larga y aburrida historia. ¿Qué dices, Jake? ¿Puedes ayudarnos? ¿Nos puedes indicar el camino?

—¿Y qué habrá para mí?

—Nuestro agradecimiento —intervino Horace.

Jake reprimió una carcajada.

—Así no vamos a llegar muy lejos.

—¿Qué te parece si dejamos que Finnbogg te roa un poco la pierna? —interrogó Annabelle con voz dulce.

Finnbogg sonrió.

—Masticarlo ahora, ¿puedo?, ¿puedo?

Jake hizo una mueca de sorpresa que hubiera sido cómica en otras circunstancias; pero en aquellos momentos Annabelle no quería perder su contacto con el único nativo que habían encontrado hasta el momento, así que no esbozó ni la más leve sonrisa. De las palabras de Jake se podía deducir que los Tugurios no eran un lugar demasiado seguro. Tal vez fueran capaces de evitar los problemas si él los ayudaba a capearlos.

Es decir, si antes no tomaba las de Villadiego.

—Apuesto a que Finnbogg corre más que tú —añadió Annie.

—Pe..., pero si no iba a ninguna parte, señorita.

—Ni pensarlo. ¿Qué dices, pues, Jake? ¿Nos echarás una mano?

—Sí, sí, claro, claro. El viejo Jake es un tipo muy atento y muy caritativo, se lo aseguro. Los voy a llevar al local de Casey.

—¿Cómo es?

Jake meneó la cabeza como si creyera que estaba hablando con los chinos.

—¿Casey's, por las llagas de Cristo! ¿Qué creen que...? Oh, bien. Lo olvidé. No son de aquí. Es un bar, señorita. No habrá mucho ambiente a esta hora del día, pero Casey estará allí. Hable con él y si está de buen humor (lo cual no puedo garantizar de antemano, ya comprenderá), tal vez los ayude en lo necesario.

—Fantástico. Vamos.

—Pero la cosa es, señorita, que va a costarle algo.

Finnbogg soltó un gruñido y dio un paso adelante. El vagabundo palideció y las rodillas le temblaron visiblemente.

—Eh, que no estaba hablando de Jake esta vez. Como ya he dicho, yo soy un tipo caritativo. Se trata de Casey. No hace nada a cambio de nada.

Annabelle y Horace intercambiaron sendas miradas. No tenían dinero (ni siquiera sabían la moneda que utilizaban en aquel nivel de la Mazmorra) ni nada con que hacer trueque.

—¿Qué tipo de bar lleva? —preguntó Annabelle.

—Ya sabe: bebidas, algo de comida rápida, música por las noches...

—Bien, puedo decirle que me haga una prueba para una actuación —sugirió Annabelle.

Jake le echó una mirada de pies a cabeza.

—Bueno, yo no sé nada de música, señorita, o lo buena que puede ser usted cantando, pero lo cierto es que su cuerpo tiene el tipo de una artista.

Artistas, pensó Annabelle. Estupendo. Véase artista del striptease. Probablemente Casey era un macarra, y obligaba a sus «señoritas» a hacer algún trabajillo extra. Algunas cosas no cambian nunca, por más diferente que sea el lugar.

—Ni lo pienses —repuso a Jake.

—Yo nunca pienso nada —le aseguró enseguida Jake—. En dos cosas soy muy bueno: en beber, y luego en beber más. Yo no quiero problemas con nadie, señorita, ni con usted ni con Casey.

—Me parece estupendo, Jake. Ahora sé buen chico y enséñanos el camino. A Finnbogg le está entrando un hambre terrible.

—Ya nos vamos, ya nos vamos. Solo sigan al viejo Jake y mantengan a ese..., ¿es un perro?

—Casi. Es un Finnbogg.

—Creí que ése era su nombre.

—Y lo es.

Jake puso una expresión de intentar descifrar aquello, pero enseguida se encogió de hombros y emprendió la marcha, con Annabelle andando a su lado y Horace y Finnbogg cubriendo la retaguardia. Jake no dejaba de echar vistazos nerviosos por encima de su hombro a este último.

—Relájate —le dijo Annabelle.

Jake asintió.

—Claro —musitó por lo bajo—. Relájate. Fantástico. Con los dientes de ese chucho en los talones se supone que debo relajarme. ¡Maldita sea, si lo único que buscaba era bebida! Claro y simple: complicaciones no, muchas gracias. En cambio, mira lo que tengo.

—Una partida de nuevos amigos —repuso Annabelle con una dulce sonrisa.

Jake tan solo meneó la cabeza.

—Dios, si pudiera echar un trago...



El descenso fue fácil.

Uno simplemente buscaba asidero para los dedos de las manos y de los pies en las estrechas grietas que abundaban en la fachada de piedra del edificio, verificando cada una antes de apoyar el peso en ella; se aferraba a ella cientos de metros por encima del nivel del suelo, y luego buscaba otra. Sí, pensó Sidi, pero cuando uno ha estado colocando, además, su peso total en aquellos débiles soportes que eran los dedos y el descenso se había realizado a paso de tortuga, el problema del camino no eran las dificultades.

Era la resistencia.

De vez en cuando se levantaba un viento que los azotaba mientras colgaban de sus precarios agarraderos. Lo único que podían hacer entonces era aferrarse con más fuerza aún a las grietas y esperar a que pasara. Solo cuando el viento menguaba otra vez podían reiniciar su descenso.

Por encima de Sidi, Tomás no dejaba de refunfuñar constantemente, alternando promesas susurradas a la Virgen con una retahíla de maldiciones en la lengua de su infancia. Sidi podría haberle acompañado en una de las dos cosas, pero creía que jurar era un mero y vano desperdicio de aliento y no era un hombre religioso, al menos no lo era según los cánones occidentales. El indio seguía un sistema de creencias que constituía un estilo de vida, no solo un apoyo que se utilizaba en momentos difíciles. Y tampoco daba las gracias a una divinidad por lo que había realizado él mismo.

Había nacido hindú; ahora era también algo más.

Para los occidentales, cualquier definición de hinduismo quedaba inadecuada, contradictoria e incompleta. Pero el modo de vida hindú, aunque aparecía manifiestamente profano, seguía siendo una religión. Comprendía una compleja combinación de creencias religiosas, ritos, costumbres y prácticas diarias y había dado luz a un asombroso número de fes orientales que incluían el budismo, el jainismo, la religión *sij* y varias escuelas de *tantra* y *bakti*. Para un extranjero, en especial para un extranjero occidental, todas formaban parte de un gran sistema de creencias paganas; para el que las practicaba eran las bases mismas de la vida.

Sidi no era un buen hindú.

Pero una vez lo había sido. Debido a sus grandes viajes y a los contactos que había tenido con los practicantes de otras fes, había comenzado a cuestionar la ciega aceptación del sistema de castas y otras instituciones, reverenciadas durante siglos, de la fe en que lo habían educado. Empezó a comprender que el mismo hecho de cuestionarse aquella fe reflejaba una debilidad, no tanto en el hinduismo como en su propia capacidad para ser fiel a sus principios. Como consecuencia, con el paso de los años había derivado más hacia un punto de vista taoísta de la vida.

Lao Tzu había dicho: «Cuanto más se aleja uno de sí mismo, menos conoce».

Esto se adecuaba más al entendimiento particular de Sidi del mundo que a la fe de sus padres. Aunque podía recordar todas las enseñanzas en que lo habían educado, le parecía que todo hombre debía trabajar en armonía con el mundo en que se había encontrado. Cada acción tiene una reacción, algunas menos obvias que otras, pero no menos profundas para quien se tomó el tiempo de considerarlas.

El mismo hombre era un microcosmos del mundo mayor que lo englobaba. Tal como actuaba él, así quedaba reflejado en el mundo, y la profundidad de las ramificaciones de sus hechos venía dictada por su posición en el mundo. Pero el líder de un país no era menos importante que el peón de menor categoría; simplemente, era que el alcance de su influencia se notaba con más rapidez. Ni tampoco, creía Sidi, una era más importante que la otra.

Así fue que, mientras trabajaba en su descenso, consideraba los misterios interiores más que conducir una conversación de quejas y súplicas con una divinidad. Una paz íntima se había extendido por su interior, permitiéndole el pleno control de cada sentido necesario para el descenso, pero envolviéndolo en un estado de atemporalidad; de tal forma que bajó por la fachada del edificio sin la ansiedad agotadora que erosionó las fuerzas a su compañero.

Lo cual no quiere decir que cuando por fin llegó a la ventana de la planta inmediatamente inferior al tejado no sintiera un gran alivio.

Sidi, en primer lugar, era un ser humano, sujeto a todas las fuerzas y debilidades humanas, y en segundo lugar, un taoísta. Solo que su sistema de creencias le permitía tratar con más calma los problemas que se le presentaban. No se los evitaba.

Entró por la ventana y permaneció largo rato en el suelo del interior, en apariencia inmóvil mientras se relajaba de los calambres en los dedos de las manos y de los pies, de los músculos de las pantorrillas, de la espalda, de cada músculo. Solo entonces, aún tenso, pero mucho más cómodo, se asomó a la ventana para ayudar a que entrara su compañero.

—*Mae de Deus* —exclamó Tomás mientras se dejaba caer ventana adentro—. Nunca volveré a repetir algo semejante. Estamos locos, ¿me oye, Sidi? *Muito* locos.

El indio asintió. Mientras Tomás se sentaba y se frotaba con energía sus ardientes músculos, Sidi se puso a explorar aquella planta del edificio. Tomás alzó la cabeza, ansioso, a su retorno.

—¿Ha encontrado vuestra merced escaleras?

Sidi negó con un movimiento de la cabeza.

—Entonces, aquí moriré —anunció el español.

—He encontrado un cable abandonado. Podríamos usarlo como cuerda para bajar a la siguiente planta.

—¿Un cable?

El indio asintió.

—Es un material curioso, compuesto de pequeñas fibras de múltiples colores y recubiertas por una sustancia dura, como de caucho; pero parece lo bastante

resistente para sostener el peso de un hombre.

Tomás levantó la mirada y envió un beso a los cielos.

—El Dios verdadero es misericordioso —dijo. Luego se puso en pie gimoteando por sus miembros doloridos—. Enséñeme ese cable, amigo.



Neville y Chillido descendieron de aquel enorme peldaño empleando el mismo procedimiento que habían utilizado para alcanzar su piso superior, solo que esta vez Neville se deslizó por la hebra de seda de Chillido por sí solo y no permitió que ella lo llevara en brazos una segunda vez. Cuando llegó al nivel del suelo, donde los esperaba el cuerpo principal de sus capturadores, observó abiertamente a aquellos seres.

Las ratas eran de veras del tamaño de un caballo. Al acercarse a la que cabalgaba y que parecía ser la líder de la pequeña compañía, no pudo reprimir un escalofrío ante la presencia de un roedor de semejantes dimensiones, domesticado o no. El cuidado pelo blanco y los arreos cascabeleantes no podían disimular el hecho desconcertante de que seguían siendo ratas. Trató de ignorar esa desagradable sensación fijando su atención en la amazona que la montaba. De cerca, la mujer era aún más hermosa de lo que le había parecido desde su anterior posición más elevada.

—¿Tenéis nombre? —inquirió ella.

—Desde luego, *madame*. Yo soy el comandante Neville Folliot, de los Reales Guardias Granaderos, actualmente en permiso, con el objetivo de explorar el África oriental. Mi compañera se llama Chillido.

—Tu título me suena muy militar.

Neville se encogió de hombros.

—Entonces debe usted tranquilizarse, pues le aseguro que estamos perdidos y que hemos penetrado en sus dominios por mero accidente.

—A mí me ha parecido que estabais preparando una emboscada.

—A veces las apariencias engañan —dijo Neville llevándose una mano al corazón—. Confíe en mí cuando le digo que no deseamos ningún mal ni a usted ni a ningún miembro de su compañía. Al oír que alguien se acercaba, no hemos hecho más que retirarnos a posiciones más defensivas. Puesto que en esta tierra somos extranjeros, no teníamos modo de saber si quien cabalgaba hacia nosotros era amigo o enemigo. —Por encima del hombro miró unos momentos a los arqueros que seguían apuntándoles con sus armas—. Y, para ser sincero, debo añadir que aún ignoramos este extremo.

La mujer hizo un movimiento seco y cortante con la mano y los arqueros bajaron sus armas. No obstante, Neville advirtió que ninguno de ellos relajaba la vigilancia.

—Tu historia suena a verdadera —dijo ella—, pero permite que te lo pregunte de

nuevo: ¿estáis del lado de los ren o de los chaffri?

Chillido se adelantó a Neville y contestó por él.

—No estamos del lado de ninguno de los dos, Ser.

La mujer arqueó levemente las cejas al percatarse de que la arácnida era un ser inteligente.

—Sin embargo, sus nombres os son familiares, ¿no?

Chillido asintió.

—Solo hemos oído hablar de ellos a otros seres en los niveles anteriores de la Mazmorra. Como el Ser Neville ya le: ha dicho, nos hemos perdido. Y solo deseamos reunimos de nuevo con nuestros compañeros y proseguir el viaje hacia la Puerta que nos conducirá al noveno nivel.

«Esto es jugar con las cartas al descubierto», pensó Neville, lanzando una mirada amarga a su compañera.

La mujer permaneció callada durante un largo momento, simplemente mirándolos a ambos hasta que Neville comenzó a impacientarse.

—Está claro que tú —dijo ella por fin, señalando a Neville— eres de naturaleza sinuosa.

Neville se puso rígido. «Ya estamos», pensó. Sentía unos deseos enormes de ver lo que la guardia de la mujer estaba haciendo, pero obligó a sus ojos a mirarla con expresión amable y a sostener su mirada directa.

—Me gusta eso en un hombre —agregó.

Neville se relajó y le dedicó una de sus anchas sonrisas, pero ella ya había vuelto de nuevo la atención a su compañera araña.

—Sin embargo —dijo a ésta—, en las presentes circunstancias, aprecio más tu honradez, mi señora... hum... Chillido, ¿no?

La alienígena asintió.

—Chillido es el nombre que este Ser utiliza en el presente, sí.

—Nosotros somos tuanos —dijo la mujer—. Y yo soy la Canción del Viento; y me hago llamar por el nombre de Alyssa.

Ni la raza, ni el título, ni el nombre significaban nada para Neville o Chillido. Pero ella fácilmente podría ser la canción de su corazón, pensó Neville.

—Un título y un nombre tan atractivos como sus encantos, madame —le dijo.

Alyssa volvió la mirada hacia él.

—Sí, estoy segura —dijo. El rastro de una irónica sonrisa matizó sus labios—. Pero, sea como sea, en este momento preferiría tratar otros asuntos. Vosotros sois los primeros seres con quienes nos hemos topado en esta extraña tierra (aparte bichos y cosas por el estilo) con una estatura similar a la nuestra. La mayoría han sido gigantes. Nuestra diminuta talla nos ha ayudado a escapar de muchos peligros hasta el presente, pero también ha entorpecido nuestros intentos de conversar con los seres que hemos ido encontrando.

La mujer hablaba la jerga de la Mazmorra con cierta aspereza, lo cual hizo que

Neville deseara poder comprender su lengua nativa para oírla hablar en ella. Su tonalidad cascabeleante había sido como música para Neville, y su melodía se adecuaba a la perfección a la belleza de Alyssa.

—Nosotros hemos visto pocos gigantes —dijo Chillido recordando los muertos vivientes Señores del Trueno de Tawn—. La mayor parte de las veces hemos tratado con seres de nuestro tamaño, como vosotros. Pero en general no han sido muy amables, no importa cual fuera su tamaño.

—A nosotros nos arrebataron de nuestra tierra natal y nos trajeron aquí en contra de nuestra voluntad. ¿Debemos suponer que os halláis en similar situación?

—Nos hallamos en exacta situación —dijo Neville—. Arrancados de los brazos de nuestros seres queridos y abandonados a nuestra ventura en este lugar infernal.

Alyssa asintió.

—¿Y con qué propósito? Lo único que hemos conseguido descubrir hasta ahora es que hay dos facciones (los ren y los chaffri) en guerra que utilizan la Mazmorra como su tablero de juego, pero apenas hemos logrado saber más salvo su existencia. Pueden ser humanoides o pueden ser —echó un vistazo a Chillido— de aspecto más alienígena, como muchos de los seres con los que nos hemos tropezado; pero una cosa es cierta: para ellos no somos más que lo que las piezas del tablero de juego significan para nosotros en nuestra tierra.

Hizo un silencio como para darles la oportunidad de hacer algún comentario, pero en aquellos momentos Neville seguía más interesado en los encantos de la mujer que en su discurso, mientras que Chillido guardaba sus opiniones para sí.

—¿Os habéis enterado de que puede muy bien haber un tercer bando de jugadores en la partida? —opinó al fin Alyssa.

Neville se interesó en lo que acababa de decir.

—¿Un tercer bando? Aún no sabemos siquiera quién pertenece a los dos bandos y usted ya habla de tres. Entonces, ¿por qué no cuatro? ¿O media docena? ¿O cada individuo un bando?

La líder tuana movió la cabeza con lentitud.

—Me resulta muy difícil decidir si eres tan solo el calavera que pretendes ser o si tienes algún motivo oculto para comportarte de manera tan superficial.

—El Ser Neville puede volverse imposible cuando lo desea —intervino Chillido—, pero creo que en el fondo de su corazón tiene buenas intenciones. Parece ser uno de los que, cuando se halla en una situación que no puede controlar, o la ignora o se la toma a broma.

—¿Tú confías en él? —le preguntó Alyssa.

A Neville no le gustaba en absoluto que hablaran de él como si no estuviese presente, pero no dijo nada. También estaba muy interesado en la respuesta de la arácnida.

Chillido se volvió para mirarlo y luego fijó la vista de nuevo en la líder tuana.

—Confío más en su hermano —dijo—. El Ser Clive no tiene secretos.

—¿Y qué secretos cree usted que tengo yo? —inquirió Neville.

Chillido se encogió de hombros superiores.

—Solo tú lo sabes, Ser Neville.

—Niego... —empezó Neville, pero se interrumpió tan pronto como aquella sonrisa irónica apareció de nuevo en los labios de Alyssa.

—Yo también percibo misterio en tu persona, Neville Folliot —dijo ella—, pero no peligro.

«Espléndido», pensó Neville. Ella lo veía como a alguien excéntrico pero inofensivo.

—¿Unimos nuestras fuerzas? —ofreció Alyssa.

—Nuestro principal interés es encontrar a nuestros camaradas desaparecidos —dijo Chillido.

—Aprecio la lealtad —respondió la jefa tuana—. Cambiemos impresiones. Quizá podamos ayudarnos mutuamente. A encontrar a los camaradas perdidos y a buscar la forma de luchar directamente con los responsables de nuestras penalidades.

¿Ser Neville?, llamó Chillido.

¿Qué desea?, contestó de manera que solo ella pudiera oírlo. *¿Que tome una decisión o que simplemente muestre mi acuerdo con la suya?*

Creía, puesto que somos compañeros de igual estatura, aguda fue la ironía en su discurso telepático, que la decisión debía corresponder a ambos. Creo que debemos ver si los tuanos nos pueden ayudar.

Neville volvió la vista hacia Alyssa de nuevo y suspiró.

—Sería estupendo unir fuerzas con una compañía tan encantadora —dijo abarcando, con un ademán despreocupado, la compañía entera de tuanos y tuanas, pero manteniendo, de modo significativo, la mirada en su líder.

—De veras eres un auténtico calavera —insistió Alyssa—. Creo que disfrutaré de nuestras relaciones.

—¿Cómo? —Neville arqueó las cejas desconcertado.

—Echo en falta a compañeros guasones. Mi propia gente se siente más cómoda si me trata como a una mujer y no como a su sacerdotisa.

Neville y Chillido intercambiaron sendas miradas. «Maravilloso», pensó Neville. Hasta el momento sus relaciones con los diferentes grupos religiosos de la Mazmorra no habían sido muy agradables. Pero ahora era demasiado tarde para eludir su compañía. Sobre todo considerando que los tuanos eran superiores en número.

¡Si Alyssa no fuera tan terriblemente atractiva! El modo como el vestido de gasa se le pegaba al cuerpo...

Desvió la vista y señaló las inmensas edificaciones de su entorno, cada rascacielos un monstruo de la altura.

—¿Todo es tan... aparatoso en este nivel? —preguntó para cambiar de tema.

Alyssa no miró los edificios que los rodeaban, sino que le guiñó un ojo, y aunque en ese gesto no hubiera coquetería, sí hubo una expresión de promesa.

—Eso es algo que estoy segura de que descubriremos con el tiempo —respondió. Era lo que él quería, ¿no?, pensó Neville. ¿Tiempo para probar sus encantos? Entonces, ¿por qué se sentía tan nervioso?



Su tamaño superior les proporcionaba ciertas ventajas, comprendió Clive, superior al menos en relación con su entorno.

Siguieron largas y desiertas avenidas, una tras otra, realizando un trazado serpenteante para esquivar los vehículos abandonados y los montones de cascotes y escombros, hasta que Chang Guafe detuvo su paso ante un ancho tramo de escaleras que conducía al subsuelo.

—Ah —dijo el ciborg—. Esto servirá.

—¿Qué es? —preguntó Clive.

—La entrada a un sistema de transporte subterráneo, un ferrocarril, creo, por la señalización.

«¿Un ferrocarril corriendo bajo las calles?», pensó Clive. «Bien, ¿por qué no?». Con todo lo que habían encontrado hasta allí en su viaje, ¿por qué debería sorprenderse ante nada que hubiesen creado los Señores de la Mazmorra?

—Claro, claro —respondió.

Guafe se volvió para mirarlo. En sus facciones metálicas había lo que Clive solo podía interpretar como una expresión de diversión (si tal cosa era posible), pero el ciborg no hizo comentario alguno. Clive se volvió de nuevo hacia la entrada al ferrocarril.

—Ferrocarril subterráneo —añadió Guafe—. Común como la suciedad, en efecto, a cualquier ciudad auténticamente civilizada. Solo que tenemos un pequeño problema...

Juntos contemplaron los restos de dos vehículos que bloqueaban el descenso en mitad de las escaleras. Estaban tan engarzados el uno con el otro que parecía imposible cualquier intento de paso hacia el otro lado.

—Pero ahora nuestro cuerpo tiene el tamaño que nos permitirá superar una dificultad de tan escasa importancia —dijo Guafe.

—Claro, claro —respondió Clive, que empezaba a sentirse como un juguete mecánico a cuerda, capaz solo de pronunciar unas determinadas palabras y realizar ciertas acciones, las cuales repetía una y otra vez.

Miró de nuevo a Guafe, que parecía estar esperando a que Clive tomase una decisión.

«Ponte al mando de la situación», dijo Clive para sus adentros.

Pero estaba cansado de mandar. Solo tenía que volver la vista unas pocas horas

atrás para ver los resultados de su capacidad como jefe: habían topado con un obstáculo tras otro y ahora la compañía se hallaba esparcida por Dios sabía dónde y quizá por Dios sabía «cuándo».

Todo gracias a sus dotes de mando.

Pero él era un oficial, en permiso, cierto, pero de todos modos un oficial, y nunca había eludido sus responsabilidades.

—Muy bien —dijo, reprimiendo un suspiro—. Veamos lo que podemos hacer para limpiar el camino.

Fue un trabajo duro, agotador, que incluso, con su talla aumentada en relación a los vehículos, podría haber resultado imposible de no haber sido por la fuerza extraordinaria del ciborg. Tardaron casi una hora en abrir un resquicio suficiente entre los dos vehículos para que Guafe pudiera escudriñar, por medio de los suaves rayos que lanzaban sus ojos rubiáceos, la oscuridad del otro lado.

—Por lo que puedo divisar desde aquí, al parecer no hay ningún obstáculo más —informó.

Entonces se toparon con los aspectos negativos de su talla. De haber sido su entorno del tamaño proporcionado al suyo, a ambos les faltaría ya poco para escurrirse por el intersticio. En cambio, ahora les costó otra hora de trabajo duro ensanchar el paso lo bastante para que pudieran cruzarlo.

La singular luz roja que vertían los ojos de Guafe alumbraba solo muy débilmente las escaleras que proseguían al otro lado de los vehículos abandonados, y Clive movió la cabeza en un gesto negativo cuando Guafe se dispuso a proseguir el descenso.

—Necesito más luz que ésa —explicó Clive.

Regresó a la calle, recogió hierbas secas y las trenzó hasta tener unas cuantas antorchas improvisadas. Tres se las metió en el cinturón. Guafe le encendió la cuarta. Golpeó su antebrazo metálico contra una piedra haciendo saltar chispas hasta que la hierba seca prendió. Antorcha en mano, Clive encabezó la marcha una vez más.

El techo era bajo para su estatura, pero podían andar sin tener que agachar la cabeza. El aire, cuanto más descendían, más estancado se percibía. La antorcha de Clive chisporroteaba, vertiendo curiosas sombras a su alrededor y despidiendo una columna de espeso humo negro. Las escaleras giraron dos veces antes de dar a un ancho andén, que a Clive no le pareció muy diferente del de cualquier estación de ferrocarril de su país.

Salvo que aquél era un andén subterráneo.

En una ciudad desolada.

Se acercó al borde del andén y miró hacia abajo, manteniendo la antorcha en lo alto. Y vio claramente que había dos pares de raíles que seguían hacia el túnel de la izquierda y hacia el de la derecha.

¿Qué dirección tomar?

Se volvió hacia su compañero, pero antes de que pudiera formular la pregunta, Guafe habló.

—¡Rápido! Apaga esa antorcha.

—¿Qué?

—¿No lo oyes?

—¿Oír qué? —inquirió Clive. Pero enseguida advirtió qué era lo que había alertado a Guafe porque él también sintió las vibraciones en el suelo bajo sus pies.

Dios santo: venía un tren. Allí, bajo una ciudad muerta, circulaba un tren.

Entonces oyeron su pitido. No era el pitido de un tren de vapor, aquel sonido amistoso, aunque algo solitario, que Clive conocía de viajar en tren por el campo inglés, no. Se parecía más al breve e intenso estallido de una sirena.

Clive tiró la antorcha al suelo, la pisoteó hasta apagarla, y, con Guafe, se retiraron en el mismo instante en que los faros de la máquina aparecían a lo lejos por el túnel de la izquierda.

3

Jake los condujo por una ruta sinuosa a través de la ciudad muerta, siguiendo callejones y callejuelas traseras más que las vías principales. Siempre que tenían que salir a una calle, parecía ponerse nervioso, encogía los hombros estrechamente y hundía la cabeza contra el pecho como una tortuga que tratara de esconder la suya en el caparazón. Annabelle, examinando la sensación general de ruina que se extendía a su alrededor, no podía entender qué era lo que lo preocupaba.

Cierto, había montones de escombros y más de un coche abandonado, por no hablar de camiones y autobuses, que obstruían las calles, pero también había pilas de desechos en la ruta que seguían.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin.

Aquello provocó otra de las miradas ansiosas de Jake.

—Vamos —dijo ella—, que no te voy a morder, y tampoco Finnbogg, a menos que nos estés jodiendo la marrana. Así que suéltalo claro: ¿por qué nos ocultamos por los callejones?

—No quiero toparme con ninguna de las bandas —respondió Jake—. La mayoría están ahora durmiendo la mona o la jarana de anoche, pero a veces se encuentra a algún extraviado o quizás a alguno de los baptistas (los muchachos de John Jota, ya sabe), y a nadie con dos dedos de frente le gusta tropezarse con ninguno de su calaña.

—¿Bandas callejeras? —interrogó Annabelle.

Jake asintió.

—¿Asegurándose de que nadie pise su territorio?

—Eso es, señorita.

—Esos baptistas, ¿son una secta religiosa?

Annabelle estaba pensando en los baptistas de su país: no eran su estilo, eso seguro, pero tampoco se parecían a una banda callejera.

—John Jota es como el nuevo Mesías —explicó Jake—. Al menos lo es si uno escucha lo que dice. Se están preparando para el Tercer Advenimiento.

—¿Tercer Advenimiento? ¿De Cristo?

—Exacto.

—¿Qué ocurrió en el segundo?

Jake hizo un gesto indiferente con la mano, indicando a su alrededor.

—¿A qué diablos cree que se debe esta destrucción?

«Fantástico», pensó Annabelle. Aquello era lo único que les faltaba, otra iglesia militante. Pero eso había sido siempre el problema de los humanos, en cualquier parte

donde se encontrasen. Reúne a unos pocos y pronto maquinan una religión o se inventan algo para adorar. En su país natal eran los cantantes de pop, las estrellas de cine y los evangelistas de la TV... o al menos éstos eran los que gobernaban los cielos de la sociedad occidental.

—¿Tú perteneces a alguna banda, Jake? —le preguntó ella.

—¡Ja! ¿Quién querría a un viejo pedorro como yo? A los únicos que las bandas admiten son a los fuertes y a los guapos. —Meneó la cabeza—. ¿De qué clase de sitio es usted, que no sabe eso?

«¿A los fuertes y a los guapos?», pensó Annabelle.

—De una clase de sitio que después de todo no es tan diferente —contestó—. ¿No se cansa nunca la gente de esa parida de la «ley de la selva»?

—No, que yo me haya enterado —repuso Jake.

—Vaya mierda —masculló Annabelle.

Jake asintió.

—El truco para seguir vivito y coleando es pasar inadvertido. La mayoría de las bandas nos deja en paz, a nosotros los callejeros; pero, de vez en cuando, a tipos como John Jota les viene un ataque y les entran ganas de convertir al mundo entero y entonces hay que esconderse bien bien.

Pareció que iba a decir algo más, pero se interrumpió.

—¿O qué? —inquirió Smythe.

Este había estado andando muy cerca de ellos y había seguido su conversación.

—O uno se entera del auténtico significado de «pasarlas canutas» —repuso Jake.

—¿De qué vivís, tú y la gente de la calle? —le preguntó Annabelle—. O, para el caso, las bandas. No veo nada, ni una tienda, ni un mercado, nada. ¿Qué coméis? ¿Dónde dormís? ¿Dónde conseguís el bebercio?

—Oh, nos las apañamos. Los de Abajo tienen un vertedero no muy lejos de aquí, y siempre se puede encontrar algo si se hurga bien. Tiran comida que apenas ha sido tocada. El bebercio lo obtenemos en las puertas traseras de las tabernas: se hace un favor al amo y el amo ayuda en el riego. Yo barro el local de Casey cada dos noches y así voy tirando. Dormimos en cualquier viejo edificio que las bandas no reclamen para sí, y hay la tira de viejos edificios. La tira de sitios para ir. Y además no somos muchos, ya sabe.

—¿Cómo es eso?

—Nos hacemos viejos, morimos. Los jóvenes que son despachados de Abajo entran a formar parte de las bandas, algunos porque creen que los hace especiales, como si no fueran de Abajo; otro porque se imaginan que es su mejor oportunidad para sobrevivir. Pero no importa mucho por qué elijan hacer lo que hacen. Muchos de los que pertenecen a una banda no van a llegar a mi edad. Ni mucho menos a superarla. Así pues, cada año somos menos los de la calle. —Se encogió de hombros—. Así es tal como van las cosas aquí, nada especial. Es simplemente la vida.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí? —preguntó Smythe.

—Toda mi vida. Me echaron Arriba cuando tenía... oh, supongo que nueve o diez años, y ahora me imagino que tendré unos cincuenta y tres, así que eche cuentas. No me uní a ninguna banda, por eso me expulsaron de Abajo, para empezar. Me las apaño y continuó apañándomelas. —Lanzó una sonrisa torcida a Annabelle—. Una historia triste, ¿no?

Annabelle le echó una mirada y captó su sonrisa.

—Las he oído peores.

Esto lo consoló un poco.

—Sí —dijo Jake—. Yo también. Atención, ya llegamos.

Se detuvo en la boca del último callejón y señaló al otro lado de la calle. Asombrosamente, un cartel de neón rojo con la inscripción *Caseys* parpadeaba encima de la puerta del anodino edificio de ladrillo pardo que allí se erguía. La puerta estaba abierta y, en pie en su hueco, inspeccionando la calle, se hallaba un negro de elevada estatura, con un físico sacado mismamente de las revistas de tíos cachas que divertían tanto a Annabelle y que se encontraban en todos los quioscos de su ciudad. Vestía vaqueros, una apretadísima camiseta sin mangas, botas negras y gafas oscuras.

—Tal vez no fuera tan buena idea —comentó Annabelle.

Si había más como él en el interior (es decir, de aspecto tan robusto y forzado) y ocurría que ellos tres no les caían en gracia, como había ocurrido el noventa por ciento de los casos con los demás moradores de la Mazmorra, bien pudiera ser que se encontraran con graves problemas.

—Ahora ya es demasiado tarde para cambiar de idea —dijo Jake.

—¿Aquél es Casey? —preguntó Annabelle mirando hacia donde estaba el negro, que ahora les hacía indicaciones con el brazo.

—En persona.

—Bien, chicos —dijo Annabelle a sus compañeros—. Vamos a ver a ese señor Jones.

—Creí haber oído que no conocía a Casey.

—Y no lo conozco. Es una broma. Casey Jones era un ferroviario, en el país de donde vengo.

—Bien, pues aquí —repuso Jake—, Casey Jones es, de nuevo, algo diferente.

El viejo paria parecía haber perdido ya todo el miedo a Finnbogg y a cualquiera de ellos, advirtió Annabelle, y eso hacía que la inquietud que le producía aquella situación se incrementase cada vez más.

—¿Vienen? —invitó Jake mientras echaba a andar hacia el otro lado de la calle.



Tomás se encargó de preparar el cable para el descenso a la siguiente planta.

—Resistirá —dijo cuando Sidi se lo enseñó—. Está hecho de lo que Annabelle llama «plástico», ¿no?

—Eso creo —contestó Sidi.

Era una gruesa trenza de cientos de diminutos hilos de cobre, cada uno envuelto en plástico de color diferente, y el conjunto entero recubierto por otra funda, de gran espesor, hecha de caucho negro. El cable estaba enrollado alrededor de una gran bobina de madera, que les llevó una buena media hora arrastrar hasta la ventana. Allí Tomás ató el cabo suelto a una viga que se mantenía firme entre los escombros de una pared caída, utilizando nudos de marinero para asegurarse de que no se soltaría.

Para subir la bobina gigante al alféizar de la ventana, que sin embargo era bajo, tomaron un par de largas varas de madera que otrora habían formado parte de los muebles del edificio y las utilizaron a modo de palancas. Con el sudor que le caía en los ojos, Tomás, una vez hubieron depositado la bobina en el lugar, hizo una señal de asentimiento a su compañero.

—¿Hay algo abajo? —preguntó.

Sidi se asomó por la ventana y miró hacia la calle.

—Nada que pueda ver desde esta altura.

—Adelante, pues —dijo Tomás con un ligero encogimiento de hombros que inclinó la bobina de forma peligrosa, pues estaba en un precario equilibrio sobre el alféizar.

Entonces le dieron un potente empujón y se apartaron rápidamente a los lados. La bobina volvió sobre el marco, salió por la ventana y cayó al vacío. En su descenso, varias veces chocó con estrépito contra la fachada del edificio mientras el cable enviaba un agudo y estridente zumbido al desenrollarse. Y hasta que se inmovilizó y el cable permaneció tenso contra el marco, no se asomaron por la ventana de nuevo para observar el resultado de su trabajo.

El cable oscilaba ligeramente, separándose de la pared y volviendo de nuevo a ella bajo su mirada. Apenas podían localizar el otro extremo, a unas quince plantas abajo. Y, desde aquella altura, era imposible distinguir la bobina.

—Esto ya me gusta más —comentó Tomás. Sidi asintió.

—Como los aparejos de un barco.

—Un poco —repuso Tomás—. Pero lo suficiente para hacer nuestro descenso mucho más fácil, ¿no? Esta vez bajaré yo primero.

Sidi le hizo una ligera inclinación con la cabeza y un gesto de «adelante» con la mano. Sonriente, el español subió al alféizar y agarró el cable con ambas manos.

—No vaya demasiado aprisa, amigo —aconsejó Tomás a su compañero.

Sidi asintió. No era necesario haber pasado algún tiempo entre los aparejos de un barco para saber las quemaduras que producía el roce de las cuerdas.

—Nos veremos abajo —se despidió Tomás.

Aún sonriente, empezó a deslizarse por el cable, despacio al principio, pero pronto lo bastante aprisa para incluso poner nervioso a Sidi.

El hombre sabía lo que estaba haciendo, se dijo para sí cuando Tomás le dirigió un grito de alegría desde abajo. Salvó el alféizar e inició el descenso, no tan veloz como el español, pero lo suficientemente rápido para que Tomás no tuviera que aguardar mucho cuando éste llegara al final del cable.

Sidi advirtió que aquélla era la primera vez que había visto a Tomás auténticamente feliz, a pesar de la gravedad de su posición. Sin duda porque por fin se hallaba en una situación en la que su propia experiencia podía tener alguna utilidad.

¿No era éste uno de los rasgos más característico de la especie humana? Todo hombre deseaba que los demás lo tuvieran en consideración, deseaba verse respetado por los ojos de sus iguales. Era una necesidad vital de la que quizá solo los monjes podían sustraerse.

Dejemos, pues, que sea feliz, decidió Sidi. Dejemos que Tomás tome el mando por un rato. Y ¿quién sabía? Si era cierto que tenía sangre Folliot en sus venas, quizá fuese quien decidiese entre el éxito y el fracaso de toda la banda.



Alyssa demostró ser una anfitriona tan encantadora como cualquier dama londinense, pese a que su salón no era más que un pequeño claro en un bosquecillo de hierbas, hierbas que se alzaban como árboles alrededor de la pequeña compañía.

Neville no mostraba mucho interés por la mera singularidad de los descomunales edificios ni por el tamaño gigantesco de la más simple de las plantas de aquel nivel de la Mazmorra.

La disparidad entre su talla y la del escenario desbarataba todo su sentido de perspectiva. De no haber sido por la agradable compañía de Alyssa, sin duda alguna se habría sentido más irritado de lo que estaba por aquella impresión de insignificancia que le producía un entorno tan desproporcionado.

Pero se hallaba en compañía de Alyssa, y mientras ésta se comportara con tanta coquetería (excesiva para una sacerdotisa), ¿quién iba a quejarse? Mazmorra o no Mazmorra, a caballo regalado no le mires el dentado, en especial cuando iba en un envoltorio tan atractivo como el de la líder de los tuanos.

Alyssa. La Canción del Viento.

¿Qué querría decir exactamente el título?

Alyssa hizo las presentaciones entre Neville y Chillido y el grupo, pero aquella letanía de nombres (Maraja, Tuis, Fenil, Tama, Whies, etcétera) quedaron todos borrosos en la mente de Neville. Las mujeres, que eran tres, aparte Alyssa, los recibieron con calidez; pero los hombres, en especial Yoors, el alto y ceñudo capitán de la guardia de Alyssa, continuó considerándolos a ambos con bastante recelo.

Mientras los soldados vigilaban sus monturas, las damas prepararon una colación,

que distaba mucho de ser la comida de hadas, de pasteles élficos y aguamiel, servida en copas de bellota, que Neville había estado casi esperando; pero su estómago, que ya gruñía de hambre, la agradeció lo mismo. Chillido, por pura cortesía, probó los distintos platos que habían dispuesto, pero comió poco.

—¿No tienes apetito? —preguntó Alyssa.

—Tengo, ¿cómo lo diría?, un metabolismo diferente a los de vuestra especie —repuso Chillido.

—Come moscas —explicó Neville con una sonrisa.

Las mujeres tuanas hicieron muecas y reprimieron sonrisas, pero a Neville no se le escapó la fugaz expresión... de ¿qué?, ¿decepción, quizá?, que vio en los ojos de Alyssa.

No había sido una buena jugada, comprendió. Burlarse del propio compañero no se correspondía con el comportamiento de un caballero, tanto si era en Londres como en aquella maldita Mazmorra.

—Perdón, ha sido un chiste sin gracia y de mal gusto —reconoció. *Lo siento*, añadió en privado para Chillido. *Lo dije sin pensar*.

Rara vez piensas, replicó la arácnida con algo de amargura.

Neville asintió.

Me lo tengo bien merecido.

Pero si Chillido no fue tan rápida en perdonar, Alyssa, en cambio, lo recompensó con una sonrisa.

—Así pues —recomenzó Neville decidiendo llevar la conversación a un terreno más seguro—, ¿llevan ustedes una vida nómada? No he podido evitar percatarme de la carga que llevan sus..., hum..., monturas. Veo que están muy bien equipadas para un simple picnic.

—Las llamamos silvers —dijo la líder tuana.

—¿Cómo?

—Nuestras monturas. Las llamamos silvers. Y ciertamente no tienen nada que ver con las alimañas que infestan esta ciudad.

—Nunca lo pensé —repuso Neville—. Pero volviendo a mi pregunta...

Pensó en lo que los recopiladores de cuentos populares llamaban hadas y elfos, porque aún no podía disociar a sus anfitriones de los seres mágicos que poblaban los cuentos de su niñez. Pero entonces, ¿cómo debía considerar a Chillido y a él mismo, cuando ellos dos y los tuanos eran del mismo tamaño?

Quizá, pensó con una media sonrisa, Chillido y él habían caído en el País de las Hadas. Tal vez la Mazmorra no fuese más que eso, y los hombres que habían desaparecido del mundo durante años, años que en el mundo real solo duraban un día, era porque habían quedado atrapados en los juegos de los Señores de la Mazmorra.

Al recordar a sus capturadores, volvió de nuevo la atención a Alyssa, a quien era mucho más agradable contemplar.

—¿Llevan ustedes una vida errabunda? —insistió.

—Oh, no —comenzó Alyssa—. Nosotros...

Yoors, el capitán de la guardia, la interrumpió, cortés pero firme.

—Mi señora, por favor. Son extranjeros. No sabemos nada de ellos.

Neville había estado observando al hombre durante toda la comida, cada vez más molesto por la demasiado evidente actitud de recelo hacia ellos.

—¿Ya estamos otra vez en las mismas? —exclamó Neville.

Se levantó de donde estaba sentado con las damas, y se fue a plantar frente al capitán. La expresión ceñuda de Yoors se ensombreció más aún; y se llevó la mano a la empuñadura del arma al mismo tiempo que también se ponía en pie.

Neville se fijó en el movimiento.

—¿Me está usted amenazando, señor? —preguntó con una voz súbitamente suave. ¡Neville, no!, le transmitió Chillido.

Manténgase al margen, fue la respuesta de Neville. *Esto es entre el bueno del capitán y yo, y no le concierne.*

Neville volvió de nuevo la atención al capitán tuano.

—Os lo advierto —dijo Yoors—. Sois extranjeros y hasta que demostréis vuestra fidelidad, permaneceréis bajo...

—Sus advertencias me traen sin cuidado —dijo Neville.

Una delgada sonrisa carente de alegría apareció en los labios de Yoors.

—Y a mí toda tu persona.

Ninguno de los dos vio a Alyssa levantarse, y cuando habló solo la oyeron a medias:

—Me parece que esto ha ido ya demasiado lejos..., los dos, aquí, pavoneándose como dos pollos...

—Al contrario, *madame* —murmuró Neville—. La discusión no ha hecho más que empezar.

La mano con que acostumbraba blandir el sable se desplazó con suavidad hasta posarse en la empuñadura del sable, pero antes de que pudiera desenvainar la hoja, la voz de Chillido resonó tan atronadora en el interior de su cabeza que Neville casi se llevó las manos a los oídos.

¡Este no es momento!

Neville se volvió hacia ella.

¿Quiere mantenerse al margen?, le gritó por telepatía.

Detecto peligro, y acercándose muy deprisa.

Lo cual calmó a Neville al instante.

¿Dónde? ¿Qué?

Antes de que Chillido pudiera responder, Neville sintió que una mano lo asía por el brazo y le hacía girar con brusquedad: entonces se encontró de nuevo frente a frente con Yoors, el rostro del tuano a centímetros del suyo.

—Nadie me da la espalda antes de que...

De un golpe seco Neville se liberó de aquella mano. Y cuando Yoors iba a agarrarlo de nuevo, Neville le propinó un gancho de derecha en la barbilla que lo tumbó en el sitio.

Los hombres de Yoors tomaron las armas y rodearon a Neville; de inmediato colocaron flechas en los arcos. Las mujeres se retiraron de la parte central del claro donde habían estado sentadas con Neville, todas salvo Alyssa, quien permaneció en su lugar mirándolo con estudiada preocupación. Neville levantó las manos con las palmas hacia fuera.

—Esto es entre el capitán y yo —explicó—. Y antes de que actúen con precipitación, mi compañera, aquí —y señaló a Chillido con la cabeza—, me avisa de que hay asuntos más apremiantes. *Mejor que sean buenos*, añadió para ella.

—Se aproxima una especie de perro —dijo Chillido a todos con su voz cliqueteante.

—¿Estás segura? —preguntó Alyssa.

—Bastante. ¿Son malas noticias, Ser Alyssa?

—De las peores. —Se dirigió a los suyos—: ¡Rápido! ¡Montad!

Neville quedó un momento extrañado ante el pánico que se extendió entre los tuanos; pero enseguida comprendió el motivo. Si el perro que se acercaba estaba en consonancia con las proporciones de la ciudad, era clarísimo que tenían ante sí un grave contratiempo.

Extendió la mano hacia Yoors para ayudarlo a levantarse. El capitán le lanzó una mirada llena de odio pero la tomó. Neville tiró presto de él y Yoors se puso en pie. En breves momentos los tuanos estuvieron a lomos de sus monturas.

—¡Neville! —gritó Alyssa agitando el brazo para que corriera hacia su silver, que ella ya cabalgaba.

Nadie ofreció montura a Chillido, advirtió Neville, pero la arácnida ya se había escabullido hacia la maleza del tamaño de un bosque. Y permaneció escondida allí, con un pelo-púa en cada mano.

Neville echó a correr hacia Alyssa. Se oyó un estrépito en el aire (el ruido de algo enorme abriéndose paso entre los matorrales) y una potente vibración en el suelo. Neville vio que Alyssa abría unos ojos desorbitados y supo que era demasiado tarde para huir con ella.

—¡Váyase! —le gritó Neville—. ¡Corra!

Entonces Neville se volvió, empuñando el sable, para hacer frente a la monstruosidad que se precipitaba hacia el claro.

Según la escala de la ciudad, no era más que un perrito mestizo, al menos, en parte, terrier, aunque no sabía de qué otra raza podía ser además. Y medio muerto de hambre. Con un destello feroz en los ojos. Un animalucho sucio e inofensivo que un hombre correspondiente a su talla alejaría de una patada sin pensárselo dos veces, sin dificultad alguna.

Para Neville, aquel maldito animal era como mínimo del tamaño de dos elefantes,

y sabía que no tenía absolutamente ninguna oportunidad en un combate cuerpo a cuerpo armado solo con un sable. Era como un ratón atacando a un gato con una aguja por espada.

Tampoco serviría de nada huir. El monstruo lo atraparía antes de que alcanzase a dar un par de pasos.

Así pues, lo único que podía hacer era quedarse y luchar.

La criatura se detuvo al borde del claro, gruñéndole. Era probable que se viese desconcertada, pensó Neville, ante el coraje de algo tan pequeño.

—¡Vamos, pues! —le gritó.

Curiosamente, Neville descubrió que, al mismo tiempo que se disponía a defenderse, dedicaba un pensamiento a su hermano: «Espero que el destino te trate mejor que a mí, hermanito».

Luego el perro atacó.



Clive tenía sus propios problemas.

Oculto en las densas sombras que ennegrecían los extremos del andén de la estación, se abrió otro pasillo, muy parecido al de las escaleras por las que habían bajado, solo que éste seguía en el plano horizontal. Con la débil luz roja que lanzaban los ojos de Guafe apenas podían ver un par de metros hacia su interior, pues en este punto doblaba en una esquina. Para entrar en él tuvieron que agachar ligeramente la cabeza, pero había suficiente espacio y Clive creía que podrían, con facilidad, evitar ser descubiertos.

A menos, claro, que aquel pasillo en concreto fuese el destino de los viajeros de aquel tren subterráneo.

Se volvió para anunciar esa preocupación a su compañero, pero entonces el convoy entró en la estación con gran estrépito. El ruido de su llegada le segó toda esperanza de hacerse oír.

Clive se quedó boquiabierto mirando la máquina.

No se asemejaba en nada a la de los ferrocarriles de su país, Inglaterra. Tenía unas formas lisas, suaves, alargadas. El motor parecía estar alimentado por algo diferente a carbón o madera; de hecho, Clive dudaba de que fuera una locomotora de vapor.

Arrastraba tres vagones de viajeros. Tan pronto como el tren se detuvo, se encendieron lámparas de luz en el techo de cada coche, inundando la estación con una claridad tan brillante que Clive tuvo que retraerse del lugar desde donde se asomaba frotándose los ojos.

Pero le había dado tiempo, antes de adentrarse en el pasillo, de ver a los pasajeros que bajaban de los vagones: eran hombres en blancos trajes holgados, con una especie

de casquete redondo de cristal que envolvía su cabeza (¿cómo respirarían?, se preguntó) y grandes mochilas en la espalda.

—¡Desplegaos! —ordenó una autoritaria voz masculina—. No pueden andar lejos.

Hablaba en la lengua de la Mazmorra, con un acento extraño, cierto, pero lo suficiente similar al de Clive y Guafe para que pudieran entender lo que decía. La cualidad de su voz tenía algo de sonido hueco, como si estuvieran hablando por algún radiotransmisor, como los que Clive recordaba de la ciudad perdida de Dramara.

—Esto —dijo Clive— nos brinda la oportunidad de saber adonde conduce este pasillo.

—Demasiado tarde para salir de exploración —replicó el ciborg.

Clive lo miró extrañado, pero enseguida advirtió que en la boca del pasillo se hallaban varios hombres de traje blanco. Algunos llevaban lo que era, con toda seguridad, un arma. Uno de ellos apuntó hacia Clive y Guafe un instrumento que, por medio de un cable, iba conectado a una cajita metálica sujeta a su cinturón. La cajita emitió un silbido estridente, agudísimo.

—Fijaos en su tamaño —dijo uno de los hombres. Y su voz también sonó hueca.

«¿Tamaño?», pensó Clive por un instante. Pero el hombre tenía razón. Guafe y él les doblaban en talla y estatura.

Guafe entrelazó sus dedos con los de Clive, restableciendo el contacto telepático que Chillido había tejido entre todos los del grupo.

«¿Nos quedamos y luchamos?», le preguntó.

¿Reconoce las armas que llevan?, repuso Clive.

Parecen ser sofisticados láseres manuales. Tendría que inspeccionar más de cerca las particularidades del artefacto antes de arriesgarme a dar una descripción más exacta.

¿Son mortales?

Sí, creo que podemos suponerlo.

«Perfecto», pensó Clive. Primero habían quedado separados del resto de la compañía, y ahora estaban siendo amenazados por una banda de enanos. O quizá, puesto que se hallaban en el subsuelo, debería decir kobolds, diablejos de las minas.

Clive extendió los brazos hacia adelante en un signo amistoso. Los hombrecitos se retiraron unos pasos.

—No queremos hacerles daño —les dijo Clive.

En aquel momento llegó otro de los hombrecitos, al cual los demás saludaron con respeto. Evidentemente era el jefe, concluyó Clive. Éste se aclaró la garganta para hablar otra vez, pero el hombre lo ignoró y se dirigió al que llevaba la cajita de los silbidos sujeta al cinturón.

—¿Lecturas?

—Muy dentro del rojo, señor.

El jefe al fin se volvió hacia Clive y Guafe.

—Tendréis que venir con nosotros —les dijo.

—¿Quién es usted? —exigió saber Clive—. ¿Qué quiere de nosotros?

—Contestaré a todas las preguntas que crea pertinente contestar, pero solo después de que hayáis pasado por el proceso de descontaminación.

—¿De qué se supone que estamos contaminados? —inquirió Guafe.

—Radioactividad.

El ciborg negó con la cabeza.

—Imposible. Mis lecturas nos sitúan dentro de la más estricta zona de seguridad.

—Entonces, tus cálculos están equivocados, ciborg. —Y dejó de mirar a Guafe para volver la vista a Clive—. ¿Vendréis sin oponer resistencia o tendremos que administraros un sedante?

Clive volvió a coger la mano de su compañero para hablarle en privado por la red neuronal.

¿Sedante?, interrogó.

Un compuesto para hacer dormir.

Clive frunció el entrecejo.

—Iremos sin oponer resistencia —comunicó al líder de los hombrecitos—. *Al menos así tendremos ocasión de intentar escapar más tarde*, añadió para el ciborg.

Guafe le transmitió un asentimiento mental.

Y puede que tengan noticias de los demás.

No había pensado en eso, confesó Clive.

—Me alegra que hayáis decidido con sensatez —les dijo el jefe de los hombrecitos—. Ahora, si los sarasas quieren dejar de cogerse las manos y salir de ese pasillo, sin hacer nada malo y despacito, podremos proseguir con las tareas.

¿Sarasas?, interrogó Clive.

Al parecer, un comentario despectivo, da impresión que deduzco es que cree que somos novios.

Clive soltó las manos de su compañero como si hubiera estado cogiendo un hierro al rojo vivo.

—Le agradecería que se guardase los insultos para usted —espetó al jefe de sus capturadores—. Soy un caballero inglés y miembro del Quinto Regimiento de la Guardia Montada Imperial de Su Majestad. No tolero insinuaciones ni calumnias sobre mi vida sexual.

—¿Me agradecerías? —repitió el jefe—. ¿Qué te parece si te agradezco que mantengas el pico cerrado y hagas lo que te dicen y basta? ¿Crees que podrás hacerlo?

—Somos sus prisioneros —dijo Clive con sequedad—. ¿Tenemos acaso otra elección?

El hombre se encogió de hombros.

—Primero que os descontaminen; luego ya decidiremos vuestra situación, tío. Andando.

4

—Vaya, vaya —dijo Casey cuando Annabelle y sus compañeros cruzaban la calle hacia donde se encontraba él—. ¿Qué tenemos ahí?

Estaba apoyado en el quicio de la puerta de su local y los miraba con ojos soñolientos por encima de la montura de sus gafas. Una pose realmente informal, pensó Annabelle, pero no se dejaría engañar ni por un momento. Tras aquellos ojos aletargados, el propietario del bar los estaba observando con una dura mirada.

—¿Sangre nueva? —añadió.

Annabelle asintió.

—Supongo que se podría expresar así.

A esto iba a agregar (solo para poner las cosas en su sitio, para saber con toda exactitud qué terreno pisaban) que..., pero entonces la música que salía por la puerta abierta a espaldas de Casey atrajo su atención. Era una música muy familiar, al menos lo era para alguien como Annabelle, que estaba al corriente de aquel sonido San Francisco de finales de los sesenta que tenía un *revival* cada diez años. Guitarra, bajo, teclados y batería interpretaban aquella especie de antiguo y limpio pop, con aquel toque de psicodelia que los viejos músicos le habían dicho que era imposible imitar a menos que uno hubiera vivido los días del poder de las flores, del amor libre y de todo el rollo hippie. Y, dominando sobre los instrumentos, una mujer que cantaba acerca de una píldora que podía hacerlo grande a uno, de una píldora que podía hacerlo pequeño a uno...

—¿A quién tienes tocando ahí? —preguntó.

Casey se encogió de hombros.

—Una banda nueva, que acaba de subir de Abajo.

—Suenan casi como los Airplane mucho antes de que llegasen al estrellato.

—No sé nada de ningún estrellato —respondió Casey—, pero esta noche tenemos a los Airplane, sin ninguna duda^[1].

Claro que no podían ser los auténticos, pensó Annabelle. Imposible. Pero era curioso lo bien que imitaban a los auténticos Jefferson Airplane de su propio mundo. Podría jurar que quien cantaba era Grace Slick, que Marty Balin la apoyaba en las estrofas, que Paul Kantner y el resto de la banda... Annabelle poseía una cinta de casete de sus actuaciones en vivo, de alrededores de 1968, y ¡que le partiera un rayo si aquello no sonaba igual a una de las melodías grabadas en su cinta!

Claro que aquello era la Mazmorra, ¿no? Cualquier cosa podía suceder, ¿no?

¡Pero los Jefferson Airplane tocando en un antro que parecía sacado del mismo

Bronx Sur...!

Bien, ¿por qué no, Annabelle? Le vino a la memoria Náufrago Fred. Si estuviera allí... ¡no disfrutaría ni nada!

Entonces pensó en lo que estaba diciendo. ¿Si Fred estuviera allí? Cristo, el tío ya habría regresado a casa, donde todos deberían estar. Donde podrían estar de no haber sido por culpa de Finnbogg.

Lanzó una mirada fulminante al perro enano antes de volver de nuevo la atención hacia el propietario de aquel local.

Casey le dedicó una sonrisa que mostró toda la dentadura.

—Habéis llegado un poco pronto para el *show*. ¿Por qué no volvéis cuando oscurezca?

Al mismo tiempo que él habló, la banda percutió un verso que hablaba de Alicia reducida de tamaño, y entonces Annabelle supo qué canción era la que estaban tocando. *Conejo Blanco*. Vale. Las aventuras de Alicia en psicodelia. Apenas acababan de pasar a través del espejo hacia el siguiente nivel de la Mazmorra y se encontraban con esto.

Ya era demasiada coincidencia.

—No están aquí para ver el *show* —intervino Jake—. La señorita quiere que le hagas una prueba. Ella y sus compañeros buscan comida y equipamiento y quieren pagar con una actuación.

Casey los estudió a los tres largo rato. Sus ojos se detuvieron primero en Smythe, que mantenía cerrada su capa con un puño sucio, cuyas piernas desnudas salían por debajo de ella y que andaba por el pavimento con los pies descalzos; luego escrutó a Finnbogg, casi tan ancho como alto, que exhibía una gran hilera de dientes y un par de enormes colmillos que se erguían de su mandíbula inferior; y finalmente miró a Annabelle, vestida de cuero.

—Este establecimiento es estrictamente musical —dijo Casey—. Creo que deberíais mirar otros locales de los Tugurios.

—¿Qué diantres quieres decir con esto? —exclamó Annabelle.

—Quiero decir lo que he dicho. No veo instrumentos por ninguna parte, chica, y aquí no ofrecemos otro tipo de actuaciones. Nuestra clientela viene a oír música, así de simple. ¿Quieres que te lo ponga más claro?

Annabelle no pudo sino echarse a reír. Cuando recordó sus temores iniciales de caer en las garras de algún macarra comprendió que tenía bien merecido que Casey se hubiera imaginado lo que se había imaginado. Karma. Annie había pensado mal del chico antes de conocerlo, y aquí él le devolvía la pelota al pensar que el número que los tres realizaban era una especie de retorcido *ménage a trois*.

—No le veo la gracia.

Annabelle sacudió la cabeza.

—Tendrías que haber estado aquí —dijo—. En mi cabeza.

—Ya. Bien, tengo cosas que hacer. —Y se subió las gafas.

Iba a dar media vuelta cuando Annabelle lo cogió por el brazo.

—Oye —dijo Annie—. Todo ha sido un mal entendido. Hemos tenido unos días muy malos y necesitamos un poco de ayuda. Mi amigo aquí presente necesita ropas nuevas y a todos nos hace falta algo de comer, por no hablar de las indicaciones precisas para salir de este lugar. Yo soy cantante, y muy buena; al menos eso es lo que me decían en la tierra de donde vengo. ¿Podrías darnos una oportunidad?

Casey hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Salir de Abajo es muy fácil. Regresar es algo totalmente distinto.

—De donde somos queda un poco lejos de los barrios de esta ciudad, Abajo, Arriba, Tugurios o cualquier otra parte de ella que te apetezca nombrar.

—Vamos a ver pues: ¿de dónde sois?

—¿Podríamos hablar dentro? Me gustaría mucho echar un vistazo a la banda. De donde vengo, es como una leyenda.

Casey bajó de nuevo sus gafas. Entrecerró los ojos y volvió a estudiar a Annie.

—¿Te refieres a los Estados Unidos de América?

Annabelle asintió.

Esto arrancó otra sonrisa dentada a Casey.

—Bueno, joder, ¿por qué no lo decías antes? —Se hizo a un lado para dejarles paso por la puerta—. Venga, entrad.

«¿Así de fácil?», se preguntó Annabelle. Pero le tomó la palabra y entró. Smythe y Finnbogg dudaron un segundo más y luego la siguieron.

—¿No es estupendo? —comentó Casey, cerrando la comitiva con Jake—. Por fin tenemos a otro americano..., americana, en este caso.



El cable se terminaba a medio camino entre dos plantas. Tomás trepó de nuevo, hacia las ventanas de la planta superior, y se sentó en el alféizar de una de ellas con las piernas colgando en el vacío para esperar que Sidi llegase hasta él. El indio lo alcanzó en breves momentos y tomó asiento junto a su compañero. Miró hacia abajo y vio que la calle les quedaba aún a unas cuarenta plantas.

—¿Has comprobado si hay escaleras? —le preguntó.

Tomás negó con la cabeza.

—Llegué aquí justo antes que vuestra merced.

Continuaron sentados en silencio unos momentos, observando la ciudad, gran parte de la cual se extendía bajo ellos desde la base de su posición en todas direcciones. Los rascacielos más altos se hallaban más bien a sus espaldas. Frente a ellos aparecía una zona de la ciudad que tenía el aspecto de haber sufrido los efectos de una gran catástrofe, puesto que muchas de las edificaciones se habían desplomado

en vertical, creando así un ondulado paisaje urbano de edificios truncados y escombros. Si miraban de izquierda a derecha, podían comprobar que su rascacielos se hallaba al borde de aquella zona de desolación.

—Esos edificios son como montañas —comentó Sidi.

Tomás asintió.

—*Sim.* —Señaló ante sí—. Y ahí están sus estribaciones.

Sidi se puso en pie. Volvió la cabeza, atrás y observó el interior del piso. No hizo intención de entrar.

—¿Adonde ahora? —interrogó.

Al levantar Tomás la vista sorprendido, Sidi mantuvo su expresión afable. Si dejaba que el español se enterara de por qué lo animaba a tomar el mando, echaría por tierra el objetivo entero del esfuerzo.

—¿Adonde? —repitió Tomás.

Sidi asintió. Observaba a Tomás; éste se hallaba junto a él con una expresión en el rostro más segura de la que había tenido en cualquier otro momento de su viaje por la Mazmorra.

—Buscaremos una escalera —dijo Tomás— o más cable, ¿le parece?

Sidi sonrió y contestó:

—*Sim.*

El interior de aquella planta del edificio era más oscuro que el del ático. Aunque en el exterior el sol continuaba invisible tras la capa de nubes grises, el día estaba creciendo. La luz caía uniforme del cielo, definiendo las sombras de dentro.

—Si tuviéramos una antorcha... —dijo Tomás.

Sidi asintió.

—O los ojos de Chang Guafe.

Dejaron la ventana y se adentraron en el edificio, pronto ambos hombres quedaron paralizados. Algo se estaba moviendo en la oscuridad que tenían ante sí.



En una situación semejante, la discreción era la parte más importante del valor. Neville lo creía firmemente. Era solo de simple sentido común que un hombre se retirase ante la posibilidad de la derrota, si podía. Por otra parte, el mayor de los Folliot no era un cobarde. Con una pared a la espalda y ningún lugar adonde correr para refugiarse, podía volverse tan feroz como una leona defendiendo a su carnada.

Así pues, cuando el perro salvaje cargó contra él (seguro que el monstruo pesaba tres toneladas) se mantuvo en el sitio hasta el último instante posible. Hasta que las descomunales mandíbulas estuvieron casi encima de él, no saltó a un lado, asestando al mismo tiempo un golpe con su sable.

La criatura mordió el aire con un estrepitoso chasquido de dientes. Y, al sentir la herida del sable en su hocico, soltó un gañido penetrante y agudísimo. El animal empezó a dar vueltas sobre sí mismo, sacudiendo la cabeza, despidiendo una lluvia de sangre.

Neville echó un rápido vistazo hacia los matorrales altos como árboles que rodeaban el claro, donde los tuanos, sin desmontar, se habían ocultado; desde allí observaban el desenlace de la escena.

Demasiado lejos para ni siquiera intentar alcanzar su posición.

El pelo del perro, inmóvil ya a cierta distancia de Neville, se crispó de furia y un retumbante gruñido salió de lo más hondo de su pecho, con tanto volumen como para ser confundido con un trueno. Neville se desplazaba de lado lentamente, en un sentido y en otro; se sentía como un matador del tamaño de un ratón en una plaza de toros de tamaño natural, todo ventajas para su gigantesco enemigo.

«Solo quiere una cosa», pensó Neville con su humor negro. «Para la cena de esta noche, no quiere buey a la Wellington, sino Folliot a la Wellington. Recién hecho. Y utilizando los ingredientes más selectos, claro».

El perro seguía todos sus movimientos, acercándose más a cada paso. La sangre aún goteaba de su herida en el morro, pero ya no prestaba atención al dolor. Todo su interés se centraba en la minúscula criatura que lo había picado.

—Supongo que no sería tan amable de desangrarse hasta morir, ¿verdad? — preguntó con voz suave al animal.

El perro, como única respuesta, atacó.

Ignorante del grado de inteligencia del animal, Neville no quiso repetir su truco anterior. Esta vez él también arremetió, lanzando a pleno pulmón un furioso alarido de guerra y blandiendo el sable. A pesar de la insignificancia del ruido y del reducido tamaño del espadachín, el perro se amilanó ante la bravura de Neville.

El animal, a medio camino de su embestida, decidió evitar el choque y trató de desviar su carrera.

Bien, ¿no se decía que los ratones asustaban a los elefantes?, pensó Neville.

El mayor de los Folliot, en lugar de retirarse, prosiguió su propia carga, llegando lo suficiente cerca del perro como para hincarle el filo del sable en una pata delantera, en el momento en que el animal se escabullía a un lado. El perro soltó otro gañido, y luego otro.

Este segundo grito intrigó a Neville, pero solo hasta que vio que Chillido había acudido en su ayuda. La araña había clavado tres de sus pelos-púa como banderillas en el hocico del monstruo. Dado el dominio de la bioquímica por parte de Chillido, Neville no dudaba de que habría impregnado las púas con el veneno de máximo efecto, pero a causa del enorme tamaño del animal, no le produjeron daño alguno. No obstante, bastaron para desconcertarlo un poco más. Luego, a una orden de Alyssa, la guardia tuana salió cabalgando y rodeó a la criatura a lomos de sus silvers, cual un raro y absurdo espectáculo de elfos beduinos.

Desde sus monturas empezaron a disparar con sus arcos hasta que la cabeza de la criatura quedó literalmente erizada de saetas. Por cada punzada de cada diminuta flecha, soltaba un gañido y sacudía la cabeza a un lado y a otro, mordiendo con estrepitosos chasquidos de dientes hacia los jinetes élficos. Pero, finalmente, un proyectil alcanzó un ojo de la bestia (la flecha debió de partir del arco de Yoors, advirtió Neville con algo de amargura) dejándola ciega de aquel costado.

Aullando, el enorme terrier huyó a toda carrera por entre los matorrales.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Neville blandiendo el sable por encima de la cabeza—. ¡Ha huido con la cola entre las patas!

Alyssa se le acercó con su silver.

—¡Rápido! —exclamó—. Monta.

—Pero si lo hemos ahuyentado —dijo Neville—. ¿A qué viene tanta prisa?

Antes de que la sacerdotisa pudiera responder, una serie de ladridos se levantaron de todas partes.

—Porque —agregó Alyssa refiriéndose al sonido de la jauría—, esos perros nunca cazan solos.

«Claro que no», pensó Neville. «Claro que no, maldita sea».

Envainó su sable. Cogió carrerilla y de un salto se subió por detrás a lomos de la montura. Un momento después tenía ya abrazada con firmeza la cintura de la sacerdotisa y aplicaba el pecho contra la espalda de ella. Aquella proximidad con Alyssa le llenó la pituitaria del aroma de las flores de manzano y de las rosas que colgaban de su cuerpo. Hebras de su pelo plateado le hacían cosquillas en la mejilla.

¡Poder disfrutar solo del calor de su proximidad, pensó Neville, sin el fastidio de preocupaciones apremiantes, tales como la simple supervivencia! Si sobrevivían, se permitiría aquel lujo. Hasta entonces...

Miseñora Chillido, llamó por la red neuronal que ahora compartía con la araña, ¿puede seguir nuestro paso con sus medios de locomoción?

No temas por mí, Ser Neville, contestó ella. Y tras un momento en silencio añadió: *Pero gracias por tu interés.*

Los aullidos eran cada vez más fuertes. No..., solo era que los perros estaban cada vez más cerca.

Alyssa hundió los talones en los flancos de su silver y la compañía entera arrancó al galope, atravesando cuales sombras escurridizas el gigantesco bosque de hierbas.



En el interior del vagón del tren no se experimentaba sensación de movimiento. Tampoco se oía sonido alguno excepto los que hacían los hombrecillos al moverse en sus asientos. Dentro del coche solo había, a modo de mobiliario, dos largos bancos

colocados a lo largo de cada pared lateral. Clive y Guafe se sentaban en un costado, y sus capturadores frente a ellos. Desde el techo, luces situadas en el interior de largos paneles de cristal proporcionaban el alumbrado. Las ventanas eran opacas, de tal manera que no se podía ver nada del exterior.

Los hombrecitos guardaban la distancia. Mantenían sus desconocidas armas apuntadas a Clive y a su compañero, y se negaban a conversar, a pesar de todos los intentos de Clive por arrancarles algunas palabras. Al final Clive se volvió hacia Guafe, pero éste parecía haber cerrado sus sistemas, dejándolo a solas con sus pensamientos, que fueron su única compañía en el viaje.

Era inútil especular acerca de los motivos que tenían aquellos hombrecillos para apresarlos, comprendió pronto. La principal dificultad para intentar descubrir las intenciones ocultas de cualquier ser de la Mazmorra, de cualquier nivel que fuera, se le había hecho evidente mucho tiempo atrás. Cada especie de seres estaba dotada de unos procesos mentales tan ajenos a su mundo (por más que su aspecto se pudiera asemejar al de los hombres de la Tierra) que cualquier tipo de conjetura era vana. Lo único que tenían en común los distintos elementos era la misma Mazmorra... y la trama subyacente de un complot, que parecía existir solo para confundir a su familia.

Fue en aquel momento cuando advirtió que cada grupo en que se había dividido su compañía original para pasar a través del espejo tenía entre sus componentes a un miembro de la familia Folliot, es decir, si las sospechas de Annabelle acerca de los orígenes de Tomás tenían fundamento real.

Pero ¿era seguro que hubieran decidido quién iría con quién por voluntad propia?

Así lo había parecido, pero ahora Clive tenía la impresión de que no era solo una desafortunada coincidencia. La coincidencia como tal no parecía tener existencia en la Mazmorra. Otra vez percibía la mano de los Señores de la Mazmorra en el asunto. Cómo habían manipulado las decisiones, no podía siquiera adivinarlo, pero seguro que tenía que ser obra suya.

¿Cómo les iría a los demás? ¿Habrían llegado juntos a un lugar, o estaban separados en cuatro grupos, y se enfrentaban a solo Dios sabe qué tipo de adversidades?

Considerando la mala fortuna de sus experiencias hasta entonces, no cabía duda de que se hallaban en la segunda de las opciones.

Hubiera deseado que la red neuronal en que Chillido los había incluido pudiese operar sin la necesidad del contacto físico. Él ya no necesitaba tal contacto para comunicarse con la misma Chillido. Pero había intentado entablar comunicación con ella varias veces desde su llegada a aquel nivel a través del espejo (de lo cual había sido capaz en el nivel anterior), y no había recibido respuesta. Era como si el enlace entre él y Chillido nunca hubiese existido.

O peor: como si a los demás les hubiese ocurrido algo malo. Algo mucho peor que el aprieto en que se encontraban él y Guafe en el presente. Solo con que pudiera llegar a tomar contacto con la mente de la arácnida, o con la de Annabelle, solo con que al

menos supiera que se hallaban a salvo, sufriría su propia cautividad con mucha más resignación. Pero tal como estaban las cosas, tenía que considerar no solo cómo salir él y sacar a Guafe de la situación en que se hallaban, sino también cómo reunir de nuevo al resto de la compañía.

La tarea (desde su perspectiva actual) parecía sin esperanza alguna. No había duda de que cuando llegaran a su destino, se encontrarían frente a otro doble de su hermano Neville. O de su padre. Clive rechinó los dientes. ¡Si fueran los auténticos Señores de la Mazmorra! Si le permitieran nada más que unos momentos a solas con ellos, con un buen sable en la mano, les sacaría la maldita verdad a golpes o les cortaría...

El jefe de los que Clive había llamado para sí kobolds entró entonces en el vagón, interrumpiendo lo que había empezado como una muy agradable fantasía.

—Bien, amorcitos —les informó el jefe—. Final de trayecto.

Guafe, junto a Clive, volvió a entrar en funciones. Se puso en pie y los círculos rojos de sus ojos brillaron. Clive se levantó también.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Clive al jefe—. ¿Qué quieren de nosotros?

—Nosotros somos personas auténticas, no monstruos.

Clive le lanzó una mirada fulminante:

—No somos...

—Cállate y haz lo que te dicen, y no tendrás problemas.

Clive avanzó decidido hacia él, pero cuando los kobolds levantaron sus armas detuvo su arremetida de inmediato. El paso de la posición de guardia relajada a la posición de una naturaleza más amenazadora fue rápida como el pensamiento. Clive permaneció rígido y tenso, con los puños apretados con fuerza a los costados.

—Venga, hombre —dijo el jefe—. Estate tranquilo y pórtate bien.

Los condujeron fuera del vagón, a otro andén; éste no se parecía en nada al de la estación desierta en donde habían subido al ferrocarril subterráneo. La zona estaba iluminada con luces enceguedoramente brillantes empotradas en el techo. El piso del andén era tan liso que relucía. Otro grupo de hombrecitos estaban aguardando, también todos vestidos con aquellos trajes blancos y con las esferas de cristal en la cabeza.

Desde el andén enfilaron un largo pasillo que los llevó al final a una pequeña cámara cuadrada.

—Desnudaos —les ordenó el líder.

—Oiga... —iba a protestar Clive, pero un arma apuntada al rostro lo acalló enseguida.

—Desnudaos.

Clive se volvió hacia su compañero, pero Guafe ya se estaba quitando la ropa. Con el rostro ruborizado y bajo las miradas atentas de los kobolds (en especial la del jefe, que contemplaba el espectáculo con una sonrisa en los labios), Clive siguió su ejemplo. Cuando ambos estuvieron desnudos, los kobolds recogieron sus ropas y se

fueron de nuevo por el pasillo. Una puerta corredera se cerró y dejó a Clive y a Guafe presos en la cámara.

—Dios del cielo —musitó Clive—. ¿Qué clase de hombres son éstos?

Guafe, simplemente, encogió los hombros. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared y desconectó de nuevo sus sistemas.

—Gracias por su compañía —le dijo Clive.

El ciborg no respondió.

Clive recorrió con la mirada las paredes de la pequeña cámara y se sobresaltó alarmado cuando una nube de gas empezó a salir del techo. En breves momentos quedó como aturdido y tuvo que sentarse. Una vez que se hubo sentado, la cabeza empezó a darle vueltas. Puso la cara entre las piernas e intentó no respirar hondo, pero el gas ya había entrado en sus pulmones e iniciaba la circulación por su sistema sanguíneo.

«Qué destino más innoble», pensó. Esperaba que los demás hubieran conseguido escapar de las garras de los kobolds, aunque por lo que conocía de la Mazmorra, bien pudiera ser que se hallasen en peligros peores.

De nuevo intentó tender la red neuronal que compartía con Chillido y los demás, para llamarlos. Y entonces, cuando empezó a perder la conciencia, creyó oír que alguien respondía a su grito mental.

Clive. ¿Clive...? ¿Me oyes, Clive...?

Y, en el instante en que la oscuridad se lo tragaba, se dio cuenta de que la voz se parecía mucho a la de su antiguo amigo, George du Maurier.

5

La banda parecía exactamente igual a la que salía en los viejos vídeos que Annabelle había visto, salvo que aquí estaban en el escenario, en tres dimensiones y de tamaño natural, no encogidos en una pantalla de TV, con la imagen nevada de imperfecciones. Slick y compañía habían empezado otra canción, una que Annabelle no conocía, pero aquel sonido psicodélico persistía, aumentado ahora con efectos visuales, porque había una pantalla tras la banda musical en la cual unas formas líquidas de colores se movían como figuras de caleidoscopio a compás con el ritmo. Y los músicos seguían tocando aquella vieja melodía...

—Jesús —exclamó Annabelle en voz baja—. Y luego que digan que el tiempo lo deforma todo.

Smythe asintió, a su lado.

—Deforme, en efecto. Es horrible.

—Te estás burlando de mí, ¿no, Horace?

El compañero de su mucho-más-que-abuelo se quedó mirándola con ojos parpadeantes.

—¿Le gusta ese... ruido? —preguntó al fin.

Annabelle hizo un gesto con la cabeza, desdeñando cualquier otro comentario. Y se dispuso a embeberse en las notas que llovían del escenario. Sus dedos se estremecían, nerviosos, buscando el cuello de su guitarra Les Paul mientras contemplaba la actuación de la banda. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera sustraerse al hechizo de la música y examinara el resto del local.

No era muy diferente a otros cien en que había actuado, en Nueva York, Los Ángeles, Londres, o cualquier lugar situado entre esas ciudades. La sala era oscura y sus paredes estaban recubiertas con pósters de viejos conjuntos. Pequeñas mesas redondas, acompañadas de tres o cuatro sillas cada una, ocupaban, diseminadas, una parte del espacio. Frente al escenario había una pista de baile. La barra del bar seguía a lo largo de una pared, en la cual estaba la puerta que conducía a la cocina. Terreno familiar para Annabelle, que no se había percatado de lo mucho que había perdido hasta ahora, que se encontraba allí, dejando que aquel ambiente la inundara por dentro y por fuera, que encendiera su sangre.

Pero entonces su mirada se posó en una mujer sentada junto al escenario, una hermosa mujer blanca, rubia y esbelta, ataviada con un sencillo vestido estampado de flores, amamantando a un bebé mulato.

—Aquélla es mi mujer, Linda —dijo Casey acercándose a Annie—. Y nuestra hija

Cassandra.

Annabelle apenas lo oyó. Ni siquiera advirtió el orgullo en su voz. Lo único que pudo hacer, contemplando madre e hija, fue pensar en lo que había perdido.

A Amanda, su propia hija.

Que ahora estaría pensando que su mamá ya nunca regresaría. Amanda.

De quien los Señores de la Mazmorra habían fabricado, por medio de un proceso de clonación, dobles: aquella especie de criaturas vampíricas que habían lanzado sobre Annie.

Amanda.

Que ahora iba a crecer sin madre ni padre. Amanda.

Las lágrimas nublaron su visión. La banda y su maravillosa música arcaica habían sido olvidadas. Olvidados habían quedado el local, Finnbogg y Smythe junto a ella, Casey hablándole. Lo único en que podía pensar era en la maldita Mazmorra y en lo que le estaba haciendo a ella. A causa de la banda que tocaba, sin duda, la letra de otra vieja canción le vino a la memoria. Algo acerca de los juegos a los que jugaba la gente.

¿Por qué le estaba ocurriendo todo eso a ella? ¿Qué querían los Señores de la Mazmorra de ella o de cualquier miembro de su familia? ¿Qué diablos era tan importante de los Folliot?

—¿Estás bien?

Annabelle parpadeó, se volvió despacio y distinguió, a través de una película de lágrimas, a Casey, quien la miraba con una rara expresión en el rostro. Ella sacudió la cabeza.

—No, no estoy bien. Me están jodiendo por todas partes: ¿crees que esto me hace sentir bien?

Casey se retiró un paso de ella con las manos extendidas ante sí.

—Calma, chica. Has sido tú quien ha venido a mí buscando...

Annabelle alargó una mano y, con la suavidad de una pluma, acarició con los dedos unos momentos la piel negra de Casey; luego la mano cayó inerte a un costado. Annie suspiró y se limpió los ojos en el hombro de su chaqueta con una fugaz inclinación de la cabeza.

—Lo siento —se disculpó—. Solo me pasa que... viendo a tu mujer y a la niña... recuerdo todo lo que he dejado atrás...

La banda había parado de tocar. Uno a uno, sus miembros cerraron los amplificadores y el sistema de altavoces y dejaron el escenario. La mayoría se dirigió a la puerta que daba a la cocina. El que se parecía a Kantner se sentó en un taburete de la barra.

—Vamos —dijo Casey—. Toma asiento. Te voy a traer algo de beber.

Annabelle se dejó conducir a una mesa y se sentó. Finnbogg y Smythe se reunieron con ella mientras Casey se acercaba a la barra. Allí sirvió una cerveza a Kantner, y después regresó a la mesa con una bandeja cargada de cuatro botellas heladas (con el cristal rayado por hilillos de gotas condensadas) de cerveza negra.

Alcanzó una a cada uno, dudando ante Finnbogg hasta que el enano extendió el brazo y tomó la que se le ofrecía. La mujer de Casey, ahora que el bebé había acabado de mamar, se bajó la blusa para cubrirse el pecho desnudo y se unió a ellos, meciendo a la niña apoyada en su hombro.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó Casey.

Annabelle levantó la vista hacia él. Casey tenía un aspecto diferente, de cerca y sin las gafas. La expresión de su rostro adquirió una agradable calidez, por el afecto evidente que sentía por su propia hija, al cogerla de los brazos de su madre para tenerla unos momentos en los suyos. Ahora no se parecía tanto a un rudo *punkie* como a un simple tipo duro con mucho corazón. Annie había conocido a muchos hombres como él... en su anterior vida. Tipos de la carretera. Miembros del cuerpo de seguridad que utilizaban de vez en cuando. O sencillamente los tíos corrientes que solía encontrar cuando su banda aún tocaba en locales y en giras universitarias.

Así pues, a pesar de que lo ignoraba todo de cómo era Casey, sabía de muchos tipos que enarbolaban como bandera una imagen unidimensional de sí mismos, como haría un motorista con sus emblemas, aunque los motoristas que le gustaban a ella (y que eran los menos) solían guardar algo más suave en sus corazones, muy oculto, donde quedara protegido de todo engaño. Annabelle se veía ya abriéndole el corazón y contándole todas sus penas. Sentada allí, en un local tan parecido a los que solía frecuentar, que le hacía sentir añoranza, en compañía de una auténtica mujer, no de una exótica extraterrestre, sino de una mujer normal...

¿Pero podía confiar sus sentimientos? Los condenados Señores de la Mazmorra parecían saber qué resortes pulsar para desencadenar la reacción deseada. ¿Estaría Annie abriendo paso a más penas? No podía olvidar la coincidencia demasiado evidente de los Airplane tocando uno de sus grandes éxitos, el que hablaba de Alicia y el rollo del País de las Maravillas, con el hecho de haber llegado allí a través de un espejo.

Annie contempló unos instantes a sus dos compañeros; primero a Smythe y luego a Finnbogg. Los tres necesitaban ayuda, de eso no había duda. Suspiró y se aclaró la garganta.

—Como ya dije —empezó—, no somos de aquí...

Casey asintió.

—¿Pensáis seguir adelante o echar raíces en alguna parte? —preguntó, mirándola por encima de la cabeza balanceante de su hijita.

Su mujer reposó una mano en el brazo de él.

—Deja que lo cuente a su modo, Casey.

Y después de otra breve duda, Annabelle se desahogó.



Sidi y Tomás retrocedieron despacio hacia la ventana, hasta que toparon con ella y su retirada quedó cerrada. Desde la oscuridad que tenían ante sí, el rumor de algo que se movía prosiguió, como si lo que se escondía tras la sombras fuese acercándose a ellos. Sidi buscó con la mirada por el suelo próximo a sus pies, pero allí no había nada que pudieran utilizar como arma.

—*Mae de Deus* —murmuró Tomás.

Sidi levantó de nuevo los ojos y ante sí contempló la alta y esquelética criatura que había surgido de la penumbra. Tenía al menos medio metro más de estatura que ninguno de los dos y una forma humanoide que parecía ser literalmente solo piel recubriendo los huesos. Poseía una articulación extra en cada uno de sus miembros, lo cual hacía que, cuando detuvo su avance, su posición erecta tuviera algo de encorvada. El hecho de que su nariz y sus oídos fuesen apenas vestigios daba a su cabeza oval una pronunciada forma de almendra. Sus ojos eran diminutos y negros y reflejaban la luz de la ventana con brillantes destellos; a Sidi le recordaron los ojos múltiples de Chillido.

Tomás se inclinó hacia Sidi.

—¿Qué es eso? —le preguntó en voz baja.

Sidi se encogió de hombros. El ser no parecía amenazador, pero se hallaban en la Mazmorra y las apariencias tenían poco significado.

—¿Sabes hablar? —preguntó a la criatura en el argot de la Mazmorra.

Se llevó una mano al pecho, y Sidi vio que a pesar de que solo tenía tres dedos, cada uno de ellos tenía también una articulación extra, menos el pulgar, que tenía solo dos. Con uno de sus larguísimos dedos se dio unos golpecitos en el pecho.

—*Brezhoo* —pronunció.

Sidi arqueó una ceja.

—¿Sí?

¿Era aquello el nombre de la criatura o el nombre de su especie? Quizá, como en el caso de Finnbogg, ambas cosas.

—*Brezhoo* —repitió el ser.

Sidi y Tomás intercambiaron sendas miradas; luego el español tocó su propio pecho.

—Nosotros somos hombres —dijo—. Yo soy Tomás. Mi amigo se llama Sidi. —Y le ofreció una breve sonrisa.

—*Hoñbrez* —intentó repetir la criatura inclinando la cabeza a un costado. Al imitar la sonrisa de Tomás retrajo los labios y una larga hilera deafiladísimos dientes, con dos pronunciados colmillos a los flancos, quedaron al descubierto.

Tomás tragó saliva.

—Sí —confirmó—, hombres.

—¿*Zabeñ bien, loz hoñbrez?*

Y, antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, aquel extraño brazo lleno de articulaciones salió disparado como un rayo. Sus dedos cogieron al español por la

pechera de la camisa, lo izaron y lo atrajeron hacia la bestia. En el acto, Sidi se lanzó contra ella, pero su otro brazo lo azotó con una velocidad cegadora; Sidi salió despedido hacia las sombras y no se detuvo hasta tropezar con un obstáculo oculto a la vista.

Cayó al suelo, pero se recuperó enseguida. Cuando se volvió, pudo ver aún a su compañero bregando en el apretón de la bestia. Pero a pesar de toda la desesperación con que Tomás batía sus puños, aquellos largos colmillos se acercaban irremediabilmente a su garganta.

Con un alarido inarticulado, Sidi se lanzó de nuevo contra la criatura. Ésta, percibiendo su ataque, se apartó ligeramente a un lado, esquivando y golpeando al indio con tan tremenda fuerza que Sidi se vio expelido por la ventana.



Los silvers de los tuanos corrían con ondulaciones mucho más suaves de lo que Neville estaba acostumbrado en una montura, debido, sin duda alguna, comprendió, a su parentesco con los roedores de su propio mundo. En realidad, más que galopar, correteaban a través del bosque de hierbas altas como árboles, pero a una velocidad que habría dejado a un pura sangre inglés sin aliento en breves instantes de carrera. Por desgracia, la jauría de sabuesos gigantes que los perseguían salvaba la distancia aún con menos tiempo.

Neville, rodeó estrechamente con sus brazos la delgada cintura de Alyssa.

—¿Supongo que no tendrá usted ningún objeto con poderes mágicos a su disposición? —preguntó—. ¿Una varita o algo de similar utilidad que, con un leve gesto, haga desaparecer a las malditas bestias?

—Yo no soy una bruja —repuso ella.

—No, no. Desde luego que no.

Pero, a él al menos, continuaban recordándole en todo a las hadas y elfos de los cuentos que las abuelas de su país, Inglaterra, disfrutaban contando a sus nietos. ¿Cómo no podrían recordárselo? Eran de complexión delicada y de pelo plateado; las hadas de belleza incomparable, los elfos hermosos, las monturas como de ensueño. Seguramente tal hubiera sido el aspecto de Oberón y su corte. De hecho, no podía percibir ninguna diferencia. Salvo, claro estaba, el tamaño.

No eran las diminutas criaturas de aquellos cuentos, al menos no en relación a su propia talla. Cuando se consideraba aquel mundo descomunal, sin embargo...

¿Y si el mundo en que estaban ahora era el de tamaño natural y solo ocurría que ellos habían sido reducidos? Los tuanos, Chillido y él mismo. Aún tenía que saber cómo habían llegado los tuanos a la Mazmorra; pero pasando a través de un espejo, como habían hecho él y Chillido, de un modo que solo el reverendo Dodgson (bajo el

seudónimo de Lewis Carroll) pudo haberse inventado para su heroína...

En algún punto de su narrativa, ¿no había sido Alicia también reducida de tamaño?

Cuando se consideraban las semejanzas entre los dos mundos... el País de las Maravillas subterráneo que Carroll había descrito era un lugar casi tan absurdo como la Mazmorra, aunque no tan peligroso. No obstante, tenía conejos parlantes con relojes de bolsillo, barajas de cartas que cobraban vida y toda clase de criaturas y situaciones inverosímiles. Sería tan propio de los Señores de la Mazmorra colocar a su grupo en situaciones parecidas...

¿Podría él (Dios no lo quisiese) esperar ahora encuentros con orugas que fumaban en narguiles, sonrisas de gatos incorpóreos y cosas por el estilo?

¿Y dónde estaban los demás, Clive, Smythe y el resto? ¿Deambulaban extraviados también por aquella ciudad en ruinas, empequeñecidos como ratones y en peligros semejantes?

Mejor no pensar en ello, dijo para sus adentros. Mejor concentrarse en la situación presente, pues los monstruosos perros iban ganado terreno, y si no se hacía algo con ellos, y rápidamente, ya no importaría cuan absurda se volviera la Mazmorra, porque no estaría allí para verlo.

Arriesgó otra mirada hacia atrás y vio que el más destacado de los perros corría excesivamente aprisa. La pequeña ventaja que tenían sobre la jauría estaba siendo disminuida a pasos agigantados por el largo salto de los enormes animales. La agilidad de los silvers (con los jinetes a sus espaldas) para cruzar aquella selva de vegetación desproporcionada les era de poca utilidad frente a los perros, puesto que éstos, simplemente, pasaban por encima de la hierba. Para la jauría, el terreno solo era un prado, no el bosque que representaba para el grupo de Neville.

—¡Agachad la cabeza! —gritó Alyssa de repente.

Neville miró hacia delante y se inclinó en el acto, apoyando el pecho contra la espalda de ella. Por el pavimento lleno de baches de una calle se acercaban al bordillo de la acera. En su pared vertical, junto a una reja del desagüe, había una pequeña rendija rectangular. Los jinetes y monturas que iban delante de ellos se metieron por la abertura de dos en dos. El silver que los llevaba a Alyssa y a él se lanzó por la resquebrajadura tras los demás, llevándolos a la salvaguarda de la penumbra. Chillido los siguió pisándoles los talones.

Una vez dentro, Alyssa detuvo su montura, y la compañía entera se volvió para mirar hacia la estrecha entrada. Instantes después, la luz que se colaba por ella desapareció, oculta tras la cabeza del primero en llegar de los enormes perros, que hurgaba en la rendija, ladrando hacia los fugitivos; pero el paso era demasiado pequeño para permitirle entrar y proseguir su persecución. No obstante, empezó a escarbar el pavimento en un intento de abrirse paso hasta ellos.

En los reducidos límites de su refugio, el estruendo de sus ladridos resonaba como un trueno ensordecedor. Chillido lanzó un pelo-púa justo en la nariz de la bestia

monstruosa; con eso se retiró de la rendija, pero de inmediato otro perro ocupó su lugar.

Alyssa se volvió hacia su guardia.

—¿Hay alguna salida? —preguntó a Yoors.

El capitán negó con un movimiento de la cabeza. Uno de sus hombres había explorado el lugar hasta lo más hondo de la oscuridad, pero el camino estaba bloqueado por escombros y antiguos desperdicios. Y no había forma de calcular la espesura de la obstrucción.

Alyssa suspiró.

—Entonces esperaremos.

Neville desmontó y, cogiéndola por el talle, la bajó del silver.

—¿Esperar? —interrogó. Y recordó los perros de su propio mundo, y lo difícil que era, a menos que estuviesen muy entrenados, hacerles dar media vuelta una vez estaban tras un rastro—. Con sabuesos como éstos...

—Son muy tenaces —dijo ella asintiendo con la cabeza—. Lo sé.

Neville examinó lo que se podía ver de su improvisado refugio, que era poco. El aire estaba cargado con un intenso olor a humedad. El techo era bajo. Pero al menos era un hueco lo suficientemente espacioso para permanecer en él sin sentirse apretados.

Los perros habían abandonado ya sus intentos de hacer algo por entrar. Neville se acercó a la abertura y los observó. Se habían tendido formando un semicírculo, con las miradas fijas en la estrecha rendija. La aparición de Neville fue recibida con gruñidos. Y cuando una de las enormes bestias se puso en pie, él se retiró raudo hacia dentro.

—Puede que sea una larga espera —dijo.



Cuando Clive se percató de nuevo de su entorno, comprendió que lo habían trasladado de la habitación, que el jefe de los kobolds había llamado cámara de descontaminación, a otro cuarto, de aspecto desconocido para él. Tanto Clive como Guafe ya no estaban desnudos. Vestían unas blancas batas que les llegaban a las rodillas; estas prendas parecían haber sido hechas apresuradamente a base de coser varias entre sí para que alcanzaran las medidas de su mayor talla. Las paredes de la habitación eran más pálidas que el brillante resplandor de la cámara de descontaminación, más suaves para sus ojos. Les habían preparado un par de jergones por el simple método de arrastrar y amontonar unos cuantos colchones en el suelo, y colocar encima grandes lienzos de algún raro material artificial a modo de sábanas.

El cuarto carecía de otro mobiliario. No había ventanas ni indicios de puerta,

aunque un espejo ocupaba toda una pared. No había señal de sus capturadores.

Chang Guafe yacía inmóvil en su improvisado catre, con todos sus sistemas nuevamente desconectados. Clive extendió la mano y tocó el hombre del ciborg.

¿Chang?, llamó.

Sus planos ojos rojos parpadearon y se abrieron de inmediato.

¿Se encuentra bien?, añadió Clive.

El ciborg se sentó. Durante un largo momento permaneció completamente quieto, con la atención, al parecer, vuelta hacia su interior, examinando la condición en que se hallaba su cuerpo.

No parece que me hayan manipulado nada, dijo por fin. ¿Y tú cómo estás?

Bastante bien. Confundido, pero bien.

Guafe observó el espejo de la pared; luego se volvió de nuevo hacia su compañero.

Nos están observando.

Cuando Clive empezó a buscar con la mirada, el ciborg envió un breve aviso al cerebro del inglés.

No, dijo, sin dejar de utilizar la red neuronal que conectaba sus mentes cuando se hallaban en contacto físico. No mires. Están detrás del espejo, estudiándonos.

«¿Detrás del espejo?», se preguntó Clive. «¿Cómo es posible?». Pero entonces recordó cómo habían llegado a aquel nivel de la Mazmorra.

¿Es otra Puerta?, interrogó.

Algo mucho más simple, contestó Guafe. Un falso espejo. Les permite observarnos sin ser observados a su vez.

¿Pero con qué objetivo?

Guafe envió un encogimiento mental de hombros.

Espero que sea porque nos consideren como una curiosidad, seres que no encajan en sus esquemas normales acerca de lo que debería ser y de lo que no debería ser. Supongo que nos están observando para ver qué acción emprendemos, si acaso emprendemos alguna. Si nos mantenemos dóciles, tendrán que venir a nosotros.

Me cuesta esperar, sin saber qué esperar.

Exactamente, confirmó Guafe.

Clive aguardó que su compañero continuara; luego comprendió que no había nada más que añadir. Sus capturadores querían exasperarlos: era así de simple.

Tuve una extraña experiencia al perder los sentidos en la cámara de descontaminación, le comentó Clive al cabo de breves instantes.

¿Qué fue?

Intenté comunicar con Chillido o con uno de los demás por medio de la red neuronal.

¿Lo lograste?

No exactamente. No fue hasta que empecé a perder la conciencia cuando recibí una respuesta. Pero esa respuesta no fue de ninguno de nuestros compañeros. Chang, esto le va a resultar muy inverosímil, pero oí que me llamaba la voz de un hombre de la

Tierra. *La voz de mi viejo amigo George du Maurier.*

¿Qué te dijo?

Clive movió la cabeza haciendo una señal negativa.

Solo me estaba llamando. Perdí la conciencia antes de poder responder.

Interesante, comentó el ciborg.

¿Pero cómo puede ser? Debo haberlo imaginado, porque aparte de hablar por telepatía con Chillido, nunca he podido hacerlo con nadie del grupo sin entablar contacto físico con él, y no digamos de alguien de fuera de la Mazmorra. Solo Chillido posee una tal capacidad, pero ni siquiera ella nunca ha podido comunicarse más allá de los límites de la Mazmorra.

Creo que tiene que ver con el proceso de descontaminación por el que pasamos, explicó Guafe. Realizaron unas pruebas muy complejas en nuestras cortezas cerebrales. Algo en el proceso debe de haberte permitido proyectarle tus pensamientos a tu amigo y recibir los suyos.

¿Qué significa eso?, inquirió Clive. Estoy confundido. Los que fueron arrebatados de mi mundo y traídos aquí, proceden de muchas épocas diferentes. ¿Existe una única línea del tiempo o muchas y diferentes? ¿Algunas en las que al final yo regrese a Inglaterra y otras en las que nunca me haya marchado de ella? Y si eso es cierto, entonces, ¿la línea que conozco es la línea real?

Y, ¿qué pasaba con Annabelle si eso era así?, se preguntó. ¿Se convertía en una invención de uno de los posibles futuros? ¿O quizás era otra maquinación de los malditos Señores de la Mazmorra?

Dios, ¡cuánto odiaba que lo hubieran empujado a un estado donde debía poner en duda toda lealtad, toda certeza!

No necesariamente, dijo Guafe. Si los Señores de la Mazmorra pueden arrancarnos de cualquier mundo y de cualquier tiempo, es lógico, pues, que la comunicación entre todos esos espacios y tiempos sea también posible.

Clive le transmitió un asentimiento mental, comprendiendo. Por más absurdos que semejantes hechos fueran a los ojos de la física de su propio mundo, parecían muy razonables dentro de los confines de la Mazmorra. Consideró de nuevo la voz que había oído (estaba completamente seguro de que había sido la de Du Maurier) y otro pensamiento se agitó en su interior, porque recordó algo más que había percibido, en el mismo instante en que caía en la inconsciencia.

Había tenido la sensación de que un recuerdo recóndito estaba tratando de emerger a la superficie de su mente, algo importante, algo olvidado, algo perturbadoramente perdido. Intentar alcanzarlo era como saber una palabra, pero ser incapaz de recordarla en mitad de una frase. Cuanto más intentaba evocar aquella memoria, más se alejaba de él.

¡Lo que no daría por unas pocas respuestas!, exclamó.

Como por efecto de la exhortación, una puerta corredera se abrió en una de las paredes colindantes con el espejo. El jefe de los kobolds hizo su aparición

acompañado de dos más. Ya ninguno de ellos llevaba aquellos voluminosos trajes con las esferas de cristal en la cabeza, pero los dos que flanqueaban al jefe aún conservaban sus armas, que apuntaban hacia Clive y hacia Guafe.

—Los Oradores ya están preparados para haceros las preguntas —comunicó el jefe. Y antes de que Clive pudiera pronunciar palabra alguna, el jefe alzó una mano—. Sí, y puede que también respondan a algunas preguntas vuestras, si tenéis suerte. Venga pues, vamos. Y cuidado. Nadie os va a hacer daño a menos que busquéis jaleo primero.

Una intensa rabia inundó el pecho de Clive al ver aquella expresión de burla en los ojos del jefe, pero se guardó para sí lo que le habría dicho. Quitó la mano del hombro de Guafe, rompiendo así el contacto telepático, y se puso en pie, muy estirado.

«Usted y yo», pensó mirando al jefe, «nos vamos a ver las caras algún día, no lo dude».

Pero por ahora se mostró dócil y dejó que lo condujeran por otro largo y blanco corredor.

Annabelle hizo un largo silencio cuando, una ronda de cervezas después, acabó su historia. Aquel silencio se contagió a los demás miembros de la mesa, hasta que Casey hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Estuvimos allí —dijo—, Linda y yo; nos conocimos un par de niveles atrás y cuando llegamos aquí nos dimos cuenta de que estaba embarazada de nuestra hija Cassandra. Pensamos que era el momento de detenernos. Nos establecimos aquí —se encogió de hombros— y ya nunca nos fuimos. Es un poco cansado seguir camino cuando una mujer lleva un hijo a cuestas. Porque no es que los Tugurios sean nada especial, pero más vale malo conocido que bueno por conocer, sobre todo en un sitio como éste.

—Pero ¿cuál es el porqué de todo? —preguntó Smythe—. ¿Qué pueden querer con tantas clases diferentes de seres?

Linda se echó el pelo de la cara hacia atrás y tomó a Cassandra de los brazos de su padre. Se levantó la blusa para amamantar a la niña de nuevo, y Smythe desvió la mirada. Annabelle y Linda intercambiaron sendas sonrisas.

—En mi país me echaron de un parque —comentó Annie— por dar el pecho a Amanda en un lugar público. Es de lo más curioso. Los cines tienen colgadas láminas de tipos arrancándose el corazón mutuamente, todos los quioscos tienen revistas porno junto a caramelos y chucherías; pero algo natural, algo positivo, como dar de mamar a un hijo..., bien, es considerado obsceno.

Linda asintió.

—Estaba pensando en lo que encontraste en la biblioteca del barón, en el nivel anterior —empezó, llevando de nuevo la conversación al tema que más les afectaba.

—¿Te refieres al parentesco de Tomás con los Folliot?

—Sí. ¿Has leído algo de Jung, ya sabes, del inconsciente racial y todo eso?

Smythe y Finnbogg pusieron cara de estar *in albis*, pero Annabelle asintió.

—Conozco la teoría básica —dijo.

—Bien, para que todos podamos compartir un inconsciente racial —prosiguió Linda—, tiene que haber algún tipo de parentesco entre todos nosotros, ¿correcto?

—Supongo.

—No, piensa en ello un momento. Si comparas la población mundial de finales de los sesenta, la época de Casey y mía —añadió antes de que Annabelle pudiera corregirla—, si la comparas con la población mundial de miles de años atrás, verás que nos multiplicamos a pasos agigantados. Fijémonos en los matrimonios

interraciales (y han existido desde que ha existido el hombre). Me refiero a que pueden llegar a ser tan corrientes como que un árabe se case con una griega, ¿no? Bien, pues la reserva genética tiene que incluir algo de todos los hombres y mujeres que han existido. Tenemos que hacer caso omiso de algunas culturas: ciertos aborígenes australianos, por ejemplo, que nunca han realizado matrimonios exogámicos. O inuits, esa clase de pueblos. Pero, salvando tales excepciones, tal vez seamos todos hermanos de sangre.

—En los noventa, en nuestro mundo, la arqueología genética ha conseguido trazar el rastro de la humanidad hasta una antepasada común que vivió en alguna parte del África central —asintió Annabelle.

—Lo cual prueba lo que estaba diciendo.

—La Edad de Acuario —dijo Annabelle con una sonrisa.

—Podría no ser tan inverosímil —comentó Linda.

—¿Y entonces qué hay de los extraterrestres? —preguntó Smythe—. ¿Seres como Chillido o nuestro amigo Finnbogg aquí presente?

Linda volvió su mirada hacia el enano.

—Y aquí —intervino Casey— es donde nuestra teoría tiene la primera laguna.

—Tal vez sí —dijo Annabelle— y tal vez no. Depende de si uno cree en lo que dicen los *tabloids* o no.

—¿*Tabloids*? —repitió, interrogativo, Smythe.

—Es posterior a tu época —explicó Annabelle—. Son como periódicos, salvo que traen las noticias más sensacionalistas, las más jugosas y las más truculentas. «Monjas en moto raptan al Papa» o «Un hombre pare cachorros collie», ese tipo de cosas.

—Una simple sarta de mentiras —opinó Casey.

Annabelle sonrió ante la expresión del rostro de Smythe.

—Pero cosas así son imposibles —exclamó el inglés.

—Seguro. Como todas las noticias sobre los ovnis y extraterrestres llevándose a gente para estudiarla. Pero ¿y si no son mentira? ¿Y si catalogadas con las mentiras hay algunas verdades y lo único que ocurre es que no sabemos distinguir unas de otras? No puedes imaginarte cuántos artículos he leído sobre personas que se supone que han sido raptadas por platillos volantes, estudiadas como animales de laboratorio y luego devueltas a la Tierra. Existen personas que incluso se ganan la vida escribiendo libros sobre este tipo de cosas.

»¿Y si algo de todo eso fuera real? Las noticias sobre ovnis se remontan a los inicios de la historia escrita, quizá más atrás si consideramos que los cuentos orales de hadas y seres fantásticos eran la forma que los pueblos primitivos tenían para expresar lo que veían como extraterrestres.

—¿Acaso estás insinuando que la reserva genética podría cubrir el universo entero? —preguntó Linda.

Annabelle se encogió de hombros.

—No sé. Yo misma siempre pensé que todo el rollo de «han llegado los

marcianos» era una pura trola. Pero quizá no sea así. Si existe algo especial en los Folliot que hace que se vean arrebatados de la Tierra y echados a la Mazmorra, entonces quizá tengamos el auténtico motivo por el cual Finnbogg y los demás se hallen aquí con nosotros.

Durante un largo rato, nadie habló. Luego Smythe dijo:

—¿Porque estarían emparentados?

—Acertaste, Horace.

—Pero, entonces, ¿por qué estoy aquí yo?

—Estabas con Clive cuando caíste en la Mazmorra.

—¿Y nosotros? —preguntó Linda.

Annabelle encogió los hombros.

—Si Finnbogg puede estar emparentado con los Folliots, entonces no hay nada que impida que vosotros tengáis también alguna relación con él.

—Interesante teoría —dijo Casey.

—¿Pero no la crees?

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho que era interesante. Naturalmente, debes recordar que tiene que haber cierta incompatibilidad reproductiva entre especies. Me parece a mí que si los ren y los chaffri están dispuestos a llenar de gente el lugar, no existirán suficientes Folliots para hacerlo. Al menos suficientes Folliots puros; porque lo que parece es que, por todos los problemas que se crean para atrapar a tu tatarabuelo y a tu tatara-tío-abuelo, quieren a los puros.

—Sigo firme en mi teoría —dijo Annabelle—. A menos hasta que llegue a mi conocimiento otra mejor.

Casey se encogió de hombros.

—Tal como yo lo veo, no hay mucha diferencia. Continuamos anclados aquí.

—Entonces será mejor que medites en ello un poco —le sugirió Annabelle—. Porque si la cosa va en esta línea, significa que esconderse aquí, en los Tugurios, no va a ser muy diferente a largo plazo. Los Señores de la Mazmorra irán tras vosotros, más tarde o más temprano, para devolveros al tablero de juego.

—A menos que *éste* sea nuestro papel en el juego —dijo Casey.

—¿Qué quieres decir?

—Estar sentados aquí con vosotros. Proporcionaros un momento de respiro antes de proseguir el viaje. Proveeros de ropas y comida... ¿y señas? —añadió preguntando—. Es decir, si continuáis.

Annabelle le dedicó una larga y penetrante mirada deseando que no le hubiera recordado tal cosa. Justo cuando comenzaba a relajarse un poco, él iba y, con una frase, lo jodía todo. Desvió la vista y examinó el local. Kantner acababa de dejar la barra, probablemente para reunirse con el resto de la banda en los bastidores. Jake, el viejo paria que los había conducido hasta allí, dormía con la cabeza apoyada en la mesa, a unos pocos metros de ellos. Aparte de eso, tenían el lugar entero para sí.

«Bonito sitio para una emboscada», pensó Annabelle, pero entonces comprendió

que tal como iban las cosas, si aquello era una emboscada, debía de tratarse de una emboscada mental. Esto no la hacía, desde luego, menos peligrosa.

No allí.

No en la Mazmorra.

—No tenemos otra alternativa —dijo Annabelle.

Linda movió la cabeza en un gesto negativo.

—Siempre hay otra alternativa.

Annabelle sonrió.

—No puedo imaginarme un mundo sin libre voluntad, ¿y tú?

Linda hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno, pues bienvenida a la Mazmorra —le dijo Annabelle—. Porque la única voluntad libre que encontrarás aquí es la que te permitirán sus Señores.



Sidi se salvó de caer de la ventana al vacío por puro instinto. Sin pararse a pensar, sus manos buscaron el cable que su inconsciente, al menos, sabía que estaba allí. Cuando su mente consciente recordó el cable, Sidi ya estaba agarrado a él. El ímpetu que llevaba su cuerpo se llevó el cable colgado de la última planta en una oscilación en dirección opuesta a la fachada del edificio.

«Tao», pensó. «Cada acción tiene su reacción».

Y el cable inició el movimiento pendular de regreso al edificio. La ventana apareció ante Sidi. El cable chocó contra la pared. Y en ese mismo instante, Sidi recogió las piernas y, cambiando la trayectoria pendular por la horizontal, dejó resbalar las manos por lo que quedaba de cable hacia el interior de la planta y fue a chocar contra la criatura.

Esta vez consiguió que soltara a Tomás de su abrazo. El español se desplomó como un fardo de miembros flácidos, y la bestia se vio empujada de nuevo a las sombras de las cuales había salido.

Sidi se quedó cabalgando a la criatura, y en su aterrizaje se aseguró de que su peso cayera de pleno encima de ella. Algo en el interior de Brezhoo crujió bajo Sidi. El sonido fue como el de un hueso seco al quebrarse. Sidi no dedicó tiempo a evaluar el daño que había infligido a la criatura. Rápidamente se levantó y se retiró hacia donde se hallaba su compañero desfallecido, en una zona más iluminada por la luz de la ventana, y se colocó en una posición defensiva ante él.

Cuando la criatura resurgió amenazante de nuevo de las sombras, con una de las extremidades superiores colgando inútil a un costado, Sidi, situado entre la bestia y el español, avanzó un paso. Tras él, Tomás tosió, intentando recuperar el aliento. Y este sonido áspero y seco resonó en el silencio. Frente a Sidi, los ojos de la bestia refulgían

de dolor y de furia:

—*Nucho daño.*

La bestia dio otro paso adelante, pero antes de que Sidi se decidiera a acometerla, una pequeña flecha se clavó en su frente. Su boca soltó un graznido chirriante, sus ojos se abrieron desorbitados de sorpresa y finalmente cayó rígida al suelo.

Sidi se volvió poco a poco. Tras Tomás, que ahora se incorporaba, Sidi vio encaramado en el alféizar de la ventana a un pequeño ser que solo podía describir como a un niño salvaje.

El recién llegado no tenía más de metro veinte de estatura e iba vestido con unos pantalones de cuero gastado y una túnica de pieles de roedores cosidas entre sí. Sus pies andaban descalzos. Tenía las facciones pegadas a los huesos, el pelo castaño, rizado como el nido de una rata, y los ojos como los de una mangosta, centelleantes y alerta. Sostenía en las manos un pequeño arco, con otra flecha engarzada apuntando directamente a Sidi.

El indio permaneció inmóvil por completo.

—Te debemos nuestras vidas —dijo.

El recién llegado les dedicó una sonrisa, mostrando una hilera de dientes humanos, manchados de amarillo y marrón.

—Le di al gigante lo que se merecía —respondió él. Pero no bajó el arco.

Sidi asintió.

—¿Eso era? —preguntó—. ¿Un gigante? La criatura se hizo llamar Brezhoo.

—Así es como se llaman a sí mismos. Nosotros los llamamos gigantes porque eso es lo que nos parecen, entre gigantes y arañas.

Tomás ya se había recobrado lo suficiente y examinaba también al recién llegado.

—Cristo —musitó—. ¿Y ahora qué?

—Este..., ejem, ser... acaba de salvarnos la vida —le explicó Sidi, pero sin apartar la vista ni un instante del niño salvaje.

—Yo soy Poot —dijo el desconocido—. Franchute nos llama EP, pero todos tenemos nombres como tiene la gente de verdad.

—¿EP?

—*Les enfants perdus* —aclaró Poot.

—Los niños perdidos —dijo Sidi traduciendo el horrible francés del niño a la jerga de la Mazmorra. El apodo era acertado.

—¿Y sois muchos? —inquirió Sidi.

—Miles —le aseguró Poot.

—¿Y podemos ser amigos?

El niño se encogió de hombros.

—¿Para qué? No te fíes de nadie de más de diez años, eso es lo que Franchute dice. Exceptuándolo a él. Uno tiene que confiar en él, porque si no te cose las orejas a los hombros. Al menos eso dice que haría, seguro, y Gren dice que se lo vio hacer una vez.

—Nosotros solo hace unos meses que estamos en la Mazmorra —dijo Sidi—. ¿Qué edad nos pone eso?

Poot pareció considerarlo un largo rato; luego, con gran lentitud, bajó el arco.

—Menos de un año, supongo. No lo sé. Franchute lo sabrá. Vamos a preguntárselo.

Al volverse él para mirar por la ventana, Sidi y Tomás intercambiaron sendas miradas.

—¿Qué pasa aquí, amigo? —le preguntó Tomás, con cierto asombro.

—¿Venís? —invitó Poot antes de que Sidi pudiera responder.

—¿A dónde? —preguntó el indio.

Poot señaló hacia fuera de la ventana, donde una escala de cuerda colgaba junto al cable que habían utilizado para descender del tejado del edificio. Los dos hombres se acercaron al chico y a la ventana y miraron hacia arriba.

—Caramba —dijo Tomás—. ¿Qué es eso?

—Un globo —le informó Sidi—. Un globo de aire caliente.

Asomadas al borde de la barquilla, estaban las caras de tres niños salvajes más, ninguno de ellos mayor que Poot. Sus rostros parecían muy blancos a la luz crepuscular, como las cabezas de tres pequeños fantasmas, espíandolos desde arriba.

—Si hubiese sido un designio de Dios que voláramos... —comenzó Tomás, pero se interrumpió ante la mirada recelosa de Poot.

—¿Venís?

—Enseguida —le respondió Tomás—. Claro que vamos. Ahora solo falta que nos examinen la cabeza, ¿verdad? —agregó dirigiéndose a Sidi mientras se encaramaba al alféizar. Y empezó a ascender por la escala, mascullando exclamaciones de «*Muito locos*» hacia abajo a la par que iba subiendo.

—Tu amigo habla de manera muy divertida —comentó Poot a Sidi cuando el indio se reunió con él en el alféizar.

Sidi se encogió de hombros. Le preocupaba más qué ocurriría cuando se encontrasen con el tal Franchute de quien les había hablado el muchacho. Tal vez lograsen convencer a Poot de que eran menores de diez años, pero persuadir a un hombre maduro sería una cosa completamente distinta. En especial convencer a uno capaz de conseguir una nave aérea semejante para que sus fieles volaran en ella.

Luego se vio a sí mismo columpiándose en la escala y trepando. Tan pronto como Poot se colgó de ella también, uno de los niños de la barquilla soltó la amarra y el globo empezó a alejarse del rascacielos, con Sidi y el chico oscilando en la escala que pendía de él.



Neville nunca había tenido paciencia para esperar nada o a nadie. En un mundo de actores y marionetas, prefería contarse entre los primeros, por más que los Señores de la Mazmorra trataran obstinadamente de colocarlo entre las segundas.

Cierto que la compañía era agradable (si uno se olvidaba del ceñudo capitán Yoors y de su guardia), pero la situación en sí irritaba al mayor de los hermanos Folliot de modo insostenible. Ya era terrible verse acorralado por una jauría de perros vulgares, ¡pero en un sitio semejante! La humedad había penetrado en sus ropas, y éstas se le pegaban a la piel causándole una gran incomodidad. El aire era nauseabundo, como si algo hubiera muerto y se hubiera podrido allí dentro.

Y, sin darse cuenta, echó a andar a grandes zancadas de un lado para otro delante de la entrada, hasta que al final Alyssa le pidió que por favor se estuviese quieto por lo menos un par de minutos, pues de tanto ir de aquí para allá la estaba sacando de quicio. Era lo único que le faltaba a Neville.

Éste, murmurando alguna respuesta ininteligible, se dirigió al fondo del refugio para investigar qué era lo que bloqueaba el paso.

—Sé de estiércoles que huelen mejor —le dijo uno de la guardia tuana acercándosele.

Neville lo estudió durante unos instantes, mientras su mente se esforzaba por recordar la escena de las presentaciones, hasta que se hizo con un nombre.

—¿Usted es Fenil? —aventuró.

El soldado asintió.

—¿Y no le importa hablar con un enemigo?

Un levísimo gesto de asombro tiñó las facciones de Fenil.

—¿Qué quieres decir?

—Su capitán no me tiene en mucha consideración.

Fenil le sonrió.

—Yoors no tiene a nadie en mucha consideración, a no ser que pueda trazar su genealogía hasta el Alto Bosque. Es nuestra dama quien comanda la compañía, y puesto que ella te ha aceptado, yo también te acepto.

«A menos que traicione esta confianza», pensó Neville, completando el pensamiento que el soldado no había formulado en palabras.

¿A qué estás jugando ahora, Ser Neville?, preguntó Chillido.

Neville volvió la vista hacia la entrada, cerca de la cual estaba descansando la araña para poder prestar atención a los movimientos de la jauría del exterior.

A nada inconveniente, replicó Neville. *Eso se lo prometo, madame perro guardián.*

Un suspiro mental pasó de Chillido a Neville, pero ella no dijo nada más.

Neville se volvió de nuevo para estudiar qué podría ser lo que bloqueaba la salida. Era una masa compuesta de desperdicios fuertemente prensados: trapos, materiales podridos y Dios sabía qué más. A modo de prueba tiró de un pedazo de tela que la masa comprimía. Salió con relativa facilidad, pero, al remover el material en el aire quieto y estancado, un hedor pestilente llenó de pronto el ambiente. Tras Neville, los

silvers agitaron nerviosos sus arreos.

—No hay manera de conocer el espesor de la obstrucción —dijo Fenil.

Neville asintió.

—Eso ha comentado antes uno de sus compañeros. Pero hay un modo simple, aunque no agradable, de descubrirlo, ¿no cree?

Fenil frunció la nariz pero asintió.

—Yo tampoco puedo soportar la espera —comentó.

Y se pusieron manos a la obra. Al principio iban con mucho tiento a tocar con las manos los asquerosos materiales, pero pronto se habituaron a la peste y se volcaron al trabajo sin importarles demasiado si se ponían perdidos de nauseabunda aguachirle o no.

Sus compañeros se mantuvieron alejados de ellos al tiempo que el hedor iba impregnando por completo su refugio. Se colocaron tan cerca como les fue posible, sin alterar a los perros, de la corriente de aire limpio que entraba por la rendija. Pero Chillido se unió a la tarea, y luego también otro de los de la guardia, el que se llamaba Thulen; y así pronto empezaron a hacer grandes progresos en su excavación.

Pero cuando la misma Alyssa se unió a los trabajadores, Yoors se levantó indignado.

—*Miseñora* —instó—. Me parece que vais demasiado lejos.

—Las conveniencias no significan nada en un momento como éste —repuso—. ¿Quieres que trabajen para nosotros y que no hagamos nada para ayudarlos?

Con mucho gusto, respondieron sus ojos, pero movió la cabeza negativamente y llamó al resto de la guardia para que se unieran a él en la tarea. Pero Neville y los demás ya habían logrado abrir un agujero de unos dos metros de profundidad; y la restante parte de la obstrucción cedió y cayó hacia el lado opuesto en el mismo momento en que los soldados llegaban al sitio.

—Demasiado tarde, amigo —dijo Neville a Yoors—. Hemos pasado.

—Antorchas —ordenó Alyssa.

Los soldados fueron a buscarlas a las alforjas mientras Neville y sus compañeros ensanchaban el paso. Cuando por fin las antorchas estuvieron encendidas y llegaron al lugar, la abertura era ya lo suficientemente grande como para que un hombre pasara por ella.

Cubiertos de fango hasta la cabeza y hediendo como un par de ratas de cloaca, Neville y Fenil se sonrieron mutuamente.

—Haz los honores —dijo Fenil tendiendo una antorcha a Neville.

El inglés guiñó un ojo a Alyssa y tomó la luz.

—Con mucho gusto —dijo.

Pasó primero la antorcha por el agujero y luego cruzó en persona al otro lado.



Los Oradores eran un par de hombrecillos pulcros y de rápidos movimientos y una mujer gorda; los tres iban vestidos con batas muy holgadas del color del huevo del petirrojo. Llevaban el pelo, incluso la mujer, cortado al rape. Sus rostros tenían apenas expresión y eran muy similares, incluso teniendo en cuenta la cara más ancha de la mujer. Uno de los hombres miraba a través de unas gafas.

Se hallaban sentados tras una larga mesa de armazón metálico y tabla de cristal. Cuando los guardias hicieron entrar a Clive y a Guafe, los Oradores levantaron la cabeza, pero no emitieron saludo alguno.

El nombre de las gafas volvió su atención al pequeño fajo de hojas que tenía ante él, en la superficie de cristal. Los otros dos simplemente miraron a los prisioneros, con lo que Clive solo pudo describir como aburrimiento.

Los dos guardias indicaron a Clive y a Guafe un par de sillas, improvisadas aproximadamente a proporción con su crecida talla, que habían sido colocadas justo enfrente de la mesa. Junto a ellos se hallaban un hombre y una mujer, y un carrito donde había diverso equipamiento técnico. Clive miró con recelo la maquinaria antes de volver su atención a los Oradores.

—Creo que ya he tenido bastante paciencia... —empezó, pero el jefe de la guardia le dio unos golpecitos en el hombro con la culata de su arma, interrumpiendo así su discurso.

—Pórtate bien —le dijo—, y tal vez tengas una oportunidad de decir lo que guardas en el buche.

Clive apretó con rabia los puños. Junto a él, la mujer técnico estudiaba a Guafe.

—Me temo que no podremos fiarnos de los cálculos respecto a ése —expuso a los Oradores—. Tendríamos que despiezarlo para descubrir dónde acaba la carne y dónde empieza la cibernética. Y aún entonces tendríamos que recalibrar los aparatos de medición.

El hombre que no llevaba gafas asintió.

—De momento los preferimos enteritos —dijo—. Conecta al otro.

—Podremos juzgar algo de la veracidad de lo que el ciborg dice a partir de las reacciones de este otro —dijo el técnico acercándose a Clive—. Pero sin una garantía al ciento por ciento.

Del cuerpo de la mayor de las máquinas estiró un cable con una ventosa en su extremo y lo llevó a la frente de Clive. Este se apartó intentando evitar que se lo aplicaran, hasta que sintió la bocacha del arma de uno de los guardias en su espalda. Entonces se paralizó.

—Simplemente es una forma avanzada de detector de mentiras —explicó Guafe—. Creo que funciona a nivel de neuronas, ¿estoy en lo cierto?

El técnico pareció sorprendido ante los conocimientos del ciborg, pero asintió.

—Es completamente inofensivo.

Inofensivo o no, a Clive no le gustó que le aplicaran dos electrodos en las sienes, dos en las muñecas, dos en los tobillos y tres más en el pecho.

—¿Podemos empezar ya? —inquirió la Oradora.

El hombre sin gafas asintió.

—Antes, solo una breve verificación del detector. —Miró directamente a Clive—: ¿Cuántos estamos sentados a esta mesa?

—¿Pero qué tontería es ésa? —dijo, sorprendido, Clive.

El guardia le hundió el cañón de su arma en los riñones.

—Tres —contestó entonces.

La máquina del carrito junto a él produjo un rumor y de repente Clive sintió una rara sensación, como de un zumbido, que empezó a subirle y a bajarle por la columna vertebral. Y luego se le extendió por el cuerpo hasta alcanzar los extremos de todos sus nervios, aunque la sensación permaneció más intensa en la base del espinazo. Allí se le instaló una curiosa calidez; no desagradable, aunque tampoco natural.

Era la máquina la causante de aquello, pensó Clive. El detector. Pero, pese a que ya sabía cuál era el origen de lo que sentía, no podía sacudirse la aprehensión de que el aparato ponía en marcha algo más que una mera medición de la verdad de lo que respondía.

—¿De qué color son nuestros vestidos? —prosiguió el Orador.

—Azules.

—¿Eres nativo de este mundo? Por favor, responde afirmativamente.

—Yo no...

—Un simple sí, por favor.

De nuevo el cañón en los riñones.

—Sí —dijo Clive.

—Gracias —contestó el Orador—. ¿Tienes datos suficientes, Chary? —agregó dirigiéndose a la mujer técnico.

Esta asintió.

—Parece haber una leve anomalía, una presencia en su esquema neuronal que el programa no puede explicar; teniendo en cuenta eso, no deberíamos tener ninguna dificultad para interpretar las lecturas.

Antes de que nadie más pudiera hablar, Clive inclinó su enorme cuerpo hacia adelante.

—¿Podría explicarme alguien —ignoró la súbita pinzada en el riñón que el guardia le había infligido para impedirle que prosiguiese— qué es exactamente lo que quieren de nosotros?

—No estamos aquí para satisfacer su curiosidad —repuso el Orador sin gafas.

—Oh, dale una satisfacción al hombre, Hoyd —intervino la Oradora.

El Orador Hoyd frunció el entrecejo, pero el tercer Orador asintió.

—Adelante, Lena —dijo.

—Es realmente muy simple —dijo la Oradora Lena—. Estamos intentando descubrir si eres el auténtico Clive Folliot o si solo eres un clon reproducido a partir de una de sus células.

—¡Un clon! —exclamó Clive.

Al hablar, la máquina que tenía junto a él emitió un rumor. El curioso zumbido recorrió el entramado de su sistema nervioso.

La Oradora Lena ignoró su exclamación y prosiguió:

—En los últimos tiempos la Mazmorra ha estado llena hasta los topes de Folliots de todos los tamaños, formas y descripciones, algunos con sangre auténtica y todo, pero la mayoría ni siquiera vagamente relacionados con el personaje de quien han usurpado el nombre.

—Yo soy Clive Folliot, *madame* —afirmó Clive con contundencia—. No tenga ninguna duda acerca de ello.

De nuevo la máquina emitió el rumor. De nuevo la concomitante sensación en el sistema nervioso.

—Dice la verdad —observó el técnico del detector.

—Verifica los datos introducidos —dijo el Orador Hoyd—, porque sea quien sea, no puede ser en modo alguno Clive Folliot. Debemos saber con toda certeza qué es lo que pretende lograr con su charada y, mucho más importante, *cómo* ha adquirido un cuerpo que contiene todos los elementos necesarios de uno que ha crecido y ha sido educado en la Inglaterra de la época del auténtico Folliot. Incluso tiene las cicatrices del verdadero Folliot, y todo fechado con absoluta exactitud.

—¡Eso es porque yo soy Clive Folliot! —gritó Clive.

—La máquina, a su lado, emitió el rumor. El zumbido que le seguía se acentuó; pero esta vez fue más agudo y le provocó un ligero dolor entre las sienes, tras los ojos.

—El detector funciona con toda corrección —concluyó con firmeza el técnico.

—¿Cómo es posible? —se extrañó el Orador de las gafas.

—Los chaffri no se detienen en nada para buscar nuestra perdición, Kian —opinó el Orador Hoyd.

—Pero su tamaño...

—¿Mi tamaño? —preguntó Clive—. ¿Qué pasa con mi tamaño? Son ustedes los pequeños.

El detector produjo un sonido traqueteante y Clive empezó a estremecerse.

—Oh, no —dijo el Orador Kian—. Puedo asegurarle que, sea quien sea usted, el Folliot real es de la misma talla que nosotros. No gigantes como usted y su compañero.

—Monstruos —siseó el jefe de la guardia tras Clive.

El espejo, pensó Clive. Tenía algo que ver con el espejo. Exactamente igual que la Alicia de Carroll había cambiado de tamaño en su País de las Maravillas...

El pensamiento no pudo proseguir su curso. La máquina junto a él comenzó a agitarse y la espalda de Clive se arqueó como si un fuego azul se desparramara por sus

terminaciones nerviosas. Habría caído hacia adelante de no ser por la mujer técnico, que detuvo su cuerpo desproporcionado y, con la ayuda de un guardia, lo empujó de nuevo hacia la silla. Clive puso los ojos en blanco y perdió toda conciencia de la sala del interrogatorio en la que se encontraba.

Vio en cambio una grisura uniforme. Una luz azul intermitente centelleó tras sus ojos y le hizo pensar en aquel recuerdo recóndito que, en su anterior estado de inconsciencia, no había podido alcanzar. Un recuerdo que quemaba como una llamita en un lugar oscuro y perdido de su mente, casi presente, pero frustadoramente fuera de su alcance. Luego, otros asuntos captaron su atención ya que, con gran lentitud, una sección de la oscuridad que tenía ante sí se aclaraba, una sección en forma de espejo oval. Y después le pareció que por él se asomaba a una salita de estilo Victoriano y veía ante sí a su asombrado amigo George du Maurier.

—¿Clive? —oyó que Du Maurier decía—. *Por Dios, hombre, ¿qué estás haciendo en mi espejo?*

—¿Espejo? —repitió Clive—. *¿Qué estás haciendo tú en mi sueño?*

Antes de que Du Maurier pudiera contestar, la grisura encerró de nuevo a Clive.

Mientras charlaban, el crepúsculo había venido y se había ido. Ahora la oscuridad había tomado las calles. Con la llegada de la noche, el bar había empezado a llenarse de la más rara colección de seres con que Annabelle se había topado desde sus días en la prisión del califa, que ya había dejado muy atrás, en el primer nivel de la Mazmorra. Linda se había retirado al apartamento que con Casey tenían en la parte trasera, llevándose a su hija con ella. Ofreció el lugar a Annabelle y a los demás para descansar, pero Annabelle lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—Quiero ver el ambiente.

«No, sé honesta», dijo para sus adentros. «Lo que realmente quieres es oír un poco de viejo y buen *rock and roll*».

Casey se fue a su puesto tras la barra, pero no sin antes proporcionar algo de ropa a Smythe. El nuevo atuendo consistía en unos pantalones y una camisa, viejos y apedazados, y unos zapatos que le apretaban, aunque, según le tranquilizó Casey, con el uso el material cedería y se le acomodaría mejor.

—Y seguro que irás mejor de esta forma que con el culo al aire bajo la capa, ¿no crees? —había añadido Annabelle.

Así que se sentaron cerca del escenario, observando a los clientes habituales que iban entrando. Casi todos tenían características humanoides; el estilo era lo que los distinguía. Había de todo, desde tipos con tatuajes de cuerpo entero hasta cabezas rapadas, pasando por asombrosas combinaciones de trapos multicolores y los más sorprendentes cortes de pelo al estilo cresta que habrían ridiculizado a los viejos punkies del mundo de Annabelle de los ochenta.

Solo con una inspección más de cerca, aunque, después de recibir algunas severas miradas, más circunspecta, empezó a percatarse de las diferencias físicas entre ellos. Seres sin nariz, con singulares rostros planos. Una barba que demostró ser no de pelo, sino de cientos de tentáculos delgados como hilos. Una mujer con tres pechos, en fila vertical en el centro del tronco. Lo que parecía el tatuado barrigón de cerveza de un motorista, resultó ser, en cambio, la bolsa marsupial de donde asomó una cabecita tan pronto como el cliente fue servido.

Había dos camareras en el local, y no cesaron de ir y venir en continuas carreras de las mesas a la barra y de la barra a las mesas, al menos durante la primera hora, que era cuando se llenaba la sala. Luego, por fin, la actividad disminuyó, y el momento que Annabelle había estado esperando, el momento en que los Airplane subían al escenario de nuevo, llegó.

Durante una generosa media hora, Annabelle olvidó todas sus preocupaciones. No pensó en la Mazmorra, en sus compañeros desaparecidos, en nada, sino en la música. Smythe se acogió a la oferta de Linda tan pronto finalizó la primera canción, pero Finnbogg se quedó con ella, uniéndose a las canciones en las estrofas, tanto si conseguía captar la letra como si no. No fue hasta que la banda acabó la primera parte del repertorio con Conejo Blanco cuando Annabelle bajó de las alturas.

Los tres hombres que de repente se sentaron a su mesa no ayudaron mucho.

Los tres vestían chalecos de cuero que exhibían sus tórax y brazos musculosos. Llevaban el pelo, moreno y grasiento, atado en una coleta. Uno de ellos, el líder evidente, ostentaba gafas oscuras. Sonrió a Annabelle, mostrando un diente con una funda de oro.

La banda se retiró del escenario después de finalizar la canción, y el local se llenó con el rumor de los clientes que estiraban las piernas y se ponían a hablar entre sí.

—Tú eres nueva —le dijo Diente de Oro.

—No lo creas —repuso Annabelle con voz muy cansada—. Me siento muy veterana.

Aquello dio pie a que Diente de Oro y sus amigos le dedicaran una larga mirada, con la sonrisa pegada a los labios. Un gruñido sordo y profundo salió del abdomen de Finnbogg.

—Quiero decir nueva aquí —matizó Diente de Oro—. Me gusta examinar la sangre nueva, ¿comprendes? Ver de qué están hechos. ¿Qué tienes ahí?

Y señaló hacia el Baalbec A-9, incrustado en la carne de su antebrazo.

«Es imposible que esto acabe bien», pensó Annabelle. Mezclados entre el público, pudo distinguir a otros tipos vestidos con los mismos chalecos negros dejando el pecho al descubierto. Una especie de banda, sin lugar a dudas, lo cual no iba a facilitar las cosas, incluso con Finnbogg a su lado.

Estaba tratando de decidir hasta dónde debía dejar pasar, cuando Casey apareció de pronto junto a su mesa y lanzó una mirada fulminante a Diente de Oro.

—No te propases, John Jota —le dijo.

«Fantástico», pensó Annabelle, recordando lo que Jake le había contado sobre los bautistas y su jefe. Tenía que ser el mismísimo Mesías. ¡Lo único que le faltaba!

—Tranquilo —replicó John J.—. Tú cuídate de las materias profanas, hermano, y deja en mis manos el bienestar espiritual del rebaño.

—Te lo tengo dicho: tú y tus chicos sois bienvenidos aquí siempre, pero no a predicar. Guárdatelo para la calle —lo amonestó Casey.

—En la calle hace frío —repuso John J.—. Mucho frío. Es un mundo duro, difícil. Sería una lástima que tuvieras que mudarte a algún cobertizo, y eso siendo padre por primera vez.

—¡Te voy a...! —empezó Casey.

Iba a agarrar a John J., pero el Mesías extendió las manos, apaciguador.

—Eh, en, Casey, calma. Ahora mismo tienes en la sala a muchos amigos, pero yo

también tengo a algunos de los míos. No querrás que te pongamos el local patas arriba, ¿verdad?

Annabelle aborrecía mortalmente aquella exhibición de gallos de pelea en curso, tanto por parte de John J. como de su propio salvador. Lo único que quería era oír buena música durante un par de horas antes de largarse al campo de batalla de nuevo. ¿De veras era pedir demasiado?

—Escuchad —dijo Annabelle.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Agradezco el interés, Casey, pero no te quiero crear problemas en el local.

—¿Ves? —confirmó John J.—. A la señorita le gusta mi compañía.

—Y en cuanto a ti —dijo Annie a éste—, vendas lo que vendas, yo no lo quiero; o sea que ¿por qué no vas a soltarle el rollo a otro?

—Estoy aquí para velar por tu alma, señorita.

Annabelle movió la cabeza en un gesto negativo.

—Mi alma está en perfectas condiciones, así que ve con el cuento a otra parte. Esta mesa está reservada.

Annie pudo observar que John J. flexionó sus músculos como preparándose para que lo desafiaran.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

Vio que Casey meneaba la cabeza. «De acuerdo. No lo provoques. Me gustaría llevar el asunto fuera», pensó Annabelle, pero esas cosas solo se pueden tomar como vienen.

—Estoy intentando ser realmente amable —dijo ella—. ¿Por qué no nos haces un favor a los dos y buscas camorra en otra parte?

John J. se movió con tanta rapidez que Annie ni siquiera lo vio, ni siquiera tuvo la oportunidad de activar el Baalbec. John J. simplemente alargó el brazo, la agarró de un manotazo por las solapas de la chaqueta y tiró de ella hacia él por encima de la mesa. Las bebidas cayeron al suelo. Casey se iba a lanzar en su ayuda, pero los dos restantes baptistas se levantaron para cortarles el paso.

John J. estaba sonriendo (con aquel diente de oro lanzando destellos) en las narices de Annabelle cuando Finnbogg saltó por encima de la mesa y soltó a su compañera del apretón de John J. Annie perdió el equilibrio y cayó al suelo. Y cuando consiguió incorporarse se encontró a Finnbogg clavado en el piso bajo el peso de un par de baptistas y a John J. aplicando el filo de una larga y afilada navaja contra el cuello del enano.

«¿Dónde ocultaba eso?», se preguntó Annabelle.

—¡El Señor me está hablando! —exclamó John J., elevando su voz de tal forma que llegó a todos los rincones del local—. Demonios, sí. Me está hablando y yo estoy escuchando. Y ¿sabéis lo que me dice, hermanos y hermanas? Me dice que ha llegado la hora de que este perrito tendido aquí, a mis pies, vaya a encontrarse con su hacedor.

«Oh, mierda», pensó Annabelle. John J. eligió aquel momento para mirarla a los ojos.

—¡Quiero oír de todos vosotros un gran amén a este designio de Dios!



El globo navegaba lentamente por encima de la ciudad en ruinas. Los elevados rascacielos surgían ominosos a su alrededor como si el globo no fuera más que una vaina de simientes flotando en un inmenso bosque. Pero ¿cuándo había existido un bosque tan inmenso?, se preguntaba Sidi. Pero ¿cuándo había existido una ciudad tan inmensa?

Solo en la Mazmorra...

Con la caída de la noche pudieron distinguir puntitos de luz bajo ellos. Algunos eran hogueras al aire libre, pero otros parecían tener un origen eléctrico, lo cual desconcertó a Sidi. En niveles anteriores había visto ya qué tipo de complicada maquinaria se precisaba para proporcionar la más simple de las corrientes eléctricas. Si tales mecanismos existían abajo, entonces tal vez la ciudad no estuviese tan desierta como había parecido al principio.

Esto atrajo una sonrisa a sus labios, al tiempo que observaba a sus jovencísimos compañeros. No, en modo alguno estaba desierta, ¿verdad?

—¿Por qué sonríes? —quiso saber Poot.

—Me siento feliz porque acabamos de escapar de un peligro y porque estamos entre amigos —respondió Sidi.

—Los EP son verdaderos buenos amigos —les aseguró Poot.

—Parecen un poco mayores —hizo notar con un matiz de duda la única chica de los restantes EP.

La habían presentado como Nacky. Los otros dos eran Agog y Merrybe.

—No tienen ni un año, ninguno de los dos —le dijo Poot.

Nacky se rascó una greña de pelo enmarañado y se encogió de hombros.

—No sé...

—Franchute lo sabrá, puedes estar segura —intervino Merrybe.

—Tal vez —repuso Nacky—. Tal vez Franchute nos sacuda un buen par de tortas por haber traído a casa a un par de habitantes de Arriba en vez de botín.

Por más ingenuos que pudieran ser, pensó Sidi, no tenían ni un pelo de tontos.

—¿No tenéis nada de botín? —quiso saber Agog.

Poot asintió contento.

—Sí, dad algo de botín a Franchute y se alegrará. Quizás os haga también EP.

—¿Botín de qué clase? —interrogó Sidi.

—Algún tesoro —aventuró Tomás.

Había estado apoyado en la baranda de la barquilla, mirando las calles oscuras que iban dejando atrás. Ahora se había vuelto y recostaba la espalda en la pared de la barquilla, y contemplaba a los niños salvajes.

—Eh, *pequenhos míos*. ¿Son tesoros lo que colecciona vuestro Franchute? ¿Oro y plata y gemas centelleantes?

Nacky movió la cabeza negando.

—¿Para qué sirve eso?

—Puedes comprar lo que desees.

—¿Comprar?

Los rostros de los chicos se fruncieron al considerar la palabra.

—¿A qué llamáis botín? —les preguntó Sidi.

—A juguetes —repuso presto Poot.

Agog asintió.

—Con partes mecánicas, a Franchute le gustan más.

—Como esto —dijo Nacky y se sacó una pequeña pistola del bolsillo de la chaqueta y la agitó ante ellos.

—Ten cuidado adonde apuntas con esto —avisó Tomás.

Nacky solo rio. Enfiló el cañón directamente a Tomás y apretó el gatillo.

—¡Pam! —gritaron todos los niños a la vez.

Y se echaron a reír a carcajada suelta al ver el sobresalto de Tomás. El español miró a Sidi con expresión dolorida.

—*Mae de Deus* —dijo—. Están locos.

—Son niños —dijo Sidi—. Como nosotros —agregó presto al ver que Nacky le fruncía el ceño—. Todos somos niños y a los niños les gustan los juegos. —Se metió una mano en el bolsillo—. ¿Qué tengo en el bolsillo? —preguntó en general.

—¡La mano! —exclamó Merrybe.

—¡Un gusano!

—¡Botín!

—Un ratón muerto —dijo Poot.

Los chicos continuaban probando respuestas y Sidi iba negando con la cabeza cada vez. Absorbidos por el juego, nadie prestó atención hacia dónde derivaba el globo hasta que chocaron con la pared de un edificio. Tomás, aún apoyado en la baranda, se salvó de caer por la borda agarrándose a los aparejos.

—¡Hemos llegado! —exclamó Poot.

—¡A casa, a casa, a casa!

Agog se encaramó a la borda, donde permaneció en precario equilibrio durante un largo momento antes de saltar de la barquilla al alféizar de la ventana más cercana. Merrybe le lanzó una cuerda y en breves momentos el globo quedó firmemente amarrado al edificio. Él y Poot se reunieron con Agog en la ventana; Tomás los siguió de inmediato.

—¿Qué tenías en el bolsillo? —quiso saber Nacky antes de que se fueran con los

demás.

Sidi sacó del bolsillo un pequeño guijarro redondo con cristales de cuarzo incrustados.

—Una piedra de la suerte —explicó—. Ten. Puedes quedártela.

Nacky abrió unos ojos enormes.

—¿De veras?

Sidi asintió y ella sonrió, y con mucho cuidado se guardó la piedra en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Nunca antes vi una piedra tan bonita —dijo.

—¡Venga, venga! —gritó Poot desde el alféizar de la ventana.

—¡A la porra contigo! —gritó Nacky como respuesta. Dedicó otra gran sonrisa a Sidi: era evidente que había decidido que podía ser un amigo—. Vamos a ver a Franchute.

«Ah, sí», pensó Sidi al tiempo que la seguía a través de la ventana. «Franchute».

Dudaba de que el jefe de los EP se dejara ganar con algo tan sencillo como una palabra amable o una piedra de la suerte.

—Espero que tenga algo en mente, amigo —dijo Tomás mientras los EP los conducían hacia el interior del edificio.

Sidi no deseaba sino que así fuera. Tomás bajó la cabeza ante la expresión del rostro de Sidi.

—Creía que había pensado algo —dijo.

Ya sus hombros se encorvaban, y la momentánea sensación de autoestima que había despertado al descender del rascacielos se esfumaba por momentos.

—No os preocupéis —les dijo Nacky—. A Franchute le gustan todos los EP. Ya veréis.

«Ya veremos», pensó Sidi. «Demasiado cierto. Pero ¿nos gustará lo que veremos? O mejor aún: ¿le gustará a Franchute?»

Por fin, después de recorrer un último pasillo, llegaron a una espaciosa sala, y el tiempo de preguntarse acabó.

La sala era enorme. Antorchas en la pared, sostenidas en soportes, derramaban una fluctuante luz en una escena sacada de un manicomio. Había niños por todas partes, todos vestidos con harapos y ropas hechas trizas. Llevaban el pelo largo y enmarañado o cortado a mechones desiguales. Sus rostros estaban flacos y sus ojos eran infantiles a la vez que salvajes. Pero lo más raro de todo era la figura reclinada, escorada en abundantes almohadones en la esquina más distante de la sala, y que solo podía ser Franchute.

No era un hombre, eso estaba claro. A Sidi le recordó a una oruga o a un gusano gigantes, con rasgos de rostro humano en uno de sus extremos y dos delgados antebrazos. En su calva lucía un fez rojo. Su otra única prenda de vestir era un chaleco verde amarillo, que le apretaba mucho el abultado pecho. En una de aquellas delgadísimas manos sostenía la boquilla de un narguile. Cuando chupaba por ella, el

agua del narguile se agitaba burbujeante. Por las anchas ventanas de la nariz (pero no había nariz para sus ventanas), situada en el centro exacto de su rostro, soltaba un lento flujo de humo.

Tenía unos ojos minúsculos, casi perdidos entre los pliegues de grasa de aquellos rasgos aplastados. Su boca era una ancha raja que corría literalmente de oreja a oreja. La cabeza era del tamaño del tronco de un hombre normal; su cuerpo, muchas veces el volumen de la cabeza. Esparcidos por los almohadones y sembrados por el suelo a su alrededor, había montones y montones de pequeños artilugios mecánicos en distintos estadios de reparación.

«Su botín», comprendió Sidi.

—Hemos traído unos nuevos EP, Franchute —dijo Poot con orgullo.

Con sus diminutos ojos, la criatura estudió a Sidi y a Tomás al tiempo que inhalaba otra bocanada de humo del narguile.

—¿Sí, *mon petit* Poot? —dijo al fin.

Su voz era asombrosamente fina y aguda, por ser que venía de un cuerpo tan inmenso. ¿Cómo se desplazaba? Sidi no podía evitar hacer aquella pregunta en su interior.

—Los encontramos, sí, los encontramos, arriba de un viejo rascacielos —dijo Poot sonriendo contento.

—Pero son demasiado viejos para ser EP —dijo Franchute.

La sonrisa de Poot se desvaneció. Se apartó un par de pasos de Sidi y Tomás, ejemplo que siguieron Agog y Merrybe. Nacky dudó un momento junto a Sidi antes de retirarse también.

—No lo sabía —se excusó Poot—. Dijeron que tenían solo un año.

—En realidad —intervino Sidi—, lo que dije fue que hacía tan solo unos meses que habíamos llegado a la Mazmorra. Me temo que el chico me comprendió mal.

Franchute asintió con suma lentitud.

—Tampoco no sois de Arriba —dijo.

Sidi advirtió que Nacky y los demás se relajaban visiblemente ante aquel comentario.

—No —confirmó—. Somos de otro mundo, diferente por completo.

El rostro del ser oruga permaneció impasible. Inhaló más humo, que luego exhaló en una serie de anillos que arrancaron los fervientes aplausos de cierto número de EP.

—*Alors* —dijo Franchute al final—. Contadme.



Una vez Neville y sus compañeros hubieron pasado al otro lado de la obstrucción, se dieron cuenta de que habían accedido a los sistemas de desagüe de la ciudad. Para un

grupo de personas proporcionales al tamaño de la ciudad, el lugar habría sido, como mínimo, exiguo y de imposible circulación a lomos de una montura. Pero para la diminuta partida, los conductos eran enormes y no presentaban ningún tipo de problema en aquel sentido.

Sin embargo, existían otros riesgos para su minúscula talla.

La inestable claridad que proporcionaban las antorchas vertía singulares sombras escurridizas en todas direcciones. Las paredes de los colectores eran pegajosas al tacto, y el suelo resbaladizo, incluso para las garras de los silvers. En el fondo curvo de aquellas inmensas tuberías de cemento había una serie interminable de enormes charcos que habían de tener cuidado en rodear.

La quieta superficie del agua despedía olores más nocivos que los de los materiales de la obstrucción que habían tenido que excavar para poder llegar a los túneles, mientras que los charcos eran, en algunos puntos, lo suficientemente hondos como para que un hombre y su montura se pudiesen ahogar en ellos. Las aguas de las tormentas, que habían inundado los colectores, habían limpiado los pozos negros, lo cual producía a todos sentimientos tranquilizadores.

—Rogemos que no llueva —dijo Neville a Alyssa mientras cabalgaban a la cabeza de la compañía.

Ella asintió.

—Y que no nos encontremos con los primos salvajes de nuestras monturas que habitan esas tuberías.

—Así, pues, ¿conoce el camino por los colectores?

—No. ¿Y tú?

—Es poco probable —dijo Neville—. Llegamos a este nivel de la Mazmorra solo momentos antes de que nos encontráramos.

Después de esto cabalgaron en silencio durante un tiempo, hasta que llegaron a un charco que ocupaba todo la anchura del túnel, de modo que no podían circunvalarlo sin caer en él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Yoors tirando de las riendas.

¿Chillido?, llamó Neville a la arácnida. *¿Puede tender hilo de seda a lo largo de una pared para que podamos utilizarlo como asidero?*

Creo que sí, Ser Neville.

¿Puedo ayudarla en algo?

Una mental risa ahogada fue su única respuesta; luego se dirigió hacia donde la orilla del charco empezaba a tocar el muro.

—Mi compañera tenderá una cuerda para que podamos pasar cogidos por ella —explicó Neville a Alyssa.

—¿Y qué ocurrirá con los silvers? —interrogó Yoors.

—Tendrán que nadar.

—¿En este fango asqueroso?

Neville se encogió de hombros.

—O eso o habrá que llevarlos a cuestras.

Al final, los silvers tuvieron que cruzar el charco a nado, mientras los jinetes de la compañía lo bordeaban lentamente, pegados a lo largo de la pared, utilizando como asidero la hebra que había hilado Chillido por sus hiladeras. Llegaron al otro lado sin contratiempo, aunque los silvers habían quedado hechos un asco y desprendían un tufo tan nauseabundo que casi lograba asfixiarlos a todos. Aquel apestoso horror se agravó cuando las bestias se sacudieron para expulsar el agua de su pelo.

—¿Cuánta distancia cree que hemos recorrido? —preguntó Fenil a Neville mientras éste limpiaba la espalda de su montura, intentando sacarle lo más grueso del fango.

—Según mis cálculos —dijo Neville—, y considerando nuestra talla, yo diría que quizás una media legua.

—No es mucho —comentó Chillido.

—Ningún tuano ha penetrado nunca tanto en el laberinto de túneles que se extiende bajo la ciudad —dijo Alyssa—. Hemos explorado algo de ellos alrededor de nuestro campamento base, pero siempre hemos ido a parar a puntos muertos.

Neville asintió. Aquél era también uno de sus temores: que llegaran a una obstrucción tan maciza y espesa que les impidiera continuar. Por el momento pasó por alto el comentario acerca del campamento base. No le había sorprendido, pues ya había supuesto que los tuanos habían llegado a la Mazmorra en mucho mayor número del que allí veía representado.

—¿Puntos muertos, dice? —repitió—. Entonces lo mejor es que encontremos una salida tan rápidamente como nos sea posible.

—O un paso hacia abajo.

—*Miseñora* —protestó Yoors—. Me parece que habláis demasiado.

Tanto Neville como Chillido ignoraron el comentario del capitán y miraron a Alyssa con expresión interrogante.

—¿Qué quieres decir con eso, Ser Alyssa? —le preguntó Chillido.

—La entrada al siguiente nivel; se supone que se halla en una enorme ciudad viva, que se extiende bajo ésta que está muerta.

Neville bajó la vista hacia el suelo que pisaba.

—¿Otra ciudad?

—Donde moran los principales jugadores de esta Mazmorra: los ren y los chaffri. Una mitad de la ciudad pertenece a unos, la otra mitad a los otros.

—Antes comentaste algo sobre un tercer bando de jugadores, Ser Alyssa —intervino Chillido.

—Eso hemos llegado a creer.

—¿Y también se hallan en la ciudad? —quiso saber Neville.

—No. Para llegar hasta ellos hay que cruzar la Puerta hacia el siguiente nivel de la Mazmorra.

—Y puesto que la Puerta se halla en la ciudad de Abajo... —comenzó Neville.

Alyssa completó su frase:

—Tenemos que buscar un paso hacia abajo, no hacia arriba. Exactamente.



Cuando Clive recobró la conciencia, se encontró en otra habitación. A diferencia de las demás que había visitado hasta entonces, ésta estaba amueblada cómodamente, a pesar de ser para alguien de la mitad de su tamaño. Cortinas de terciopelo con brocados colgaban a cada lado de un gran ventanal, que daba a una plaza bien iluminada; allí, la gente de la ciudad subterránea circulaba ajetreada bajo el sol de imitación creado por medio del alumbrado artificial. Había en la habitación una cama de dimensiones extra (en la cual yacía tendido con los tobillos colgando fuera, por el extremo de los pies), una silla y una mesa cerca de la ventana, cuadros en las paredes representando escenas de su propia Inglaterra, un tocador en el rincón más alejado con un espejo encima.

Recordando su alucinación en la sala del interrogatorio, cuando había creído ver a George du Maurier hablando otra vez con él, Clive evitó, a conciencia, mirar al espejo.

El diminuto tamaño de los muebles le produjo una rara impresión de apropiación indebida, como si lo hubieran dejado durmiendo en la casita de muñecas de una niña. Aquella impresión se acentuó cuando se abrió la pequeña puerta. Entraron la Oradora Lena y un guardia, ambos solo de la mitad de su estatura.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la Oradora Lena.

Clive se incorporó hasta sentarse, moviéndose con cautela cuando oyó crujir la cama bajo el desplazamiento de su peso.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está Chang?

—Estás en una de las habitaciones de los invitados, una que cierto Orador utilizaba para sus fiestas privadas; ése es el motivo por el cual la cama se acerca más a tu tamaño que las que podrías hallar en otras habitaciones. Tu compañero nos aguarda en el comedor. ¿Te sientes con ánimos de reunirte con él?

Clive tenía aquella incómoda sensación de haber olvidado algo importante.

—¿Por qué de repente son ustedes tan amables? —preguntó con cierto recelo.

La Oradora Lena se encogió de hombros. Luego se volvió hacia el guardia.

—Puedes retirarte —le dijo. Y cuando el guardia hubo cerrado la puerta tras de sí, ella se sentó a los pies de la cama.

—¿No tiene miedo de mí? —se extrañó Clive.

—Oh, no. Solo hice que me acompañara el guardia Ourn por si se daba el caso de que despertaras en un estado de desorientación e intentaras atacarme. Ahora no es necesaria su presencia.

—¿Cómo sabe que no la atacaré?

—Porque existe la irrefutable evidencia de que tú eres el auténtico Clive Folliot. Y el auténtico Clive Folliot es un hombre razonable y un caballero. Creo que primero escucharás nuestras explicaciones.

—Y... ¿mi tamaño? —preguntó Clive.

—Hemos concluido que los chaffri deben de ser los responsables de la alteración. En estos momentos tenemos a nuestros técnicos trabajando para solucionarlo.

—Me siento confundido, madame. ¿Por qué ser quién soy modifica sus sentimientos hacia mí?

—Porque queremos ser tus amigos, Clive Folliot. Porque solo tú puedes ayudarnos a luchar contra los chaffri.

—¿Y por qué haría yo tal cosa?

—Porque será ayudarte a ti mismo. —Entonces la Oradora Lena se levantó—. Una modista te tomó las medidas mientras dormías. Utilizando tus ropas descontaminadas como modelos te ha confeccionado un nuevo guardarropa.

Clive volvió la mirada hacia donde ella señalaba y reparó en las ropas colocadas encima del cofre que había a los pies de la cama.

—Creímos que te sentirías más cómodo en tu estilo habitual que en la moda de nuestra ciudad.

—Gracias —dijo Clive, ausente.

—No tiene importancia. Te esperaré fuera. Me temo que tendrás que agacharte un poco para no dar con el travesaño, pero la puerta está abierta.

Clive asintió. Cuando ella salió, él bajó con mucha cautela de la cama. Y se sentó en cuclillas ante el tocador y se contempló en el espejo.

—¿George? —llamó en voz baja—. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta.

Claro que no hubo respuesta, pensó Clive. ¿Se había vuelto loco? Ya dos veces había creído recibir un mensaje de su antiguo amigo Du Maurier, y una de esas veces incluso lo había visto, pero ambos hechos habían tenido lugar en momentos de extrema tensión. Eran alucinaciones, así de claro y simple. Eran lo que él quería que fuese, no lo que era en realidad.

Se había topado con tanta locura en la Mazmorra que ahora anhelaba profundamente ver, oír y tocar algo de su vida anterior, solo para sentir que había un mundo real más allá de aquella casa de dementes. Era natural que se imaginase que podía contactar con George, porque George era el único de sus amigos fascinado por los fenómenos paranormales. ¿Con quién más se comunicaría por telepatía? Pero, en aquel lugar, lo que se quería y lo que se obtenía nunca era lo mismo. Si deseaba volver a comunicarse de veras con George, primero debía escapar de la Mazmorra.

Era así de simple.

Pero si pudiera entrar en contacto con Du Maurier..., para que transmitiese un mensaje a su amante Annabella, de modo que supiese que no la había abandonado...

Clive frunció el entrecejo. Aquella obsesiva sensación como de algo olvidado

volvió de nuevo. Había algo acerca de Annabella y Du Maurier...

Pero, tan pronto parecía alcanzar el recuerdo, éste se escabullía otra vez. Clive dejó de mirar al espejo y se vistió, irritado consigo mismo por querer que lo imposible fuera real. Era ya hora de enfrentarse a la situación presente. Intentar salvar algo de sensatez de aquel último marasmo de confusión en que los Señores de la Mazmorra lo habían metido: esto requería toda su concentración.

Pero era muy difícil dejar el pasado a un lado. Alucinación o no, ver a Du Maurier, oír de nuevo su voz, por más que no hubiera sido real...

«Basta», dijo Clive para sí. Vestido con su nueva ropa, peinado el pelo con los dedos, se agachó, cruzó la puerta y salió al pasillo, donde lo aguardaba la Oradora Lena.

Ni Annabelle ni Casey estaban en posición de hacer nada para ayudar a Finnbogg. Annabelle aún no tenía pie firme, pues se estaba levantando de donde había caído, apoyándose con una mano en el canto de la mesa que se hallaba tumbada junto a ella. Un par de baptistas contenían a Casey y evitaban cualquier intervención suya. Lo cual dejaba a Finnbogg solo con sus propias fuerzas. Con el cuchillo del Mesías en su garganta.

—No he oído a nadie decir amén —dijo John J.—. ¿Acaso sois todos paganos?

Había baptistas repartidos entre el público, los suficientes para que, si estallaba una pelea, los bandos estuvieran muy igualados. Mucha gente saldría malparada de la refriega, por no mencionar el hecho de que el local quedaría arrasado por completo.

—Venga, hombre —intentó Annabelle.

Estiró una de sus piernas y luego la dobló bajo su cuerpo para tener con que impulsarse. Fuese una gran secta o no, de ningún modo iba a permitir que Finn muriera sin haber hecho lo imposible por salvarlo.

—El nunca te hizo nada —dijo a John J.

—Yo no quiero la sangre de tu perrito —dijo el Mesías con determinación—. Es el Señor quien la quiere. Y es que al Señor no le gusta enterarse de que una chorba de lengua fanfarrona maltrate a uno de Sus fieles más devotos, ¿comprendes?

—¿Eso es todo? —interrogó Annabelle. Y, al decirlo, levantó la mano hacia su pecho para activar el Baalbec A-9—. Venga, joder, ¿por qué no nos vemos las caras tú y yo solos y dejas a mi amigo en paz?

John J. movió la cabeza en un gesto negativo.

—Es un poco tarde para eso, amiga mía. No soy solo yo quien está cabreado, ¿comprendes? Has hecho que el Señor reclame el sacrificio debido.

—Todo lo que quieras —dijo Annabelle.

Porque tan pronto como el cuchillo estuviera fuera del cuello de Finn, John J. iba a experimentar en su propio cuerpo lo cerca que el Baalbec le dejaría (a él, ya no a su Señor) llegar a ella.

Pero el Mesías nunca llegó a saberlo.

—¿Ocurre algo por ahí? —preguntó una voz nueva.

John J. levantó la vista y se encontró con la boca del cañón niquelado de una automática del 44 que sostenía la mano firme de Jack Casady, el bajista de los Airplanes.

—No te metas en esto, tío —le observó el Mesías—. No es asunto tuyo.

Casady encogió los hombros, pero la 44 en su mano ni siquiera osciló.

—Yo considero que cuando un tiparraco tiene un cuchillo en el cuello de alguien de mi público, es asunto mío. Suelta al chico.

—No es un chico —replicó John J.—. Ni siquiera es humano.

—Quizá más humano que tú mismo —repuso Casady.

—Te estás buscando más problemas de los que jamás podrás resolver, chaval.

Casady rio.

—¿Llamas a esto un problema? Intenta alguna vez calmar un local atestado de Ángeles enfurecidos y verás.

—¿Ángeles? —repitió interrogante John J.

Annabelle sabía a lo que Casady se refería ya antes de que hablara. Ángeles, cierto, aunque no eran sino todo lo contrario.

—Ángeles del Infierno —aclaró Casady.

El Mesías entrecerró los ojos y por encima de las gafas miró al bajista.

—Ponerse al lado de Satán —dijo—. Esto es blasfemia.

Casady meneó la cabeza.

—No he dicho que yo fuera de su compañía; solo he dicho que en mi época tuve que tratar con ellos. Pero, hablando de usar el nombre de Dios en vano, ¿nunca te has parado a pensar con detenimiento en lo que haces pasar por Su Palabra?

Por entonces, otros del conjunto musical se habían acercado a ver lo que pasaba.

—¿Problemas? —preguntó Kantner.

—Naderías —contestó Casady—. El chaval se estaba divirtiendo un poco. Ahora va a guardarse el cuchillo y va a soltar al chico, ¿verdad, amigo?

Desde que el bajista de los Airplanes había atraído la atención del público hacia el Mesías, había habido un cambio en los ánimos de la sala. Annabelle, ahora, no dudaba de que la vida en los Tugurios era una vida dura. Una actuación como la de aquella noche era una de las pocas ocasiones que tenían para relajarse y olvidar las penalidades: justo lo que ella había intentado hacer. Ahora mismo, los que no pertenecían a la secta de los baptistas ya estaban hartos de tensiones y jaleos.

—¡Venga un poco más de música! —gritó alguien.

—¡Sí, venga!

—Todos estamos esperando, amigo —dijo Casady al Mesías.

Durante un largo rato, Annabelle tuvo la certeza de que John J. degollaría a Finn, a pesar de todo, solo por pura malicia. Pero entonces apartó la cabeza del can enano hacia un lado y se levantó con gran lentitud, hundiendo de nuevo el cuchillo en la funda que ocultaba en su bota.

La automática de Casady siguió todos sus movimientos. Por fin libre, Finnbogg rodó sobre sí mismo, y un hondo gruñido continuado salió de su pecho hasta que Annabelle desconectó el Baalbec y le puso la mano en el hombro.

—Ya pasó todo, Finn.

Bajo la mano de Annie, los macizos músculos del perro temblaban.

—¿Por qué no te das una vueltecita por la calle? —sugirió Casady al Mesías—. Solo para sosegarlo. Y llévate a los muchachos contigo. Esta noche vamos a tener un poco de diversión; nadie quiere problemas.

John J. fulminó el aire con la mirada que dirigió a Casady.

—Hueles a cadáver. Tú, la chica y el perrito éste. El buen Dios es misericordioso, pero yo no perdono.

Casady rio de nuevo.

—Eh, tío, yo solo soy interino —dijo—. No estoy vivo y por eso no puedo morir. Cuando me llega la hora, simplemente me vaporizo.

—No antes de que te haya puesto la mano encima —murmuró el Mesías.

Pero, habiendo ya sido obligado a rendirse una vez, sabía que era demasiado tarde para tratar de recuperar la posición dominante. Antes cuando la mitad del público continuaba indeciso y nadie quería de veras jaleos, los baptistas no habrían tenido problemas y habrían tumbado a la mitad de los matones antes de que nadie supiese realmente lo que estaba ocurriendo. Pero ahora, con todo el mundo atento y dispuesto a hacer bailar las cabezas de los baptistas, lo único que podía hacer el Mesías era retirarse.

Pero siempre habría un después, un después que no tardaría mucho en llegar. El Mesías retrocedió por entre el público con aquella amenaza palpable en sus ojos. Casady esperó hasta que John J. cruzara la puerta; luego hizo un guiño a Annabelle y se dirigió al escenario, donde el resto del grupo ya estaba preparándose para iniciar la segunda parte del repertorio.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Annabelle a Casey.

—Que tenemos que sacaros de aquí, y rápido —contestó Casey—. Si John J. reúne a suficientes hombres y regresa en tu busca, habrá un grandísimo follón...

—¿Qué quiso decir Casady con eso de no estar vivo? —inquirió Annabelle.

Casey parpadeó y miró hacia la banda de músicos.

—Los saqué de una remesa de CG que trajeron de Abajo. El amigo que me los consiguió sabía la clase de música que me gusta: la de mi época en los viejos y buenos Estados Unidos de América.

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué significa qué?

—CG.

—Cromos genéticos. Como éstos.

Se sacó del bolsillo lo que parecía una baraja de tarjetas de crédito y se las mostró. Caras familiares fueron pasando ante ella. Hendrix. Los Stones. Moby Grape. Lothar y Los Hand People. Joplin.

—¿Qué me estás diciendo? —interrogó extrañada Annie.

—Mira, de veras que tenemos que sacaros de aquí —dijo Casey.

Annie lo cogió por el brazo antes de que él se diera la vuelta y se fuera. La banda emprendió otra canción y ella tuvo que alzar la voz por encima de la música para ser

oída.

—¿Qué diablos son esas cosas?

—Ya te lo he dicho: son CG. Cada uno contiene la impresión genética de la persona retratada en él. Es lo que utilizan como entretenimiento Abajo; y, cuando se acaba la actuación, normalmente devuelven a los chicos a sus tarjetas. Pero yo soy de la opinión de que si son lo suficientemente amables como para tocar para mí, una vez el espectáculo ha acabado pueden hacer lo que les plazca. El único problema es, como dice Casady, que si no tocan, si no hacen música de forma regular, se esfuman. Se convierten en auténtico vapor hasta que uno casi puede ver a través de ellos, y luego —chascó entonces los dedos— desaparecen como si nunca hubieran existido.

—¿Son personas esos cromos? ¿Personas auténticas?

Casey encogió los hombros.

—No sé cómo funciona. Son como personas de veras, pero que se desvanecen si no se mantienen ocupadas.

—¿Habéis creado clones de todos esos músicos? —exclamó Annabelle señalando a los CG que Casey aún tenía en la mano.

—No son clones, son copias. Enseguida advertirías la diferencia si vieras al McCoy real codo con codo con su copia.

—¿Cómo los creáis pues?

—Ya te lo he dicho —respondió Casey—, no son clones. Se necesita un proyector. Entonces lo único que hay que hacer es introducir el cromo, darle al interruptor y ya tienes la diversión asegurada.

—Es obsceno.

—Quizá de la forma como los utilizan Abajo (que es precisamente adonde vais) sí sea obsceno; pero yo los trato bien. Los trato como a gente de verdad. ¿Por qué diablos crees que salieron en nuestra ayuda como lo han hecho?

Annabelle volvió la vista hacia los músicos en escena. Casady captó su mirada y respondió a ella con una leve inclinación de cabeza. Annie esbozó una tenue sonrisa; luego desvió la vista.

—Me siento mal —dijo.

Finnbogg la tocó por el brazo, con sincero interés en su expresión.

—No te sientas mal, Annie.

—Sí —dijo Casey—. Guárdalo para cuando estés Abajo. Esto no es nada comparado con lo que vas a encontrar cuando llegues allí.

—Sí, pero...

—Bueno, ¿vienes ya o prefieres bailar otro vals con John Jota?

Ella echó un último vistazo a la banda, y asintió.

—Voy.

—Bien, vamos a buscar a Horace y os sacaremos de aquí sea como sea.



Sidi miraba las chatas facciones del ser oruga líder de los EP y pensaba: ¿contarle cómo habían llegado hasta allí? Franchute parecía aceptar sin cuestionarlo que eran de otro mundo, distinto a la Mazmorra; pero ¿cómo podía esperar que cualquiera creyese todas las aventuras por las que él y sus compañeros habían pasado desde el primer nivel? Había momentos en que incluso él mismo tenía dificultades para creerlas.

Y además, había tanto para relatar...

—¿Por dónde empiezo? —dijo.

Franchute soltó otra serie de anillos de humo para puro entusiasmo de los *enfants perdus* de su entorno. Sus diminutos ojos brillaban tras el humo.

—¿Cómo llegasteis a la Mazmorra? —preguntó—. ¿De dónde venís? Contádmelo todo. El tiempo es algo que nos sobra, *mes amis*, y más en este lugar.

Sidi echó un vistazo a Tomás, quien meramente se encogió de hombros, como queriendo decir: cuénteselo. Así pues, se sentaron todos y el indio empezó.

No se había adentrado mucho en la historia cuando la mayoría de niños fueron alejándose de ellos para ir a divertirse en otras cosas, que debían preferir a escuchar la árida descripción de Sidi de los hechos que les habían acaecido, a él y a sus compañeros, durante los meses pasados. Pero Poot y Nacky se quedaron, al igual que algunos otros niños, y el mismo Franchute demostró ser un oyente atento.

—Tú eras viejo y ahora eres joven —dijo cuando Sidi le narró el episodio de la Cámara de los Venerados—. *C'est merveillux*.

—Quizá —repuso Sidi—. Pero no fue una experiencia que me gustara repetir.

—Comprendo —dijo Franchute—. Tal vez mejor de lo que podrías imaginar. Pero, por favor, continúa.

Sidi continuó con la historia. Franchute no lo interrumpió más hasta que describió cómo el barón Samedi había destruido los bancos de clones en el nivel anterior.

—¿Estás seguro? —interrogó el jefe de los EP con sequedad. Se incorporó levemente (y, con el movimiento, los michelines de su carne se agitaron como gelatina) y se inclinó hacia él—. ¿Quedó todo destruido?

Había algo en el tono de su voz que despertó los recelos de Sidi, una intensidad que contradecía la indiferente actitud que había mostrado hacia los viajeros desde que habían llegado. Sidi y Tomás intercambiaron miradas nerviosas.

—¡Contéstame! —exclamó Franchute.

Por toda la sala, los EP quedaron paralizados en el sitio y volvieron los rostros ansiosos hacia su jefe. Junto a Sidi, Nacky y Poot temblaban visiblemente.

—Sí —afirmó Sidi—. Según lo que yo vi, puedo asegurar que todo fue destruido.

Franchute lo atravesó con una larga mirada escrutadora; luego, despacio,

arrellanó el vasto volumen de su cuerpo en los almohadones. Los EP se relajaron de nuevo. Franchute levantó su mirada al cielo.

—*Mains sames* —dijo con suavidad—. Quizá Dios haya escuchado mis oraciones, incluso en este *damné* lugar.

—¿Estás familiarizado con este nivel de la Mazmorra? —le preguntó Sidi.

Franchute se llevó un delgadísimo dedo a su abultado pecho.

—¿Por qué crees que soy así? A mí también me trajeron a la Mazmorra contra mi propia voluntad. Me abrí camino por los diferentes niveles hasta que me atraparon en el nivel anterior... y experimentaron con mi cuerpo.

—Nos dijeron que lo que había en los enormes tubos de ensayo eran clones creciendo —comentó Sidi.

Franchute asintió.

—Pero también divertía a mis capturadores manipular los cuerpos originales. Lo que vi en aquel lugar... fue *monstrueux*.

—¿No has sido siempre como eres ahora? —preguntó Sidi con suma cautela.

—Yo nací en París, *mes amis*, en el año de la Revolución, mil setecientos ochenta y nueve. Me llamaba Georges Corbeil. Cuando me capturaron aún era un niño, pero nunca tuve la oportunidad de llegar a ser un hombre. En lugar de eso me convirtieron en la criatura que ahora ves ante ti. El chico que yo era todavía vive en el interior de este grotesco cuerpo, pero ahora yo soy el único que puede recordarlo.

—*Cristo* —dijo Tomás soltando el aliento.

—Y por eso te rodeas de niños —comprendió Sidi—, para intentar olvidar a los monstruos disfrazados de hombres y mujeres que te hicieron esto.

Franchute asintió.

—*Mes enfants perdus*.

—¿Podemos llamarte Georges? —sugirió Sidi.

—Georges Corbeil está muerto —dijo Franchute con amargura—. El único nombre que tengo ahora es el que me dieron mis compañeros de celda antes de que me llegara el turno y me llevaran a aquellos *laboratoires damnés* donde me hicieron esto. Os estaré eternamente agradecido por haberme ayudado a llevar a cabo mi venganza contra esos monstruos.

Hubo un largo momento de silencio durante el cual nadie pareció siquiera respirar. Sidi y Tomás evocaron aquella sala con sus infernales tubos de ensayo. Al imaginar que aquello pudiera haberles ocurrido a ellos, no pudieron evitar sentir tremendos escalofríos.

—Lo siento mucho por vuestra merced —dijo Tomás con sinceridad.

Franchute se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo ya. Ahora no dejo que me preocupe.

«No, no», pensó Sidi. «No dejes que te preocupe en absoluto».

—Por favor —dijo Franchute—. Continúa con tu historia. Después dé destruir los tubos de ensayo, ¿qué más os ocurrió?

El resto fue fácil de contar.

—Según noticias que he recibido —habló Franchute una vez que Sidi hubo terminado—, parece que mis niños han visto a algunos de vuestros compañeros. Pero decidme: ¿no sois todos de tamaño similar?

—¿Qué quieres decir? —interrogó Sidi.

—Los niños me han hablado de dos grupos de recién llegados a los Tugurios. Uno podría ser vuestro amigo metálico y su compañero, pero los niños me cuentan que eran el doble de altos que un hombre normal.

—¿No exageran? —dijo Sidi.

Eso atrajo un codazo a sus costillas por parte de Nacky, quien todavía se hallaba sentada junto a él.

—No, si saben lo que les conviene —repuso Franchute—. Tal vez los Señores de la Mazmorra hayan experimentado también con ellos.

—Eso sería imposible —dijo Tomás—. Todos pasamos a través del mismo espejo y casi al mismo tiempo.

—Entonces éstos deben ser clones de vuestros amigos, clones ampliados el doble. Los chicos me dijeron que se fueron Abajo.

Sidi hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—¿Y qué hay del otro grupo que los chicos vieron?

—Una mujer conducía a ese grupo.

«¡Annabelle!», pensó Sidi. Aún estaba viva. Su corazón cesó de latir un instante, como ocurría siempre que pensaba en ella.

—¿Y quién iba con ella? —preguntó.

—Un robusto ser enano con los rasgos de un perro, y un hombre con la cabeza rapada que vestía poco más que una capa.

Esos tenían que ser Finnbogg y Horace. Sidi se volvió hacia Tomás y se intercambiaron una sonrisa. Al menos tres de sus compañeros estaban a salvo.

—¿Podrían sus chicos llevarnos hasta ellos? —le preguntó Tomás.

Franchute asintió.

—Pero no os lo aconsejaría, *mes amis*. Se han dirigido a una zona de los Tugurios muy peligrosa. Esta noche, la voz de las calles me dice que los baptistas están furiosos y que están reuniendo todas sus fuerzas en la misma zona en que vuestros amigos fueron vistos por última vez. Haríais mejor en esperar a que la agitación se calmase.

Sidi no sabía a quién o a qué se refería Franchute con el nombre de baptistas, pero sí sabía que, si se estaba preparando algo malo cerca de donde se hallaban sus amigos, era más que probable que Annabelle y los demás se encontraran en medio del desastre. Y es que aquello parecía ser lo más normal en la Mazmorra.

—Tenemos que reunimos con ellos lo más pronto posible —dijo Sidi.

—*Alors* —dijo Franchute—. Estoy en deuda con vosotros; así pues, voy a ayudaros lo mejor que pueda. Haré que uno de mis chicos os lleve cerca de donde fueron vistos por última vez, pero no puedo arriesgarlos más.

—Yo los llevaré —se ofreció Nacky—. Los llevaré hasta Casey's. Yo no tengo miedo.

—¿Y qué ocurrirá, *ma petite*, si no te resulta tan fácil regresar? Si los baptistas te cogen, no serán amables contigo. Se quedarán contigo, te separarán de mí y de tus hermanos y entonces te harás mayor. ¿Te arriesgarías a eso?

Nacky solo se encogió de hombros.

—No tengo miedo —insistió—. Una vez di una patada a un baptista, en toda la rodilla, y eché a correr a toda prisa. Y ni siquiera intentó perseguirme.

—No queremos poner en peligro a tus niños —dijo Sidi—, pero necesitamos a un guía.

—*Malheureusement* —dijo Franchute—, este cuerpo mío *c'est immobil*. Tendrá que ser uno de los niños.

—De veras no tengo ni pizca de miedo —les aseguró Nacky.

—Yo tampoco —añadió Poot.

—Yo nunca tuve miedo, nunca —levantó la mano otro de los EP, cuyo nombre ignoraban.

—Un guía bastará, creo —respondió Tomás, sonriendo.

—Y tal vez uno sea demasiado —dijo Franchute—. No conocéis a esos baptistas, mes amis. Son muy fuertes, y esta noche, según me han dicho, están muy enfadados. Si os cogiesen a vosotros o a vuestros amigos...

—Pero son nuestros amigos —insistió Tomás.

Sidi asintió.

—Si hay alguna posibilidad de que estén en peligro, ¿cómo no hemos de hacer todo lo que esté en nuestras manos para ayudarlos?

Franchute accedió, cansado.

—*C'est vrai*. En un lugar como éste solo tenemos a nuestros amigos. Id pues, y con mi bendición. Nacky os va a guiar, ya que parece tener muchas ganas de hacerlo.

—Tengo una piedra de la suerte —explicó Nacky—, así que todo va a salir mejor que bien.

Sidi y Tomás se pusieron en pie. Nacky empezó a tirar de la mano de Sidi, pero él la retuvo el tiempo suficiente para dedicar una breve inclinación a Franchute.

—Ha sido un honor conocerte —le dijo.

—Si sobrevivís, traed a vuestros amigos y hablaremos —repuso Franchute—. Puedo enseñaros un camino para bajar.

—¿Bajar?

—Para entrar Abajo. Si lo que queréis es ir al siguiente nivel, os veréis obligados a pasar por entre los ren y los chaffri.

Más tarde tendrían tiempo de preocuparse de eso.

—Intentaremos volver a visitarte —le dijo Sidi. Y por fin cedió a los insistentes gritos de «Venga, venga» de Nacky, y a los tirones que le daba en el brazo.

—Adiós —se despidió Tomás. Y se llevó un dedo a la frente a modo de rápido

saludo antes de apresurarse a alcanzar a Sidi.

Franchute asintió para sí cuando se marcharon.

—*Oui. Adieu et bonne chance, mes amis*, pero mucho me temo que no nos volveremos a ver.

Tomás y Sidi lo oyeron, pero, entonces, una multitud de chicos riendo se apiñaron a su alrededor para saludarlos, y si Franchute dijo algo más, no llegaron a oírlo.

—¿Qué cree que son esos baptistas? —preguntó Tomás a Sidi mientras Nacky los conducía hacia la escalera.

—Son malos y feos —respondió ésta por encima del hombro.

«Desde luego», pensó Sidi. Eran uno más de los peligros de la Mazmorra, ¿qué otra cosa podía ser? Pero pensó en la trágica figura que acababan de dejar, en Chillido y Finnbogg y en los demás que habían conocido y que no encajaban en ciertas concepciones de la hermosura, y comprendió que estaba cometiendo una injusticia con Franchute y con muchas otras víctimas de los Señores de la Mazmorra, o quizá solo víctimas del simple destino.

Era con los que tenían la fealdad en el corazón con quienes había que andarse con cuidado.



Neville nunca lo hubiera creído, pero él y sus compañeros se habituaron al final al repelente hedor que impregnaba el sistema de desagüe. Era peor cuando las monturas se veían obligadas a agitar las quietas aguas de los charcos, pero era tan poca la diferencia, que pronto se habituaron a aquello también.

Más preocupante era la aparición, con creciente frecuencia, de montones de escombros bajo los puntos donde el techo se había derrumbado. Aunque cada vez se encontraban con que podían salvar las ruinas, no podían evitar pensar con angustia que quizá las próximas serían totalmente infranqueables y se verían obligados a dar media vuelta.

Manténían el cómputo de las horas por lo que duraban las antorchas. Como una antorcha alumbraba durante unos veinte minutos, Neville calculó que, cuando finalmente se detuvieron a descansar en una plataforma de poca elevación (que los silvers alcanzaron por medio de súbito arañazos —que lo tuvieron a uno en vilo— en la superficie de una piedra que se desmigajaba), hacía al menos dos horas que se hallaban en el sistema de colectores.

De todo el grupo, Chillido parecía la menos turbada tanto por el entorno como por las dificultades que presentaba el terreno.

Mi sentido del olfato no tiene los mismos puntos de referencia que los tuyos, Ser

Neville, le explicó cuando éste se quejó de los hedores del lugar, *así que el mal olor no me molesta. Y mi físico se encuentra más a gusto viajando por esta ruta que no el tuyo o el de los tuanos. En algún nivel anterior nos habíamos encontrado con la misma situación, pero a la inversa.*

Y entonces ella no se había quejado, pensó Neville. Pero naturalmente, Chillido, siendo como era, no comentó ese detalle.

Solo me siento frustrado, le dijo Neville. *La razón me dice que me alegre de que la cosa vaya tan bien para usted.*

Lo que Neville había llegado a interpretar como una sonrisa, apareció un breve instante en las facciones de la mujer araña.

Pero al cuerpo no le es tan fácil ser lógico, concluyó Chillido por él.

Exacto.

Neville reposaba recostado en el flanco de la montura de Alyssa, que yacía tendida en la plataforma con los ojos cerrados y la respiración regular. Alyssa estaba sentada a un par de metros de él.

—Creo que tú y Chillido nos habéis traído suerte —le dijo volviéndose hacia él.

—¿Por qué lo dice?

—Porque nunca habíamos llegado tan lejos a través de los túneles.

Neville rio.

—Dé las gracias a los perros, entonces, no a nosotros.

—¿Cómo lo haces para mantener un estado de ánimo tan alegre? —preguntó Alyssa—. Mi gente no disimula lo poco que le gusta ese lugar.

Y, con la cabeza, señaló a sus compañeros, quienes (todos excepto Fenil) permanecían arrellanados contra sus monturas, con expresión amarga en el rostro. Fenil estaba asomado en el borde de la plataforma manteniendo la antorcha en lo alto, intentando atisbar lo que podía de la ruta que aún les quedaba por delante.

—Podría bromear y decir que me he visto en peores situaciones —respondió Neville.

—¿Pero...?

—No bromearía: me he visto en peores situaciones. Al menos aquí nadie intenta arrancarme la cabeza del cuello. Esos túneles son tan agradables como nadar en un retrete, cierto, pero aún somos libres. Hacemos lo que queremos hacer, según nuestras inclinaciones. Y... —rio de nuevo, pero esta vez hubo una nota sardónica en su humor.

—¿Y? —lo instó Alyssa.

—Cada paso que damos nos acerca a los cabrones que empezaron poniéndonos en esta situación.

Alyssa permaneció callada durante un largo momento, mirando con expresión ausente hacia la oscuridad; luego asintió con lentitud.

—A mí también me gustaría tener unas palabras con los Señores de la Mazmorra. —Se volvió un instante para mirar a Neville—. ¿Cuánto hace que tu compañía está

atrapada aquí?

Al encogerse Neville de hombros, Chillido intervino:

—Depende. Yo estoy aquí desde hace algunos de lo que Neville cuenta por años; Neville lleva un año o así. Y uno de nuestros compañeros afirma que su estancia dura desde hace diez mil años.

Neville sonrió recordando a Finnbogg y sus absurdas historias. Pero la verdad era que cada uno tenía su parte de razón.

—Lo creo —dijo Alyssa—. En este lugar lo creería todo. En nuestro país contamos leyendas acerca del Desierto Llorón, adonde van las almas que no han servido al Gran Viento con todo el ánimo, fuerza y lealtad con que podrían haberlo servido. Se envía a estas almas al Desierto Llorón para que sufran hasta el regreso de la Segunda Luna del Gran Viento. Para mi gusto, esta Mazmorra se parece a veces demasiado al Desierto Llorón.

Y Neville empezó a describir el último nivel por el que habían viajado, que había sido muy parecido al infierno de la religión de su propio mundo.

—No vimos tal lugar —comentó Alyssa—. Ni los fuegos, ni la baronía, ni los laboratorios con sus nefastos gemelos.

—No eran gemelos —repuso Neville—. Uno de nuestros compañeros, el ciborg Guafe, nos lo explicó. Los Señores de la Mazmorra pueden producir copias exactas de nuestras personas a partir de la partícula más pequeña de nuestro cuerpo. Los llamó clones. Pero no son como los gemelos que se han formado juntos en el mismo vientre materno.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Alyssa.

—Porque uno de nuestros compañeros desaparecidos no es tan solo mi hermano, sino mi hermano gemelo. Y Chillido atestiguará, estoy seguro, que tenemos muy pocas cosas en común, salvo, claro está, aquel parecido familiar que comparten todos los hermanos.

—Pero aquellos tubos de ensayo...

Neville asintió.

—Estoy de acuerdo. Era algo perverso.

—Pero no maldigas a las criaturas en sí mismas —añadió Chillido—. Más bien, maldice a quienes las crearon.

—Antes besaría el culo del Troll de la Noche —dijo Yoors, hablando por primera vez— que perdonar a tales monstruos.

Neville sonrió para sí. Había tenido la sospecha de que el capitán no estaba dormitando como pretendía, sino escuchando durante toda la conversación.

—Mataron a su hermano Shian —explicó Alyssa.

—No, no lo mataron: lo descuartizaron —rectificó Yoors—. Lo descuartizaron como a un animal cualquiera, mientras nosotros nos veíamos obligados a huir sin poder ofrecerle los últimos rituales.

Si uno se fija bien, dijo Chillido con su voz telepática, siempre puede encontrar un

motivo para el modo de ser de cada persona.

Al ver que nadie respondía, Neville se percató entonces de que ella había hablado por su red neuronal, para que solo él pudiera oír lo que había dicho. Neville asintió, comprendiendo a lo que se refería.

Trataré de ser más amable con él, le respondió también sin voz sonora.

Y pudo sentir la sonrisa de la araña en su mente.

Todavía hay esperanzas para ti, Ser Neville.

Alyssa ignoraba la conversación que había tenido lugar entre ellos.

—Fue aquel maldito desierto —dijo prosiguiendo con su historia— lo que finalmente nos condujo a este nivel.

—¿No visteis el espejo? ¿Nada de lo que he contado yo?

Alyssa negó con la cabeza.

—Solo lo que parecía un yermo sin fin, un yermo habitado por criaturas: monstruos secos, llenos de escamas, que, en aquella desolación, luchaban por la supervivencia. Uno de ellos mató a Shian nada más llegar a la Puerta...

—Lo siento, Yoors —le aseguró Neville—. Por todo.

El capitán le respondió con una mirada fulminante y volvió la cabeza hacia otro lado.

Neville echó un vistazo a la arácnida.

Lo estoy intentando, madame Chillido, pero él no ayuda ¿Qué querrá?

Quizá una ocasión para hacer frente a su pérdida, contestó ella.

—Lo peor de todo —continuó Alyssa— era que estábamos tan cerca de escapar... Unos breves instantes más y...

Fenil silbó de pronto y se retiró del borde de la plataforma. Yoors se puso en pie de inmediato y los demás siguieron rápidamente su ejemplo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán.

—Algo se aproxima —repuso Fenil—. Algo muy grande.

—Quizá sea más de un algo —dijo Yoors al acercarse al borde de la plataforma y escrutar en la oscuridad.

«Encantador», pensó Neville. «Gracias a los Señores de la Mazmorra podemos estar seguros de que no tendremos ni un momento de aburrimiento».



Al igual que la habitación en que Clive había despertado, el pasillo donde la Oradora Lena lo aguardaba hubiera podido formar parte, sin desentonar en nada, de la casa de cualquier caballero londinense de posición. Su misma familiaridad volvió a despertar los sentimientos de añoranza en Clive.

«En ninguna parte se está mejor que en casa».

Clive siempre había considerado ese dicho con cierto desdén, como uno de los mediocres ideales de la clase media, pero ahora, después de meses en la Mazmorra... ¡qué no daría ahora por volver a estar en casa! Su actual entorno no hacía más que acentuar este deseo.

El piso del pasillo estaba recubierto por una espesa alfombra de color rojo oscuro. En las paredes había candelabros convertidos en alumbrado eléctrico y retratos de hieráticos caballeros de anchas patillas y damas encantadoras en escenas que le recordaron a Clive las actuaciones de Du Maurier en las obras *Once A Week* y *Punch*. Consolas, con jarrones decorativos y estatuillas, se hallaban distribuidas a lo largo del pasillo a intervalos regulares de unos dos metros, y el techo, aunque incómodamente bajo para la actual estatura de Clive, formaba una bóveda delicada.

Clive se sentía como una bestia de carga mientras seguía a la Oradora Lena por el pasillo, con sus pasos amortiguados por el espeso pelo de la alfombra.

—Este edificio se llama la Mansión de los Oradores —le explicó la Oradora Lena mientras andaban—. Se encuentra al otro lado de la ciudad, opuesto al lugar donde os recogieron. Esta ala en particular está dedicada a la época victoriana: a los modelos y estilos de tu época concreta.

—¿Por qué? —inquirió Clive.

La Oradora Lena se detuvo para mirarlo.

—¿Cómo?

—¿Por qué esta ala está dedicada a mi época?

Ella sonrió.

—Porque entre nosotros hay muchos que han tomado gran afición y gran aprecio por tu particular período. —Y prosiguió andando de nuevo—. En tu época avanzaron gloriosamente las artes, florecieron las ciencias y la expresión creativa.

Clive pensó en todos los progresos que había llegado a conocer del mundo del siglo posterior al suyo, en todo lo que su tataranieta le había descrito durante los meses que habían pasado juntos. Por todo lo que había visto de aquella ciudad hasta el momento, sus habitantes estaban al menos igual de avanzados en cuanto a tecnología.

—Tengo que pensar que ustedes nos ven como a un pueblo primitivo.

—En cierto sentido es así, sí, claro. Pero el espíritu de tu época era tan abierto a todo lo que era nuevo...

Clive parpadeó. ¿Abierto a lo que era nuevo? Evocó la sociedad de su tiempo, la Iglesia de Inglaterra, las costumbres sociales, la estructura de clases... ¡Cuando comparaba aquello a cómo podría llegar a progresar la sociedad humana...! Por lo que había llegado a comprender gracias a las relaciones con los miembros perdidos de su compañía, ahora sabía que existían cosas que podían y debían cambiar en la sociedad inglesa, y todas para bien.

Continuaba siendo su hogar, claro, y él lo añoraba; pero si nunca lograba regresar, sería un hombre muy diferente al que había sido antes de zarpar de la costa de

Inglaterra.

—Sospecho que tiene usted una visión idealizada de mi época —comentó Clive.

La Oradora Lena se encogió de hombros.

—Es probable.

—¿Ha estado usted allí? —le preguntó Clive.

Clive se había estado interrogando durante algún tiempo si los seres que habitaban en la Mazmorra habrían viajado a los mundos de los cuales los Señores de la Mazmorra cogían prisioneras (porque no iban por voluntad propia) a sus piezas de juego. Y también había estado meditando acerca del hecho de que no había encontrado a nadie en la Mazmorra que pudiera ser de veras uno de sus Señores. Así pues, su idea era hacer preguntas y enterarse de todo lo que pudiese; mostrarse amistoso, pero guardarse para sí las propias opiniones; y por encima de todo buscar una oportunidad para escapar, con el objetivo de volver a lo que de veras le interesaba: regresar con sus compañeros y aplastar a los Señores de la Mazmorra.

—¿Bien? —insistió a la Oradora al ver que no le respondía de inmediato—. ¿Ha estado usted allí?

La Oradora Lena sonrió:

—Desde luego, pero nunca viviré realmente allí; así pues ¿qué mal hay en idealizarlo un poquito?

Era malo difundir cualquier mentira, pensó Clive, incluso cuando se basaba solo en la ignorancia o en la inconsciencia; pero ahora le era imposible explicar con exactitud por qué, incluso a sí mismo. Hasta que pudiera, no veía la razón por la que hubiera de rebatir las ideas de su presente interlocutora.

—¿Y cómo son las otras alas de la Mansión? —preguntó en cambio.

—Iba a decirte que te preparases —le respondió la Oradora Lena al acercarse ya a la puerta del final del pasillo.

Era una puerta enorme, de sólidos batientes de madera con adornos de latón y empuñaduras. La flanqueaban dos altos jarrones, con sendos espléndidos ramos de rosas frescas, rosas que a Clive le parecieron de miniatura, irreales.

—¿Prepararme para qué? —inquirió.

—Cada ala tiene un tema decorativo distinto. Somos un pueblo aficionado a la adquisición de culturas y adoptamos con entusiasmo la que nos atrae más, al menos hasta que encontramos otra más atractiva. Las casas y los pisos de la ciudad pueden tener una habitación dedicada a, por ejemplo, el período sak de los antiguos helines (una raza de seres que pasan sus años de educación en una crisálida, antes de emerger como insectoides brillantemente tatuados) junto a otra dedicada a la dinastía Ming de la China de tu propio mundo, o a los lem, comedores de arena, los artefactos de cuya cultura están basados únicamente en esferas.

—¿Y tras esa puerta? —preguntó Clive.

—Se halla el Núcleo de la Mansión de los Oradores, que corresponde más o menos a la plaza mayor, la zona centro de la ciudad, que está dedicada a nuestra

propia cultura.

Y mientras lo explicaba abrió la puerta y Clive se encontró contemplando la blancura total. Paredes, suelo, techo, vestidos de la gente, todo era blanco. Vacío. Todo era utilitario. No había estatuas ni pinturas en las paredes. Las esquinas eran ángulos exactos, y había una completa ausencia de motivos ornamentales.

Se volvió hacia su acompañante con una mirada desconcertada.

—Pero...

La Oradora Lena asintió, triste.

—Somos un pueblo camaleón —repuso—. No tenemos cultura propia, solo lo que nos llevamos prestado de las demás.

—Pero ni siquiera se ve tal cosa. —No se considera correcto exhibir las obsesiones privadas en público.

—Ya veo —dijo Clive.

Pero no lo veía. ¿Cómo podía existir una raza de seres sin cultura propia? Era totalmente inconcebible. En algún punto de su historia debían de haber tenido modas y estilos que pudieron llamar propios. ¿No?

—Ven —lo invitó la Oradora Lena.

Lo condujo hacia el interior del Núcleo, que demostró ser una nave enorme, en la cual podían haber cabido con toda facilidad media docena de los famosos Palacios de Cristal de la Gran Exposición de Londres. En aquel suelo, los zapatos de Clive hacían mucho ruido al andar, y él se percató enseguida de la gran atención que atraía. Por las expresiones de los rostros con que se cruzaba, advirtió que lo miraban de la misma manera que lo había mirado el jefe de la guardia que los había capturado, a él y a Guafe, en la estación del ferrocarril subterráneo.

Casi podía oír también la voz del capitán de la guardia sisear «monstruos» tras de sí, mientras observaba que los ojos de los transeúntes evitaban los suyos. El creciente rumor de sus voces, que hablaban de él, lo seguía como una desagradable estela. El rechazo que le demostraban, unido a sus recientes «contactos» con Du Maurier, despertaron un singular recuerdo en su mente: el de cuando había conocido a la trágica Mary Wollstonecraft Shelley, poco antes de su muerte en el cincuenta y uno.

Después de conocer a la esposa del poeta, había buscado y había leído su novela acerca del Moderno Prometeo con gran interés, e incluso había asistido, en Londres, a la representación teatral de la obra.

Había un *pathos* en el monstruo que conmovió de honda manera a Clive, más en la novela que en su adaptación para la escena. Durante las semanas posteriores a la lectura del libro no había podido dejar de pensar en cómo se habría sentido el monstruo, intentando imaginarse él mismo en una situación similar. Ahora lo sabía.

No era el mismo horroroso monstruo, al menos para sus ojos (por la imagen que antes había visto de sí mismo en el espejo), pero, a pesar de eso, para aquella gente, él era de naturaleza monstruosa. ¿De qué otro modo podrían considerarlo cuando los miraba desde arriba, dos veces tan alto como el más alto de ellos?

—Quizá deberíamos haber tomado otro camino —le dijo en voz baja la Oradora Lena, a su lado.

Clive se inclinó para oírla.

—¿Por qué?

—Porque tengo la mala impresión de que las cosas se van a poner feas —repuso la Oradora Lena—. ¡Rápido! Por aquella puerta.

Pero ya era demasiado tarde. Aunque estaba aún a cierta distancia, la muchedumbre iba creciendo y ya no musitaba sus epítetos por lo bajo, sino que los lanzaban a gritos hacia Clive.

Las cosas se estaban poniendo feas, en efecto, concluyó Clive al ver que uno de la masa le lanzaba el corazón de una fruta.

9

Horace los esperaba junto a la puerta que daba al apartamento de Casey. Tenía en la mano una palanca, la única arma que había podido encontrar en tan poco tiempo. Linda estaba junto a él, con expresión preocupada en el rostro.

—Gracias por la idea —dijo Annabelle a Smythe—, pero la crisis ha terminado. —Volvió la vista hacia Casey—: ¿No?

Este asintió.

—Si podemos sacaros de aquí enseguida. En la sala, John Jota podría haber soltado a sus chicos si Casady no le hubiese caído encima. Y si dejamos que se caliente puede que consiga más matones y asalte el local. Pero si se entera de que te has ido, el asunto se enfriará. Por mucho que John Jota diga, a los baptistas les gusta tomarse unas copas y escuchar buena música de vez en cuando, y éste es el mejor local de los Tugurios. No van a cargárselo.

—¿Y qué ocurrirá contigo y con Linda?

—No te preocupes. Nos las apañaremos. Vosotros sois los únicos que debéis salir de aquí. Y pronto.

—¿Y Casady?

—Es una copia cromogenética. ¿Qué puede hacerle John Jota?

Tras ellos, en la sala, los Airplane continuaban en escena, tocando un provocativo rock and roll con la fresca voz de Slick elevándose por encima de la música. «Copias», pensó Annabelle. «Jesús».

—Imagino que lo que me angustia más —comentó— es que saben lo que son y no parece importarles un rábano. Es decir, ¿qué clase de vida es esa que llevan?

Casey se encogió de hombros.

—Es la única clase de vida que conocen.

Aquello agitó un recuerdo en la mente de Annabelle. Buscó en su mente hasta que dio con él en la canción *La ruta del tabaco*, del LP *Caricaturas*. Estupendo, aunque demasiado oportuna para la presente situación.

—Sé que parece algo monstruoso —dijo Linda—. Sentíamos lo mismo que tú hasta que conseguimos este último lote de cromos y hablamos con ellos. Los originales continúan en el mundo real, dando lo mejor de sí. Las copias son felices de veras con solo tocar sus melodías.

—Los originales ya no existen —repuso Annabelle.

Casey la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La gente muere, y los músicos igual que todo el mundo. Hendrix, Morrison, Joplin, Lennon..., todos están muertos ahora. Lo único que queda de ellos es su música o al menos eso era lo único que creíamos que quedaba. Pero una viene a parar aquí y descubre que los Señores de la Mazmorra han conseguido arrebatarse una parte de sus almas, o lo que diablos sea que hayan hecho con ellos para meterlos en esos cromos, y ahora tenéis a sus fantasmas tocando en un escenario de poca monta. —Meneó la cabeza—. Siempre creí que el paraíso del rock and roll sería diferente, ¿sabéis?

—Hendrix..., Joplin..., ¿muertos?

Annabelle asintió.

—Mejor será que no pase lista, creedme.

—¿Morrison, también? —inquirió Linda—. ¿Y Lennon?

—Siempre pensé que volverían a reunir al grupo y a tocar juntos de nuevo —dijo Casey.

Linda movió la cabeza asintiendo.

—¿Quién más ha muerto?

—Ya os lo he dicho: será mejor que no siga nombrando —insistió Annabelle—. Haces cargo de que yo provengo del último momento del último día del siglo veinte, del gran mil novecientos noventa y nueve. He reconocido los rostros de los cromos porque mi madre me hizo tomar gusto por toda esa vieja música. Pero no creo que ninguno de éstos, si viven, sigan haciendo música. Los chicos de hoy día no quieren el rock and roll de un calvo o de un canoso, lo bastante viejo ya para ser su abuelo.

—Vaya —dijo Casey—. Y yo que nunca querría que dejaran de tocar...

—Bien, aún queda algo —respondió Annabelle—. Muchos de la vieja guardia siguen estando en la brecha. Desde luego, lo que mantiene a esos grupos en escena y grabando discos compactos es que los fans que los escucharon de jóvenes, ahora son inversores y agentes de bolsa y pueden permitirse el lujo de pagar las carísimas entradas a sus conciertos y todo el rollo. Recuerdo haber visto un cartel anunciando un concierto en Wembley de García y los Dead justo antes de caer en este sitio.

—Ah, por nada del mundo querría que los Dead dejaran de tocar.

Annabelle le dedicó una triste sonrisa.

—Supongo que eso hace que se sientan agradecidos, ¿no? Pero no significa mucho para los que están muertos de verdad...

Casey enderezó la espalda.

—De acuerdo. Es un palo, pero ya no tenemos tiempo para hablar más. Me gustaría sentarme y charlar sobre los Fillmore y todo eso, pero hemos de sacarnos de aquí, o ni siquiera tendrás la posibilidad de que hagan una copia de ti en esos cromos.

—¿Qué te hace pensar que me gustaría...?

La voz de Annabelle se apagó cuando el pensamiento hizo su efecto. ¿Qué estaba diciendo que no quería que metieran una parte de ella en aquellas tarjetas? Conociendo a los Señores de la Mazmorra, podía estar segura de que ya tenían copias

suyas actuando a lo largo y a lo ancho de la maldita Mazmorra.

—De veras creo que me voy a poner mala —dijo.

—No tienes tiempo ni para eso —replicó Casey.

Linda colocó una bolsa con provisiones en los brazos de Finnbygg.

—Cuidaos —les exhortó.

—Gracias, madame —contestó Smythe—. Y a usted, míster Jones.

—Ahora escuchad —dijo Casey mientras los conducía a la puerta trasera del local, que daba a un callejón.

Y les dio breves y concisas indicaciones para encontrar un paso seguro hacia Abajo.

—Una vez os halléis dentro de los túneles, simplemente mantened las manchas de pintura a vuestra izquierda; están más o menos a la altura del hombro —acabó—. Así deberíais ir bien. Linda ha puesto unas linternas en el fardo, con carga suficiente para todo el camino. No os entretengáis, porque no sé si durará mucho más.

—¿Y usted cómo conoce la existencia de ese paso? —preguntó Smythe.

Casey sonrió.

—Es una de las rutas de los contrabandistas; y vosotros, muchachos, estáis ante uno de los primeros comerciantes de productos de los chaffri en los Tugurios. No os preocupéis. Mis indicaciones son correctas.

Smythe asintió.

—¿Hay algo más que debamos saber del paso?

—Tan solo seguid mis instrucciones y lo lograréis. No es probable que os encontréis con algún zero de los chaffri, pero no por ello debéis dejar de tener los ojos bien abiertos. El lugar está plagado de trampas.

—¿Zeros? —repitió Annabelle.

—Son una especie de artilugio, todo de fibra, plástico y metal, pero tienen sesos humanos en la cabeza, y están conectados a unidades motoras computadorizadas. —Captó la expresión de los rostros de Annabelle y Smythe—. Ya os dije que Abajo había cosas más raras que los CG.

—¿Podría proporcionarnos algunas armas? —inquirió Smythe—. ¿Aunque sea solo un sable?

Casey hizo un movimiento negativo con la cabeza antes de responder.

—Eso aquí son artículos de primera necesidad, y algo que los contrabandistas no suben muy a menudo. Son difíciles de obtener de los chaffri. No cuesta mucho comprender que a los chaffri no les preocupe demasiado que juguetes y cosas por el estilo caigan en nuestras manos. Pero ¿armas? Eso sería crearse complicaciones.

Estaban ya frente a la puerta trasera.

—Esperad un minuto —dijo Casey.

Abrió la puerta con cuidado, se escurrió afuera y volvió a entrar al cabo de unos momentos.

—No sé, no sé. Todo está muy tranquilo, tal vez demasiado tranquilo para una

noche en los Tugurios.

—No podemos quedarnos —dijo Annabelle.

Besó a Linda en la mejilla y dejó que Casey le diera un abrazo; luego, encabezando su pequeña compañía, cruzó la puerta.

—Dadles fuerte —los animó Casey antes de cerrarla.

—Seguro, marinero —le respondió Annabelle.

La puerta trasera del local se cerró con suavidad y se oyó que pasaban el cerrojo: la retirada por allí quedó bloqueada para ellos. Annabelle miró a sus compañeros.

—Bien, muchachos —dijo—. Es tiempo de mover el trasero.

—Amén —añadió una voz silenciosa desde una boca del callejón.

Se volvieron hacia allí y vieron que estaba lleno de baptistas, con John J. a la cabeza. Volvieron la cabeza hacia el extremo opuesto, hacia donde tenían intención de dirigirse en principio, pero también estaba bloqueado por miembros de la secta.

—Es hora de decir adiós al dulce mundo —les comunicó el Mesías—, porque el mejor pastor del Buen Dios quiere recoger vuestras almas. Y lo más triste del caso, al menos triste desde vuestro punto de vista, es que ahora no tenéis a ningún CG para que os saque las castañas del fuego.



Nacky no dejó de charlotear ni un solo instante mientras conducía a Sidi y a Tomás por el rascacielos de *les enfants perdus*, hacia las calles encapotadas por la noche de la ciudad en ruinas. Cuando por fin alcanzaron la planta baja de aquel edificio y salieron al resquebrajado pavimento lleno de abultamientos, Tomás dio una patada en el suelo y sonrió a su compañero.

—Por fin —dijo soltando un suspiro—. No más escaladas desesperadas ni más columpiarse como monos en una cuerda.

Sidi le devolvió la sonrisa. A él también lo aliviaba volver finalmente a hallarse de nuevo en suelo firme.

—Siempre pensé —dijo— que alguien tan habituado como tú a trepar por los aparejos de un barco se sentiría más cómodo en las alturas.

—Hay una gran diferencia entre las dos alturas —repuso Tomás—. Créame.

Sidi levantó la vista hacia la fachada cortada a pico del edificio situado a sus espaldas. Parecía elevarse en la oscuridad tan alto como las mismas montañas del Himalaya.

—Una diferencia muy grande —acordó.

—Vamos —dijo Nacky, impaciente, tirando de nuevo del brazo de Sidi—. Aún queda mucho camino.

—Entonces guía —instó Sidi.

Y Nacky emprendió un rápido paso que mantuvo constante y que ninguno de los dos hombres hubiera supuesto capaz en una niña. La mayoría del tiempo iban por bulevares principales, sorteando montones de escombros, abriéndose paso por campos de matorrales altos hasta la cintura, que crecían de entre las grietas del pavimento. Pero de vez en cuando localizaban una hoguera en su dirección, y entonces Nacky les hacía dar un rodeo por callejuelas y edificios abandonados.

—¿Quién hace esas hogueras? —le preguntó Sidi cuando se desviaban para evitar otra.

El indio solo pudo distinguir algunas siluetas reunidas en torno al fuego, calentándose las manos en las llamas, o recostadas en el suelo, pasándose botellas de lo que supuso que era licor.

Nacky se encogió de hombros.

—Birrias. O bandas. A estas horas de la noche tanto da quién sea. Todo son problemas.

—¿Birrias? —repitió, interrogativo, Tomás.

—Vagabundos —explicó ella—. No tienen casa, como la que Franchute ha hecho para nosotros, y son demasiado viejos para pertenecer a una banda.

—Ah —dijo Tomás—. Mendigos. Pero ¿a quién mendigan?

—Se las apañan, como todos, salvo que no se las apañan tan bien.

Esquivaron la fogata entrando en las ruinas de un edificio que era meramente vigas y pilares, como si fueran las ramas de un árbol muerto plantado en los cimientos originales del edificio. Montañas de piedras caídas señalaban los lugares donde sus muros se habían desmoronado, de lo cual hacía ya tanto tiempo que la vegetación había acabado por redondear sus cantos agudos.

Dos callejuelas más por entre edificios cada vez en mejor estado, lo llevaron de nuevo a una vía principal. Ante ellos pudieron distinguir otro fuego, pero en éste había algo diferente. Unas pocas manzanas más cerca, y vieron que se trataba de una enorme cruz en llamas.

—Oh, esto es malo —dijo Nacky.

Se ocultó tras un montón de cascotes y piedras y tiró de las mangas de sus compañeros hasta que éstos se agacharon junto a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Sidi.

Nacky señaló la cruz.

—Son los baptistas —dijo ella.

Sidi contó cerca de cincuenta hombres reunidos alrededor de la hoguera. Vestían solo pantalones y chalecos, y la piel que les quedaba desnuda brillaba a la luz que vertían los brazos en llamas de la cruz. Y había algo al pie de la fogata que captaba la total atención de la secta. Pero, a causa de su ángulo de visión, Sidi no podía distinguir qué era lo que les interesaba tanto.

—¿Damos un rodeo? —preguntó Tomás.

Nacky negó con la cabeza.

—¿Veis aquel cartel?

Ahora que se lo señalaba, ambos supieron ver el letrero de neón de Caseys que colgaba en la pared del edificio situado al otro lado de la secta de baptistas.

—Es el local adonde fueron vuestros amigos —explicó Nacky.

—¿Hay una entrada trasera?

—Oh, seguro. Pero fijaos.

Una vez más Sidi estudió el terreno abierto donde se hallaban reunidos los baptistas, y esta vez vio lo que antes le había quedado oculto. Había miembros de la secta apostados montando guardia a lo largo y ancho de la zona. Iba a volverse hacia Tomás, pero entonces el español le puso la mano en el brazo, con los dedos tensos.

Un movimiento en el grupo había creado un claro suficiente para que Sidi pudiera vislumbrar la característica cresta del pelo corto de Annabelle. Un momento después localizó el voluminoso cuerpo de Finnbogg. Luego el grupo se cerró de nuevo y los perdieron de vista.

—Ya no tenemos necesidad de entrar en el local —dijo a Nacky.

—¿Ya no quieres ayudar a tus amigos?

Sidi señaló con la cabeza hacia la cruz en llamas.

—Los baptistas tienen a nuestros amigos.

—Pues ya os podéis despedir de ellos —dijo Nacky—. Y mejor que lo hagáis desde aquí y en silencio absoluto, porque ya no se puede hacer nada para salvarlos.

Sidi se volvió para mirar a Tomás.

—Cristo —musitó el español con voz apesadumbrada—. ¿Qué podemos hacer ahora?

Sidi apretó los puños con crispación y observó de nuevo a los baptistas. Las llamas agitadas de los brazos de la cruz vertían sombras fluctuantes entre los hombres reunidos y hacia los ángulos de los edificios donde la oscuridad quedaba encharcada densamente. El movimiento constante de los baptistas y el tinte rojo de la luz daba a la escena un aspecto infernal, que les recordó al lago de fuego que habían atravesado en el nivel anterior.

Que a duras penas habían logrado atravesar.

—No sé —respondió—. Son demasiados...

—Tenemos que hacer algo —dijo Tomás.

Sidi asintió. Sí, claro. Tenían que hacer algo. Eran sus amigos. Y Annabelle... Tenían que hacer algo más que permanecer allí agachados mirando.

Solo que, ¿qué?



No hicieron falta las antorchas para distinguir a las dos enormes criaturas que

caminaban por el colector en dirección a ellos, porque despedían una pálida luminiscencia que parecía originarse en su misma piel. Al percatarse de su gran altura, de su inmenso volumen, Neville comprendió que, de hecho, ni siquiera había tenido un atisbo de cómo se había sentido el héroe de Swift al llegar a Brobdingnag.

Los edificios de la superficie, descomunales en comparación con su propio tamaño, los perros salvajes..., nada podría haberlo preparado para el desamparo que sentía al contemplar a los dos seres que ahora se acercaban a ellos.

Estaban en proporción a la escala de la ciudad y, de haber estado Neville también en aquella proporción, les habría superado en una cabeza de estatura. Pero lo que les faltaba en estatura era compensado con creces por su volumen. Eran criaturas de formas esféricas: cabezas redondas aplicadas a cuerpos redondos, y sin la ayuda de cuellos visibles. Las piernas eran achaparradas, pero los brazos, delgados como los de un insecto.

Se parecían como dos gotas de agua.

Gemelos.

Gemelos enormes y grotescos.

—¿Qué tenemos... —empezó uno.

—... aquí? —terminó el otro.

—Gente...

—... pequeña.

—Pequeña como...

—... ratones.

Sus voces resonaban en los confines del túnel. Más desconcertante aún era el modo como uno acababa las frases del otro, como si compartieran una sola mente. Inclinaron sus grandiosos rostros para inspeccionar a la compañía de Neville con sus ojos saltones, sonriendo como un par de compañeros de manicomio, sonriendo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero ya hemos...

—... visto antes unos iguales.

—¿No hemos visto unos iguales...

—... hace un momento?

—Rebañados en...

—... chocolate, recubiertos de...

—... bizcochos: ¿no sabrían...

—... deliciosos?

Los dos rostros se miraron mutuamente, felices y contentos como un par de idiotas. Sus sonrisas se habían ensanchado, si eso era posible. Alargaron dos manos inconmensurables, de dedos rechonchos, hacia Yoors y Fenil.

Mientras el resto del grupo no podía sino permanecer boquiabierto ante el par de monstruos, Chillido arrancó rápidamente un puñado de sus pelos-púa. Y los lanzó rápida como el ataque de una víbora. Cuando el primer par de proyectiles punzantes

alcanzó su objetivo (uno en un ojo izquierdo y el otro en uno derecho) ya había cuatro más en vuelo.

Los monstruos bramaron. Se llevaron las manos a los ojos y el resto de espinas se clavaron en sus gruesas manos. Se enderezaron en toda su estatura, soltando alaridos de dolor. El estruendo resonó como un trueno, que fue respondido por los alarmantes gemidos de las paredes y del techo de los colectores.

—¡Huid! —gritó Chillido a sus compañeros.

Los tuanos montaron de inmediato (Neville compartiendo el silver de Alyssa una vez más), y las rápidas bestias bajaron a toda prisa, por la piedra que se desmigajaba, de la plataforma donde habían estado descansando. Los animales, bien enseñados, respondieron a la perfección a las órdenes de sus jinetes y amazonas y salieron disparados por entre las piernas de los dos gigantes, que daban pasos torpes de un lado para otro gritando de dolor.

—¡Matémoslos...

—... a todos!

—¡Machaquémoslos, aplastémoslos...

—... como a una mierda de vaca!

Los gigantes pisoteaban el terreno a su alrededor intentando atrapar a los fugitivos tuanos. Rugían y bramaban y azotaban el aire como si quisieran apartar de sí una nube de mosquitos. Pero esa nube de mosquitos eran los pelos-púa que Chillido continuaba lanzando con gran eficacia, hasta que la sección de techo de encima de la plataforma empezó a ceder y ella también tuvo que escapar.

Y echó a correr tras el más rezagado de los tuanos. Y ya se hallaba solo a unos pasos de él cuando un gran pie descendió y aplastó a jinete y montura. Sangre y materia de la más escabrosa definición salpicó a la arácnida y roció el suelo a su alrededor. Chillido resbaló y cayó, quedando boca arriba, justo para ver otro pie que descendía hacia ella.

Desesperadamente, rodó hacia un lado, pero quedó tan cerca del pie que se abatía que cuando éste tocó suelo ella sintió una gran ráfaga de aire. Chillido escupió por sus hiladeras una hebra de seda, que se pegó en la áspera tela de los pantalones del monstruo. Al levantar éste de nuevo el pie, arrastró consigo hacia arriba a Chillido, que lanzó otro hilo en el momento en que el pie bajaba de nuevo.

Esta hebra alcanzó la pared del túnel, de tal modo que la araña, al soltarse de la primera, se alejó en un arco volante de los pies de los gigantes. Cada uno estaba ciego de un ojo, pero podían ver lo suficiente para percatarse de que se les escapaban todas las presas menos una.

—¡Hay que...

—... atraparlos!

¡Chillido!, gritó Neville, mirando por encima del hombro.

Nubes de polvo la ocultaron a su vista.

Ya... voy,... Ser... Neville..., consiguió decir Chillido mientras se dejaba resbalar

hacia el suelo.

Tan pronto como tocó tierra, emprendió una veloz carrera, con los monstruos pisándole los talones. Por todas partes a su alrededor, los túneles retronaban y crujían. Polvo y pedazos de roca caían en chaparrones cegadores. El suelo temblaba bajo la pisada de los gigantes. Las vibraciones hacían perder el sentido del equilibrio a Chillido e impedían que avanzase con pie firme.

¡Chillido!, volvió a llamar Neville.

Miró hacia atrás intentando localizarla entre la lluvia de polvo y piedras.

Solo veía una niebla blanca y seca.

¡Chillido!, gritó de nuevo, ahora con desesperación.

A pesar de toda la atracción que sentía por Alyssa, a pesar de que los tuanos se asemejaban más a su especie que no la arácnida, fue en aquel momento cuando Neville comprendió el vínculo que se había establecido no solo entre Chillido y él mismo, sino entre todos los miembros de su grupo original. Comprendió que prefería morir con sus compañeros antes que buscar la salvación por su cuenta o con desconocidos relativos.

La intensidad del vínculo sorprendió a Neville, pero dejó las conjeturas sobre el asunto para más tarde. Y es que ahora no había tiempo para ello.

Aflojó su abrazo del talle de Alyssa.

—¿Neville...? —empezó Alyssa.

Pero la atención de Neville estaba fijada en la retaguardia.

¡Chillido!, intentó una última vez.

Continuó sin recibir respuesta.

Estaba a punto de saltar de la montura de Alyssa y regresar en ayuda de la mujer araña cuando vio que ésta irrumpía a través de una nube de suciedad, con el cuerpo rebozado de polvo gris. Parecía aturdida y no se movía con la agilidad de que era capaz normalmente.

Pero estaba viva.

Chillido corrió hasta alcanzarlos. Cuando la polvareda se aclaró otro breve momento, Neville vio que también uno de los gigantes se aproximaba a gran velocidad. Un momento después, el otro también apareció a la vista.



Cuando Clive tenía ya la absoluta certeza de que la incómoda situación en el Núcleo iba a convertirse en un disturbio de grandes dimensiones, la puerta a la cual le dijo que se dirigiese la Oradora Lena se abrió y varios guardias aparecieron por ella, al mando del capitán que lo había capturado en la estación subterránea.

La multitud frenó su avalancha ante su presencia. Y cuando los guardias alzaron

sus armas en posición de apunten se dispersó de inmediato. En breves momentos, Clive y la Oradora quedaron solo con los guardias en el centro de la inmensa nave. Más allá, los ren prosiguieron con sus asuntos como si nada grave hubiera ocurrido.

—Llegaste en el momento oportuno, Cavet —le dijo la Oradora Lena.

El capitán de la guardia se encogió de hombros.

—Ha ocurrido lo mismo con nuestro otro... —y aquí hizo una pausa significativa — huésped. No veo por qué tendrías que preocuparte.

—Cavet... —advirtió la Oradora Lena.

—Lo sé, lo sé. Pero fíjate en su tamaño. Parece algo que haya crecido dentro de un tanque de cultivo de los chaffri; y el ciborg, no puedes negarme que parece un artefacto de los chaffri.

—Ya basta. No es culpa de nuestros huéspedes que los chaffri les hicieran eso.

—Sí, sí, muy bien.

«Con dejar caer mi puño encima de su diminuta cabeza, bastaría», pensó Clive. Quizá su mayor tamaño tuviera algunas ventajas. Aunque, naturalmente, con los guardias y sus armas... No tenía la menor duda de que no tardarían más en apuntarlas a él que lo que habían tardado en apuntar a otros para defenderlo, como ahora.

—Parece que no se me tiene mucho aprecio por aquí —comentó él a la Oradora Lena—. Lo cual me lleva a preguntar, otra vez, por qué quieren que yo les ayude.

Dijo esto conservando un tono suave, pero a la Oradora no se le escapó el destello de rabia en sus ojos.

—Un desafortunado incidente... —empezó ella.

—No lo creo —respondió Clive—. Lo que me sorprende sobremanera, sin embargo, es que un pueblo tan enamorado de las culturas extranjeras pueda mostrar tanta animadversión hacia los extranjeros.

—Ellos no te ven como a un extranjero —respondió la Oradora Lena—. Te ven como a un aliado de los chaffri.

—En este preciso momento —contestó Clive, lanzando una mirada fulminante al capitán Cavet—, no soy ni un aliado de sus enemigos ni de ustedes.

Ahora la ira apareció en los ojos de la Oradora, pero no iba dirigida a Clive.

—Guardias —dijo—, a partir de ahora estáis directamente bajo mis órdenes.

—Oradora... —comenzó Cavet.

—Y tú, capitán Cavet, a partir de ahora quedas relevado de tu cargo y estás bajo arresto domiciliario. Devolverás tu arma y permanecerás en tus aposentos hasta que se reúna un consejo de investigación para juzgar tus acciones, acciones que, debo añadir, están en total oposición a las órdenes que se te han dado. Clive Folliot y su compañero son nuestros huéspedes de honor. —Y recorrió con la mirada a los demás guardias—. Espero que quede claro para todos.

Los hombres se agitaron incómodos y ninguno de ellos osó devolverle la mirada.

—Cavet —conminó ella—, tu arma.

Durante un instante, Clive tuvo la certeza de que el hombre se negaría a entregársela, que quizás incluso la utilizaría contra la Oradora o contra él mismo (huésped o no), pero entonces, con lentos movimientos, la tendió a uno de sus hombres. Giró bruscamente sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

La Oradora Lena señaló a uno de la guardia:

—Tú, ve con Cavet y asegúrate de que regrese a sus aposentos, y permanece de guardia en su puerta hasta que te releven. El resto de la tropa nos acompañará.

Los guardias mantuvieron respetuosos la puerta abierta para la Oradora y Clive, entrando una vez que ambos hubieron cruzado. El pasillo de ahora tenía todo el aspecto de atravesar el interior de una gran máquina. Si Annabelle hubiera estado con ellos habría dicho que con aquella decoración el lugar se parecía a las entrañas de una computadora. Circuitos y cables se entretejían en desconcertantes entramados por suelo, paredes y techo. Paneles de diminutas luces rojas lanzaban destellos sin pauta. A Clive le recordó lo que había vislumbrado de las entrañas de Guafe cuando éste había abierto una de sus compuertas corporales para realizar un ajuste en su maquinaria.

Se imaginó a un ciborg muchísimo mayor que él o que Guafe, una reproducción tan grande como una ciudad, y se imaginó que estaban andando por su interior...

La idea le revolvió el estómago. Para aliviar aquella sensación, se dirigió de nuevo a su acompañante.

—No creo que la animosidad de la gente de tu pueblo tenga nada que ver con quién soy o con quién estoy aliado —dijo Clive mientras seguían por el pasillo.

—No, de veras...

—Me ven como a un monstruo —la interrumpió Clive—. He visto esa mirada antes, y no se olvida fácilmente.

Pero no explicó que con aquella mirada en su propio rostro había contemplado a Chillido por primera vez, y a otros de los seres alienígenas que había encontrado en la Mazmorra. No estaba orgulloso de aquellas reacciones, sobre todo ahora, cuando se daba cuenta de lo leales que habían demostrado ser una y otra vez muchos de esos seres.

Volvió a pensar en la novela de Mary Shelley y en aquella monstruosa creación del doctor Frankenstein que había causado estragos a lo largo de sus páginas. El monstruo no había sido malvado de por sí, sino que había sido empujado a sembrar el terror por el daño que le habían causado los seres humanos. Clive, al considerar lo que había sentido en el Núcleo al verse ante la multitud, comprendió a la perfección las razones del monstruo.

—Un monstruo —repitió.

Se volvió para mirar a la Oradora. Al reparar que ella evitaba sus ojos asintió para sí.

—Mi pueblo está enamorado de las culturas extranjeras —dijo ella al final—. Por desgracia, odian a los mismos extranjeros por tener esas culturas y nosotros ninguna.

—¿Y usted? —preguntó Clive—. ¿También los odia?

La Oradora Lena le echó una mirada fugaz y luego señaló hacia las paredes.

—Esto fue modelado según una raza de ciborg, emparentada quizá con tu compañero Guafe, que creó una cultura propia en una estación espacial abandonada, cerca del planeta Elex. Y Elex fue devastado por un holocausto nuclear dos siglos atrás, según como vosotros contáis el tiempo...

Clive dejó de escuchar las explicaciones de su cicerone y se puso a pensar en sus compañeros desaparecidos. Rogaba que se hallaran en circunstancias más afortunadas de las que les rodeaban a él y a Guafe, aunque dudaba de que fuera así.

Estaban todos locos, tanto los ren como los chaffri y como quien más fuera que mandase en la Mazmorra. No quería ayudarlos. Ni pensarlo.

Lo único que quería era vencerlos y humillarlos por todo lo que le habían hecho, a él, a su familia y a sus amigos, y luego acabar con ellos. Por ese motivo necesitaba tener un poco más de paciencia.

Pero la paciencia era una virtud que cuanto más tiempo uno pasaba en la Mazmorra más le costaba a uno su ejercicio.

Annabelle ni siquiera tuvo tiempo par activar su Baalbec antes de que los baptistas le cayeran encima. En brevísimos instantes la tumbaron al suelo y le aferraron sus brazos. Con cuerdas ásperas que los baptistas desenrollaron de sus cinturas, le ataron las manos en la espalda; luego la pusieron en pie de un tirón.

Desarmado como estaba, Smythe tampoco tuvo ninguna oportunidad. Solo Finnbogg ofreció una resistencia decente, derribando a media docena de baptistas de tórax desnudo antes de que consiguieran dominarlo. Cuando por fin lo ataron, fue con cuerdas suficientes para media docena de hombres; pero a pesar de todo el enano continuó amenazándolos y gruñendo.

—No parece que tengas muchas ganas de hablar ahora —dijo John J. a Annabelle—. Lo único que veo en estos momentos es a una chorba que va a enterarse del lugar que le corresponde, el lugar para el que la hizo Dios. Ódiame cuánto quieras, eso no va a cambiar las cosas.

Annabelle le lanzó una mirada fulminante. Desde que había salido del bar, John J. se había quitado las gafas y ahora revelaba los ojos de un fanático. Los seguidores de la Biblia del país de Annie podían ser también fanáticos, pero al menos la mayoría de ellos eran muy conservadores. En su tierra era imposible ver a un auténtico baptista sudista en los atavíos de los secuaces del Mesías, recorriendo las calles en banda como los muchachos de Los Ángeles, con más aspecto de tener los sesos hinchados que de estar inspirados por la religión.

Esos baptistas parecían más seculares que renacidos, a pesar de toda la retórica del Mesías. Eran tan solo un atajo de gamberros enloquecidos. Capaces de cualquier cosa.

¿De dónde habían sacado a aquellos tipos los Señores de la Mazmorra?

Probablemente de ninguna parte. Era la Mazmorra lo que los hacía ser así.

Entonces, ¿debería Annabelle sentir cierta comprensión para John J. y su alegre compañía?

Ni pensarlo.

Porque, fuera lo que fuese lo que John J. tenía pensado para ellos, Annabelle no tenía dudas de que sería más en la línea de la Inquisición que en la de una reunión bíblica. Era difícil sentir conmiseración por alguien que iba a machacarle los huesos.

John J. escrutó a Annabelle más de cerca y, antes la furia impotente de ella, una sonrisa le bailó en los ojos.

—En el cielo no hay lugar para el odio —le dijo él.

—No me digas. Entonces, ¿cómo vas a entrar tú?

Él soltó una carcajada.

—He ido y he vuelto, tía. Yo soy Juan Bautista, renacido.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere decir la J? ¿El «Jodedor»?

«Muy inteligente, Annabelle», se dijo al recibir un bofetón en pleno rostro. Y, a pesar de que fue un golpe con la mano abierta, su impacto fue tal que cayó de rodillas y los oídos le zumbaron.

Finnbogg soltó un rugido feroz y profundo, pero el Mesías simplemente ignoró al enano. Agarró a Annabelle por las solapas de la chaqueta y la izó de nuevo en pie.

—Ándate con cuidado —le aconsejó él.

Y la condujo hacia el final del callejón. Otros baptistas lo siguieron llevando consigo a Smythe y al amenazante Finnbogg.

—¿Ves adonde te conduce hacer burla del Señor? —indicó John J.

Annabelle se quedó pasmada mirando la cruz que los baptistas habían erigido justo enfrente de la entrada del local. En torno a la cruz había reunidos docenas de baptistas, muchos de los cuales sostenían en lo alto antorchas que hacían que las sombras de las astas oscilasen en el suelo y las paredes. En el aire flotaba un penetrante olor a gasolina.

Al salir del callejón el Mesías dio una señal. Un baptista acercó su antorcha a la cruz y la madera empapada de gasolina prendió en llamas; luego llevaron a los tres cautivos lo suficientemente cerca de ella como para que sintieran el ardor del fuego en la piel.

—¿Eres testigo de alguna fe? —le preguntó John J. con voz de orador para hacerse oír por encima del chisporroteo de las llamas.

»Porque si es así, vas a ser una de sus mártires, tía. Cuando los baptistas te llamen a rezar, o rezas o ardes en el infierno, ¿comprendes? Ahora bien, sé que algunas veces se cometen curiosas equivocaciones, así que para asegurarme de que por accidente no te echen del Purgatorio, quiero tener la certeza de que pruebas el sabor de las llamas antes de ponerte en camino hacia tu destino.

Annabelle no podía creer que aquello le estuviese sucediendo a ella. Después de todo lo que había pasado en los anteriores niveles de la Mazmorra, acabar quemada en la hoguera por un atajo de dementes parecía el sino más desgraciado de todos.

Intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca. Bien, pues a la mierda si les daba alguna satisfacción.

—Muy... considerado de tu parte —dijo ella.

El Mesías meneó la cabeza, admirado.

—Impenitente hasta el final. Me gusta en los mártires. Dime: ¿oyes voces?, ¿has tenido visiones?

—¿Que ten den por...! —espetó Annabelle escupiéndole en plena cara.

Esto le mereció otra torta.

—Muy bien —concluyó John J.—. Se acabó la diversión. Al fuego purificador con ellos, empezando por la chorba.

Finnbogg aulló y bregó con las ataduras. El can enano atrajo tanto la atención de los fanáticos que Smythe eligió aquel momento para actuar. Había permanecido en una actitud tan pasiva que los baptistas creyeron que lo tenían completamente dominado. Había representado el papel de un auténtico cobarde, temblando y castañeteándole los dientes, comportándose como un verdadero pusilánime, temeroso incluso de su propia sombra, y no digamos de los baptistas.

Mientras Finnbogg luchaba embravecido por soltarse de las cuerdas, llegando incluso a segar algunas con los dientes, Smythe actuó de súbito: se sacudió los dos hombres que lo sujetaban y, antes de que se hubieran recuperado, se lanzó de cabeza contra el pecho de Annabelle, a quien los baptistas habían dado la vuelta para echarla de espaldas a la hoguera.

El golpe la soltó de las manos de los que la estaban cogiendo y la envió hacia las llamas, adelantándose así a los baptistas en la ejecución de la orden de John J. Consciente ahora del fuego adonde iba a caer de espaldas, Annabelle reaccionó y echó a correr frenéticamente en dirección opuesta a la hoguera. Esquivó los brazos de los seguidores del Mesías que se lanzaban para detenerla, hasta que fue a tropezar con el mismo líder de los baptistas.

Echando una maldición, John J. le saltó encima.



—Sidi —dijo Tomás en un áspero susurro—. No podemos dejarlos morir.

El indio asintió.

—Procuraremos acercarnos más.

—Pero los guardias...

—Yo me encargaré de los guardias.

Sidi salió de su escondrijo. Muy agachado, casi reptando, avanzó como un fantasma por el pavimento resquebrajado. El guardia baptista más cercano, cuya atención se centraba en lo que ocurría al pie de la cruz, no tuvo ni una oportunidad.

No contra lo que Sidi era.

Poco después de empezar a cuestionarse las creencias hindúes más ortodoxas en las cuales lo habían educado, Sidi había trabado contacto con una secta de fasingares y había permanecido con ellos hasta que comprendió que aquella vida como uno de los thugs de Kali no era tampoco lo que buscaba. Pero había apreciado la habilidad de utilizar el propio cuerpo al máximo, la combinación de meditación y entrenamiento físico que fortalecían la mente y el cuerpo, y por tanto también el espíritu, de la persona.

Así pues, volvió la mirada hacia otro sistema de creencias que combinara los dos aspectos. Cuando finalmente abrazó el taoísmo, se entrenó en una de sus esotéricas

escuelas de artes marciales hasta que fue un experto, no solo con las armas sagradas, sino también en muto, el arte de luchar sin armas, en el que uno lo usaba todo, y nada, para conseguir la victoria en el combate.

Cuando estuvo tan cerca del guardia que podía haberlo tocado extendiendo el brazo, Sidi se puso en pie de repente. El canto de su mano golpeó al guardia en el cuello, reventándole la tráquea. Al desmoronarse el guardia, el indio lo agarró por el pelo y le echó bruscamente la cabeza hacia atrás, rompiéndole el cuello. Despacio y con cuidado Sidi bajó el cuerpo hasta el suelo y lo registró en busca de armas, procurándose un cuchillo de un palmo de hoja, afilada como una navaja de afeitar. Se guardó el cuchillo en el fajín y se aproximó más a la cruz en llamas, manteniéndose en las sombras, al borde de la luz que vertían las llamas.

Un segundo y un tercer guardia cayeron bajo sus silenciosos ataques. Recogió también sus armas, y ofreció una a Tomás cuando el español y Nacky se reunieron con él. Ahora se hallaban lo suficientemente cerca de las llamas como para ver con toda claridad que los baptistas habían capturado a tres de sus compañeros desaparecidos: Annabelle, Smythe y Finnbogg.

—¿Y ahora qué? —le susurró Tomás al oído.

¿Ahora qué? Sidi sopesó las fuerzas, pero fuera cual fuese el plan de acción que considerase, había demasiados baptistas para que ellos pudieran hacerles frente. Con solo los cuchillos que habían cogido de los guardias despachados, era como si estuviesen desarmados. Sin embargo, dejar a sus amigos..., era algo impensable.

Necesitaban dividir las fuerzas de los baptistas. Si conseguían hacer que se separasen...

Se volvió hacia Tomás; un plan empezaba a cobrar forma en su mente. Pero en aquel preciso momento Finnbogg estalló furioso. A pesar de todas sus ataduras, se puso a luchar contra sus capturadores como si estuviera libre. Las cuerdas que lo apretaban se rompían y se soltaban y los baptistas caían sobre él a patadas y puñetazos. Sidi observó que Smythe aprovechaba la distracción momentánea de sus propios guardias para golpear el pecho de Annabelle con la cabeza, echándola hacia las llamas. Annabelle reaccionó y echó a correr huyendo del fuego, pero el líder de los baptistas la atrapó.

No había tiempo para crear una división de fuerzas, comprendió Sidi de inmediato. Ahora solo había tiempo para actuar.

Sin mediar palabra con sus compañeros, sacó las dos armas de su fajín y arremetió contra la confusión, acuchillando baptistas a diestro y a siniestro con una hoja en cada mano.



Como si Neville y su partida no tuvieran ya bastantes enemigos de quien resguardarse, los dos que ahora les caían encima, con el mero volumen de su cuerpo, venían a suplir la posible falta en número.

Estando heridos como estaban, a los gemelos gigantes se les había pasado todo su jocoso humor. Ahora parecían ser un par de montañas móviles, dos descomunales montones de carne con un solo objetivo: el de eliminar a los causantes de sus tormentos. Pero así como su buen humor se había desvanecido, su locura no, puesto que mientras avanzaban por los colectores con potentes pisadas, cantaban a pleno pulmón.

—Aquí estamos...

—... vamos de paseo...

—... por la morera...

La canción infantil en su boca adquirió un tono infernal, pues cantaban a ritmo con su monstruosa pisada, con voz fuerte y estridente, con tal volumen que los túneles se sacudían en un continuo terremoto y a Neville estaban a punto de reventarle los oídos. Y siempre que llegaban al verso final de la estrofa, al unísono y al mismo tiempo que daban una gran patada en el suelo, prorrumpían a grito pelado:

—¡TODOS CAEN! ¡TODOS CAEN!

Y en efecto, secciones del túnel caían, levantando grandes nubes de polvo.

Chillido corría junto al silver que cargaba con Neville y Alyssa. Se había cogido del arzón delantero de la silla. El silver la ayudó a mantenerse a su altura durante algún tiempo, pero con la carga de dos en la espalda y la arácnida apoyándose cada vez más, la pobre bestia empezó a rezagarse del resto de tuanos.

Y los monstruos ganaban terreno a pasos agigantados.

Chillido, le dijo Neville. *Tendrá que soltarse.*

La fatiga de la araña fue evidente en el tono de su respuesta.

Sí, Ser Neville. No hay motivo por el que debemos perecer los tres.

Pero Neville le asió la mano antes de que se soltase de la silla.

¡No quería decir eso!, le gritó. Tiene que adelantarnos. Si puede tiene que adelantarse lo suficiente de esos monstruos y tender un hilo telaraña a lo ancho del túnel, de tal modo que nosotros podamos pasar por debajo, pero que los gigantes tropiecen en él.

Un plan estupendo, pero no tengo bastantes fuerzas.

Entonces, búsquelas, le soltó Neville, y su voz sonó áspera en la mente de ella, o túbese y muérase.

Chillido levantó la cabeza bruscamente. A despecho de todas sus facciones alienígenas, Neville pudo ver la rabia en su expresión. Y le soltó la mano que le había estado cogiendo.

Venga, le dijo Neville. *Después de todas las que ha pasado, ¿abandonarlo todo por un par de tipos como esos?*

Y con la cabeza hizo un gesto señalando hacia atrás, de donde venían los gigantes

en persecución, cantando su enloquecida canción infantil.

—... por la morera...

—... por la morera...

—¡TODOS CAEN! ¡TODOS CAEN!

El suelo bajo sus pies temblaba como si un terremoto sacudiese la tierra.

Chillido volvió la vista atrás.

Maldito... seas..., Ser... Neville...

La araña se soltó y echó a correr a toda velocidad hacia adelante. De dónde había sacado las fuerzas necesarias, Neville no podía siquiera imaginarlo..., a menos que la cólera que él le había despertado se las hubiese proporcionado: aquél era exactamente el motivo por el cual le había hablado con tanta rudeza. Ahora solo esperaba sobrevivir lo suficiente para poder explicárselo.

Pero Chillido ya se lo había imaginado. Sin embargo, sus fuerzas renovadas no provenían de la rabia que había sentido inicialmente, sino de otra fuente por completo diferente. Había secretado una dosis concentrada de lo que funcionaba como adrenalina en su extraterrestre fisiología; había impregnado un pelo-púa con ese suero y se lo había inyectado. Aquello le proporcionaría la resistencia necesaria; sin embargo era una acción altamente peligrosa, puesto que también podía, y con toda facilidad, quemarle todo el sistema nervioso.

Pero por el momento corría como nunca había corrido en su vida, alcanzando a los demás tuanos, adelantándolos y dejándolos atrás. Cuando hubo conseguido ya una buena ventaja, incluso respecto al que encabezaba la partida, y el tronar de los gigantes en persecución hubo quedado disminuido de forma considerable por la distancia, se lanzó a una pared y allí sus hiladeras comenzaron a producir seda a una velocidad muy superior a la normal.

Se aseguró de que la hebra quedase bien sujeta a la pared y saltó a la opuesta, arrastrando la cuerda y tensándola justo antes de que el primero de los tuanos pasase por debajo. De nuevo volvió al punto de partida, y luego nuevamente al otro lado. Cuando por fin hubo fijado el tercer hilo a la pared, ya no pudo moverse más.

Todo lo que podía dar, ya lo había dado.

Se apoyó contra la pared y se desmoronó: había agotado en su totalidad las reservas de fuerza física. No estaba segura de si tres hebras serían suficientes, pero era todo lo que había podido hacer. Dejó que la mente se le pusiera en blanco.

Capas de polvo se fueron posando sobre ella al tiempo que los gigantes iban acercándose. Neville y Alyssa pasaron junto a ella, sin necesidad de agachar la cabeza bajo la cuerda de seda, puesto que la había atado lo suficientemente alta como para permitir salvarla por debajo sin problemas. Ninguno de los dos vio ni la cuerda ni a Chillido, que yacía con los miembros desparramados.

—... por la morera...

—... por la morera...

Los gigantes llegaban, con sus estridentes voces y sus estruendosas pisadas. El pie

del primero quedó cogido en la seda. Pero continuó su imparable trayectoria, la empujó, la estiró más y más, hasta casi el punto de romperla...

Pero resistió.

Y el primero de los gigantes cayó de bruces en el suelo del colector. Su hermano gemelo vio el peligro, pero iba demasiado deprisa para poder detener su carrera. El impacto resultante del doble aterrizaje, primero de uno y luego del otro, precipitó también el techo de aquella sección de corredor encima de ellos.

Neville y Alyssa tiraron de las riendas cuando vieron caer al primer gigante.

—Todos caen —dijo Neville con una perversa sonrisa.

Neville y Alyssa se prepararon para el segundo colapso, pero nada podría haberlos preparado para tal violencia. Se vieron despedidos de lomos de su silver, y Neville trató de amortiguar la caída de la tuana lo mejor que pudo.

El suelo vibró con largos y tumultuosos temblores. Partes del túnel se desmoronaron a su alrededor. El aire se llenó de polvo, tan espeso que les nubló toda visión y que casi los asfixia. Cuando por fin la polvareda empezó a posarse, lograron distinguir a los dos gigantes, uno encima de otro. El de debajo se había abierto la cabeza en su caída. El de encima tenía una larga y aguda roca incrustada en el occipital.

Muertos, los dos. Y medio enterrados en un túmulo espontáneo, lo cual era más de lo que se merecían, pensó Neville.

Aturdido, se puso en pie y ayudó a Alyssa a hacer otro tanto. Los demás tuanos regresaron; Fenil atrapó al asustado silver de Alyssa y trató de calmarlo mientras todos contemplaban a los monstruos muertos.

—Tenemos que agradecer a Chillido nuestra salvación —dijo Neville—, y por doble partida: cuando los gigantes empezaron a atacarnos, y luego por acabar con ellos y su persecución.

Alyssa asintió. Se volvió para buscar con la mirada a Chillido entre su compañía, pero no pudo encontrarla.

—¿Dónde está? —inquirió la líder tuana.

Fenil señaló hacia los gigantes y los escombros que los cubrían casi por completo.

—La última vez que la vi estaba ahí, preparando la cuerda trampa para los gigantes...

Neville miró desolado hacia las ruinas.

—Chillido —llamó—. ¡Chillido!

No hubo respuesta.

¡Chillido!, sondeó con la mente. Pero no pudo hallar aquella familiar red neuronal por medio de la cual se comunicaba el pensamiento de la araña.

—Si ha quedado atrapada bajo eso... —empezó Alyssa.

No lo acabó, pero Neville sabía lo que había omitido decir. Si Chillido había quedado atrapada bajo aquel montón de carne y piedras, ahora estaría muerta. No había manera posible de sobrevivir a tal peso.

Pero se resistía a creerlo.

Con la luz de las antorchas era difícil ver si el túnel había quedado completamente bloqueado o no. Pero no importaba. Excavarían, si era necesario. Se acercó a los cadáveres de los gigantes y empezó a trepar por los cascotes.

Un instante después, Fenil, y luego Alyssa, treparon tras él.



Clive y la Oradora Lena llegaron por fin al comedor; allí localizaron a Guafe con toda facilidad. Se hallaba al otro extremo de la sala, con su cabeza de chapa metálica y sus ojos rubiáceos destacando por encima de los comensales. Porque a pesar de que estaba sentado en cuclillas, aún superaba en altura a los dos técnicos que compartían la mesa con él.

Para Clive la sala tenía el aspecto de comedor de un gran restaurante, pero de un restaurante desprovisto por completo de la más simple de las decoraciones. Había tal vez medio centenar de mesas, a las cuales se sentaban algunos ren, todos vestidos igual, ante una comida incolora y de aspecto soso, con la cubertería y los platos también todos idénticos, lo cual daba al lugar entero un aire aséptico. Se asemejaba más a los laboratorios que Clive había visto en los niveles anteriores que a un lugar para comer.

Todas las conversaciones se interrumpieron cuando él y la Oradora cruzaron la puerta; pero aquí, a diferencia de en el Núcleo, los ren volvieron sin más a su comida, después, eso sí, de una larga y curiosa ojeada al ya segundo gigante entre ellos. Aquella afluencia de miradas hacia Clive le llenó el rostro de rubor; pero intentó evitar irritarse ante tal impertinencia, pagando su interés con un estudiado desdén. Sin embargo solo consiguió su objetivo en parte.

La Oradora condujo a Clive a la mesa donde los estaban aguardando.

—¿Tienes hambre? —le preguntó ella.

Y le indicó un mostrador al otro extremo, donde los ren recogían en bandejas la comida, expuesta bajo campanas de cristal. Toda tenía el mismo aspecto poco apetecible.

Clive movió la cabeza en un gesto negativo.

—Solo hambre de respuestas.

Los técnicos que se sentaban con Guafe eran el mismo par que se habían encargado del detector de mentiras en el interrogatorio inicial que los Oradores habían llevado con Clive y Guafe. La mujer se llamaba Chary, recordaba Clive. Le presentaron al hombre como Howell. Fue éste quien habló de su problema más urgente.

—Hemos aislado la discrepancia —informó a la Oradora— entre nuestros datos

acerca de los sujetos y su aspecto físico actual.

—¿Y?

—Tiene que ver con el espejo que los chaffri usaron para enviarlos a este nivel.

—Ya comprendo.

—Bien, yo no —dijo Clive.

Se sentía molesto e incómodo, allí, agachado para llegar a la mesa. Se sentía como si estuviera jugando con los niños en su casa de muñecas, con todo el mobiliario reducido a la mitad de su tamaño. Las miradas furtivas que los ren de las demás mesas le dedicaban sin cesar solo acrecentaban su disgusto.

—Parece —explicó Guafe— que el mecanismo que usaron para traernos aquí, el espejo que atravesamos, era, en realidad, un mecanismo de teleportación; este mecanismo utiliza una especie de desintegración molecular para transferir objetos físicos a grandes distancias. Debido a que no había sido codificado para nuestra compañía en concreto, acabamos llegando a diferentes lugares y, en nuestro caso, con diferentes tamaños.

—¿Han sido encontrados los demás, por tanto? —preguntó Clive con avidez.

Chary movió la cabeza en un gesto negativo.

—Pero estamos trabajando en ello. Lo único que podemos hacer ahora es haceros pasar por un teleportador adecuadamente codificado y devolveros vuestro tamaño natural.

—Pero enviándonos ¿adonde?

Chary rio.

—No va a ser necesario enviaros a ninguna parte. El proceso entero puede realizarse en uno de nuestros laboratorios.

—No habrá peligro —agregó Howell.

Bien, con aquello tendrían la mitad de los problemas solucionados, pensó Clive. Pero se preguntó si podían confiar en que los ren no los teleportarían a algún nuevo y peor peligro mientras se suponía que los «ayudaban» a resolver su problema.

Deseaba poder llevar a Guafe aparte y discutir el asunto a solas con él, pero al parecer no había muchas oportunidades para la intimidad en la ciudad ren. Más inquietante aún era lo cómodo que parecía sentirse el ciborg entre sus capturadores. Cierto que eran dos técnicos en mecánica y, por tanto, capaces de responder a las andanadas de preguntas con que los acribillaba la insaciable curiosidad de Guafe; pero, no obstante, la relación parecía ir demasiado lejos para los gustos de Clive.

Porque recordaba...

Por más que intentara quitárselo de la cabeza, no podía olvidar el tablero de ajedrez que había visto antes de pasar a través del espejo, con sus dos piezas traidoras.

Guafe y Sidi Bombay.

Si estuvieran trabajando para los Señores de la Mazmorra...

Clive sacudió la cabeza. Tenía que haber sido otro truco de los Señores de la Mazmorra, algo más para extraviarlo de su camino, de eso estaba seguro.

¿No?

—Si eso hace que te sientas mejor —le ofreció Chary—, me teleportaré contigo, para demostrarte que no hay peligro.

¿Era tan fácil de interpretar su rostro?, pensó Clive de sí mismo.

Clive suspiró y asintió con tirantez.

—Eso me tranquilizaría mucho.

—Vuestras otras preguntas... —comenzó la Oradora Lena.

—Pueden esperar, creo —interrumpió Guafe—. ¿No opinas igual, Clive? Yo, por lo menos, prefiero tener las próximas conversaciones en pie de igualdad —añadió irónico.

¿Dejar de ser un monstruo a los ojos de los ren, dejar de sentir que su más pequeño movimiento podía provocar el mismo desastre que un toro suelto en la salita de una dama? A pesar de lo mucho que deseaba respuestas a todas sus inquietantes preguntas, no podía manifestarse más de acuerdo.

—Primero vamos a la máquina de teleportación —dijo él—, pero después —y echó una mirada significativa a la Oradora—, algunas respuestas.

La Oradora Lena asintió.

—Os ayudaremos tanto como podamos, Clive. Aunque aún no confíes en nosotros. Puedo asegurarte que vosotros y nosotros compartimos los mismos enemigos. El peligro que representan es enorme. Tenemos que detenerlos, pero ni vosotros ni nosotros podemos hacerlo solos. Necesitamos vuestra ayuda, como vosotros necesitáis la nuestra. Y el tiempo se acaba para todos.

Cuando el Mesías la agarró, Annabelle comprendió cuál había sido el propósito de Horace. Había activado los controles del Balbec A-9 en su pecho, los controles que ella misma no podía alcanzar porque tenía las manos atadas a la espalda.

Con el mecanismo defensivo en activo, el líder de los baptistas fue repelido tan pronto como le puso las manos encima. Se vio lanzado de espaldas hacia la cruz en llamas, volcando una lata de gasolina en su trayectoria. Y la gasolina vertida se inflamó con una deflagración estruendosa.

Con los ojos desorbitados, Annabelle vio cómo el Mesías prendía en una gran llamarada.

John J. soltó un horripilante alarido, un grito de dolor que apenas tenía nada de humano. Salió tambaleándose de la hoguera, una pira flamígera de forma humana. Y fue directo hacia Annabelle, con los brazos abiertos.

Annabelle se echó hacia atrás. Por mucho que lo quisiese muerto, nunca le hubiera deseado aquel horror. Nadie se merecía morir así.

Al ver cómo ardía su jefe, los baptistas quedaron totalmente petrificados durante un largo momento, lo suficientemente largo como para que Finnbogg cortara de un mordisco la última de sus ataduras en un súbito frenesí de fuerza desesperada. John J. avanzó a bandazos, dos, tres pasos más; luego se derrumbó, y el último aullido de su dolor fue disminuyendo hasta convertirse en un agudísimo gemido. Luego murió.

Todos miraban atónitos el horror negro que yacía en el pavimento a la luz de las llamas. Costaba creer que una vez había sido humano. El acre hedor a carne chamuscada llenaba el aire. Entonces los baptistas empezaron a comprender lo que le había ocurrido a su líder.

El momentáneo cuadro plástico se disolvió y se convirtió en una caótica confusión.

Los baptistas arremetieron contra los cautivos, pero su ataque llegaba un poco tarde. Annabelle, mientras la adrenalina se extendía por todo su cuerpo, observaba cómo se derrumbaba el mundo para los miembros de la secta.

Finnbogg embestía contra ellos como si fuera un hombre-lobo de una de las viejas películas de Hammer que Chrissie Nunn (la teclista de su conjunto musical perdido) solía mirar una y otra vez. Era todo dientes y colmillos, una literal máquina de matar que los desorientados baptistas encontraban ahora prácticamente imposible de contener.

Uno de los miembros de la secta se acercó a Annie empuñando un largo y afilado

cuchillo, pero el Baalbec lo repelió echándolo encima de sus compañeros. Dos más atacaron a Smythe. Annabelle echó a correr hacia él mientras los baptistas que trataban de agarrarla salían despedidos hacia ambos lados; pero vio que ya era demasiado tarde. Los cuchillos estaban en lo alto, a punto de herir. Horace iba a morir...

Pero entonces apareció una figura conocida, con un puñal en cada mano; se abrió paso a estocadas por entre los baptistas, se tomó el tiempo de cortar las cuerdas de Smythe y se volvió en redondo hacia el grueso de los miembros de la secta.

¡Sidi!

Annabelle no podía creerlo. El endiablado séptimo de caballería había llegado.

También vio a Tomás entre la masa, aguantando firme contra los baptistas mientras despejaba camino hacia ella. Extendió el brazo hacia los puños de Annabelle para cortar las ataduras, cuando ésta gritó:

—¡No! ¡El Baalbec!

El español dudó, luego asintió y se volvió en ayuda de Smythe, quien estaba librando desigual batalla con otro par de baptistas.

Iban a lograrlo, pensó Annabelle. Jesús, iban a derrotar a los malditos cabrones.

Buscó con la mirada a los demás del grupo (Clive, Chillido y el resto), pero solo distinguió a una chiquilla de aspecto salvaje. Un baptista arremetió contra ella, y la niña le respondió con una patada en la ingle. Y cuando el atacante se dobló en dos, ella le atizó en la nuca con el tubo de cañería que llevaba a modo de arma, riendo a carcajada suelta como si de un juego se tratara.

¿Dónde estaban todos los demás?, se preguntó Annabelle.

Tendría que preocuparse de ello más tarde, comprendió cuando otro baptista embestía contra ella solo para ser expelido por el Baalbec, a pesar de todas las molestias que se había tomado. Annabelle sonrió ante la estupefacta mirada del hombre en su vuelo, pero tal sonrisa se borró cuando advirtió que los baptistas se estaban recobrando de su desorientación inicial. Se habían replegado formando un semicírculo que intentaba acorralar a los seis: Smythe y Tomás; Sidi, Finnbogg, la niña salvaje y ella misma.

Tras éstos se hallaba la cruz. Tras la cruz, la fachada de un edificio, cuyas ventanas estaban situadas demasiado altas para que pudieran alcanzarlas y huir por ellas, y cuya puerta se hallaba bloqueada.

—Muy bien, pecadores —dijo el más destacado de los baptistas—. Ya os habéis divertido. Pero uno no mata al Mesías y vive para contarlos. Imposible. Imposible.

Con la luz de la cruz incendiada, Annabelle se percató de que el hombre tenía auténticas lágrimas en los ojos.

—Lo pagaréis —prosiguió—. ¡Tenéis que pagarlo!

Los baptistas bramaron al unísono: un potente grito ininteligible que contenía toda su rabia y desesperación. Levantaron los puños en el aire y la oscuridad de la noche centelleó de cuchillos, porras y otras armas improvisadas.

—Oh, Jesús —musitó Annabelle. Avanzó al frente de su reducido grupo.

—Annabelle, no —la conminó Sidi.

Ella le dedicó una breve y débil sonrisa.

—Al menos, a mí no pueden tocarme —repuso—. Voy a contenerlos algún tiempo, así que moveos. Tomad uno de los callejones que flanquean el edificio y salid de aquí.

Sus compañeros, simplemente, se alinearon a su altura.

—Vamos a hacerlos trizas —rugió Finnbogg.

—Sí, muy bien. Las fuerzas son cuatro contra uno y aún estamos para declaraciones. —Se volvió hacia Smythe—. Horace, tú que eres sensato: sácalos a todos de aquí.

Smythe tan solo movió la cabeza en un gesto negativo.

—Estamos en esto todos juntos.

Los baptistas seguían preparándose para el ataque. Que tendría lugar en cualquier momento, pensó Annabelle, y la partida acabaría en el acto.

—¿Sidi?

—¿Acabo de encontrarte y esperas que ahora te deje?

Annabelle suspiró.

—¿Esta es tu amiga? —preguntó la niña salvaje al indio.

Sidi asintió.

—¿Cómo es que nadie le corta las cuerdas?

Ante de que Annabelle pudiera explicar lo que era el Baalbec, los gritos de los baptistas se alzaron en un repentino tumulto.

—Atención —dijo Annabelle—. Ahí vienen.

Y así habría ocurrido de no ser por el gran estruendo del tiro de una pistola, que superó en volumen el clamor de los baptistas. Todas las miradas convergieron hacia la fuente del ruido.

—¡Yepa! —exclamó Annabelle.

Era el auténtico séptimo de caballería.

Alineados en una larga y desigual fila ante el local de Casey se encontraban los miembros de los Airplane y de media docena de otros grupos. El mismo Casey estaba en el centro, con el viejo paria de Jake a un costado y Jack Casady al otro. Este último había sido el autor del disparo. Annabelle localizó otras armas repartidas entre los músicos.

Uno de los baptistas avanzó un paso hacia el bar y un hombre de pelo largo que Annabelle reconoció vagamente como perteneciente a una banda de los últimos años de la década de los sesenta o de principios de los setenta, apuntó el arma e hizo fuego, tumbando al baptista en el acto.

¿Qué había hecho Casey?, se preguntó Annabelle. ¿Llamar a la baraja entera de CG que poseía? ¿Y de dónde habían sacado las armas? Mejor aún: ¿por qué no habían proporcionado ninguna a su grupo?

Eso tenía fácil respuesta, comprendió. Su grupo proseguía el viaje y podía encontrar equipamiento en otra parte, pero Casey y su gente estaban fijos en aquel lugar y necesitaban todo lo que tenían, tan solo para sobrevivir.

—Bien —dijo con voz potente Casey—. Esto acaba aquí.

Junto a él, Casady hizo una indicación con el cañón de su automática del 44 y el arma niquelada centelleó a la luz del fuego.

—¿Alguien tiene algún problema todavía? —inquirió.

Los restantes baptistas murmuraron, pero ninguno de ellos pareció dispuesto a llevar las cosas más lejos.

—Ahora, chicos, vais a quedaros quietecitos aquí mismo, con nosotros —prosiguió Casey—, mientras nuestros amigos se van por su camino. Van a un lugar de donde no volverán, así que el asunto puede darse por zanjado. ¿Todo el mundo de acuerdo?

Al fin uno de los baptistas habló:

—¿Sí? ¿Y qué pasa con el Mesías?

Situado junto a Jake, un hombre con el pecho desnudo, pantalones de cuero y pelo largo y moreno, sonrió torvamente:

—Bien, eso pasa por jugar con fuego.

Annabelle parpadeó al reconocer al personaje. Era Jim Morrison. La madre de Annie no dejaba nunca de poner sus discos.

—Esto tiene que acabar aquí y ahora —dijo contundente Casey—. De un modo u otro.

El hombre que había derribado de un balazo a uno de los baptistas hacía pocos momentos dio unas significativas palmaditas a su pistola.

—De acuerdo. —El baptista que había hablado en nombre de los demás hasta el momento enfundó de nuevo el cuchillo en su bota.

Casey y Jack Casady, rodeando al grupo de baptistas, se acercaron adonde se hallaban Annabelle y el resto.

—Nos habéis salvado el pellejo —agradeció Annabelle mirando a Casady—. Una vez más.

Casady rio.

—Como ya dije dentro al hombre, uno tiene que cuidar de su público, y cuando Casey me contó que tú también eras músico, bien, diablos... ¿Pensabas que dejaríamos que siguieran con esta farsa?

—Bien, gracias.

—¿Recuerdas el camino que dije que tomaras? —inquirió Casey.

Annabelle asintió.

—Tan solo cortadme estas cuerdas.

Sidi iba a liberarla, pero Tomás lo retuvo por el brazo.

—Recuerde el mecanismo, amigo —advirtió.

—Espera un segundo —dijo Annabelle.

Se acercó a los restos de una señal de tráfico que se erguía de entre un espeso matorral. Se dobló hacia el poste y aplicó el interruptor de control del Baalbec contra el extremo del barrote, y el mecanismo dejó de funcionar.

—Correcto —dijo. Se volvió y ofreció las manos—. ¿Quién va a hacer los honores?

Cuando Sidi la hubo liberado, ella, sin perder ni un instante y antes de frotarse las muñecas arañadas, le saltó al cuello y le dio un fuerte abrazo.

—No me gusta insistir —interrumpió Casey—, pero tenéis que poner os en marcha. Ahora los estamos conteniendo, pero si os ven demasiado tiempo por aquí van a pensar qué diablos sé yo y van a cometer alguna temeridad. Y lo próximo de lo que os enteraréis será de lo que han armado contra nosotros.

—¿Os las podréis apañar? —le preguntó Smythe.

—No habrá problemas, créeme. Solo proseguid vuestro camino antes de que alguien vuelva a pisar mierda.

—Iré con vosotros una parte del camino —dijo Casady.

Annabelle miró hacia el bolsillo de Casey, donde sabía que guardaba los CG con que había proyectado a los distintos músicos.

—Pensé... —empezó Annabelle.

—Correcto —explicó Casady—. Si no tocamos, nos volatilizamos —sonrió—. Pero no es tan grave. Solo vamos a parar de nuevo a los cromos y nos convertimos en un montón de datos digitalizados... hasta que nos vuelven a proyectar.

—Pero...

—Preocupa más a los demás que a nosotros mismos. Venga, vamos. Vámonos antes de que Casey reviente.

Y se puso a la cabeza de la expedición. Con un saludo final a Casey y una mirada nerviosa a los baptistas, Annabelle y los otros lo siguieron. Y tan pronto como perdieron de vista a los miembros de la secta y la cruz en llamas, ella y Sidi se pusieron mutuamente al corriente de lo que les había acontecido desde que habían cruzado el espejo y habían quedado separados.

—¿No has tenido noticias del resto del grupo? —le preguntó ella.

—¿Nada de Clive? —interrogó Smythe casi al mismo tiempo.

Sidi negó con la cabeza.

Annabelle echó un vistazo atrás, al lugar adonde habían llegado.

—Cristo, espero que hayan aterrizado en un sitio más agradable que el nuestro.



Entre el techo y la cima del montón de piedras que habían caído sobre los gigantes había suficiente espacio para que Neville y sus dos compañeros pudiesen colarse al otro lado. A la luz de las antorchas buscaron a Chillido. Cuando por fin dieron con

ella, tendida en el mismo sitio donde se había desplomado, con los miembros desparramados y flácidos a su alrededor y cubierta de polvo, Neville temió lo peor.

Se acercó adonde se encontraba su cuerpo, parpadeando para deshacerse de la súbita humedad que empapaba sus ojos y nublabla su visión.

¿*Chillido*?, buscó su mente, pero no hubo respuesta. La red neuronal que unía a ambos había desaparecido como si nunca hubiese existido.

—Malditos —dijo Neville, con voz algo estrangulada—. Malditos los Señores de la Mazmorra y malditos sus sangrientos juegos.

Alyssa se hallaba junto a él, mirando hacia el cuerpo de *Chillido*, y colocó una mano en su hombro.

—¿Está muerta?

Neville asintió.

—¿Estás seguro? —insistió Fenil.

Destellos peligrosos centellearon en los ojos de Neville cuando alzó la vista para mirar al tuano.

—¿Qué se supone que quiere decir con eso?

Alyssa le apretó los dedos en el hombro.

—Aquí todos somos amigos, Neville.

Fenil asintió.

—Su cuerpo... es tan distinto al nuestro... Me preguntaba si tal vez, cuando los de su especie están heridos, se retraen en sí mismos para facilitar la curación.

Neville recordó entonces sus viajes a la India y al África, recordó los faquires y chamanes que había visto y las cosas que podían hacer con sus cuerpos. Incluso había unos que podían disminuir la actividad de sus metabolismos hasta el extremo de aparentar estar muertos... bajo la inspección más atenta y todo.

Bajó la vista de nuevo hacia *Chillido*.

¿*Es así?*, le preguntó. ¿*Se ha retirado para curarse?*

Cuando pensaba en el esfuerzo que debía haberle supuesto adelantarse al grupo y tender la cuerda trampa, en la terrible cantidad de energía que debía haberle costado...

Pero permanecía inmóvil y en silencio. Sin responder.

Quizá Neville no estaba concentrando la mente de modo adecuado. Evocó el orden exacto de los pasos que había realizado *Chillido* para abrir la red neuronal entre ellos, y recordó algo de importancia capital. Había empezado con el contacto físico. La piel quitinosa de *Chillido* había estado tocando la suya en las manos cogidas.

Neville le puso una mano a cada costado de la cabeza y se inclinó hasta que su frente se apoyó en la de ella. Cerró los ojos y buscó la red otra vez.

¿*Chillido*...?

Continuó sin respuesta. Pero ahora, a lo lejos, en la oscuridad, tras sus párpados cerrados (una oscuridad que constituía un reino mental, más que físico, según comprendió enseguida), creyó ver un indicio de luz en movimiento. Una chispa que

parpadeaba en la negrura interminable, una chispa huidiza y distante.

Estrechó el foco de sus pensamientos sondeantes y los envió más adentro hacia la oscuridad, a perseguir aquella chispa intermitente. Pero huía de él, de tal modo que nunca conseguía acercársele, por más de prisa que corriera.

Pero se negó a abandonar. Prosiguió el esfuerzo, obligando a sus pensamientos a ir tras la chispa. Perdió todo sentido de su cuerpo, de su cuerpo doblado encima del de ella en el túnel. Y cuando se le escabulló la última sensación táctil con su forma física, acertó distancias de repente con la chispa.

Sus pensamientos, espoleados por ese éxito, aumentaron su velocidad hasta que se halló casi encima de la chispa, pisándole los talones, lo suficientemente cerca como para tocarla. Finalmente la agarró y la oscuridad se disolvió en un destello de luz cegadora que lo aturdió.

Tuvo una brusca sensación de vértigo, como si estuviera cayendo kilómetros y kilómetros por el centro de una estrella. Por más que intentaba detener su caída en picado, ésta tenía la inquebrantable atracción de la gravedad dominando su curso. Al fin acabó, pero no fue por esfuerzo propio, sino porque había llegado al final del viaje.

La luz cegadora se redujo a un alumbrado normal. Se encontró ocupando la apariencia de un cuerpo (su propio cuerpo), contemplando un paisaje alienígena. El cielo, por todas partes a su alrededor, era de un intenso naranja oscuro y, el lugar, una tierra de extensas llanuras grises, salpicada de manchas de rara vegetación azul-púrpura. Y frente a él, tejiendo una enorme telaraña de seda entre dos peñas negras, que tenían todo el aspecto de los antiguos menhires en la propia Inglaterra de Neville, se hallaba Chillido.

Durante un momento, Neville no pudo emitir ningún sonido. Tenía el cuello constreñido y seco. La naturaleza alienígena del paisaje le producía una sensación de ahogo y de extraña reverencia. Era como si hablar allí fuera tan irrespetuoso como lo sería hacer escándalo en una catedral.

Pero pese a todo habló.

¿Chillido...?

Al principio pensó que la arácnida no le había oído. Continuaba tejiendo su telaraña gigante, produciendo seda con sus hiladeras, tirando de la hebra con sus miembros y colocándola en el lugar preciso con una determinación que era a la vez ascética y mecánica. Fue solo cuando Neville iba a llamarla de nuevo cuando detuvo su artesanía y levantó la vista hacia él.

Había una extraña expresión en su rostro. Casi, pensó Neville, como si ella no lo reconociera. Entonces sonrió.

Ser Neville, ¿qué estás haciendo en mi sueño mortal?

¿Su qué?

Mi sueño mortal. Un mi país, antes de que el espíritu abandone su forma física, uno viene a este lugar sagrado a realizar un modelo de su muerte con los hilos de su vida y lo teje como recuerdo de lo que fue y que nunca jamás será. Este reino existe en nuestra

mente común. Algunos de nuestros Sabios lo han vislumbrado en sus visiones, pero la mayoría de nosotros lo vemos solamente en la hora de nuestro sueño mortal.

Era un concepto raro, pero no más raro que muchos de los que habían encontrado en la Mazmorra, pensó Neville. No más raro que muchas de las ideas de los diferentes pueblos que vivían en su propio mundo. Cielo e infierno. Reencarnación. Karma. Había tantas teorías de lo que se hallaba más allá de la vida como tantas culturas existían.

Pero allí, en aquel momento, Neville no quería saber nada de ello. No quería oír a Chillido hablar de morir. La quería viva y andando junto a él, en busca de sus camaradas, para llevar el juicio final a los Señores de la Mazmorra, cuando por fin llegaran a cogerlos, porque Neville estaba decidido a cogerlos.

Para que eso sucediera (para que algo de eso sucediera), tenía que regresar con Chillido. Y no importaba cómo hubiese que hacerlo.

Pero usted no está muerta, dijo él.

Y sintió la sonrisa de ella en su mente. La presencia de Chillido en la red neuronal tenía una aureola beatífica.

Tengo que estar muerta, explicó, *o, si no, ¿por qué estaría en mi sueño mortal?*

Neville pensó rápidamente. Tal vez estuviera en él, pero Neville no permitiría que se quedase en él. No, si había un medio de hacerla regresar. Solo que, ¿por dónde empezar? ¿Cómo convencerla? Porque Neville se percataba de que era una cuestión del punto de vista de ella lo que la había llevado allí. Solo con que pudiera convencerla de que aún estaba viva...

Y entonces se le ocurrió.

Es otro truco de los Señores de la Mazmorra, dijo. *Otro movimiento de su condenado juego.*

No lo creo, Ser Neville. He estado en peligro otras veces, pero nunca antes he estado en este lugar. Tengo que estar muerta.

¿Entonces yo también estoy muerto?

Eso atrajo una expresión desconcertada en sus facciones alienígenas.

Yo...

Y si estoy muerto, entonces, ¿por qué estoy aquí, en su más allá, y no en el mío?

Tú... Y la sorpresa pasó como una chispa eléctrica de la mente de ella a la de Neville. *¿Estás dentro de mi mente...?*

Neville asintió.

He venido a buscarla.

No comprendes. Si estás aquí cuando la Recolectora venga a buscarme, te llevará también consigo.

No puedo irme ahora. No sé el camino de vuelta. Muéstreme el camino.

Pero ya he llamado a la Recolectora. Puedo sentir su aliento en el viento.

Había, en efecto, un refrescamiento perceptible en el aire, se percató Neville. Miró hacia levante y vio una mancha oscura que se extendía por el cielo anaranjado.

¡Rápido!, exclamó. Venga conmigo.

Chillido negó con la cabeza, tristemente.

Demasiado tarde, Ser Neville, la Recolectora viene porque yo la he llamado. El tejido de mi vida ya casi está terminado. Ahora me llevará a casa, al Más Allá del Más Allá. Y te llevará conmigo.

Neville miró hacia el cielo oriental de nuevo. La oscuridad se extendía cada vez más. Y entonces vio, percibió, en medio de aquella penumbra, unos enormes ojos, una boca cavernosa.

Chillido, insistió él. Debemos marcharnos ahora.

Demasiado tarde, demasiado tarde, suspiró Chillido.

La oscuridad ya casi estaba encima de ellos. Neville buscó algo que lo atara con su propio cuerpo, pero el hilo que lo había unido a su forma física había desaparecido. Había esperado, como medida final si no podía convencer a Chillido para que volviese con él, agarrarla simplemente y utilizar aquel hilo para devolverla adonde sus cuerpos aguardaban.

Pero ahora ni siquiera él podía regresar.

La oscuridad ocultó el cielo naranja hasta que todo quedó de un negro puro. Solo la telaraña de Chillido y la misma araña relucían con una suave luminiscencia, como fósforo brillando en aguas trémulas. Neville alzó la mano ante el rostro y vio que él mismo también refulgía.

Y entonces llegó la Recolectora.



La única diferencia entre el laboratorio adonde los ren llevaron a Guafe y a Clive y el restaurante de donde acababan de salir era la pared llena de bancos de maquinaria eléctrica, y otros mecanismos, y el enorme espejo, situado a un metro de otra pared, que tenía de más el laboratorio. Aparte de eso, ambos poseían el mismo entorno esterilizado (paredes blancas e inexpresivos técnicos de laboratorio ren en sus trajes blancos), sin nada de personal o cultural a la vista, por más que uno mirara y mirara.

Lo que hacía que el laboratorio pareciera aún más esterilizado, según la manera de pensar de Clive, era el desorientador laberinto de pasillos por el que habían pasado para llegar a él: un aturdidor amasijo de culturas alienígenas que, según había explicado la Oradora Lena, era una reproducción de un satélite comercial que había servido de mercado central a las razas viajeras del espacio, en un sistema planetario lejos del sistema en que se hallaba la Mazmorra.

Clive sintió un gran alivio al salir de la confusión de artefactos robados de otras culturas que atestaban los pasillos y pasar a la relativa racionalidad del laboratorio.

—Solo será un momento —dijo Chary mientras se alejaba para consultar con los

técnicos—. Tengo que introducir tus características psíquicas y físicas.

Clive estudió el espejo mientras la esperaba, fijando con determinación una expresión tranquila en sus facciones.

—Puedo pasar primero —se ofreció Guafe—. Disfruto con las nuevas experiencias. Sabiendo ya lo que tendrá lugar, puedo estudiar los cambios mientras se vayan produciendo.

—No me pasará nada —respondió Clive.

Pero no pudo evitar el pequeño escalofrío de incertidumbre que le produjeron las palabras del ciborg. Claro que Chang no estaba preocupado, no si estaba aliado con los ren tal como el tablero de ajedrez del último nivel había parecido indicar.

Era una injusta presunción de deslealtad, y Clive lo sabía, pero no podía sacársela de encima. Porque, ¿qué sabía realmente del ciborg? Y, por Dios, ¿qué sabía a ciencia cierta de cualquiera de sus compañeros?

Annabelle tenía cierto parecido físico con su amante Annabella Leighton, pero carecía de pruebas efectivas que demostraran su parentesco.

Smythe se había comportado del modo más raro ya desde cuando entabló contacto con Clive en el barco procedente de Inglaterra, disfrazado de mandarín.

Sidi Bombay había aparecido en la noche africana, como surgido de ninguna parte... ¿Surgido quizá de la misma Mazmorra?

Neville... Neville era su hermano gemelo, verdad; pero con todos los dobles que podían crear los Señores de la Mazmorra, ¿cómo podría estar nunca seguro de que el hombre que llevaba el cuerpo de Neville era su hermano auténtico?

Y los demás, Chillido, Finnbogg, Tomás... Lo único que sabía de ellos era lo que ellos mismos le habían contado y la manera como habían actuado desde que habían comenzado a viajar juntos.

Por Dios omnipotente, ¡si todos podían ser sus enemigos!

Pero aquello era exactamente lo que querían los Señores de la Mazmorra que pensara, ¿no? Por alguna razón insondable gozaban sembrando la cizaña entre camaradas. Clive tenía la sensación de que solo con que pudiera llegar a comprender una mínima parte del enigma (por ejemplo: por qué tenían la necesidad, en aquel momento, de fomentar la discordia o para qué eran importantes los Folliot) el misterio entero de la Mazmorra empezaría a desvelársele.

La Oradora Lena insistía en que debían ser aliados, en que debían ayudarse mutuamente. Las respuestas (fueran cuales fuesen) que diera a sus preguntas, ¿le ayudarían a componer el gran rompecabezas? ¿O aún lo enmarañarían más?

—¿Clive?

Clive parpadeó ante la mención de su nombre y vio que Chary había regresado ya de las consultas con los técnicos y que le estaba esperando. Chary le ofreció la mano.

—Debemos permanecer en contacto físico —le dijo—. No es absolutamente necesario, pero sirve para suavizar el proceso.

Clive negó con la cabeza.

—Eso no será preciso. —Se encaminó al espejo y lo estudió con detenimiento, sin fijarse en su propia imagen—. ¿Qué debo hacer? Solo..., hum, ¿pasar?

—Sí, es así de simple —le respondió el técnico Howell.

—Primero sentirás un momento de desorientación —añadió Chary—, pero el proceso no dura mucho. Estarás de nuevo aquí en unos pocos segundos.

Clive asintió. Haciendo acopio de ánimo, dio un paso hacia la superficie reflectiva y la atravesó con un temblor.

Y fue presa de una momentánea sensación de vértigo. A pesar de haber estado advertido al respecto, Clive sintió que el pánico hervía burbujeante en su interior. Tendió aquellos músculos mentales que la red neuronal de Chillido había despertado y un repentino retorcimiento lo sacudió; y de inmediato le sobrevino una antinatural calma.

Se sintió como si estuviera flotando en un vasto mar gris. Extendió su mano ante él, pero no pudo ver nada. Solo la grisura. El inacabable mar que a partir de él se desparramaba en todas direcciones. La grisura en la que flotaba y de la cual, a la vez, formaba parte.

Si tenía una mano, si aún tenía un cuerpo, en aquel extraño mar, era invisible para sus ojos.

Los ren no le habían dicho nada de eso.

La sensación de calma que le había proporcionado la grisura empezó a desmigajarse.

¿Y si en el origen de aquel lugar había algo más que los ren?

Llamó, pero no con voz física, porque toda sensación de cuerpo le había desaparecido, sino con un grito insonoro que, por la red neuronal, salió aleteando hacia la grisura.

Y recibió una respuesta.

No de Chillido. No de ninguno de los demás compañeros con quienes había compartido la red telepática. Ni de Du Maurier. Y no obstante, sabía quién era.

La voz que resonó dentro de su mente, que flexionó los invisibles músculos de la telaraña que ahora era su mente, era una voz que nunca olvidaría.

Era la voz incorpórea del laberinto de seto. La voz que solo había oído dos veces en su vida...

No, comprendió. La había oído más de dos veces. La había oído cuando...

En aquel momento, la insufrible punzada del recuerdo olvidado regresó a Clive con gran ímpetu. Recordaba, lo recordaba todo. Dios santo, ¿cómo podía haberlo olvidado?

Cayendo por el puro azul.

Llevado por los Señores de la Mazmorra a un sueño de Londres.

Un sueño de Annabella y su vida juntos, colmada por el ascenso de Clive a comandante, y por tanto, capaz ya de poderle proponer matrimonio.

Un sueño que se había vuelto amargo cuando Clive había visto claro entre la

maraña de su falsedad.

Y después, los Señores de la Mazmorra se lo hablan llevado a algún lugar y le habían borrado los recuerdos para que ignorase su maquinación. Lo habían devuelto al vacío azul de la Puerta y habían permitido que llegara con los demás, sin entender nunca lo que había experimentado.

Dios, ¡cómo los odiaba!

Y aquella voz que oía ahora, también la había oído entonces. Había comenzado a considerarla no tanto como una entidad con existencia propia, sino más bien como la voz de su propio subconsciente. La voz que lo había rescatado entonces.

¿Qué quería de él ahora?

Es el momento, dijo la voz.

¿*El momento?* ¿*El momento de qué?*, inquirió Clive.

El momento de que finalices el viaje por cuenta propia. Tus compañeros, tanto si juegan limpio como sucio, ahora solo serán un estorbo para ti.

¿*Quién es usted?*, exigió saber Clive.

El silencio fue la respuesta.

¡Maldito sea! Deje de jugar conmigo. Si es usted uno de los Señores de la Mazmorra, salga y aparezca ante mí como un hombre.

No soy ni Señor de la Mazmorra ni hombre, al menos no un hombre según tú conoces el término.

Ya nada me impresiona fácilmente, contestó Clive. *Dios sabe que ya he tenido mi ración de seres raros, con todo el tiempo que hace que estoy en este maldito lugar. Así que dé un paso al frente y deje que lo vea.*

Aunque Clive luchaba por ocultarlo, pensar que los Señores de la Mazmorra habían planeado que él sería una de las piezas de su juego ya desde su décimo aniversario (o, por todo lo que sabía, ya desde antes de su nacimiento), le sacudía las mismas entrañas de su ser.

Se lo vuelvo a pedir, dijo Clive. *Diga su nombre.*

El silencio que siguió a eso fue tan largo que Clive pensó que la entidad incorpórea de nuevo iba a negarse a responder. Pero, entonces, un hondo suspiro resonó por toda la red neuronal.

De haber vivido, de haber nacido, contestó la voz, mi nombre habría sido Esmond. Esmond Folliot.

¡¿Qué?!

El esperma de nuestro padre que fecundó el óvulo de nuestra madre estaba destinado a producir trillizos. Parir gemelos la mató. De haber llegado los tres a término, ninguno habría sobrevivido; así pues, yo, el más débil, fui arrebatado.

¿*Arrebatado?* ¿*Por quién?*

No lo sé. Simplemente estoy aquí, en este lugar. He podido observaros muchas veces a los dos, a mis dos hermanos, pero pocas el velo entre los mundos ha sido tan delgado que permitiera comunicarme con uno de vosotros.

¿Y ahora?, preguntó Clive. ¿Cómo es que has venido a mí ahora?

Yo no he venido a ti, replicó la voz. Tú has venido a mí, has venido al lugar de las almas no nacidas; almas que deberían haber nacido, pero que no nacieron.

Esto es locura.

Tal vez. Si hubieras morado aquí tantos años como yo... Quizás esté loco. Pero sigo siendo un Folliot. Sigo decidido a que los creadores de este lugar no nos humillen.

¿Los conoces?, interrogó Clive. ¿Quiénes son? ¿Con qué propósito nos han raptado, con qué propósito mantienen prisioneros a los demás que han llegado a caer en este maldito lugar?

No lo sé, Clive. Solo sé que ahora debes proseguir solo. La esperanza de todos los presos de la Mazmorra está en ti. Pero lo que hagas, debes hacerlo solo.

No puedo hacerlo. No puedo abandonar a los demás.

Tu lealtad será tu caída.

¿De qué sirve ganar, preguntó Clive, si para hacerlo conviertes tu vida en una mentira? Yo soy el que soy. Dices que la esperanza de los prisioneros de la Mazmorra se halla en mí. Pero si prosigo solo, si abandono a los demás, entonces dejaré de ser quien soy y seré otro. ¿Triunfaré aún?

Hubo una larga pausa. Luego, la voz suspiró de nuevo.

Ofreces una lógica formidable, dijo por fin.

¿Eres de veras mi hermano?, preguntó Clive.

De haber nacido entonces... sí. Habríamos sido hermanos.

«Tiene que ser otro maldito truco de los Señores de la Mazmorra», pensó Clive, porque, con toda seguridad, aquello no era posible. ¿Cómo podían tener él y Neville un hermano nonato?

Pero, puesto que aquello era la Mazmorra..., puesto que allí lo imposible no era solamente posible, sino probable...

¿Cómo puedes probarlo?, insistió Clive.

Esto es algo que solo puede aceptarse por la fe, repuso la voz.

Pero un hermano no nacido...

Ensayó el nombre en su mente. Esmond. Esmond Folliot. Que le partiera un rayo si no sonaba a verdad.

Cuando los demás se hallen a salvo, prosiguió la voz, ¿harás como te aconsejo?

¿Me ayudarás a encontrarlos?

Una sensación muy parecida a una mental negación con la cabeza se agitó en el cerebro de Clive.

Solo conozco tu paradero y el de tu hermano, respondió la voz.

¿Puedes, al menos, llevarme hasta él?

Puedo enseñarte una senda en la red neuronal por medio de la cual puedas enviarle tus pensamientos.

Un hilo reluciente apareció en la grisura, brotando del punto donde Clive sentía que estaba y desplegándose en la distancia.

Solo tienes que asir el hilo con tus pensamientos, le explicó la voz.

Y si la mente de Neville se hallaba al otro extremo del hilo, ¿qué se demostraría?, se preguntó Clive. ¿Que la voz era, en efecto, la de un hermano nonato llamado Esmond y no la de uno de los Señores de la Mazmorra con otro de sus trucos demenciales en juego?

¿Volveremos a hablar?, inquirió Clive a la voz.

No lo sé, contestó. Tendrás que venir a mí.

¿A través de un espejo?

No hubo respuesta.

¡Espera!, gritó Clive. *¿Adonde has ido?*

De nuevo, solo silencio.

Y entonces, el reluciente hilo empezó a desvanecerse.

¡Esmond!, intentó una última vez.

Aún sin respuesta; y ya el hilo no era nada más que un fantasma que se vaporizaría en momentos.

Agarró el hilo con sus pensamientos y dejó que lo arrastrara, más y más adentro del gris.

Tanto Jack Casady como la niña salvaje, que les fue presentada como Nacky, conocían la ruta secreta que conducía al metro de la ciudad. Casady dejó que la pequeña *enfant perdu* encabezara la marcha mientras él andaba junto a Annabelle y Sidi.

—Creí que se trataba de una ruta de contrabandistas secreta —comentó Annabelle.

—Y lo es —confirmó Casady.

—Entonces, ¿cómo es que todo quisqui la conoce?

Nacky se volvió y le ofreció el destello de una gran sonrisa.

—A Franchute le gusta saber todo lo que pasa en los Tugurios —dijo—. No hay manera de ocultar un secreto a los EP.

«Franchute», pensó Annabelle. Bien. Sidi y Tomás le habían hablado de él. Un francés alterado genéticamente, que ahora se parecía más a una oruga o gusano gigante que al niño que había sido una vez. Y al mando de una banda de mocosos al estilo Peter Pan y fumando en un narguile. Más reflejos del País de las Maravillas, con un poco de Barrie y de De Larrabeiti para colmar la medida. ¿Y luego se iba a tropezar con el Sapo Encantado?

—Y además —añadió Casady—, de cualquier forma, abajo ya no hay nada para un habitante de los Tugurios.

—¿Qué quieres decir?

—Salir es fácil; volver... Bien, aunque uno pudiera, no se podría esconder durante mucho tiempo. Todo el mundo tiene una tarjeta de identidad, codificada con su composición genética. No se los puede engañar. Y si uno trata de escabullirse, tienen todo tipo de horribles sabuesos corriendo por todas partes, ansiosos por acorralar a algún extraviado.

—Los zeros —dijo Annabelle.

Casady asintió.

—¿Casey os habló de ellos?

—Oh, sí.

Era un poco difícil olvidar la descripción que hizo Casey de los artilugios. Construidos en fibra, plástico y metal, con cerebros humanos alojados en sus cuerpos sintéticos, que estaban conectados a unidades motoras computadorizadas.

—Deberíais quedaros —insistió Casady.

—No podemos.

—No es tan malo. Podríamos proporcionarte tu propio CG, para que, aunque el

cuerpo que te mantiene la palmará, tú continuarías viviendo. O al menos una parte de ti, la parte importante. Casey me dijo que eras músico. En los Tugurios tenemos un buen local para *happenings*.

—No comprendes —dijo Annabelle—. Tenemos amigos a quienes debemos encontrar. Y tenemos que ajustar las cuentas a alguien.

—Por todo lo que he oído acerca de los que mandan en este sitio, una negra en medio de una reunión del KKK saldría mejor parada que tú de este asunto.

—Aún así tenemos que hacerlo —dijo Annabelle.

—En realidad, no tenemos elección —añadió Sidi—. Parece como si los Señores de la Mazmorra tuvieran un interés especial en algunos de los miembros de nuestra partida. Incluso si intentáramos encontrar un refugio, ellos vendrían en nuestra búsqueda.

—Vaya palo.

Annabelle sonrió ante la expresión.

—Exacto. Un superpalo.

En aquel mismo momento, Nacky regresó medio bailando medio corriendo por entre los escombros.

—¡Lo encontré!

—Nunca dudé de ello —dijo Annabelle.

La EP los condujo al final del callejón y luego por el pavimento resquebrajado de una calle lateral hacia donde se levantaba una vieja entrada del ferrocarril metropolitano. La boca estaba obstruida por abundante vegetación, que, sin embargo, pudo ser fácilmente apartada. Annabelle cogió una de las linternas que Linda le había dado y lanzó su haz de rayos de luz a la oscuridad.

Las escaleras que llevaban abajo estaban en buen estado. El aire que subía hacia ellos olía solo ligeramente a aire cerrado, con un matiz de humedad.

—Ya estamos —dijo Annabelle a Casady y a Nacky—. Final del camino para vosotros. Gracias por la escolta.

Nacky movió la cabeza en un gesto negativo.

—Yo voy.

—No puede ser —le contestó Tomás.

—No podréis impedírmelo.

El español se arrodilló ante ella.

—El lugar adonde vamos es muy malo, *pequenha*. No hay camino de vuelta.

—Yo no quiero volver. Quiero ir contigo y con Sidi.

—¿Y qué pasará con Franchute? —preguntó Sidi—. ¿Quién cuidará de él?

—Tiene montones de otros EP.

—Sí, pero creo que tú eres su preferida.

El pequeño rostro salvaje miró con fervor a uno y a otro.

—¿Lo creéis?

—*De verdade* —dijo Tomás—. Lo creo, *sim*.

—No me olvidaréis, ¿verdad? Franchute dice que el único modo de que uno pueda vivir mucho tiempo es que la gente lo recuerde.

Tomás la envolvió en un rápido abrazo.

—No te olvidaremos —le dijo.

Cuando la soltó, Sidi también la abrazó.

—¿Cómo podríamos olvidar a alguien tan valiente y tan leal? —dijo el indio.

Nacky se retiró mordiéndose el labio inferior. Contempló a los demás a su alrededor, dudando un largo momento más. Luego levantó su mano en un rápido saludo y salió disparada por entre las ruinas, desapareciendo casi de inmediato.

—Odio tener que dejarla aquí —comentó Sidi.

Tomás volvió la vista hacia él:

—*Sim*, pero allí donde vamos...

—Será, sin duda, peor —dijo Sidi asintiendo con una lenta inclinación de cabeza.

—Esto te deja solo, Jack —dijo Annabelle—. Cuídate, y da las gracias de nuevo a Casey de nuestra parte, ¿de acuerdo?

Casady sonrió.

—No os vais a librar de mí tan fácilmente. Desde la última vez que estuve ahí abajo siento añoranza por ver lo que los chaffri han estado haciendo en sus antros.

—¿Añoranza? —repitió Annabelle con una ceja arqueada.

—Me gusta la música folklórica, así que...

—Pero...

—Mira, si me ocurre cualquier cosa, me vaporizo y el viejo Casey me vuelve a proyectar. Y aquí no ha pasado nada.

Tomó una de las linternas de Annabelle y empezó a bajar. Annabelle se estremeció. Aquel asunto de los CG le producía repeluznos, no podía evitarlo.

—No comprendo —dijo Smythe acercándose a ella para mirar hacia las escaleras—. Uno o está vivo o está muerto.

Annabelle asintió.

—Sí. Tendría que ser así. Pero esto es...

—La Mazmorra —respondieron todos a coro.

—Muy bien, chicos. Donde lo más estrafalario parece posible.

—¿Venís? —llamó Casady desde unos peldaños más abajo.

—Ahora mismo vamos —le respondió Annabelle. Recorrió con la mirada los rostros de sus compañeros—. ¿A punto para el próximo follón demencial?

Uno a uno la siguieron escaleras abajo, hacia donde la linterna de Casady les hacía señales.



El rostro de la Recolectora llenó el cielo entero. Una maciza oscuridad se derramaba del inmenso ser, y la oscuridad más profunda, que se hallaba en el centro, parecía ser la misma Recolectora. Neville no comprendía cómo podía captar diferencias en aquella sombra tenebrosa, y sin embargo las veía. Dentro del manto de negrura, el rostro de la Recolectora era como el de Chillido y reflejaba la beatífica serenidad que despedía la propia faz de Chillido.

Neville levantó la vista hacia el ser y se sintió inundado de una total sensación de paz. Entonces comprendió por qué Chillido se sentía feliz de poder pasar a la vida del más allá de su pueblo. También comprendió por qué nadie de entre los vivos debía captar un atisbo de esta vida del más allá.

Una vez probada, ¿quién no abrazaría esta muerte?

Él también, como Chillido, anhelaba extender el brazo y que la Recolectora lo recogiera. Vestigios de criaturas de lo que habían sido sus antepasados, sacados de la escala de la evolución que su raza había subido una vez, le hacían tejer su propia malla de memoria entre las piedras donde colgaba Chillido. Que los recuerdos quedasen allí, mientras él pudiera irse...

A la paz.

A estar en paz.

Solamente...

Una parte de él se rebelaba.

«Recuerda», dijo para sí. La muerte, por más prometedor que se apareciera su idea, no era para ellos. No ahora. No tan pronto. No con sus compañeros aún perdidos. Los Señores de la Mazmorra seguirían sin ser castigados.

—Nos..., noso...

Intentó hablar, pero no pudo dar siquiera forma a la primera palabra.

Nosotros no podemos ir con usted, envió como pensamiento a la Recolectora. *Nos queda mucho por hacer.*

La voz de Ella, cuando contestó, fue un aliento de viento suavísimo que le estremeció el alma.

Quedan otros para hacerlo; ha llegado vuestra hora.

Era cierto, argüía una parte de él, anhelando obtener lo que la Recolectora les prometía. Dejar que otros llevasen a cabo la batalla. Él y Chillido... ya habían luchado suficiente.

Venid conmigo.

Sí. Era así de simple. Solo soltar los últimos recuerdos de vida e irse con ella. Dejar que los recogiese en su abrazo lleno de paz y que se los llevase...

Lentamente, Neville movió la cabeza en un signo negativo.

No podemos, le dijo. Por Dios, aunque todas y cada una de las células de mi ser me piden que me suelte y que vaya con usted, no podemos.

Alguien tiene que venir conmigo, respondió. Yo soy como la espada desenvainada, que tiene que probar sangre antes de volver a la funda. Uno de los dos

tiene que venir conmigo.

No podemos, repitió Neville, a pesar de que le partía el corazón no dejarse simplemente llevar por ella.

No es algo que se pueda discutir, replicó la Recolectora. *Uno tiene que venir conmigo: es la ley.*

Yo iré, Gran Madre, dijo Chillido.

No, interpuso Neville. *Yo...*

¿El, qué?

El desinteresado pensamiento que había surgido en su interior (que estaba relacionado con el mismo impulso que lo había enviado a buscar a Chillido) lo sorprendió tanto como habría sorprendido a cualquiera que lo conociese. De nuevo comprendió que allí, en la Mazmorra, formaba parte de un grupo. En aquel lugar, no era Neville Folliot lo más importante, sino el grupo en conjunto. Y su objetivo último: aplastar a los Señores de la Mazmorra. Y hacer que escaparan tantos como fuera posible del grupo.

Su hermano había ya demostrado ser mejor líder que él en el viaje. Y Neville no tenía mucho que ofrecer a la compañía, al contrario de Chillido, que sí tenía. Así pues, lo mejor para él era hacer el sacrificio.

Sí, pero ¿tan dura era aquella elección?, preguntaba una parte de su corazón. «La Recolectora promete paz. Cada partícula de tu ser anhela lo que ofrece. ¿Es un sacrificio ir con ella?»

Pero lo era. Porque advertía que, por mucho que anhelase ir, deseaba todavía más vivir. No era que la idea de la paz de la Recolectora fuese una mentira; era que el impulso de vivir era más fuerte. Pero si aquella muerte había de salvar a Chillido, si había de ayudar a los demás...

Iré con usted, dijo a la Recolectora.

No es necesario que te sacrifiques por mí, Ser Neville, se opuso Chillido. *Yo la llamé, yo iré con ella. Comprende, Ser Neville, si la Gran Madre no me lleva consigo ahora, la paz que espera como promesa al final de la vida de los seres de mi pueblo nunca será mía.*

También será suya la muerte, repuso Neville.

Es mi hora, replicó simplemente.

Neville movió la cabeza negando. Pero antes de que pudiera contraponer algo a aquella decisión, una nueva voz intervino.

Yo iré, dijo.

Neville se volvió despacio. Y vio a su hermano junto a él.

¿Clive...?

¿Clive aquí? ¿Cómo era posible?

Pero, antes de intentar siquiera empezar a desentrañar aquel enigma, comprendió que no era Clive quien había hablado. Tras su hermano gemelo había otra presencia, no más que un brillo fantasmal en el hombro de su hermano, pero, no obstante, una

presencia.



Clive tuvo poco tiempo para hacerse cargo de su entorno o de qué estaban haciendo Chillido y Neville allí. Con tanta sorpresa como la que mostró su hermano, se volvió para ver el resplandor que flotaba junto a él. Pero, a diferencia de Neville, él tenía un nombre con el que llamar a la presencia.

¿Esmond?

Sí, replicó el resplandor. Soy yo. Deja que me vaya con la Recolectora, deja que encuentre un sentido a la vida que nunca fue.

¿Quién es éste?, interrogó Neville.

Clive se volvió hacia él.

Nuestro hermano nonato, Esmond.

Neville meneó la cabeza despacio.

Ahora estoy completamente seguro de que nos hemos vuelto todos locos.

De haber vivido, explicó Clive, habría sido nuestro hermano Esmond, íbamos a ser trillizos, no solo gemelos.

Clive, ¿te percatas de lo que estás diciendo?

Es la verdad, intervino Esmond.

Pero...

Id ahora, prosiguió Esmond. Vuestros cuerpos os esperan. Tenéis tareas que llevar a cabo. Dejadme ésa para mí.

No, se opuso Chillido. Es mi pacto, el pacto que yo debo cumplir. Luego se dirigió a Clive. Agradezco esta oportunidad de poder decirte adiós, Ser Clive. Mi corazón se regocija al ver que aún estás vivo.

Usted no puede morir, protestó Neville.

Es como si ya estuviera muerta, Ser Neville, contestó ella. Ir con la Gran Madre es, simplemente, la última etapa de mi viaje. Regresa a tus vivos con mi bendición.

No, dijo Esmond.

En la resplandeciente forma que era la presencia de Esmond empezaron a definirse unos vagos rasgos, unos vagos rasgos tan propios del linaje Folliot como nunca habían visto Clive o Neville. Eran de su padre, y de su madre también, a quien solo habían conocido por retratos.

Esmond se volvió hacia la Recolectora.

¿Me tomarías a mí?, se ofreció.

Durante un largo momento, la oscura presencia en el cielo se mantuvo callada. Clive pudo sentir un tirón en su cuerpo. Vio dos hilos titubeantes salir de la oscuridad. Uno de ellos tocó la base del espinazo de Neville; el otro se fijó en el mismo

centro del pecho de Chillido, equidistante de las articulaciones de las cuatro extremidades superiores.

Ven, dijo la Recolectora, con voz suave.

¡No!, exclamó Chillido, pero ya era demasiado tarde.

La presencia de Esmond se elevó flotando hacia la Recolectora. Las sombras lo envolvieron y empezaron a alejarse de nuevo, dejando una estela de cielo anaranjado tras de sí, tan brillante después de la oscuridad que hirió los ojos de los tres que miraban desde abajo.

No, exclamó Chillido de nuevo, pero ahora ya sin convicción, con la voz cargada de pesadumbre y de esperanzas frustradas.

Adiós, hermanos...

La voz de Esmond susurró en las cabezas de Clive y Neville. Los gemelos se miraron.

Él..., empezó Neville. *Esa presencia. No podía ser...*

Yo mismo no puedo explicármelo, respondió Clive. *Pero creo de veras que era quien decía.*

Pero es imposible.

Clive asintió.

Así lo creí yo. Yo dudé al principio, pero ahora, con su sacrificio..., me cuesta mucho no creerlo.

No haber vivido nunca..., dijo Neville en voz baja. *¿Cómo debe de ser, tener conciencia y nunca vivir de verdad?*

Muy duro, dijo Clive. *Desesperadamente duro. Miró a su alrededor. ¿Qué lugar es éste?*

Neville comenzó a dar forma mental a la respuesta, pero, de repente, su cuerpo experimentó un tirón de fuerza tremenda. Sintió el roce de la mente de Chillido con la suya, sintió que la red neuronal los envolvía a ambos, y entonces desaparecieron.

Durante largo tiempo Clive permaneció allí, inmóvil en aquel extraño paraje; luego, su cuerpo exigió lo que debía exigir a su espíritu y él también se vio arrastrado...

—¿Qué le pasa a Tomás? —preguntó, extrañada, Annabelle a Sidi.

El español andaba delante, junto a Casady; Smythe y Finnbogg cubrían la retaguardia. Sidi la miró con una expresión interrogativa que se perdió en las sombras.

—¿Malo o bueno?

—Fíjate: se está comportando casi como un humano.

—Creo que Tomás necesitaba adquirir sentido de su autoestima. Recuerda que proviene de una época en la que un hombre como él no tenía futuro y que su vida se consideraba de escaso valor. No oímos hablar de las tripulaciones de esos viejos barcos de vela, sino solo de los capitanes. Y además, únicamente cuando han llevado a cabo alguna gran gesta o descubrimiento o se han destacado en una guerra.

»Al principio, la Mazmorra poco ayudaba a modificar esta falta de autoestima en Tomás. Pero ahora...

Annabelle se volvió y miró a Sidi, iluminándole el rostro con la luz de la linterna. En los ojos tenía una expresión meditabunda.

—¿Y ahora? —preguntó con interés.

El indio se encogió de hombros.

—Creo que cuanto más responsabilidad le demos, más demostrará lo que vale, no solo a nuestra compañía en conjunto, sino a sí mismo como ser humano.

Annabelle dirigió de nuevo la luz al suelo y asintió con un lento gesto. Era lógico. Y al pensar en cómo Tomás se había despedido de la pequeña *enfant perdu* y en cómo se había portado en la hora anterior (servicial, de trato desenvuelto), parecía que la reflexión de Sidi era acertada.

—Psicología terriblemente moderna —comentó a Sidi—, para un indio del siglo diecinueve.

—Tu época no es la única que se ha preocupado del funcionamiento de la mente humana.

—Lo sé. Pero con el sistema de castas que tenéis...

Sidi sonrió.

—Yo nací para la *varna* —dijo—. En la India me considerarían aún como perteneciente a la casta para la que nací. Pero dejé la India hace ya mucho tiempo. Y con ella dejé a la *varna*.

Interrumpieron la conversación al llegar a la altura de Tomás y Casady, que se habían detenido a esperarlos. Las escaleras que tomaron al nivel de la calle los habían

conducido a una red de túneles; ahora, los túneles desembocaban en un gran espacio de alto techo.

—¿Qué es eso? —inquirió Smythe cuando él y Finnbogg aparecieron también.

—Una zona chaffri de carga y descarga en desuso —explicó Casady—. Tiempo atrás, cuando aún existía comercio entre ellos y los ren, solían transportar las mercancías por medio de este sistema de ferrocarriles subterráneos. Pero ahora, los únicos bienes que se transportan son los de los contrabandistas.

—¿A qué distancia queda la ciudad? —preguntó Annabelle.

—A unos diez minutos.

—¿Y la Puerta? —añadió Sidi.

Casady movió la cabeza.

—No sé nada acerca de la Puerta. Lo más razonable es que se halle en medio del lugar donde se concentra la población chaffri, puesto que deben de ser los únicos que la utilizan.

—¿Y los ren? Si quieren usarla, ¿cómo lo hacen?

—Ellos tienen su propia Puerta.

—Me lo imaginaba.

Annabelle enfocó con la linterna la gran sala a su alrededor. Pero la luz no fue lo suficientemente potente como para alcanzar los muros más distantes.

—Esta guerra entre los ren y los chaffri —dijo por fin Annie, volviendo a mirar a Casady—, no es solo por la Mazmorra, ¿verdad?

—Estás preguntando los detalles a la persona equivocada. Yo he estado en ambas partes de la ciudad (un CG no puede elegir el lugar donde lo proyectan), y todo lo que he aprendido es que son enemigos encarnizados desde que la Mazmorra empezó a operar. Y, de eso, según todos los indicios, hace mucho tiempo.

—Miles de años —intervino Finnbogg.

Casady asintió al enano con una inclinación de la cabeza.

—Lo que dice. La cosa es que ahora ambos bandos están muy ajetreados porque ha entrado un grupo de nuevos jugadores en la partida. He oído decir que son de una raza totalmente distinta, que han caído en la Mazmorra y que quieren conquistarla, pero también he oído decir que son los creadores originales del lugar y quieren que les sea restituido. Tienen a sus propios agentes moviéndose por los niveles, preparando las cosas para la confrontación final.

—¿Agentes? —inquirió Smythe.

—Esa es la palabra que utilizan —dijo Casady, sonriendo—. La oí a ambos lados de la ciudad. Uno es la Madonna, otro el Cloak y el tercero una banda de extranjeros que siguen a un par de tipos llamados Folliot...

—¡Cristo! —exclamó Tomás—. Ésos somos nosotros.

—Permite que te deje las cosas claras, Jack. No estamos alineados con ninguno de los Señores de la Mazmorra —dijo Annabelle contundente.

—Solo te cuento lo que oigo, no lo que creo.

—He oído hablar de esa tal Madonna, en Tawn —comentó Smythe—, pero no del que usted llama Cloak.

—Se supone que es un tipejo muy bueno, un artista, para esconderse en las sombras y manipular a la gente que le rodea, en general causando mal. Se supone que tiene un par de pequeños cuernos en la frente, y también se lo conoce por el nombre de Lucero del Alba.

—Lucifer —dijo Annabelle.

Tomás se santiguó.

—O muy parecido, supongo —corroboró Casady—. Tienen a la Madre de Dios y al Gran Diablo trabajando juntos contra los ren y los chaffri.

—No comprendo —dijo Smythe—. Motivos religiosos, ¿por qué? ¿Por qué motivos religiosos de nuestro mundo, además?

Annabelle asintió.

—Sí. ¿Por qué hay tantas retorcidas referencias a las religiones de nuestro mundo? Por todas partes adonde vamos aparece una nueva variación sobre el tema. No tiene sentido. Si disponen del universo entero para inspirarse, ¿por qué se centran tanto en nuestro mundo?

—No sé —dijo Casady—. Yo solo estoy contando lo que oigo.

—Ojalá encontráramos a alguien que *sí* supiera —suspiró Annabelle.

Casady se encogió de hombros.

—Apuesto que ya ni siquiera los Señores de la Mazmorra saben de veras lo que está sucediendo. Me imagino que todo empezó como un juego y, en algún momento de su curso, tomó vida propia y escapó a su control. Y todo lo que deben de haber estado haciendo desde entonces, cuando no hayan estado enzarzados en una que otra batalla, habrá sido intentar que sea de nuevo lo que había sido: su propio, personal y privado juego, donde puedan pasarlo en grande jugando con las cabezas de la gente.

»Y lo bueno es que poseen toda esta avanzadísima tecnología, pero que ya nada funciona del modo como se supone que debería funcionar. Han enviado a sus agentes a otros niveles, se cree que para poner de nuevo las cosas bajo control, pero, en realidad, simplemente preparan sus propios pequeños privados rincones de juego. El lugar se está dividiendo en tantos grupos diferentes que uno necesita un tanteador múltiple solo para...

Se interrumpió de súbito.

—¡Apagad las linternas! —dijo a Annabelle y a Smythe al tiempo que hacía lo mismo con la suya.

—¿Qué pasa? —susurró Annabelle.

—Me pareció haber oído alg...

Entonces lo oyeron todos: el leve arañar del metal en la piedra. Se dieron la vuelta poco a poco escudriñando la oscuridad a su alrededor.

Annabelle sintió que alguien se les estaba acercando. Se llevó las manos a los controles del Baalbec.

—Zeros —le murmuró Casady al oído.

En aquel momento vio el fulgor rojo de sus ojos, tres pares de ojos a ras de suelo.

Zeros. Estupendo. Debería haberse figurado que no había manera de bajar al siguiente nivel sin tener previamente unas palabras con aquellos artilugios.

—Demasiado tarde para ocultarse —le dijo Casady mientras se alejaba de ella.

Casady encendió su linterna. El rayo de luz trepanó la oscuridad y resbaló en tres formas de metal y plástico. Eran del tamaño de un perro pastor alemán e iban a cuatro patas, y donde deberían tener el cuello tenían un tronco humanoide. Una cabeza y un par de brazos se articulaban con este tronco.

«Pequeños centauros cibernéticos», pensó Annabelle al mirarlos.

Las cabezas estaban hechas de plástico transparente. Iluminándolos con su propia linterna, Annabelle distinguió sus cerebros humanos: flotaban en una especie de espeso líquido en el interior de sus cabezas.

—¿Se puede razonar con ellos? —preguntó a Casady.

—Ni pensarlo.

Annabelle asintió.

—Muy bien: todo el mundo atrás, despacio, hacia la boca del túnel.

Todos empezaron a moverse según estas indicaciones, todos excepto Annabelle y Casady.

—Annabelle —llamó Sidi.

—Esto puedo solucionarlo yo —le respondió ella.

—Pero...

—No discutas, por favor, Sidi. Sé lo que estoy haciendo.

«Al menos eso espero», pensó para sí.

Casady se cambió la linterna de la mano derecha a la izquierda y se sacó la pistola del cinturón.

—Ya habéis oído a la señorita —dijo sin mirar siquiera por encima del hombro.

—¿Va a servir esto de algo? —le preguntó Annabelle señalando el arma.

—¿Contra su armadura? No es probable. Pero no olvides que yo no muero, solo...

—Te vaporizas. Correcto. Bien, probemos mi idea primero, ¿te parece?

—Tú eres la jefa —accedió Casady.



¿Neville?

La voz parecía proceder de una gran distancia. Resonaba de un modo vago en la bruma que ahogaba la mente de Neville, pero parecía un sonido demasiado apagado para tener algún sentido.

—Neville.

La insistente repetición de la palabra atravesó por fin la niebla. Claro. Su nombre.

—Neville.

Le costó un inmenso esfuerzo abrir los ojos y concentrar su atención en la expresión preocupada de Alyssa y Fenil.

—Gracias al Gran Viento —musitó Alyssa—. Está vivo.

Neville se incorporó despacio. La cabeza le daba vueltas.

—¿Chillido...? —llamó; luego advirtió que estaba tendido de espaldas encima del pecho de ella.

Volvió la cabeza para mirar el rostro de la arácnida y observó cómo sus ojos compuestos parpadeaban hasta abrirse y contemplarlo. La beatífica expresión que mostraba su rostro en su sueño mortal se había reemplazado por otra de pérdida tan completa que Neville experimentó una honda punzada de pesar y de culpa.

Chillido había llegado al umbral del cielo y él la había sacado de allí. ¿Para qué? Solo para continuar aquella maldita lucha en la Mazmorra.

Lo siento, dijo él. En aquel momento me pareció lo más correcto.

Comprendo, Ser Neville, contestó ella. Pero es duro... volverá estar de cuerpo y hueso en el mundo cuando tenía la paz a mi alcance.

La paz aún la esperará.

Durante un momento la mujer araña permaneció callada. Finalmente suspiró.

Tal vez, le dijo.

¿Qué quiere decir?

¿Se puede alcanzar aquel momento de paz total más de una vez en la vida, Ser Neville?

¡Dios mío! Nunca creí...

Chillido balanceó la cabeza con gran lentitud.

No te reprendas, Ser Neville. Quisiste realizar una gran hazaña, valiente y generosa.

Pero si usted ha perdido su oportunidad de acceder al cielo...

Solo la Recolectora sabe si tu hermano ha ocupado mi lugar en el Más Allá del Más Allá o si aún hay un sitio dispuesto para mí. Hizo una pausa y luego añadió: *Al menos, ahora sabemos que el Ser Clive está bien.*

Sí, dijo Neville. *Pero...*

Lo que está hecho, hecho está, Ser Neville.

Y como hizo intención de sentarse, Neville salió de encima de ella.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Fenil—. ¿Adonde fuiste?

—¿Fui? —dijo, extrañado, Neville.

Solo había regresado a medias al mundo real. El resto de su ser aún estaba atrapado en el sueño mortal de Chillido.

—Se fue dentro —explicó Alyssa—. Dentro de la mente de ella.

—¿Dentro? —Fenil observó a Neville y a Chillido con una rara expresión—. ¿Cómo es su interior?

—Es...

Neville frunció el entrecejo al recordar. La telaraña de recuerdos que Chillido tejía entre aquellas altas piedras negras. La Recolectora, llenando el cielo con su benévola presencia. La llegada de su hermano Clive. Y de aquella otra presencia. La que había realizado el sacrificio. Se suponía que era su hermano gemelo no nacido.

¿Podía tener lugar nunca algo semejante?

Neville describió brevemente su experiencia.

—He oído hablar de esos seres —confirmó Alyssa—. Esos espíritus que pierden su oportunidad de vivir al nacer son considerados sagrados a los ojos del Gran Viento.

—Parece tan... absurdo —opinó Neville.

Alyssa sonrió y le dedicó una mirada comprensiva.

—Muchos son los misterios del mundo, pero pocos son los hombres que pueden descifrarlos. Si los misterios fuesen tan fáciles de entender, apenas serían misterios, ¿no?

No era precisamente lo que Neville quería oír en aquellos momentos, pero se percató de que sería lo único que lograría sacarle. Hubiera querido que Alyssa le dijese que era imposible, que no podía haber un tercer hermano no nacido al que habrían llamado Esmond, que se sacrificaría por otros, como había hecho aquella entidad.

Concede que su ofrecimiento fue de gran coraje, dijo Chillido.

¿Puede usted leer las mentes al igual que lee los pensamientos que ellas proyectan?

A duras penas. Pero he aprendido a leer las expresiones del rostro de vuestro pueblo, Ser Neville. Y tu rostro es lo que llamarías un libro abierto.

Neville asintió. Se levantó y se limpió el polvo que se había posado en sus ropas y luego ayudó a Chillido a ponerse en pie.

Recuérdeme que no juegue a las cartas con usted, dijo Neville.

La arácnida vaciló al principio, pero poco a poco recobró su sentido del equilibrio. Contempló a los dos gigantes muertos, medio cubiertos de cascotes.

Les dimos su merecido, dijo Chillido.

Y lo que merecían lo tendrán para siempre, madame, repuso Neville.

Ella se giró hacia él y vio, no aquella familiar mirada sardónica que había esperado, sino la genuina sonrisa de un caballero inglés.

Con gusto le ofrecería mi brazo, añadió él, pero desconozco el protocolo adecuado entre los de su pueblo.

Tejemos una telaraña, explicó Chillido, que nos ata estrechamente.

Creo que me abstendré.

Con la ayuda de Fenil y de Alyssa, la pareja se reunió de nuevo con el resto del grupo. Los tuanos los esperaban al otro lado de la colina creada por el derrumbamiento de los gigantes gemelos.

—¿Seguimos, miseñora? —sugirió el capitán Yoors.

—Sí, adelante —respondió Alyssa.

Yoors asintió.

—En previsión envié a Thulen a explorar el terreno; a su regreso me informó de haber encontrado un paso hacia otra clase de túnel, evidentemente artificial y más de nuestro tamaño.

—¿Está lejos?

—Media hora, no más.

Alyssa dirigió una mirada a Neville y a Chillido.

—¿Necesitáis descansar o podemos proseguir?

—Prosigamos —opinó Neville—. Solo Dios y los Señores de la Mazmorra saben lo que puede pasarnos si nos quedamos en los colectores. Cuanto antes salgamos de aquí, más tranquilo me sentiré.

Echó un vistazo a Chillido.

Estoy cansada pero..., y ofreció lo que debía interpretarse como una sonrisa en sus facciones alienígenas, *yo también voto que prosigamos*.

Neville ya estaba familiarizado con el concepto de voto: la Cámara de los Lores funcionaba por medio de votaciones y la de los Comunes era elegida por votación popular restringida. La reforma electoral era uno de los grandes temas candentes de su época. Neville aún no se había decidido sobre los puntos más importantes del sistema, pero mientras que, en general, lo consideraba adecuado para el Parlamento, no estaba seguro de que fuese el método más acertado para tomar las decisiones de una unidad seudomilitar como la presente.

Todo aquel asunto de votar y de que todo el mundo pudiera expresar su opinión más que seguir a un único jefe se debía a la influencia de Annabelle, pensó Neville. Admitía que el método era básicamente justo, pero seguía pensando que el procedimiento más conveniente (en términos prácticos) era que un hombre solo tomara las decisiones. De otra forma, el grupo podía pasarse la mayor parte del tiempo discutiendo y así frenar el avance hacia el objetivo común.

Por otra parte, los Señores de la Mazmorra eran un perfecto ejemplo del extremo opuesto a la idea de voto, así que también había algo que decir acerca de lo práctico de la democracia incluso en un grupo tan reducido.

Montaron de nuevo y emprendieron la cabalgata con Thulen a la cabeza para indicarles el camino. La compañía mantuvo los silvers a paso lento, para adecuarse al andar más pausado de Chillido, con lo cual tardaron casi unos cuarenta y cinco minutos en llegar al nuevo túnel que Thulen había descubierto.

—¡Es un conducto de ventilación! —exclamó Neville al verlo.

Una sección de pared del sistema de desagüe que se había desmoronado dejaba al descubierto la junta entre dos planchas de metal de lo que, en efecto, tenía que ser un conducto de ventilación. Alguna bestia había atacado la junta y la había abierto lo suficiente para permitir el paso a seres de su diminuta talla.

—La ciudad de abajo —dijo Alyssa al comprender de súbito.

Neville asintió.

—Tenía que disponer de ventilación. Esto nos va a conducir directamente a ella.

No hubo necesidad de discutir lo que tenía que hacerse entonces. Uno a uno se deslizaron por la rendija hacia los angostos confines del conducto de ventilación. El piso del conducto estaba inclinado en una suave pendiente. Y como la ciudad que buscaban se hallaba hacia abajo, tomaron el camino de descenso.



Clive salió del espejo con la misma sensación de desconcierto que Neville y Chillido tuvieron al emerger del sueño mortal de la arácnida. Habría caído de bruces de no ser por Chary, que lo sostuvo por el brazo y le ayudó a mantener el equilibrio. Él la miró durante un momento. Había algo raro en ella, algo distinto que no lograba dilucidar.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Chary.

Clive inició un movimiento negativo con la cabeza, pero entonces lo comprendió.

—Ha crecido usted —dijo—. Ahora tiene el mismo tamaño que yo.

La mujer técnico le respondió con una sonrisa.

—Más bien eres tú quien ha disminuido hasta llegar a nuestro tamaño.

Clive miró alrededor de la sala. Era cierto. De pronto todo volvía a estar en proporción. Era una sensación vertiginosa contemplarlo todo, en especial con sus recientísimas experiencias en mente.

—Es muy curioso —dijo al final—. He estado fuera mucho rato, pero aquí el tiempo no parecer haber transcurrido.

Parecía que nadie había cambiado de posición mientras él había estado al otro lado del espejo.

—¿Mucho rato? —repitió interrogativa Chary—. El proceso solo ha durado —y observó un dial que tenía cerca— cinco segundos y trescientas sesenta y ocho milésimas.

—¿Solo?

La sensación de desconcierto de Clive se agravó.

—¿Qué ocurre? —se interesó la Oradora Lena, con expresión de preocupación evidente.

—Nada. Yo solo...

Dejó interrumpida la frase. Para él, mientras estaba dentro del espejo, el tiempo había transcurrido a una velocidad diferente de como había pasado para los que se habían quedado fuera. Su cabeza estaba agitada y turbada por lo que acababa de experimentar: conocer a su hermano nonato, salvar a Chillido y a Neville, descubrir la verdad acerca de sus recuerdos perdidos...

Le costó un gran esfuerzo dejar de lado la rabia que le sacudía las entrañas cuando recordó lo que le habían hecho los Señores de la Mazmorra... Entrar en su mente para recomponerle los recuerdos... parecía lo peor que un hombre podía hacerle a

otro. Porque, ¿qué era un hombre, sino la suma total de lo que había sido? Si se toma algo de él, será mucho menos de la persona total que era.

A su alrededor, los ren y Chang seguían observándolo con variadas expresiones de ansia y curiosidad. «No les digas nada», pensó. Al menos de momento, debía guardarse para sí lo que le había ocurrido. Conocimiento es poder, incluso cuando el poseedor de dicho conocimiento no supiera cómo usarlo en provecho propio.

Dejó que Chary lo condujese a un asiento, y, agradecido, se dejó caer en él. Observó que Guafe entraba en el espejo y reaparecía segundos después, con su tamaño natural también recobrado. Por su aspecto, el ciborg no había sufrido ningún tipo de experiencias turbadoras.

—¿Qué le ha parecido el experimento? —le preguntó Clive.

Guafe se encogió de hombros.

—Pasó tan deprisa que apenas tuve tiempo de registrarlo.

«Me estoy volviendo loco», pensó Clive. «En mi mente, ha sido como si me hubiera ido al menos una hora».

Le vino a la memoria una vez que había hablado con un hombre que se había desmayado a causa del calor; éste le había contado después que el estado en que había quedado sumido le había parecido como permanecer atrapado en un sueño larguísimo; sin embargo, las personas que lo habían despertado le aseguraban que solo había estado inconsciente unos minutos.

Quizás aquello fuera similar.

Todo un sueño.

Cuando pensaba en su experiencia con la voz que había oído en el laberinto de seto (la misma voz que afirmaba ser su hermano no nacido Esmond), aquello parecía la explicación más lógica.

Pero cuando consideraba la conclusión a la que había llegado acerca de cómo los Señores de la Mazmorra habían jugado con su mente y luego habían manipulado sus recuerdos para hacerle olvidar el incidente...

Quizá le habían manipulado el cerebro de nuevo. Parecía que los Señores de la Mazmorra estaban divididos entre sí. ¿Cabría la posibilidad de que ahora un bando lo utilizase contra el otro por medio de una nueva hornada de recuerdos falsos u olvidados?

¿Locura o sueño? Ambas cosas eran demasiado posibles. Pero lo que había experimentado parecía tan real... Y Chillido y Neville...

Cuando por fin los volviera a encontrar, les preguntaría si habían visitado aquel lugar en que él los había visto, con el cielo anaranjado y un enorme rostro oscuro en el centro. Hasta entonces se lo guardaría para sí.

—Bien, Clive —dijo la Oradora Lena—. Hemos realizado nuestra parte del trato y te hemos ayudado. ¿Nos devolverás el favor?

Clive movió la cabeza a un lado y a otro.

—No tan deprisa. Aún hay que encontrar el rastro del resto de mi compañía.

—Eso nos podría llevar mucho tiempo. Créeme, si están en peligro, es que ese peligro proviene de los chaffri. Cada momento que pierdes puede llevarlos a un peligro mayor. Ayúdanos y te podremos ayudar.

Clive permaneció firme en su postura.

La Oradora Lena insistió de nuevo, pero cuando al final vio que Clive no cambiaría de opinión, soltó un suspiro.

—Muy bien —acabó. Se volvió hacia Chary y ordenó—: Haz lo que puedas para hallar a sus compañeros; estaremos en la BAD.

—¿Qué es eso? —preguntó Clive.

—La Biblioteca de Almacenamiento de Datos. Quiero enseñaros algo.

El grupo, con ella a la cabeza, salió del laboratorio. Enseguida que estuvieron en el pasillo, Guafe apoyó con disimulo una mano en el hombro de Clive.

Haces bien en recelar de ellos, le comunicó el ciborg por medio de la red neuronal que compartían. No creo que nos estén diciendo toda la verdad.

Creí que estaba usted de su lado, replicó Clive.

Imposible. Pero, simplemente, me resulta más fácil acceder a la información que necesito congraciándome con mis anfitriones.

¿De qué se ha enterado, pues?

Me he enterado de que hay una guerra entre nuestros anfitriones y los chaffri y de que en la Mazmorra hay un tercer bando en discordia. Pero creo que los motivos que tienen los ren para buscar tu ayuda no son tan altruistas como pretenden hacernos creer. Para utilizar una analogía que te será fácil de comprender, en esta Mazmorra todos somos piezas de ajedrez, pero mientras que la mayoría de nosotros hacemos de peones, hay algunos, como tú mismo, que son piezas de más valor.

Ah, así que ahora soy un rey, ¿no?

Guafe le envió una negación mental.

Un rey no, pero, quizá, sí un caballo o un alfil.

¿Y qué sugiere que hagamos?

Esperar. Observar y enterarnos de todo lo que podamos. Pero aprovechar la primera oportunidad que se presente para irnos otra vez por nuestra cuenta. Los dedos del ciborg dieron un ligero apretón al hombro de Clive. Presta atención a esto, Clive Folliot. La primera ocasión que se presente de que uno de los dos escape... debemos aprovecharla. Yo la aprovecharé.

¿Y qué pasará con el otro?

Esperemos poder huir juntos, pero si surge una posibilidad en la que solo pueda escapar yo por mi cuenta, créeme, no la dejaré pasar.

Pero antes de que Clive pudiera responder a eso, Guafe le sacó la mano del hombro rompiendo el contacto telepático. La Oradora Lena se volvió para mirarlos.

—Estáis terriblemente callados —les dijo.

—Tenemos mucho en que pensar —contestó Guafe.

«Mucho, en efecto», pensó Clive. Como, por ejemplo, en la analogía del ajedrez

que le había comentado Guafe. Recordó de nuevo aquel tablero de ajedrez que había visto en el nivel anterior, el que tenía dos piezas en el lado opuesto al del resto de la compañía.

El ciborg y Sidi Bombay.

¿De qué lado estaban, en realidad? Y si Guafe se hallaba en el lado opuesto a él y a los demás de la compañía, entonces ¿qué demostraba su última conversación? ¿Un momento de debilidad del enemigo? ¿O era simplemente una advertencia sincera por lo que se refería a los propios objetivos de Chang?

¡Dios, Dios y Dios, en aquel lugar uno llegaba a dudar de todo y de todos los que le habían inspirado confianza!

Tan pronto como Annabelle inició su movimiento de aproximación a los zeros, un grave gruñido electrónico salió de los altavoces sujetos a sus mentones.

—¿Te has fijado? Están intentando decirme algo —comentó Annabelle a Casady.

Con los labios secos y el corazón palpitando violentamente en su pecho, Annabelle conectó su Baalbec y prosiguió su aproximación. Y después de dar un par de pasos más, la primera de las criaturas se precipitó de súbito contra ella. Annabelle no dudó.

«Annie, no estás operando a plena potencia», dijo para sus adentros mientras se preparaba para recibir el ataque de la criatura.

La fuerza del ímpetu del zero le hizo perder el equilibrio, pero antes de que el Baalbec pudiera pegar su sacudida y despedir a la criatura, Annabelle la envolvió con los brazos. La energía del campo eléctrico del Baalbec, que en aquellos momento rodeaba a la criatura, produjo su terrible presión. Y durante un inacabable instante, el cuadro plástico continuó: cargas eléctricas ionizando el aire de su contorno, corrientes blanquiazules relampagueando por doquier del cuerpo metálico de la criatura. Y finalmente el zero estalló.

Protegida por el Baalbec, Annabelle quedó inerte ante la lluvia de metralla de metal y de plástico. La violencia de la descarga, sin embargo, la echó de espaldas al suelo y le produjo un agudo zumbido en los oídos; pero pronto se recobró y se puso en pie.

Los dos zeros restantes habían iniciado su acercamiento. Pero se detuvieron al darse cuenta, extrañados, de que Annabelle avanzaba hacia ellos. El líquido que rodeaba sus cerebros flotantes hervía agitado, produciendo una densa espuma en el caparazón protector. Sus ojos electrónicos parpadeaban enloquecidos. Y, al ver que ella no paraba su avance hacia ellos, empezaron a retroceder.

Un momento después dieron media vuelta y desaparecieron.

—Si no lo veo con mis propios ojos —dijo Casady con lentitud— no lo creo.

Annabelle apagó el Baalbec y se encogió de hombros. Pero el pulso le latía a un ritmo vertiginoso. Y sentía como si el corazón, con sus grandes saltos, quisiera salirse por la boca.

—¿Estás bien? —añadió Casady.

—Sí. Yo...

Para empezar, ni se le iba a ocurrir decirle a nadie que había llevado a cabo su plan sin estar totalmente segura de que funcionaría. Ofreció una breve sonrisa a

Casady y contempló su obra destructiva. La criatura yacía despedazada en el suelo, y la adrenalina que corría por el cuerpo de Annabelle se trocó por una náusea atorbellinada que se asentó en la boca de su estómago.

Había que hacer un gran esfuerzo para no pensar en el cerebro humano encerrado en la intrincada cibernética de la masa de plástico y metal que había constituido el cuerpo del zero. Si cerraba los ojos, podía ver de nuevo como estallaba...

—Me siento un poco... mareada, eso es todo.

—Bien, prosigamos el camino, pues —dijo Casady mientras el resto de la banda salía del túnel situado tras ellos—. Si perdemos un minuto más aquí, los chaffris van a caer sobre nosotros como lluvia del cielo.

Annabelle asintió.

—Buena jugada, la del zero —añadió Casady—, pero no te confíes mucho. Lo que acabas de matar no es sino el modelo de menor tamaño de todos los zeros que andan sueltos por ahí abajo.

Echó un vistazo a los demás y luego los condujo rápidamente, a través de aquella nave, hacia donde empezaba el túnel que se dirigía a la parte chaffri del metro de la ciudad. Este era más ancho que el que acababan de dejar. El piso y los muros, por lo que las linternas iluminaban de ellos, parecían hallarse en mejor estado.

«La ciudad se encuentra a diez minutos», pensaba Annabelle mientras se apresuraba por aquel nuevo pasadizo. Pero tenía la impresión de que hacía al menos una hora que habían dejado la enorme bóveda atrás.

—¿Cuánto falta? —preguntó a Casady.

—Ya casi estamos.

Y al volver la vista hacia adelante, Annabelle pudo distinguir un recuadro de luz frente a ellos.

—Silencio ahora —agregó Casady—. Esto nos conduce a un callejón trasero en una zona abandonada de la ciudad.

—¿Cómo es eso?

—Tanto los ren como los chaffri están experimentando bajas tasas de natalidad. Cada año que pasa acaban abandonando más y más del espacio donde viven y trabajan.

—Pero...

—Luego —acalló Casady.

A medida que se iban acercando al recuadro de luz iban disminuyendo la velocidad de la marcha. Por fin pudieron ver el exterior del túnel: una pequeña plaza rodeada de edificios que una vez habían sido blancos, pero que ahora eran de un color gris sucio. Casady se detuvo en la boca del túnel y escrutó el exterior con gran cautela. Los demás aguardaron impacientes.

—Correcto —dijo por fin—. Parece que hay vía libre. ¿Veis aquel callejón al otro lado de la plaza, hacia la derecha?

Annabelle asintió.

—Dirigíos a él y tomad la segunda puerta, según vais, a la derecha. Vamos a decidir el resto de vuestra ruta una vez que llegemos allí. Ahí fuera somos un blanco perfecto para la primera patrulla de zeros que pase.

Sin esperar a que manifestaran su acuerdo o desacuerdo, Casady dejó la boca del túnel y emprendió una rápida carrera. Los demás dudaron solo un instante y lo siguieron. Se hallaban ya en mitad de la plaza cuando de todas las calles que daban a ella surgieron zeros y más zeros.

«Oh, mierda», pensó Annabelle.

La advertencia de Casady había sido demasiado exacta. Y aquellos zeros eran cinco veces mayores que los que se habían encontrado en el túnel. Los cerebros que flotaban en los alojamientos de plástico que figuraban sus cabezas eran del mismo tamaño, pero todo lo demás estaba aumentado de medida. Las nuevas criaturas iban erizadas de protuberancias que, con toda seguridad, eran armas de un tipo u otro.

«Es imposible que mi táctica funcione con los de esa talla», comprendió Annabelle.

Casady se había detenido en seco. Al tiempo que el resto del grupo se iba reuniendo con él, iban formando un pequeño círculo defensivo, con las espaldas hacia el interior y haciendo frente al exterior. Los zeros se les acercaban rodeándolos, cortando eficazmente toda posible retirada en cualquier dirección.

—Me parece que nos equivocamos de camino —opinó Casady en voz baja.

—No lo creo —contradijo Annabelle—. Di más bien que llegamos al final del camino.

Para Annabelle, lo más raro del caso era que se sentía completamente tranquila. Quizá se debía a que nunca había creído de veras que salieran de aquel lugar, que nunca había creído que tendrían ocasión de enfrentarse a los Señores de la Mazmorra, que nunca conseguirían desafiarlos en sus propias guaridas, por decirlo así.

Conectó el Baalbec.

—Bien a la mierda con todo —dijo—. Caeré luchando.



El conducto de ventilación llevó a Neville y a su partida por una suave pendiente hacia abajo durante largos kilómetros, o al menos durante lo que a ellos les pareció largos kilómetros.

Era otra de las ventajas de su estatura, pensó Neville mientras cabalgaba tras Alyssa. Si su grupo hubiese sido de la misma estatura que los que se servían de la ventilación, se habrían visto obligados a dejar atrás las monturas y a arrastrarse a lo largo del conducto.

Hicieron una serie de paradas, durante las cuales uno u otro de los tuanos se

destacaba para explorar el terreno mientras el resto descansaba. Chillido aprovechaba bien cada uno de esos interludios, beneficiándose de todos los momentos de respiro de que podía antes de reemprender la marcha.

Neville desmontaba del silver de Alyssa a cada alto y se iba a sentar junto a la arácnida, ofreciéndole el consuelo de su apoyo moral. Durante su último descanso, se reunió con Chillido una vez más, sentándose en cuclillas frente a ella.

—¿Cómo va eso? —le preguntó.

Una sensación de suave diversión pasó como una chispa de la mente de ella a la de Neville, produciéndole cosquillas en las circunvalaciones del cerebro.

—No acabo de salir del huevo, Ser Neville —contestó ella—, por más que insistas en tratarme como si así fuera.

—Estoy preocupado.

—Lo sé. Me encuentro ya mejor. Ya no soy tanto de este mundo.

Neville sabía exactamente a lo que se refería. Aunque él no había experimentado los acontecimientos con la misma intensidad que ella (después de todo, formaba parte de la idiosincrasia racial de ella y no de la de él), podía comprender sus sentimientos. Como el protagonista del famoso poema de Milton, ahora sabía lo que era perder el Paraíso.

Los recuerdos que Neville guardaba en el rincón posterior de su mente, surgían en mitad del pensamiento más mundano para hacerle memoria de lo que había perdido. Sosiego esfumado. Paz perdida. Consuelo desperdiciado. ¿Y todo para qué? Para luchar en aquella condenada Mazmorra.

Hacía que uno reconsiderase si estaba bien de la cabeza: eso era lo que Neville no podía evitar pensar.

—Lo que temo más —dijo Chillido—, es haber pasado por todo lo que hemos pasado sin llegar a conocer los motivos. Sin llegar a entender nunca por qué nos eligieron los Señores de la Mazmorra, qué querían de nosotros, qué significa toda esta locura...

Miró a Neville y a Alyssa, que estaba sentada junto a él.

—¿Entiendes mis temores? —añadió.

Neville asintió.

—Demasiado bien.

Chillido continuó escrutándolo durante un rato.

—Has cambiado, Ser Neville —dijo al fin—. Y este cambio no se debe solo a tu encuentro con la Recolectora.

—Todo el mundo cambia —contestó Neville encogiéndose de hombros.

Y pudo percibir la sonrisa de ella en su mente.

—Sí. Pero no todos cambian para mejor.

Permanecieron sentados en silencio durante unos momentos. El único sonido era el sordo murmullo de los tuanos mientras hablaban entre sí y el alegre cascabeleo de los arreos de los silvers cuando los animales se cambiaban de posición. La oscilante

luz de las antorchas producía sombras movedizas. El aire en el interior del conducto era básicamente fresco, mucho más de lo que lo había sido en los conductos de desagüe, aunque tenía cierto ligero olor a algún producto químico.

—Para los de mi nación —explicó Alyssa— lo importante es el viaje en sí, no el destino. Cuando uno va en busca de conocimiento, la búsqueda es lo esencial, no la solución final, que constituía el objetivo. Demasiado a menudo esta solución demuestra ser mucho menos interesante que lo que se ha aprendido durante el camino recorrido para llegar a ella.

—Poco nos consuela en la presente situación —dijo Neville.

Pero Chillido movió repetidas veces la cabeza en un lento gesto afirmativo.

—Comprendo lo que quieres decir, Ser Alyssa —dijo—. En mi país tenemos una filosofía semejante.

—Creo que es un concepto que han destacado los filósofos de todas las culturas —intervino Neville—. Pero de nuestra aventura no quiero eso. Quiero respuestas. Quiero satisfacciones de los que nos han tratado como si no fuéramos más que piezas de un juego que ellos pueden mover a placer por su tablero de juego. Y, de un modo u otro, voy a obtener lo que quiero.

—Osadas palabras.

Neville levantó la cabeza y vio al capitán Yoors, que se hallaba en pie junto a ellos.

—Hablo en serio —dijo Neville a Yoors.

—No lo dudo.

Neville observó el rostro grave del tuano. Yoors le aguantó la mirada. Era un tipo indoblegable, no cedería ni un centímetro.

—¿Has decidido aceptarnos al fin? —preguntó Neville.

Yoors se encogió de hombros.

—Aún no estoy dispuesto a contaros entre mis amigos, aunque ahora sé que no estáis alineados con nuestros enemigos.

«Un hombre duro», pensó Neville. Pero todos necesitaban ser duros si querían sobrevivir en aquel lugar, tanto hombres como mujeres.

—Pero cuando encontremos a esos Señores de la Mazmorra —añadió Yoors—, tendrás que aguardar turno para vértelas con ellos, puesto que primero tienen una cuenta que saldar conmigo.

—Tienen muchas cuentas que saldar —confirmó Neville.

Yoors solo asintió; luego volvió a su montura y empezó a ajustar los arreos.

—Deberíamos proseguir la marcha pronto —dijo Alyssa.

Chillido se puso en pie cansadamente.

—Mi cuerpo anhela el nido, pero aún tengo fuerzas para continuar.

Neville se puso en pie y se acercó a ella. «De las dificultades compartidas resultan raras amistades», pensó. Neville se sentía aquí más próximo a una criatura que, en Inglaterra, hubiera tratado más probablemente de aplastar con un pisotón que no de hablarle. En cambio, aquí la consideraba como una amiga y prestaba poca atención a

su singular aspecto.

Por lo que se refería a Alyssa (cuyo aspecto sí que no dejaba nada que desear), ya desde el ataque de los perros gigantes, había cambiado su comportamiento coqueto por la responsabilidad de ser la líder de su compañía. Con sorpresa por parte de Neville, éste se sintió más atraído por ella bajo este nuevo modo de hacer. Antes nunca había reflexionado acerca de ello, pero era de una lógica aplastante que un hombre prefiriera a una mujer que estuviera a su lado antes que a una que se sometiese a ciegas a sus deseos.

«Has cambiado», le había dicho antes Chillido.

Neville asintió para sí. Había cambiado, sí, en efecto. Mucho más incluso de lo que Chillido pudiera advertir.

—Pareces pensativo, Neville —le dijo Alyssa cuando él se acercaba a su silver—. ¿Estás preocupado por algo?

—No más que lo estamos todos —respondió.

Neville la ayudó a montar. El tuano que había salido a explorar regresó con las únicas noticias de que el conducto proseguía su suave pendiente hasta donde la vista le alcanzaba.

—¿A qué profundidad se halla la ciudad? —preguntó Neville.

No recibió respuesta de ninguno de los tuanos hasta que Fenil habló.

—Nadie lo sabe —dijo.

Neville asintió.

—Entonces es simple: tendremos que descubrirlo por nosotros mismos, ¿no cree?

Fenil le respondió con una rápida sonrisa.

Neville montó tras Alyssa. Ésta dio la orden de «En marcha» y la compañía se puso a cabalgar una vez más.

Avanzaban en silencio. Alyssa y Neville iban en la delantera, con Chillido a su lado. Los restantes seguían en fila india. El único sonido que los acompañaba era el del cascabeleo de los arreos y el suave arañar de las garras de los silvers en el suelo metálico del conducto. Las antorchas vertían sombras movedizas hacia adelante.

A Neville no le preocupaba que fuesen a paso lento. Al punto a que había llegado, no le importaba cuánto tardaría en llegar hasta los Señores de la Mazmorra... mientras llegara a ellos.

Tocó la empuñadura de su sable.

«Tendrá usted que apresurarse, Yoors», pensó, «si tiene intención de saldar su deuda antes de que yo salde la mía».



La Biblioteca de Almacenamiento de Datos era una biblioteca que no se parecía a

ninguna de las que Clive había visto en su propio mundo. No había butacas ni lámparas, ni alfombra en el suelo, ni cuadros ni esculturas. Por Dios todopoderoso, no había estanterías...; ¡no había libros!

Era una sala larga y rectangular, alumbrada desde el techo por paneles de luces chillonas; las paredes estaban recubiertas de hileras de armarios con cajones. El centro de la nave lo ocupaban mesas con ordenadores, máquinas que Clive ya conocía de haberlas visto en la ciudad de Dramara.

Pero ¿dónde estaban los libros?

—Los datos están almacenados digitalmente en CC (cubos compactos) —explicó la Oradora Lena ante las preguntas de Clive.

Se acercó al armario más próximo y abrió un cajón, repleto de pequeños cubos translúcidos.

—Cada uno de esos cubos —prosiguió, tomando uno al azar— contiene tanta información como cien libros.

Clive evitó manifestar en sus facciones el asombro de que era presa. ¿Cien libros en un cubo? Inició un rápido cálculo: el número de cubos del cajón, multiplicado por el número de cajones de cada armario, multiplicado por los armarios... y abandonó antes de obtener siquiera el resultado de la cantidad de libros que podía contener un cajón.

—Dijo usted que nos enseñaría algo —le recordó entonces Clive.

La Oradora Lena devolvió el cubo a su sitio, se dirigió a otro punto de la sala y abrió otro cajón. Sacó un nuevo cubo, se sentó frente a uno de los ordenadores e hizo señal a Clive y a Guafe para que se le acercaran.

—Historia —dijo al introducir el cubo.

Les indicó que tomaran las sillas que la flanqueaban y se sentaran. Una vez aposentados, tiró de un cable que salía del cuerpo principal del ordenador y lo conectó al enchufe del brazaleté metálico que llevaba en la muñeca. Puso la mano plana en la mesa, delante del monitor, y movió los dedos en una rápida y compleja digitación. La pantalla cobró vida.

—He aquí la Mazmorra —les dijo.

Clive miraba atónito, sin comprender, la imagen del monitor que mostraba la inmensidad del espacio, con constelaciones que salpicaban la oscuridad formando figuras desconocidas, salvo por la ya demasiado familiar espiral de estrellas que Clive recordaba de su llegada a la Mazmorra. En primer plano se veía como una gran roca, suspendida en el centro de la pantalla.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué está tratando de contarnos?

Guafe le explicó lo que significaba la imagen y luego se volvió hacia la Oradora.

—¿Está intentando decirnos que la Mazmorra es un asteroide que gira alrededor de un planeta desconocido? —preguntó.

—Desconocido, no. —De nuevo tamborileó con los dedos en la mesa, y el paisaje cambió: el asteroide dejó paso al planeta que había detrás—. Esto era Aralt, el planeta

natal de mi raza y de los chaffri. Descubrimos la Mazmorra en nuestro primer vuelo tripulado más allá de la atmósfera de Aralt. Todos nuestros posteriores avances técnicos son consecuencia de lo que encontramos en ella.

—Has dicho «era» —comentó el ciborg, convirtiendo su afirmación en una pregunta.

La Oradora Lena asintió.

—Aralt quedó destruido en una de las guerras contra los chaffri. Hemos luchado por las galaxias, sembrando la destrucción por todas partes en donde las fuerzas de ambos entraban en choque.

Su voz no delató ni el más leve pesar; no hizo sino una simple constatación de los hechos.

Guafe asintió con lentos movimientos.

—Y entonces, ¿por qué razón la Mazmorra continúa intacta?

—Por fortuna una parte de la misma Mazmorra siempre ha mediado entre ambos. Pero ahora... —Dejó de mirar a la pantalla para mirar a Clive—. Nuestros espías se han enterado de que los chaffri han logrado descifrar la cerradura codificada del arsenal de los gannine. Una vez que tengan sus armas en funcionamiento, arremeterán contra nosotros y luego cruzarán las Puertas para lanzarse a la conquista de otros mundos y otros tiempos.

—¿Los gannine? —interrumpió Clive.

—La raza original que creó la Mazmorra.

—Pero ¿qué es exactamente la Mazmorra? —preguntó Guafe.

—Lo más que podemos llegar a decir es que se trata de alguna especie de estación espacial, un laboratorio gigante que los gannine utilizaban para investigar las distintas razas con que se topaban en sus viajes espaciales.

—¿Y los gannine? —insistió Clive—. ¿Qué ha ocurrido con ellos?

La Oradora Lena se encogió, de hombros.

—Nadie lo sabe. Se hallaban ya ausentes cuando nuestros antepasados se apoderaron de la Mazmorra, pero las últimas noticias indican que podrían estar de vuelta para reclamar lo que es suyo.

—Para empezar, es curioso que abandonaran su obra —se extrañó Guafe.

—Siempre tuvimos la impresión de que se fueron para realizar otras empresas —repuso la Oradora Lena—. Los chaffri sostenían la teoría de que estaban durmiendo, ocultos en algún rincón de la inmensidad del espacio, y que se volverían a despertar. Y al parecer, tenían razón.

De nuevo se volvió hacia Clive:

—Así pues, he ahí nuestro problema. Si los chaffri logran utilizar la tecnología bélica de los gannine, estamos todos en el mismo peligro. Y si se trata de que los gannine regresan, el peligro se multiplica por cien.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver todo esto conmigo —insistió Clive—. Si ni siquiera entiendo la mitad de lo que pasa en este lugar, ¿cómo podría ser yo de

alguna importancia?

—Tú... —La Oradora ren dudó—. Eres un líder nato. Puedes consolidar nuestras fuerzas, planificar nuestro ataque...

Guafe se inclinó hacia adelante, como si estudiara la pantalla con más atención. Con este gesto disimuló el movimiento de su mano, que, a espaldas de la Oradora, subió hasta el hombro de Clive y se posó en él.

Miente, le comunicó por la red neuronal.

¿Acerca de qué? Todo parece tan absurdo...

Es probable que acerca de todo, salvo acerca de que los chaffri son una amenaza, de que hay un tercer bando además de las razas ren y chaffri y del hecho de que ella te necesita. La cuestión es: ¿por qué te necesita?

¿Recuerda la teoría de Annabelle?, aventuró Clive. Puede que tenga algo que ver con mi sangre Folliot.

Sí, pero ¿qué?

Guafe dejó caer su mano. En voz alta preguntó a la Oradora:

—¿Nunca habéis salido en busca de los gannine?

—Oh, sí. Conocer a los gannine siempre ha formado parte esencial de nuestras investigaciones, y de las de los chaffri también. Con el paso de los años hemos llegado a la conclusión de que, sean cuales fueren las razones que les impulsaron a irse, simplemente partieron de la Mazmorra y se dedicaron a otros asuntos. Abandonada a su suerte, y a sus propios mecanismos, la Mazmorra evolucionó por cuenta propia, y en su interior se formaron y se modificaron muchas facciones a lo largo del tiempo. Cuando llegamos, tomamos el control de lo que pudimos, y la Mazmorra quedó aproximadamente repartida a partes iguales entre los chaffri y nosotros.

—Y —agregó Guafe—, ¿podemos suponer, por nuestra presencia aquí, que tanto vosotros como los chaffri habéis proseguido la obra de los gannine?

—¿Qué quieres decir?

—¿No estamos aquí para ser estudiados también?

—Oh, no. Ambas razas buscamos seres que saboteen los planes de la otra. Tenemos que hacerlo. La Mazmorra no nos permite una conflagración directa, así que tenemos que servirnos de intermediarios.

«No era sino un juego», concluyó Clive.

Apretó los puños con fuerza a sus costados, pero se tragó las palabras. Respiró hondamente para aplacar su cólera y estiró y subió el brazo tras la espalda de la Oradora para ir a tocar el hombro de Guafe.

Tenemos que seguirle el juego, dijo.

Ya no creo que sea una buena táctica, contestó Guafe. Mejor será que nos pongamos a pensar en cómo huir, y rápidamente.

De acuerdo. Pero hasta que se presente una oportunidad, tenemos que fingir que queremos ayudar.

Y, al volverse la Oradora Lena hacia él, dejó caer de inmediato la mano del

hombro del ciborg.

—Ahora comprendo su problema —le dijo Clive—, que también es nuestro problema. Haré todo lo que esté en mis manos por ayudarlos.

La Oradora sonrió radiante.

—Sabía que podría contar contigo. Yo misma les dije a los demás que no te quedaría más remedio que ayudarnos, una vez que supieses la verdad.

«La verdad, todavía tengo que saberla», pensó Clive, pero dudaba de que pudiera encontrarla en alguna parte de la ciudad de los ren.

—¿Puedes hacer aparecer en pantalla un mapa de este nivel? —pidió Guafe—. Me siento algo desorientado respecto a nuestra posición exacta dentro de la Mazmorra.

La Oradora Lena asintió. Repiqueteó con los dedos en la superficie de la mesa y en la pantalla aparecieron una serie de mapas. Clive y Guafe vieron los niveles que iban pasando: todos aquellos kilómetros, que habían recorrido a pie y con grandes penalidades, y todos aquellos sitios de peligro fueron exhibidos solo en momentos, cuando ellos habían tardado meses en atravesarlos. Finalmente, la pantalla se detuvo en un mapa del octavo nivel.

—Aquí es donde os encontró Cavet y su guardia —dijo la Oradora Lena, señalando un punto intermitente en el mapa de la pantalla. Con los dedos hizo otro rápido movimiento en la mesa—. Y esto es la ciudad que compartimos con los chaffri. La línea de demarcación entre nuestras zonas se halla aquí.

Clive y Guafe se inclinaron hacia adelante. Vieron el punto intermitente que indicaba la posición de la Biblioteca de Almacenamiento de Datos y se percataron de su proximidad con la Puerta al noveno nivel. La mayor parte de la ciudad ren se encontraba entre los dos puntos intermitentes.

—¿Por qué utilizáis una Puerta como ésta —preguntó Guafe—, cuando tenéis un mecanismo de teleportación en vuestro laboratorio?

—El mecanismo es algo que hicimos para nosotros; la Mazmorra tiene sus propias Puertas, una de las cuales es la que veis aquí. Nosotros no podemos abrirlas o cerrarlas; simplemente existen.

—¿Tienen los chaffri semejantes aparatos de teleportación?

—Por desgracia, sí. ¿Por qué lo preguntas?

Tanto Clive como Guafe captaron el súbito recelo en su voz. Clive se volvió hacia su compañero.

«¡Bien!», pensó. «Hay que inventarse algo y lo más rápidamente posible».

—Si fuereis los únicos en posesión de tales aparatos, os encontraríais en una situación de superioridad respecto a los chaffri. Y hay que buscar todas las cosas que puedan proporcionarla, ¿cierto?

La Oradora Lena se relajó.

—Exacto. Y con la ayuda de Clive seremos capaces de ganar.

—¿Qué es lo que quieren que haga yo? —insistió Clive de nuevo.

—Te lo diré cuando nos reunamos con los demás oradores. ¿Habéis visto ya lo

suficiente aquí?

«Más que suficiente», pensó Clive.

—Por ahora sí —contestó Guafe—. Es muy probable que tengamos que volver en busca de más datos, una vez que hayamos hablado con los otros miembros de tu consejo. —Se levantó de la silla y dijo—: ¿Nos vamos?

Mientras la Oradora Lena desenchufaba el cable del ordenador de su pulsera y devolvía el cubo a su cajón, Guafe se acercó a Clive de tal modo que sus hombros se frotaran.

Entretenía, si puedes, le dijo.

¿Tiene usted un plan?

Sí. Yo...

Pero interrumpió la conexión al volverse la Oradora Lena, y se separó de Clive. Dejó que éste y la Oradora pasaran delante y siguió tras ellos.

—¿Cree que sus científicos lograrán encontrar alguna pista del resto de nuestro grupo? —preguntó Clive a la Oradora, tanto por su sincera preocupación por Annabelle, Smythe y los demás como por mantener ocupada a la ren.

—Nos informaremos después de que haya tenido lugar nuestro consejo —respondió ella.

Clive formuló de inmediato otra pregunta, sin dejar de interrogarse acerca de lo que Guafe podía tener en mente. Y, al llegar a la puerta que daba al Núcleo, lo descubrió; al mismo tiempo, la Oradora también lo descubría.

Puesto que, al volver la vista atrás, advirtieron que el ciborg ya no los seguía.

«Los mapas», comprendió Clive. Guafe había memorizado los mapas, se había informado de lo necesario acerca de la disposición de la ciudad y había emprendido la fuga.

Maravilloso. Allí se quedaba él, solo entre sus enemigos, mientras Guafe corría hacia la libertad.

La imagen del tablero de ajedrez surgió en su mente: las piezas que se parecían a Sidi Bombay y a Chang Guafe estaban en el color opuesto.

Había sido un aviso.

Y ahora... Chang se había ido y los ren pensarían que él había desempeñado un papel en su fuga, a menos que lograra demostrar que no había tenido parte ni beneficio en el plan.

—¿Dónde diablos...? —empezó él.

La Oradora Lena lo miró con frialdad.

—Sí, ¿dónde? —replicó.

Levantó el puño, apretó una pequeña muesca del brazalete y habló por él apresuradamente. Clive no pudo comprender ni una palabra de lo que dijo, pero uno tendría que haber estado ciego para no ver la furia de su mirada y sordo para no oír la tensión de su voz.

De algún modo, Clive no pensaba que ella creyera en su inocencia.

Annabelle se dispuso a cargar contra los zeros.

Quizás eran cinco veces mayores que el cachorro que había destruido en la sala y quizá le saldría el tiro por la culata si utilizaba el mismo truco con aquellos ejemplares, pero maldita fuera si permitía que se la llevaran dócilmente.

Estaba harta de cárceles.

Estaba harta de que jugaran con ella.

Harta de luchar por su vida la mitad del tiempo.

Ya estaba hasta las narices, muchísimas gracias, de aquella condenada Mazmorra.

—No lo hagas —le dijo Casady al ver que ella daba un paso adelante.

—A la porra contigo también —replicó.

Pero entonces Casady la agarró y el mundo de Annabelle se volvió a sacudir en sus cimientos. Tenía el Baalbec conectado. Era imposible, imposible, que alguien pudiera tocarla. Pero podía sentir los dedos de Casady en el brazo, la mano de Casady que traspasaba el campo del Baalbec como si no existiera.

—No puedes..., es imposible...

El Baalbec tenía que estar funcionando mal.

Casady negó con un movimiento de cabeza.

—Sigues olvidando que... yo no estoy realmente aquí.

—Pero yo puedo notarte...

Volvió a mover la cabeza.

—Es una ilusión de tus sentidos. Yo soy solo una colección de moléculas animadas, reunidas para representar el papel de Jack Casady. Soy real para ti porque tu cabeza me dice que estoy aquí. Soy real para ti porque es el modo como me programaron. Pero solo soy un *playback* sobreestimado, Annabelle, alimentado con un programa de inteligencia artificial de alta tecnología. Tu Baalbec sabe que no estoy aquí.

—Pero la pistola...

—Es una pistola real; dispara balas reales.

—Pero ¿cómo puedes sostenerla?

—Porque las moléculas que llevo me proporcionan una existencia tan sólida y permeable como quiero que sea. Y sigo existiendo durante tanto tiempo como el programa es alimentado.

—Y cuando la música se desvanece...

—Yo me desvanezco.

—¿Annabelle?

Tan absorta había estado en lo que el CG le contaba, que había olvidado por completo el peligro en que se hallaban. La silenciosa llamada de Smythe captó su atención; entonces descubrió que los grandes zeros los habían sitiado, sin dejarles espacio para maniobrar.

Las criaturas cibernéticas no hacían ningún movimiento; simplemente rodeaban al grupo, sin darles ninguna posibilidad de salir de la plaza. Con su reluciente recubrimiento de metal y plástico parecían diseñados por un ingeniero durante un viaje alucinógeno a una chatarrería.

Annabelle dio un paso adelante, y un brillante rayo láser horadó el pavimento ante sus pies, derritiendo el hormigón. Y ella retrocedió rápidamente, sin querer siquiera probar las capacidades del Baalbec. Y mucho menos desde que sabía que un CG podía atravesar su campo energético con la mano. Por más razonable que pareciera la explicación que le había dado Casady, la experiencia la había asustado.

—¿Y ahora qué? —dijo Annabelle mirando a los ojos de uno de los horribles artilugios—. Ahora ya nos tenéis. ¿Qué vais a hacer con nosotros?

Una voz, de tono metálico e inhumano, salió del altavoz situado bajo el mentón del zero que se hallaba justo frente a ella.

—Permaneceréis pasivos hasta que llegue un agente de la autoridad. Se os advierte que las unidades tácticas móviles dispararán ante cualquier movimiento sospechoso por parte vuestra.

—Al menos no tienen intención de matarnos —comentó Tomás.

Annabelle asintió sin entusiasmo.

—Sí, se reservan ese placer para más tarde. ¿Qué será esta vez, chicos? ¿Una parodia de un sacrificio inca? ¿O tal vez tendremos que representar el papel de Cristo en la cruz?

—Hemos escapado de situaciones peores —animó Sidi.

Annabelle lo miró un momento, sin saber si hablaba en serio; pero se sentía demasiado deprimida para saber ver algún detalle esperanzador en su situación.

—Hurra —dijo al tiempo que desconectaba el Baalbec y se sentaba en el pavimento.

Los láseres montados en los cuerpos de los zeros más cercanos siguieron cada movimiento suyo. Annie se volvió y se quedó sentada de espaldas a ellos.

Uno a uno, los demás siguieron su ejemplo. El humor lúgubre de Annabelle los estaba afectando a todos. Finnbogg murmuraba por lo bajo. Tomás se parecía ahora más al Tomás de antes, hosco y tramando argucias secretas tras sus ojos negros. Sidi permanecía con el rostro severo, junto a Smythe; el inglés se mostraba estoico como siempre, pero ahora, además, tenía una expresión torva. Solo Casady parecía ajeno a aquel sentimiento general.

Naturalmente, pensó ella, Casady no era real.

Se sentó junto a Annabelle.

—Tú se lo estás provocando —le dijo Casady con suavidad.

—¿Provocando qué? ¿A quién?

Pero ya lo sabía. El grupo estaba recibiendo sus malas vibraciones y el pesimismo general se cebaba en sí mismo.

—Tú eres la líder —dijo Casady—. Por más habilidades que el resto pueda tener y tú no, tú posees una cualidad especial que te distingue. Te seguirán.

—Perfecto. Y mira adonde los he llevado.

Casady ignoró el sarcasmo.

—Sí, lo veo —contestó—. Los has conducido hasta el nivel ocho de la Mazmorra, mientras que los demás prisioneros no consiguen pasar siquiera los primeros.

Annabelle meneó la cabeza.

—No comprendes. No podemos ganar este combate por puntos. O llegamos hasta el final y entonces ganamos, o acabamos como ahora: soberanamente jodidos.

—Como dice tu amigo: habéis pasado por peores situaciones.

—Sí, pero cada obstáculo, aunque superado, se apodera de algo tuyo, hasta que llega el momento en que ya no te queda nada y ya nada te importa. —Volvió la vista hacia los zeros y luego lo miró de nuevo a él—. No creo que puedas comprenderlo. Lo digo porque lo peor que te puede ocurrir a ti es que se te acabe la existencia que te da la música, y regreses al cromo, pero solo hasta que venga alguien más y te proyecte de nuevo, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, pero...

—Tú tienes todavía la mentalidad de los años sesenta, una mentalidad que nunca superaréis: una rarísima combinación de paz, amor y karma, más algún otro ideal que, desde el momento en que os ilumina, nunca ya abandonaréis.

—¿Y?

Lo único que pudo hacer Annabelle fue quedárselo mirando.

¿Y? Correcto. Quizá más a su favor: ¿y qué?

Como la *Filosofía 100* y el *¿Por qué? ¿Por qué no?* O como aquella anécdota que había oído sobre un músico tradicional irlandés, quien, cuando le preguntaban por qué tocaba tan deprisa, simplemente respondía: «Porque puedo».

Todo se hallaba en la actitud de uno. Eso era lo que Casady trataba de decir. Tanto daba que fuera solo un CG jugando a ser real o un vestigio en cuerpo y alma de los sesenta, abandonado en la Mazmorra con ellos. Lo que decía era cierto. Todo dependía aún de la actitud de uno mismo.

Piensa como un ganador y ganarás.

¿Por qué escalar esa montaña? Pues porque está ahí.

Como todo el rollo de psicología pop que empezó a los setenta y que siguió teniendo su vigencia hasta bien entrada su propia década.

Puedes hacerlo si quieres hacerlo.

Piensa siempre positivamente.

Pero todo era mera fachada. La mayoría de las veces, mientras uno se esforzaba

por ser listo, valiente y por dominarlo todo, en su interior estaba cagado de miedo y se sentía como un bobo. Y cada vez costaba más, no menos.

Annabelle miró a sus compañeros, aquel círculo de caras sombrías, la mayoría de las cuales ni se molestaron en devolverle la mirada. Y suspiró.

—Supongo que esto te recuerda a concentraciones y sentadas, ¿no? —preguntó a Casady.

Él asintió.

—¿Por qué lo preguntas?

—Mi mamá solía hablarme de esas cosas, de cómo la gente se reunía y no se movía hasta que había conseguido sus reivindicaciones. De cómo, aunque quizás uno no pudiera cambiar el mundo entero, al menos podía mejorar su propio interior, y eso ya era hacer algo. Y todas esas historias.

Casady sonrió.

—Comprendo por qué tienes esa opinión de nosotros. A veces solo conseguíamos que nos apalearan, pero otras veces... Otras veces, funcionaba.

—Sí. Lo sé. He comprendido. Lo que estoy intentando decir es gracias.

Y antes de que él pudiera responder, Annabelle se puso de pie y levantó a Tomás consigo, que se hallaba a su lado.

—¡Cristo! —musitó—. ¿Qué...?

Ella lo acalló prorrumpiendo a cantar: *Venceremos...*

Menuda cancioncilla pegajosa, pensó, pero qué diablos. La letra era fácil y la melodía linda y simple.

Casady se puso en pie tirando de Finnbogg para que lo acompañase. Sidi y Smythe se unieron a ellos. Entrelazaron los brazos y cantaron a coro a todo lo que daban sus pulmones, expulsando el miedo de sus corazones, dejando solo que se oyera en ellos la música, firme y segura.

Si dieran esto en las noticias de la noche, pensó Annabelle, creería que todo había fracasado.

Pero aquél era un mundo diferente. Y todos estaban con el ánimo decaído. Y maldita fuera si a veces el viejo rollo no era mejor que el nuevo.

Estaban cantando aún cuando llegaron los chaffri.



Cuando finalmente se acabó la provisión de antorchas, la compañía de Neville no solo perdió su fuente de alumbrado, sino también su método para medir el tiempo. Sabiendo que cada antorcha duraba veinte minutos, era fácil calcular cuánto tiempo habían viajado e intercalar con regularidad las paradas de descanso. Con la última antorcha apagada se vieron obligados a seguir a tientas su camino por el conducto y a

aminorar el ritmo de marcha hasta casi paso de tortuga, y perdieron el sentido del tiempo.

En la oscuridad, un minuto y una hora adquirirían un significado demasiado similar.

Avanzaban con grandísima lentitud, e incluso parecía, debido a la interminable uniformidad del conducto de ventilación, que no avanzaban en absoluto, y todos empezaron a sufrir una ligera sensación de claustrofobia. No fue hasta su tercer descanso después de agotadas las antorchas cuando empezaron a percibir una diferencia: aquel olor químico en el aire, que apenas habían detectado cuando entraron en el conducto, ahora parecía algo más intenso.

Y entonces, un explorador regresó con buenas noticias: había localizado una luz más adelante.

Aunque hacía solo unos instantes que se habían detenido para descansar, estaban tan decididamente hartos del conducto, de la oscuridad y de su interminable viaje a través de ambos, que en el acto montaron de nuevo y partieron en busca de aquella fuente de luz.

Demostró tratarse de una reja que daba a una inmensa ciudad.

Neville quedó maravillado al contemplarla: una extensión tal de calles y edificios, todo instalado en el subsuelo, iluminado por largos bancos de luces situados en el techo abovedado, de luces demasiado potentes para mirarlas largo rato. Le pareció una gran pérdida que, con tantos conocimientos y habilidades en sus manos, los Señores de la Mazmorra solo los utilizasen para ultrajar a los prisioneros que habían raptado y colocado en aquel laberíntico tablero de juego que era la Mazmorra.

¡Lo que podría hacer un hombre con lo que ellos tenían!

—¡Gracias al Gran Viento! —exclamó Alyssa—. Hemos llegado.

La reja era tan pequeña que solo tres de ellos a la vez, codo con codo, podían mirar al exterior. Cada uno por turno pudo observar las calles de abajo. Como la anterior ciudad, la de arriba, ésta también parecía deshabitada. Pero aquí no había ruinas, ni impresión de abandono o destrucción. Simplemente, una sensación de vacío.

—Cómo bajar del conducto —dijo Neville—. Este es ahora nuestro problema.

—Podría tender una hebra —sugirió Chillido.

Neville asintió, recordando lo que había oído de un anterior descenso que ella y los demás habían realizado de un nivel a otro.

—Tal vez —dijo—. Aunque primero tenemos que pasar por la reja.

Pero el espacio entre sus barrotes era demasiado pequeño para que pudieran escurrirse por entre ellos. Y los inmensos tornillos que fijaban la reja a la pared del conducto eran demasiado grandes y estaban demasiado apretados para poder aflojarlos, incluso con la fuerza de dos tuanos a la vez.

—Tenemos que seguir viajando —suspiró Fenil.

—Y mejor que sea así —dijo Neville en voz baja mientras miraba por la reja una

vez más.

—¿Qué...? —empezó Alyssa, pero Neville le puso un dedo en los labios.

—Mire —dijo en un susurro.

En la calle que quedaba bajo ellos habían aparecido, andando a paso lento por el liso pavimento, un par de criaturas monstruosas y enormes. Se parecían al ciborg Chang Guafe, pensó Neville. Una combinación de aparatos metálicos con un ser vivo. Centauros mecánicos, si se intercambiaba caballo y hombre por perro y enano.

Evidentemente, su gran tamaño era una cuestión de escala, comprendió Neville. Para su grupo eran gigantes, como había sido cualquier otra criatura, excepto los tuanos, en aquel nivel; pero en relación a los edificios y a las calles de abajo, tenían la estatura de grandes terriers.

—¿Qué son? —preguntó Alyssa.

—No sé. Pero en nuestra compañía hay un miembro, de forma humana, que me los recuerda.

—Guafe —dijo Chillido.

Neville asintió.

—Sin embargo, me parece que esas criaturas no son muy de fiar, a diferencia de nuestro antiguo compañero.

Esperaron hasta que los centauros hubieron recorrido toda la calle y desaparecieron de la vista, antes de hacer ningún otro movimiento. Su propia ruta era ahora más fácil, porque había rejas a intervalos lo suficientemente regulares como para que lo más oscuro que hallasen fueran los puntos equidistantes a las dos aberturas, y aun aquello no era más oscuro que el profundo crepúsculo anterior a la noche, que Neville recordaba de su tierra.

Una hora después, a marcha más rápida, llegaron a una bifurcación en el conducto. Una parte de éste continuaba al mismo nivel, pero la nueva ramificación descendía en un súbito ángulo pronunciado. Al cabo de una breve consulta eligieron la ruta que los llevaba hacia abajo.

Las garras de los silvers resbalaban y arañaban el metal del piso del conducto en su inclinado descenso. Al final se hizo tan peligroso que Chillido tuvo que tender una hebra fabricada por sus hiladeras. Fijó un extremo a la pared del conducto en el punto donde se encontraban, se puso en cabeza de la expedición y empezó a descender soltando la pegajosa cuerda tras ella. Los silvers, una vez los tuanos les enseñaron cómo utilizarla a modo de freno para el resto del descenso, pronto se habituaron a servirse de ella.

Al llegar al fondo del conducto se encontraron con que debían elegir entre docenas de nuevas rutas. Por las rejas situadas a aquella altura se podía ver, a través de las ventanas, el interior de los edificios. Y el conducto que al fin eligieron los llevó dentro mismo de un edificio. Allí hallaron otros conductos, que los llevaron directamente al interior de los almacenes de unas máquinas enormes; a Neville y a Chillido, aquellas máquinas les recordaban a los bancos de computadoras que habían

visto en el nivel anterior.

—Ahora podremos bajar hasta el suelo —fue el comentario de Fenil cuando se volvieron a parar para examinar su entorno.

Y señaló una espiral formada por las vueltas de los cables del interior de la máquina donde estaban descansando. Llegados ya al nivel del suelo pudieron comprobar que las paredes laterales de la máquina estaban lo suficientemente elevadas del piso para que ellos pudieran pasar por debajo arrastrándose.

—Es cierto —dijo Neville—. Pero esta parte de la ciudad parece deshabitada. Deberíamos continuar por los conductos de ventilación hasta llegar a una zona habitada.

—Si es que existe alguna —intervino Yoors.

—Oh, seguro que habrá una —dijo Alyssa—. Percibo ya otras presencias.

Cerró los ojos, y luego, con un vago ademán del brazo, indicó la dirección hacia la cual ya estaban viajando.

—Hacia allí.

Neville la contempló con extrañeza. ¿Iba a resultar ahora que ella también tenía poderes psíquicos? Pero entonces recordó que era la sacerdotisa de aquellos tuanos, como también su líder en asuntos profanos. ¿Quién sabía de lo que era capaz una sacerdotisa tuana? En aquella Mazmorra había visto demasiadas cosas raras para desechar aquella posibilidad.

—El Ser Neville tiene razón, creo —dijo Chillido—. Una vez que lleguemos a una zona habitada, podremos observar mejor y con más seguridad a los habitantes desde el refugio del conducto de ventilación.

—Y entonces podremos volver a consultar —agregó Alyssa.

El único inconveniente que Neville veía en eso, aunque para empezar hubiera sido idea suya, era que estaba hartísimo de hacer de ratón, o de escarabajo, o de cualquier otro animal que correteara tras las paredes.

—¿Y si no podemos salir del conducto en esas zonas habitadas? —inquirió Yoors.

—Es un riesgo que hay que correr —replicó Neville—. La pregunta no tiene respuesta.

—Nos arriesgaremos —decidió Alyssa.

No hubo voces contrarias por parte de los tuanos a la decisión que ya se había tomado.

Realizadas las consultas para determinar el camino, emprendieron la marcha de nuevo.



Por segunda vez en dos días, Clive se vio conectado al detector de mentiras de los ren,

con electrodos fijados a sus sienes, a los puños, tobillos y pecho. De nuevo, tres Oradores se sentaron a la mesa frente a él. La Oradora Lena no se hallaba entre los tres. Estaba sentada a un costado de la mesa, observando a Clive con mirada furiosa. Había en la sala también tres guardias (en pie detrás de Clive) y dos técnicos encargados del funcionamiento de la maquinaria.

—Yo no creo que tengas nada que ver con la fuga de tu amigo —le dijo Chary en voz baja mientras Howell la ayudaba a conectarlo a la máquina.

Clive le dedicó una débil sonrisa. Aquello sería un pequeño consuelo cuando el detector proclamase sus mentiras a los cuatro vientos.

¡Vaya con el condenado Guafe! ¡En menuda situación lo había puesto!

Estaba perdido, no había duda, a menos que... Y Clive asintió para sí: a menos que dijese la verdad. No la suficiente para acusarse a sí mismo, sino solo la suficiente para que el medidor de mentiras no disparase su alarma, o lo que fuera que informaba a los ren que el sujeto en cuestión los estaba engañando.

Chary puso en marcha el aparato, que emitió el rumor en el carrito junto a Clive. Y aquella singular sensación de zumbido que recordaba de su experiencia anterior con el detector también volvió. Y recorrió la longitud de su espinazo y se desparramó por todos sus nervios, mientras una antinatural impresión de calor se le posaba en la base de la columna vertebral.

—¿Cuántos estamos sentados a la mesa? —preguntó el Orador del medio.

Éste había estado ya presente en la sesión anterior. Se llamaba Kian, recordó Clive. Los otros dos Oradores le fueron presentados como Ovard, el que estaba a la izquierda, otro hombre bajito y atildado, y Berna, una mujer pelirroja de fríos ojos grises. Al parecer, esta vez la Oradora Lena solo observaba el proceso.

El Orador Kian frunció el entrecejo.

—Te he preguntado...

Dios, aquel test infantil de nuevo, pensó Clive, pero respondió antes de que alguno de los guardias le pinchara con la boca del cañón de su arma.

—Tres. Cuatro contando a la Oradora Lena.

—¿De qué color son nuestros vestidos?

—Azules.

—¿Eres nativo de este mundo? Por favor, responde afirmativamente.

—Sí, lo soy.

Cada respuesta de Clive provocaba que la máquina a su lado soltase el consabido rumor y enviase aquel curioso zumbido por todo el entramado de su sistema nervioso. Una sensación de desorientación se abatió sobre él. Su entorno adquirió una cualidad irreal, mientras que su mente parecía agudizarse. Era casi como si pudiera ver en el interior de los objetos que lo rodeaban.

Los contornos del funcional mobiliario se difuminaban como si estuvieran vibrando ligeramente. Los ren eran aún figuras humanas, pero sus fisonomías y sus figuras se habían convertido en manchas de atorbellinado color.

Clive parpadeó en un intento de liberarse del súbito velo de humedad que empañaba sus ojos. El Orador Kian se volvió hacia los técnicos.

—¿Podemos seguir? —preguntó.

—Realizados ya los ajustes necesarios —repuso Howell—. Podéis interrogarlo ahora.

El Orador Ovard juntó las puntas de sus dedos y dedicó una larga y grave mirada a Clive.

—¿Cuál es tu objetivo en la Mazmorra? —inquirió.

Clive se obligó en concentrarse en su respuesta, pero tuvo que hacer enormes esfuerzos. Las palabras del Orador habían salido de su boca semejantes a remolinos de sonido y de color.

—Encontrar a mis compañeros y escapar —respondió Clive.

El zumbido recorrió sus nervios.

—¿Y? —instó a continuar la Oradora Berna.

—Obtener una satisfacción de los Señores de la Mazmorra por el trato que hemos recibido.

De nuevo, el rumor de la máquina. De nuevo, el escalofrío que se extendió por su sistema neuronal.

—¿Somos tus enemigos? —preguntó el Orador Kian.

Clive parpadeó ante el sudor que inundaba sus ojos. La sala entera parecía desfigurada por aquel velo acuoso.

—No..., no lo sé.

Aquello pareció sorprenderlos, puesto que los tres Oradores de la mesa juntaron sus cabezas y susurraron entre ellos breves momentos.

—¿Adonde ha ido tu compañero?

—No lo sé.

—¿Por qué te abandonó? ¿Con qué objetivo?

—Supongo que con el mismo objetivo de todos nosotros: huir.

Cada respuesta de Clive intensificaba la acción del detector de mentiras en su sistema nervioso. Sentía como si su cuerpo entero zumbara al compás con la máquina, que cada una de sus células vibrara. Y cada vez más deprisa.

«Dios me asista», pensó. «¿Qué me está ocurriendo?»

—Te lo volveré a preguntar —dijo finalmente el Orador Kian—. ¿Nos consideras enemigos tuyos?

Clive tardó largo tiempo en recomponer sus pensamientos. Cada vez le costaba más concentrarse en algo concreto durante más de un instante. Tan pronto como se centraba en un objeto o idea, su cuerpo entero parecía ponerse a girar en un vórtice.

—No sé lo que ustedes quieren de mí —consiguió decir al fin—. Si me preguntan si confío en ustedes —hizo una pausa para dejar que el torbellino que era la habitación a su entorno se aplacara lo suficiente y le permitiera completar su frase, y concluyó—: la respuesta es no.

—Dice la verdad —confirmó Howell. Su voz fue tan clínica que logró atravesar la nebulosa que envolvía a Clive, dándole un respiro momentáneo.

El Orador Ovard frunció los labios.

—¿Y tu compañero? ¿Por qué le ayudaste a escapar?

—Yo...

Entonces ocurrió de nuevo. En el carrito junto a Clive se oyó un silbido, y luego un estallido, y la máquina empezó a agitarse como sacudida por una descarga interior. Para Clive, la sala se convirtió en un mar azotado por un huracán, y él en los restos de un naufragio a la deriva, lejos de puerto seguro. Creyó poder oír difusas voces que gritaban alarmadas.

—¡El detector! ¡Está pitando de nuevo!

—¡Desconectadlo!

El fuego azul corrió por los nervios de Clive. Sintió que Chary desenganchaba los electrodos de su cuerpo, soltándolos con unos «*plops*» de ventosa que resonaban en su mente.

—Os dije que no debíamos volver a utilizarlo con él —decía Chary—. Algo en su sistema neuronal provoca los cortocircuitos en la máquina.



El cuerpo de Clive estaba derrumbado en la silla, flácido, con la cabeza hundida contra el pecho y los ojos en blanco. De nuevo Clive había perdido la conciencia de su entorno y había reemprendido el viaje a través de la niebla gris.

Esmond, llamó en la bruma. Pero no hubo respuesta.

Claro que no hubo respuesta. *Esmond*, si nunca había existido, se había sacrificado a la Recolectora, quien se lo había llevado al más allá del mundo de Chillido.

En su caída libre a través de la niebla, sus pensamientos se reagruparon en una forma más ordenada. Con solo la grisura a su alrededor, la mente de Clive ya no se veía confundida por la desconcertante entrada de datos irreales con los cuales se había visto obligado a enfrentarse.

La máquina de los ren. Por Dios, ¿qué le había hecho?

Un claro en forma ovalada se abrió paso entre la masa gris. Clive, suspendido justo enfrente, miraba por él y veía una habitación amueblada al estilo Victoriano; era la misma que había contemplado la primera vez que el detector lo había enviado a la inconsciencia, solo que esta vez la habitación estaba vacía.

Clive se propulsó con los pies y se acercó tanto como le fue posible al óvalo.

—¿George? —llamó en voz baja.

Desde su posición superior avistaba lo que suponía que era el escritorio de Du

Maurier. El secante verde pisaba un desparramamiento de páginas manuscritas y dibujos a medio terminar, realizados a pluma. Los ojos asombrados de Clive se fijaron en un dibujo casi finalizado.

Era el retrato de una mujer, que evidentemente asistía a un baile de disfraces. Iba vestida de niña bonita de punto en blanco, y el dibujo ilustraba, comprendió Clive, un poema del mismo tema que se hallaba en el escritorio junto al dibujo. Pero no era el disfraz ni el poema lo que atraía la mirada de Clive con tanta intensidad.

Era el rostro de la mujer.

Aquellos rasgos familiares.

¡Dios todopoderoso! Una Annabella Leighton de tinta le devolvía la mirada desde aquel esbozo. Du Maurier la había usado como modelo para el dibujo.

Clive conoció una tal punzada de dolor por algo perdido que lo único que pudo sentir en su interior fue un vacío total. Ya sabía, por lo que le había contado la descendiente de Annabella, Annabelle, que nunca regresaría a Inglaterra, que nunca volvería a Annabella, que llevaba a su hija, la hija de ambos, en las entrañas.

Pero una vez sí había regresado a Inglaterra, en aquel maldito sueño que le habían inducido los Señores de la Mazmorra. Quizá, pensó, mientras la desesperanza lo inundaba por dentro, debería haber cerrado los ojos ante la mentira del sueño. Quizá, simplemente, debería haberse quedado en aquel sueño para siempre, porque, por primera vez desde su llegada a la Mazmorra, el hecho de que nunca conseguiría escapar de aquel condenado lugar hacía su pleno efecto.

Todo lo que él había sido, lo que podía haber sido, le había sido arrebatado por las maquinaciones de los Señores de la Mazmorra: ¡Dios condenara sus almas!

Intentaba apartar la mirada del dibujo, pero no podía. Intentaba alcanzarlo con la mano, pero era como si se hallase al exterior de una ventana, mirando hacia dentro: el cristal invisible detenía sus dedos.

La puerta de la habitación se abrió entonces y Clive, finalmente, consiguió arrancar la mirada del dibujo. Du Maurier entró.

—George...

Du Maurier se paró en seco y se quedó mirándolo, estupefacto. Pero, al darse cuenta de que era Clive, la sorpresa del reconocimiento tiñó su expresión.

—¡No te vayas tan aprisa esta vez! —gritó al tiempo que se apresuraba hacia la abertura oval.

Pero Clive ya sentía que la Mazmorra tiraba de él, lo alejaba del óvalo que le había permitido contemplar, pero no tocar, la Inglaterra que había perdido. Lo alejaba de su amigo.

¡Solo con que pudiera transmitir un mensaje a Annabella por medio de él...!

—Dile... —empezó.

El tirón de la Mazmorra era demasiado intenso, lo arrastraba de nuevo hacia la niebla gris.

—¡Clive! —gritó Du Maurier—. Por el amor de Dios, hombre, no te vayas...

—Dile...

Pero la niebla gris envolvió el óvalo, velándolo a su vista como cortinas corridas ante una ventana, y el agujero que le había permitido mirar hacia su vida pasada había vuelto a desaparecer.

La bruma penetró en su cabeza, nublándole los pensamientos.

—Dile que la quiero —dijo—, que la querré siempre. Pero en la niebla no había nadie para oír lo que decía.



Cuando por fin recuperó la conciencia, se encontró otra vez en la habitación decorada según el estilo Victoriano del mundo que había perdido, la misma habitación en que había despertado la primera vez que la máquina había dejado de funcionar y había enviado su mente a flotar en la grisura. Chary y la Oradora Lena estaban sentadas junto a él, observándolo.

Clive se incorporó lentamente.

—Pido disculpas —dijo la Oradora Lena—. El detector indica que dices la verdad. No sabías nada de los planes de tu compañero.

—Te dije que las cosas saldrían bien —comentó Chary.

Clive se percató de que la técnico sentía cierto interés por él, como hombre, más que solo como objeto de estudio de su laboratorio. Pero con aquel dibujo a pluma de Annabella en mente, sabía que tal sentimiento no podría ser recíproco.

Clive hizo girar las piernas por encima de la cama y puso los pies en el suelo.

—Explíqueme qué es lo que quieren de mí —dijo a la Oradora Lena.

—Siento lo del accidente con el detector —respondió la Oradora—. Pero debes tratar de comprender. Estamos rodeados de enemigos por todas partes. Sin tener la certeza...

Clive estaba perdiendo, a marchas forzadas, todo parecido con un hombre paciente.

—¿No me ha oído? —dijo con voz apenas contenida—. Dígame lo que quieren que haga, y lo haré. No mañana. No cuando los Oradores logren ponerse de acuerdo para convocar algún otro nuevo consejo, sino ahora.

La Oradora Lena lo miró durante un largo rato; luego asintió rápidamente con la cabeza. Y se puso en pie.

—Ven conmigo —le dijo.

La primera impresión que Annabelle tuvo de los chaffri fue que parecían un atajo de pieles rojas disfrazados para el carnaval, ataviados de pies a cabeza con colores tan brillantes que hirieron sus ojos. Había estado dirigiendo a sus compañeros en una versión del *No basta con la rabia* de los Wailing Men (un éxito dorado de 1991) y sus voces murieron ante la presencia de los recién llegados.

Eran media docena (dos mujeres y el resto hombres), todos de piel blanca, pero que quedaba oculta por colores chillones. Capotes, pantalones y faldas holgadas pintadas en tonos ultrarresplandecientes, peinados y chalecos de plumas multicolores, rostros embadurnados con deslumbrante y espeso maquillaje, como pinturas de guerra. Sí señor: tenían todo el aspecto de inventores locos de remate capaces de ingeniarse artilugios cibernéticos semejantes a los zeros, cuyos cuerpos metálicos iban festoneados con lo que se parecía más a añadidos decorativos que a nada de utilidad.

Pero, recordó para sí, aquellas decoraciones ocultaban en su interior cañones de rayos láser, de láser lo suficientemente poderoso como para derretir el hormigón del pavimento a sus pies. ¿Quién sabía qué diablos ocultarían los chaffri bajo sus plumas y sus vestiduras?

Iba a poner el Baalbec en funcionamiento, pero cambió de idea.

«Estupendo. Muy considerado de tu parte, Annie. Quédate dentro del caparazón del campo energético del Baalbec, lindamente protegida, mientras tus amigos tienen que hacer frente a sus capturadores nada más que con las ropas y la piel para defenderse». Porque desde que huyeron de la cárcel de Q'oorna, el Baalbec ya no operaba a pleno rendimiento. Hacía ya tiempo que no podía albergar a sus compañeros en su campo energético. Desde entonces, apenas funcionaba para ella misma y, considerando además lo que había ocurrido con Casady, no podía tener plena confianza en el mecanismo.

La mano que se había llevado al pecho cayó de nuevo al costado.

—¿Cuál de vosotros es el Folliot? —preguntó el más adelantado de los chaffri, hablando la jerga de la Mazmorra con un acento áspero.

—Depende —respondió Annabelle después de un silencio demasiado largo— del grado de pureza que queráis de la sangre.

El chaffri desplazó la mirada hacia ella, entrecerrando los ojos.

—¿Eres descendiente suya?

Annabelle se encogió de hombros.

—Tengo su sangre, es lo único que sé. No puedo mostraros el árbol genealógico,

pero, naturalmente, vosotros ya lo sabéis todo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bien, es por vuestra culpa por lo que Clive nunca regresó a Inglaterra para hacer de mi antepasada una mujer honrada, y no es que a las Leigh nos importen mucho esas chorradas.

El chaffri continuó escrutándola. Al final asintió.

—Me llamo K'cholik —dijo—. Necesitamos con urgencia tu ayuda en un asunto de gran importancia.

E inició el movimiento de dar media vuelta.

—¿Qué farfullas, tío? —exclamó Annabelle.

K'cholik se volvió para mirarla de nuevo.

—¿Tienes el aparato auditivo deteriorado? —se interesó.

—No tanto como tus sesos, chaval. ¿Quién cono te crees que eres, para mandar sobre mí? ¿Y qué te hace pensar que os voy a ayudar?

—No es una cuestión de si estás dispuesta o no a colaborar —replicó uno de los chaffri (una mujer esta vez)—. Simplemente, es algo que hay que hacer o sufrirás las consecuencias.

Annabelle movió la cabeza en un signo negativo.

—No me creo nada, tíos. ¿Qué pasa aquí? ¿Algo en el aire viciado de ahí abajo os ablanda los sesos? No voy a hacer nada en absoluto hasta que arregléis unos cuantos detalles: primero de todo, echad a vuestros sabuesos de aquí.

—Imposible —dijo la mujer.

K'cholik se volvió hacia ella.

—No hay necesidad de argüir, Unaa. Los zeros se encargarán de traerlos con nosotros.

Annabelle le lanzó una mirada fulminante y echó un paso adelante, con los puños apretados con fuerza a los costados. En el acto, un láser derritió una vez más el hormigón a sus pies, llenado el aire de olor a ozono quemado.

Annie retrocedió de inmediato.

—Nosotros os trajimos aquí —le dijo Unaa—. Nos pertenecéis y podemos hacer con vosotros lo que nos dé la gana.

—Eh, eh —replicó Annabelle—. Nosotros no pertenecemos a nadie.

Un tercer chaffri intervino entonces en la conversación. Era un hombre esbelto de suaves ojos negros y labios casi inexistentes de tan delgados que eran. Llevaba la corona de plumas de la cabeza como si fuera un arcaico *punk mohawk*.

—No le hará ningún daño explicárselo —dijo.

—No empecemos otra vez aquella vieja discusión, Peotor —le pidió K'cholik.

Peotor prescindió de sus compañeros.

—Necesitamos tu ayuda contra los ren y los gannine —informó a Annabelle—. Recientemente han unido sus fuerzas y están actuando juntos contra nosotros.

—¿Los gannine? —inquirió Sidi.

La mirada del chaffri viró hacia él.

—Los ren los despertaron cuando al final rompieron los códigos de uno de sus arsenales.

—Esto es fascinante —opinó Annabelle—. Solo que ¿quién o qué son los gannine?

—Ellos crearon este tablero de juego, la Mazmorra.

—¿Vosotros *no* sois los Señores de la Mazmorra, vosotros y los ren?

—Lo éramos... hasta que los gannine despertaron. Ahora que *están* despiertos, no cuesta nada imaginarse quién saldrá victorioso de la confrontación. Si se han unido a los ren, según nos informan todos nuestros espías... no podemos tener esperanzas de hacer frente a las armas de los gannine sin tu ayuda.

—¿Pero de qué tipo de ayuda se trata, jefe? —preguntó Smythe.

Peotor parpadeó sorprendido.

—Pues sangre, por supuesto. Necesitamos la sangre de los Folliot para alimentar a nuestros ghosters.

—¿Vosotros queréis sacarme la sangre? —pronunció Annabelle lentamente.

—No sentirás ningún dolor —le aseguró Peotor—. Y almacenaremos tu patrón mental y una muestra celular de tu cuerpo para que podamos crearte de nuevo, después de que la batalla final haya tenido lugar.

Lo más que pudo hacer Annabelle fue mirarlo estupefacta.

—¿Ghosts? —preguntó al fin.

—Tanto nosotros como los ren los hemos estado desarrollando durante años: es lo único que tenemos para poder hacer frente a la superior tecnología de los gannine. Al menos suponemos que podrá. Por desgracia necesitan cierto tipo muy raro de sangre, y, después de investigar cientos de años, hemos descubierto que solo una familia, los Folliot, la posee.

—Bromeas, ¿no? Todo esto es una broma de muy mal gusto, ¿no?

—Probablemente no —dijo Casady junto a ella—. Ni los ren ni los chaffri tienen ningún tipo de moral y ambos son expertos en construcción cibernética.

La mujer chaffri llamada Unaa sacó un tubito de su bolsillo y lo apuntó a Casady.

—Esto bastará —dijo.

Casady se encogió de hombros.

—Eh, que solo estoy tratando de contárselo tal como...

La mujer apretó un dispositivo del tubo y se oyó un breve zumbido como de aire expulsado. Un diminuto proyectil hirió a Casady. Su forma entera tembló y se resquebrajó, como la imagen de una interferencia en una pantalla de TV; luego desapareció. Lo único que quedó de él fue el arma que había estado sujetando, la cual cayó al suelo con un sonoro ruido metálico.

Annabelle se agachó con toda presteza para recogerla, pero el láser de un zero derritió el arma antes de que ella pudiera tocarla.

—Malditos CG —murmuró Unaa.

Annabelle miró pasmada el lugar donde hacía unos instantes se hallaba Casady, y

su rostro expresaba el impacto que le había galvanizado los pensamientos.

Sabía que él no había sido real, que era una especie de imagen proyectada, un programa de inteligencia artificial que se alimentaba de sonido; pero entre saber una cosa y aceptarla de veras había una gran diferencia. Intelectualmente lo había sabido. Pero emocionalmente lo había considerado un ser humano de carne y hueso. Una persona real que los chaffri habían borrado del mapa del mismo modo como en su propio mundo alguien cambiaría el canal de la tele con el mando a distancia.

—Malditos hijos de perra —dijo mientras enderezaba su cuerpo con un lento movimiento—. Antes saldrá el sol a medianoche que yo os ayude.

Peotor se encogió de hombros.

—Si quieres ayudarnos o no, es indiferente. Vamos a utilizar tu sangre, con tu consentimiento o sin él.

—Lleváoslos —ordenó K'cholik a los zeros—. Mantenedlos en almacenaje mientras preparamos a los ghosters para una transfusión de sangre.

—Tiene que ser fresca, ¿comprendes? —explicó Peotor a Annie, con voz dulce y esbozando una desagradable sonrisa con sus finos labios.

—Lucharemos contra ellos —le susurró Tomás a sus espaldas.

—Tan solo da la señal —añadió Smythe.

«¿Luchar contra ellos?», pensó Annabelle. Sí, muy bien. Como si tuvieran esperanza alguna de dar más de un paso al frente sin que los zeros los liquidaran.

—No hay lucha —repuso Annabelle—. No tenemos ninguna oportunidad.

Se volvió para mirar a sus compañeros, agregando con la mirada: «Aquí no. Ahora no. Esperemos una mejor ocasión».

¿Y si nunca había una mejor ocasión?

Annabelle no permitió que sus pensamientos siguieran aquel camino.

«Eres la líder», le había dicho Casady. «Te seguirán».

Si se mantenía firme, si sacaba fe de sí misma, si conservaba viva la esperanza, al menos evitaría que sus compañeros desearasen.

—Qué agradable es ver que recobras el juicio —dijo Peotor—. La experiencia te revigorizará, ¿sabes? Imagina el nuevo cuerpo que poseerás. Si lo deseas puedes diseñar algunas modificaciones, que realizaremos antes de que el proceso haya concluido. ¿Te gustaría unos pechos más pequeños? ¿Agallas? ¿Pene? Todo puede arreglarse. Y naturalmente, tus recuerdos permanecerán intactos.

Annabelle contempló el arma derretida a sus pies (todo lo que quedaba de Casady); luego levantó poco a poco la mirada hasta que se encontró con la de Peotor.

«Esperanza», recordó. «Ten fe: saldremos de ésta».

—Antes de que todo haya concluido —le dijo a Peotor, con una sonrisa—, te las vas a ver conmigo, cariño.

Los compañeros de Annie formaron a sus flancos. Finnbogg empezó a gruñir por lo bajo «Venceremos»...

Annabelle se volvió hacia él y le acarició con afecto el pelo de la cabeza. Costaba

recordar lo pesado que se le había hecho un tiempo.

—Tú lo has dicho, Finn —lo animó.

Levantó la vista de nuevo hacia los chaffri y tendió los brazos hacia ellos ofreciéndoles las muñecas.

—¿Nos vais a enmanillar o no?

—No será necesario —dijo K'cholik—. Tenemos una celda a expresa disposición de vosotros.

Annabelle entrecerró los ojos ante el comentario. ¿Ya tenían una celda dispuesta? Así pues, ¿quién diablos había contado a los chaffri que ellos estaban al llegar?

—Lleváoslos —ordenó K'cholik.



Nadie del grupo de Neville sabía a ciencia cierta lo que estaban buscando. Todos estaban de acuerdo en enfrentarse a los Señores de la Mazmorra y en descubrir un medio de escapar de la misma Mazmorra. Chillido estaba determinada a encontrar a los miembros desaparecidos de su banda inicial. Yoors quería simple y pura venganza, y ya no le preocupaba su propia fuga. Alyssa estaba decidida a comprender los cómo y los porqués de la Mazmorra y a saber el papel que desempeñaban los tuanos en ella.

Neville estaba básicamente de acuerdo con todos. Quería hallar a Clive y a los demás. Quería satisfacciones de sus capturadores. Y también quería comprender.

Solo que, ¿por dónde empezar con tantas tareas que realizar? La cosa acabó en una discusión sin fin.

—Hace horas que andamos sin rumbo fijo —dijo Yoors en otra de sus paradas de descanso.

—Y no hemos encontrado nada —intervino otro de los tuanos con voz quejumbrosa.

Fenil asintió.

—No hay habitantes aquí, tan solo esas máquinas.

—Lo sé —dijo Alyssa—, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Capturar una de las máquinas —dijo Yoors de pronto.

Alyssa frunció el entrecejo.

—¿Y qué hacemos con ella, Ser Yoors? —inquirió Chillido—. Puede que ni siquiera tengan inteligencia. ¿Y si ponemos al grupo entero en peligro para capturar a una máquina y descubrimos luego que no es más que pura chatarra y no podemos sacarle nada?

—Una máquina se desplazaría con movimientos mecánicos, al contrario de esos artilugios —contestó Yoors.

—No estoy de acuerdo —intervino Neville. Lo cual atrajo una mirada fulminante de parte de Yoors—. Los Señores de la Mazmorra son perfectamente capaces de crear máquinas con inteligencia. Veamos, Chillido, piense en Guafe. No lo crearon los Señores de la Mazmorra, pero a mí me parece que es más máquina que hombre.

Chillido asintió.

—Es cierto. Es un híbrido. Y esas criaturas que hemos observado parecen tener alguna clase de materia orgánica alojada en el compartimiento que les hace de cabeza.

—Así pues —dijo Neville—, a pesar de que tengamos nuestras diferencias —y aquí miró a Yoors—, estoy de acuerdo en que si no encontramos algún habitante pronto, debemos intentar capturar a uno de los monstruos e interrogarlo.

Esa opinión le mereció otra mirada fulminante, pero ahora de Alyssa.

—¿Y cómo te propones hacerlo, sin ponernos a todos en un gran peligro? —preguntó.

Neville suspiró.

—Cada momento que pasa en la Mazmorra nos pone más en peligro.

—Sí, pero ¿por qué ir en su busca cuando ya viene por sí solo y aún demasiado a menudo?

Y pasó la mirada de Neville a Yoors. El capitán tuano permaneció en silencio. Sin duda, pensó Neville, porque Yoors sabía que él argumentaría a su favor y le evitaría otra discusión con su líder.

—A veces es necesario arriesgarse —insistió Neville—. Necesitamos información, y no veo otra manera de conseguirla.

Alyssa se abstuvo de decir nada durante algunos minutos. Miraba por la reja situada cerca de ellos, con la vista fija en el interior del almacén que el conducto de ventilación atravesaba, pero Neville dudaba de que viese algo. Ella estaba mirando hacia su interior.

—¿Cómo? —dijo por fin, volviéndose hacia ellos—. ¿Cómo vamos a atrapar a uno de esos seres? No sabemos nada de sus defensas. Además, podrían estar conectados a una sede central, por medio de la mente, de radio o del Gran Viento sabe qué. En algún pequeño edificio en el centro de la defensa de la ciudad, podría haber hombres que utilizaran su avanzada tecnología para mirar por los ojos de esas criaturas y ver todo lo que ellas ven.

Para sociedades relativamente primitivas en cuanto a ciencia (como la de Neville) o para los que no tenían tecnología alguna (por hablar de la de los tuanos, por ejemplo), las maravillas mecánicas de la Mazmorra aún eran muy desconocidas para no tomar cada uno de sus aspectos en consideración. Era demasiado fácil olvidar de lo que eran capaces las creaciones de los Señores de la Mazmorra, pero todos habían visto lo suficiente en los niveles anteriores para que la advertencia de Alyssa hiciera su efecto.

—Tales cosas son posibles —confirmó Chillido.

Neville asintió, lúgubre.

—Demasiado posibles.

Aunque sentía ciertas reticencias, Yoors también tuvo que estar de acuerdo.

—Pero esto no soluciona nuestro problema.

—No —contestó Alyssa—. Yo sugiero que sigamos a la próxima de las criaturas que observemos.

—Pero se mueven demasiado deprisa —objetó Fenil—. No somos más que bichos para ellas. ¿Cómo podremos seguir a una sin perderla enseguida de vista?

—Yo podría seguirla sin perderla de vista —dijo Chillido.

—Hace demasiado poco tiempo de su agotadora prueba —comentó Neville.

—Ya me he recobrado lo bastante, Ser Neville, aunque gracias por tu interés.

—¿Te esperamos aquí? —preguntó Alyssa.

—No. Continúad viajando. Os encontraré cuando lo necesite.

Por medio de la red neuronal que compartimos, ¿no, señora Chillido?, le transmitió Neville.

Advirtió que Yoors se los quedaba mirando, a él y a Chillido, con nuevas sospechas, pero no dijo nada para calmar las inquietudes del tuano. El hombre sabio no enseña todas sus cartas.

Prosiguieron viajando, pues, tramo tras tramo del conducto de ventilación, siguiendo la desorientadora red hasta que encontraron el camino que los llevó fuera del edificio en el que se hallaban, a un lugar desde el cual dominaban la calle de nuevo.

—¡Allí! —avisó en voz baja uno de los tuanos.

Abajo, un par de las curiosas criaturas mecánicas, marchaban por la calle. Andaban codo con codo, manteniéndose pegadas a los edificios, que se erguían altísimos a su lado.

De inmediato, Chillido echó a correr deshaciendo el camino realizado, hacia la pendiente que la dejaría al nivel del suelo, en el interior del edificio. Neville y los tuanos permanecieron en la reja, vigilando por turnos a las mecánicas criaturas que se encontraban en la calle.

—Chillido llegará tarde —dijo Fenil.

—No desesperes tan pronto —repuso Alyssa.

Y señaló la diminuta figura de la mujer araña, que acababa de llegar a la calle. Chillido se lanzó a la carrera por el pavimento, parándose en la esquina y asomándose por ella con gran cautela. Neville y los tuanos vieron que miraba hacia ellos un instante; luego dobló la esquina y, al igual que las criaturas que seguía, desapareció de la vista.

—¿Y ahora? —dijo Yoors.

Alyssa le echó una mirada fugaz.

—Ahora seguimos adelante.

—Me gustaría saber cómo nos volverá a encontrar —dijo el capitán tuano—. Me parece extraño que pueda hacerlo con tanta facilidad, a menos, claro, que conozca la

ciudad muy bien.

Y se volvió hacia Neville, quien le contestó con una simple sonrisa.

¿Cómo va, *Chillido*?, preguntó a la arácnida, transmitiéndole sus pensamientos a través del fino hilo inmaterial por el que se comunicaban.

Bien por ahora, llegó su respuesta. *No parecen avanzar demasiado deprisa. No debería tener problemas para no perderlos de vista.*

Tenga cuidado.

Lo tendré.

Transmita su posición al primer indicio de problemas y, por Dios, manténgase a distancia de ellas.

Te preocupas demasiado.

—Te estaba hablando —le dijo Yoors.

Neville lo miró parpadeando.

—No me había dado cuenta de que fuese una pregunta.

—Quiero saber cómo su compañera puede moverse con tanta facilidad, y sin perderse, por la ciudad.

Neville suspiró.

—Lamento la pérdida de su hermano, Yoors —le dijo Neville—; comprendo que se halla muy lejos de su hogar y que se siente frustrado por no poder hacer nada para devolver el golpe a los que le han puesto en esta situación. Pero empiezo a estar harto de sus malas miradas y de su mal humor.

Yoors refunfuñó algo ininteligible y se llevó la mano a la espada. Pero Alyssa fue más presta y le cogió la muñeca. Sin embargo, antes de que ella pudiese hablar, Neville se les acercó casi hasta tocarlos.

—Puede irse por su cuenta —dijo a Yoors—. Elija la dirección que le plazca, que yo tomaré la contraria.

—No —replicó Alyssa—. Continuaremos juntos.

Neville no le hizo caso, con toda la atención fija en el capitán tuano.

—Yo también he perdido a compañeros que pueden estar muertos, por lo que sé de ellos. Yo también quiero una satisfacción de los perros que nos trajeron aquí. Pero poco puedo hacer por eso, salvo continuar. Y que me parta un rayo si alguna vez quiero tener algo que ver con usted.

Durante un largo momento ninguno de los dos habló. Luego, Yoors sorprendió a todo el mundo inclinando la cabeza con movimientos lentos y tendiendo la mano a Neville.

—Yo... lo siento —dijo.

Neville bajó la mirada hacia la mano que se le ofrecía y luego la levantó hasta encontrar los ojos francos del capitán.

«Bien, que me parta un rayo», pensó Neville. A menos que Yoors fuese mejor jugador de póquer que él mismo, parecía que el tuano era verdaderamente sincero en su sentimiento.

Neville tomó la mano de Yoors y la estrechó con vigor.

Quizás era estúpido hacerlo, pero en aquel momento Neville creía que una confianza merecía otra.

—Hablamos, mi compañera y yo, por medio de la telepatía —explicó al tuano.



—Nuestros agentes obtuvieron el diseño de los chaffri —explicó la Oradora Lena.

Clive miraba asombrado el artefacto. Se levantaba tan alto como él mismo, pero sobre cuatro patas, y parecía estar hecho por completo de cristal puro. La cabeza era como la de un perro, alargada, de poderosas mandíbulas, con ojos claros situados a cada costado de la cara, por encima del hocico. Su cuerpo era una combinación de simio y de gran felino (un tigre o un león). Tenía los miembros flexibles, zarpas en los extremos de los dedos articulados, con pulgares tanto en las patas anteriores como en las posteriores. El torso, el poderoso pecho y los hombros eran los de un león.

—¿Obtuvieron? —repitió Clive con un matiz de burla en el tono.

Mientras la Oradora Lena comenzaba una complicada explicación acerca de cómo habían caído los planos en posesión de los ren, Clive se acercó al artilugio y pasó los dedos por su lisa superficie. Los ren lo guardaban en uno más de sus laboratorios, situado muy adentro del complejo. La mayor parte de la nave estaba ocupada, por lo que Clive suponía que era la maquinaria y las herramientas con que habían construido el artefacto que se alzaba ante él; pero en una pared estaba la superficie plana de lo que al principio parecía un espejo, pero que luego se vio que no reflejaba los objetos que tenía delante.

La mayor parte del tiempo mostraba una grisura continua y uniforme, similar a la que había engullido a Clive cuando el detector de mentiras había fallado en su funcionamiento. Pero, de tiempo en tiempo, aparecían imágenes: paisajes desconocidos, pero que parecían reales, como si la superficie de cristal fuera a ser solo una ventana que diera a los distintos escenarios que mostraba. Una selva, una calle de ciudad, un helado yermo ártico, la superficie de un asteroide como el que se suponía que era la Mazmorra, un bosque de coníferas, el interior de una nave que se desplazaba por el negro vacío entre los planetas. (Clive creía recordar que Chang o Annabelle habían denominado naves espaciales a aquellos vehículos...)

Las imágenes permanecían solo unos pocos momentos en pantalla antes de que la grisura se los tragase, y volvían a aparecer y a desaparecer sucesivamente.

Era una Puerta, comprendió Clive. O era una Puerta estilo espejo controlada por los ren o era aquella Puerta de los gannine que conducía del octavo al noveno nivel.

Se aseguró de que no demostraba dedicar al cristal más que una mirada curiosa y se volvió de nuevo para estudiar con atención la máquina que la Oradora Lena

deseaba que contemplase. Pero no dejó de lanzar ojeadas furtivas a cada nuevo paisaje que surgía a la vista. El número de diferentes escenarios parecía ser finito, puesto que Clive pronto se percató de que se repetían, y que se repetían con el mismo orden regular.

—¿De qué material está fabricado? —preguntó Clive cuando la Oradora Lena volvió a caer en el silencio.

Y con una uña dio unos golpecitos al artilugio.

—Ordolita —respondió Chary—. Es un tipo de plástico que puede resistir cualquier impacto, incluyendo el rayo láser, pero tan flexible que le permite una total movilidad. Es una creación de los gannine.

—¿El artefacto?

—No. La ordolita. El artefacto lo crearon los chaffri.

—Lo llaman ghofter —añadió la Oradora Lena.

—Ya veo. ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Lo único que le falta ahora al artefacto es combustible —prosiguió Chary—. Por medio de la biotecnología avanzada, el combustible, una vez obtenido, se puede reduplicar indefinidamente. Y, como todo en el ghofter está fabricado con ordolita, una vez que sea operacional, nunca más necesitará repostar.

—¿Y qué usarán como combustible? —inquirió Clive.

Chary dudó un momento y desvió la vista hacia la Oradora Lena.

—Para el combustible necesitaremos tu muerte —dijo la Oradora Lena.

Sea como fuere, Clive no se sorprendió. Lo único que le sorprendía de veras era lo tranquilo que se sentía.

—Ya veo —repuso Clive—. Lo cual responde también a mis preguntas anteriores.

—No es lo que piensas —se apresuró a asegurarle la Oradora Lena—. Es cierto que tu cuerpo morirá, pero conservaremos tu modelo cerebral y lo reinstalaremos en un nuevo cuerpo que nosotros mismos crearemos. Tu nuevo cuerpo puede ser exactamente el mismo que el que posees ahora o modificado según tus propias especificaciones.

—Tienen la intención de hacer un clon de mi, entonces —dijo Clive, pronunciando con toda soltura aquella palabra antaño del todo desconocida para él.

—No exactamente —respondió Chary—. Es cierto que vamos a crear un clon de tu cuerpo (a partir de las muestras celulares que obtendremos del viejo con este propósito), pero tu esquema cerebral y tu personalidad (todo lo que constituye tu modo auténtico de ser) serán los originales. Cuando vuelvas al mundo sentirás como si despertases de un largo sueño. Pero no será molesto.

—¿Y esto necesita mi muerte como combustible? —preguntó Clive.

—Bueno, tu sangre. Sangre Folliot.

—¿Por qué sangre Folliot?

Chary y la Oradora Lena se encogieron de hombros.

—Así es como los chaffri lo diseñaron —respondió Chary—. Pero, puesto que

probablemente robaron los planos de los gannine, ¡quién sabe por qué funciona solo de este modo! Hemos probado con otras sangres, pero en vano.

—¿Así que solo funcionará con mi sangre o con la de mi gemelo?

—Con cualquiera que tenga tu sangre, como, por ejemplo, tu descendiente, Annabelle Leigh.

—¿Por qué no nos extrajeron la sangre cuando nos capturaron en cualquiera de los niveles anteriores? ¿O acaso se requiere un sacrificio voluntario?

—Es muy singular —respondió Chary—, pero así parece ser. Según los informes recibidos, si el donante no participa de forma voluntaria, provoca un desequilibrio en la sangre que impide el funcionamiento del ghofter.

—¿Por qué no han usado cualquiera de los clones que han fabricado a partir de nosotros?

—Porque —contestó Chary— aunque el clon sea una copia exacta del original, solo con éste funciona.

—O así lo dicen los planos que tenemos en nuestro poder —agregó la Oradora Lena—. Lo hemos experimentado con todo, salvo con sangre del Folliot original, y todo sin éxito.

—No suena muy prometedor —comentó Clive.

—No tienes que temer nada —trató de tranquilizarlo la Oradora Lena—. Incluso si el experimento demostrara ser otro fracaso, podríamos reintegrarte en un nuevo cuerpo con todos tus atributos intactos. No arriesgas nada en absoluto.

Clive frunció el entrecejo, meditabundo.

—Si el combustible del ghofter puede ser reduplicado infinitamente, ¿por qué matarme para alimentarlo? ¿Por qué no extraerme solo una dosis de mi sangre?

—Porque —explicó Chary— la inyección inicial de combustible tiene que ser de unos cinco litros, es decir, la cantidad total de sangre del cuerpo humano.

—Te lo repito —le aseguró la Oradora Lena—. No arriesgas nada.

«¿Nada?», pensó Clive.

Miró de nuevo el ghofter.

¿Y su alma? ¿No arriesgaba su alma?

Respecto a eso parecía haber un fallo en el razonamiento de los ren. ¿Cómo podrían sus máquinas transferir el alma humana de un cuerpo a otro? Pensamientos y recuerdos... Después de todo lo que había visto desde que había llegado a la Mazmorra, con la facilidad que tenían los Señores de la Mazmorra para la manipulación de los recuerdos, podía entender cómo pensamientos y recuerdos podrían ser transferidos con éxito. Pero no un alma.

Y aquello era la clave de aquel artefacto llamado ghofter, decidió Clive.

No solo necesitaba la sangre Folliot original para funcionar, necesitaba también su alma: un precio demasiado alto.

No era que nunca hubiese tenido intención alguna de ayudar a los ren o a los chaffri. Lo que quería era llevarlos a la derrota, así de claro y simple, y, de paso,

aplastar también a los gannine. Las tres razas eran puras monstruosidades.

Puso la mano en la lisa superficie sintética del artefacto una vez más; luego se volvió con toda lentitud hacia sus anfitrionas.

—¿Cuándo empezamos? —apremió.

La Oradora Lena pareció sorprendida un momento, pero pronto se recobró.

—Vaya, pues de inmediato —repuso—. Solo tardaremos unos momentos en preparar el procedimiento... —y echó una mirada interrogativa a Chary.

—Podemos estar a punto en quince minutos —confirmó la técnico.

—¿Tan rápido? —dijo Clive.

La Oradora Lena se volvió de nuevo hacia él.

—¿Estás absolutamente seguro de que quieres hacerlo? —insistió ella.

—Oh, sí.

—Entonces te voy a llevar a un lugar más cómodo, donde puedas esperar mientras los técnicos disponen la maquinaria.

—Preferiría esperar aquí —dijo Clive volviendo a posar la mano en el hombro del ghoster—. Para meditar con mi..., supongo que podríamos llamarlo así, ¿no...?, mi descendiente.

—Supongo que sí —contestó la Oradora Lena con un lento asentimiento—. Chary, ¿te encargarás de los preparativos?

—Enseguida.

Clive aguardó hasta que la mujer técnico hubo salido de la sala. Luego, cuando quedó a solas con la Oradora Lena, dejó de mirar al ghoster y volvió la vista hacia ella.

—Debes pensar muy mal de nosotros —le comentó la ren.

Clive logró esbozar una sonrisa.

—De ninguna manera. —Se apartó del artefacto y se acercó a la Oradora—. Ustedes luchan para sobrevivir, es una reacción muy comprensible.

—Sabía que lo comprenderías.

—Como espero que me comprenda usted a mí —dijo Clive entre dientes.

Y, antes de que la Oradora pudiese hacer movimiento alguno para esquivarlo o para dar la alarma, Clive le asestó un potente puñetazo en el plexo solar. La Oradora Lena se dobló en dos y se desplomó. Y Clive echó a correr hacia la pared acristalada.

—¡Nnno! —gritó la Oradora Lena desde el suelo.

Clive se volvió y vio que hacía enormes, pero vanos, esfuerzos para ponerse en pie.

—Yo también lucho por la supervivencia, por la mía —le espetó.

Miró hacia la Puerta. Maldición, necesitaba más tiempo. La vista de la calle urbana acababa de desaparecer. Cosa que significaba que el siguiente paisaje sería la tundra ártica, la cual sería seguida por el asteroide..., al menos dos vistas antes de que saliera un paisaje apropiado, que podría ser el bosque.

Clive creyó oír a alguien en la puerta de la sala.

—Las imágenes... que aparecen en la pantalla... son randoms —dijo la Oradora Lena, evidentemente luchando por reprimir la náusea. Y con sus ojos imploraba a

Clive que no huyese.

La Puerta tan solo mostraba grisura.

Clive oyó un ruido en la puerta de la sala.

Maldición, llegaban demasiado pronto.

—Los randoms solo... son... —y tuvo un espasmo en la garganta, como si estuviera conteniendo la bilis.

La puerta de la sala se abrió con estrépito, y un grupo de guardias armados hizo su aparición.

La grisura de la Puerta se esfumó dejando paso al escenario ártico.

—Solo... son ficciones... de los gannine... —consiguió decir por fin la Oradora Lena.

Clive no sabía a lo que se refería ni con randoms ni con ficciones. Lo único que sabía era que tenía una oportunidad de escapar. Y que no tendría otra.

—¡Nnno! —aulló la Oradora Lena.

Pero Clive ya cruzaba el cristal.

La celda de los chaffri resultó hallarse en un área de confinamiento general donde encerraban tanto a sus propios criminales como a los intrusos que penetraban en su mitad de Abajo. La mayoría de prisioneros, una docena aproximadamente, que constituía su compañía, era humanoide, según advirtió Annabelle cuando la empujaban hacia dentro junto con el resto de su banda. Pero había algunos de los seres alienígenas auténticos con los que se había topado más de una vez en la Mazmorra.

Se fijó en uno, de piel quitinosa y seis miembros, que le recordó a Chillido, aunque la arácnida tenía dos miembros más; en otro rincón, una bola de pelo se desenrolló lo suficiente como para que un par de ojos pudiera examinar a los nuevos prisioneros, antes de que la criatura o lo que fuera se enrollase de nuevo.

Annie se volvió para mirar a los chaffri cuando cerraban la puerta de la celda tras ella.

—Pronto vendremos por ti —le dijo Peotor mientras pasaba el cerrojo—. Harías mejor en sosegarte: el ghoster requiere una participación voluntaria.

Con sus adornos de plumas y sus relucientes vestidos, con sus rostros maquillados de colores chillones sobre la piel blanca, los chaffri a Annabelle no le recordaban a nada tanto como a payasos.

«Correcto. Payasos», pensó. «Pero pongamos payasos asesinos».

—Antes te pudrirás que yo te ayude —le espetó Annabelle.

Peotor sonrió.

—Sé que te gustaría que así fuera, pero vendrás igualmente, y por voluntad propia. O eso, o descuartizaremos a tus amigos en tu presencia, miembro a miembro.

—Te...

—En realidad, no tienes por qué preocuparte tanto. Ayúdanos, y tus amigos vivirán, y tú saldrás de esto con un cuerpo nuevo.

Antes de que Annabelle pudiera replicar a eso, Peotor le dio la espalda y fue a reunirse con el resto de los chaffri que salían del área de confinamiento.

—¡Te voy a cortar los cojones, la polla! —le gritó Annabelle, pero la puerta de metal que aislaba el compartimiento de las celdas del resto del complejo de seguridad de los chaffri se había ya cerrado con un estrépito metálico.

Soltó un largo suspiro y se volvió para mirar de nuevo a sus compañeros de celda. Y cuando tres figuras familiares se levantaron de entre los desconocidos, parpadeó sorprendida, olvidando por un instante su rabia.

—Jesús, ¿cómo habéis llegado aquí?

Frente a ella se hallaban dos de los japoneses de Nueva Kwajalein, de uno de los primeros niveles de la Mazmorra: el sargento Nomura, que había estado al cargo del aeroplano japonés de combate, la Nakajima 97, y Chuichi Fushida, el sargento que había comandado la patrulla de exploración que había capturado a Annabelle. Pero el que llamó su inmediata atención fue el ciborg Chang Guafe.

—¿Dónde está Clive? —le preguntó—. ¿Y los demás?

—Eres la primera de nuestro grupo que he visto desde que Clive y yo nos separamos en la mitad ren de la ciudad —contestó Guafe—. Me dirigía a la Puerta chaffri cuando me capturaron.

Smythe se acercó más.

—¿Qué le ha pasado a Clive? —le interrogó—. ¿Cómo está? Maldita sea, hombre, ¿dónde está?

—Aún con los ren. Ha...

El ciborg dudó, actitud poco corriente en él, pensó Annabelle con cierta sensación de desánimo. Lo que fuera que temía decir, era una muy mala noticia.

—¿Ha qué? —insistió ella, aunque no estaba segura de quererlo oír.

—Ha unido sus fuerzas con las de los ren.

—¡Pero si son nuestros enemigos! —exclamó Tomás—. ¡Cristo! Seguramente solo finge ayudarlos.

—Eso espero.

—No parece estar seguro —le dijo Annabelle.

Guafe se encogió de hombros, otro gesto desconocido en él.

—No me confió sus planes.

«Pero ¿cómo pudo ocurrir que se separaran?», se preguntó Annabelle; sin embargo, decidió que no era el momento de entrar en el tema. Si Guafe hubiese querido hablar de ello, ya se lo habría contado.

Annie se volvió hacia los japoneses.

—Es bueno volveros a ver de nuevo —les dijo, dedicando una leve inclinación de cabeza a cada uno—. Fushida-san, Nomura-san.

Los japoneses parecían muy contentos de encontrarse con una cara conocida.

—Mucho gusto de volverla a ver, Sagrada nuestra.

Annabelle suspiró. Cristo, otra vez aquello, no, por favor. Pero no tenía energías suficientes para disuadirlos de aquella manía.

—¿Cómo llegasteis aquí? —preguntó.

—Esa gente, los chaffri —respondió Fushida—. Después de recuperar la Nakajima de donde la abandonó usted...

—Oh, sí. Lo siento.

Los chaffri hicieron una incursión en la Nueva Kwajalein y nos la arrebataron.

—¿Para qué querrán una vieja avioneta? —se preguntó Annabelle en voz alta.

—No nos lo han confiado —respondió Nomura.

—Estábamos probando en un nuevo sistema de combustible —prosiguió Fushida — cuando los chaffri nos atacaron. Llegaron con una máquina que se tragó la Nakajima entera, con nosotros en su interior. Y lo siguiente que vimos fue que nos encontrábamos en esta ciudad. Cuando los chaffri nos descubrieron, nos encerraron en esta celda y aquí hemos estado desde entonces.

—No quieren decirnos nada —se quejó Nomura.

Fushida escupió en el suelo de la celda.

—No tienen sentido del honor.

—No tienen sentido de nada digno de consideración —agregó Annabelle. Iba a preguntarles más cosas cuando uno de los demás prisioneros se les acercó.

Era un mulato alto, flaco y de piel oscura, lo cual indicó a Annabelle que no era un chaffri prisionero por sus crímenes, no lo era a menos que existieran chaffris de piel diferente a la de los del grupo que la habían capturado. Ese hombre tenía aspecto de hombre de la calle: unos ojos vivos que lo miraban todo, una pose de preparado para moverse en el acto en cualquier dirección. Un hombre cauteloso. Pero cuando habló, Annabelle no pudo evitar rebajarlo a la categoría de los chalados.

—La llamó a usted Sagrada —empezó el hombre.

—Sí, pero...

—Tiene que llamarlos para que vengan a ayudarnos. Los chaffri ya no nos van a mandar a los Tugurios. Están fabricando zeros como locos, y son nuestros cerebros los que van a meter en aquellas malditas cabezas de ordolita.

—¿Llamar a quién? —preguntó Annabelle.

—A los gannine. Usted es la Madonna, ¿no?

Annabelle tuvo que echarse a reír.

—¿Yo? No creo, tío. Nunca me creí aquel disparate de una virgen pariendo.

—No, no —dijo el desconocido—. No estoy hablando de mitología. Me refiero a la Madonna de los gannine, a su agente.

Otro hombre se acercó entonces a ellos; era más bajo, con el pelo muy rizado y de complexión menuda.

—Puede que no lo sepa, Kan —le dijo.

El primer hombre se volvió para mirar al recién llegado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas lo que nos dijo el Cloak?

El hombre llamado Kan asintió lentamente.

—Ya veo.

—Sí, bien, pero yo no —dijo Annabelle—. ¿Me quiere alguien explicar qué diablos está pasando aquí?

—Bien, mire... —empezó el segundo hombre.

—Alto ahí, ¿cómo os llamáis? ¿Y qué pollas estáis haciendo aquí?

—Yo soy Sordiam y mi amigo aquí presente es Kan. Somos de los Tugurios. Nos apresaron mientras hacíamos contrabando.

—Muy bien. —Annabelle hizo las presentaciones de su propia banda—. Así que ese tal Cloak de quien estabais hablando... ¿es un agente de los gannine?

Recordó que Casady le había contado algo acerca del Cloak, algo acerca de que también era conocido por Lucero del Alba o Lucifer.

—Solo que él no lo sabía hasta hace muy poco —asintió Sordiam—, cuando entró en contacto con los gannine y lo bajaron al noveno nivel.

—Si lo llevaron abajo, ¿cómo consiguió contároslo?

—Estábamos allí cuando lo cogieron —dijo Kan.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Annabelle.

Entonces temió que si ellos creían que era la Madonna, alguien podría imaginarse también que Clive, o Neville, era ese tal Cloak. Si los gannine habían bajado a uno de los dos al noveno nivel, quizá ya no lo volviera a ver nunca jamás.

—Mejor aún —añadió antes de que ninguno de los dos hombres pudiera responder—. ¿Cómo son los gannine?

—No lo sabemos —contestó Sordiam—. Ocurrió Arriba, en un callejón oscuro, un callejón negro como un pozo, y solo pudimos oír las voces.

—¿Y el Cloak?

—Es un negro.

Sordiam prosiguió la descripción del personaje hasta que a Annabelle empezó a parecerle muy familiar.

—Eso me suena a barón Samedi.

Kan asintió.

—Ése es el nombre por el que lo conocimos.

—Pero ya está muerto. Vimos cómo moría en el séptimo nivel.

—Y muchas veces —agregó Sidi.

—Los que murieron eran sus clones.

—Oh, Jesús —suspiró Annabelle frotándose las sienes—. ¿Cuándo van a empezar a tener sentido las cosas?

Miró a sus compañeros y en sus rostros vio la misma mezcla de desconcierto y exasperación.

—Oímos lo que ese cerdo de chaffri le dijo —continuó Sordiam—. Quiere desangrarla para alimentar a los ghosters, ¿no es así?

Annabelle asintió.

—Dijo que solo funcionarían con sangre Folliot.

—Ese nombre lo he oído antes —comentó Kan.

—¿Dónde? —preguntó Smythe con interés.

—Se lo oí a los gannine, cuando estaban hablando con el Cloak, el barón Samedi. Por lo que decían parecía como si los Folliot y los gannine fueran lo mismo.

»Si uno lo piensa, tiene sentido —añadió Sordiam—. Los chaffri robaron los planos del ghoster a los gannine. ¿Por qué no tomarían sangre gannine para hacerlos funcionar?

—Ea, esperad un momento —dijo Annabelle—. Yo no tengo nada que ver con la gente que manda aquí. Yo no soy su Madonna, los Folliot son ingleses, no Señores de la Mazmorra, y...

La puerta del área de confinamiento se abrió con estrépito y Peotor hizo su aparición acompañado de un par de zeros, ambos de la estatura de un ser humano. La conversación murió en los labios de los prisioneros mientras miraban con inquietud al chaffri.

—¡Qué discusión más fascinante! —ironizó.

—Escuchadme —empezó Annabelle recuperando la voz, pero Peotor la interrumpió.

—¿Has tomado una decisión? ¿Vienes voluntariamente o tenemos que descuartizar a unos cuantos de tus amigos primero?

—Yo...

Sidi avanzó hasta llegar a su altura.

—No te preocupes por nosotros, Annabelle.

—*Sim* —dijo Tomás, situándose en el flanco opuesto al de Sidi—. Resistiremos juntos o moriremos juntos.

Smythe y Finnbogg se alinearon también con ella, como también hicieron, para sorpresa suya, Guafe y los dos japoneses. Sordiam y Kan se mantuvieron unos pasos alejados de ellos y observaron la escena con interés.

—Lo siento, chicos —dijo Annabelle a sus compañeros—. Pero tengo que ir.

Porque no podía quedarse y ver que alguien moría por ella. Imposible. No tendría el menor sentido.

¿Era aquél el dilema en que el mismo Clive se había encontrado?, se preguntó. ¿Obligado a unirse a sus enemigos (o al menos a fingir que se unía a ellos) hasta que surgiese una oportunidad para la escapada?

—No —dijo Sidi—. No puedes...

Pero Annabelle hizo que no con la cabeza.

—Tengo que hacerlo —dijo—. Yo... os veré luego. Saludad a Clive y a los demás de mi parte, si os tropezáis con ellos.

—No se fíe —dijo Tomás—. Nos matarán de todas formas, nos convertirán en... —echó un vistazo a Sordiam y a Kan—... en zeros, como nos han contado éstos.

Annabelle simplemente negó con la cabeza. Se volvió de modo que daba la espalda a Peotor, y guiñó un ojo a sus compañeros llevándose la mano al pecho y recordándoles lo poco que le costaría activar el Baalbec.

—Me arriesgaré a creer que mantendrán su palabra —dijo.

—Claro que mantendremos nuestra palabra —afirmó Peotor.

Mientras los zeros seguían con los láseres apuntados a los prisioneros, el chaffri abrió la reja e indicó a Annabelle que saliera.

—Sígueme, por favor —le ordenó una vez hubo acerrojado de nuevo la celda.

Annabelle saludó a sus amigos con la mano; luego, la puerta maciza de la sala de

las celdas se cerró tras sí y ella se encontró en un largo corredor, con Peotor delante, los zeros a sus lados y la celda oculta a su visión. El sonido de sus pasos resonó huecamente por el pasillo.



Neville intentaba describir un teatro londinense a Alyssa cuando por fin oyó de nuevo la voz de Chillido en su mente. Él y los tuanos habían recorrido kilómetros de conducto de ventilación (kilómetros en proporción a su talla, de cualquier forma), desde que se habían separado de la araña. Durante todo aquel tiempo no había recibido ninguna comunicación de Chillido, y Neville había evitado intentar contactar con ella por temor a distraerla en algún momento crucial, en algún momento en que necesitase de toda su concentración.

Y no podía reprimir una preocupación creciente a medida que pasaban las horas.

¿Ser Neville?

La oigo, Chillido, contestó él, con patente alivio en la voz mental. ¿Se ha topado con problemas?

Aún no. Pero me he topado con otros que necesitan nuestra ayuda.

¿Otros?

Neville pudo sentir la sonrisa de ella en su mente.

Los miembros desaparecidos de nuestra compañía, le dijo Chillido.

¿Sí? ¿Cómo están? ¿Dónde están? ¿Ha hablado con Clive?

Chillido dudó unos cuantos segundos antes de responder:

Tu hermano no está entre ellos.

¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

No lo sé. Tampoco veo al Ser Guafe en su grupo.

Una imagen llenó de repente la cabeza de Neville, y comprendió que estaba viendo a través de los ojos de Chillido. Veía, a vista de mosca, un pasillo por el cual circulaban los diferentes miembros de su anterior compañía. Annabelle y Smythe, Sidi y Tomás, el leal Finnbogg. Evidentemente, eran los prisioneros de las cibernéticas criaturas y de los extravagantes humanos que andaban con ellos.

Estos últimos debían ser, supuso Neville, los esquivos habitantes de la ciudad. *¿Dónde está usted?, preguntó.*

Por la potencia de tu voz, creo que estamos bastante cerca el uno del otro, contestó Chillido. Voy a mantener abierta nuestra línea mental para que puedas usarla para localizar mi posición.

Estaremos con usted tan pronto como nos sea posible, respondió Neville.

Abrió los ojos y miró a Alyssa.

—Chillido ha encontrado a mis compañeros —le informó.

—¿Dónde están?

—No muy lejos. Los Señores de la Mazmorra los tienen prisioneros. —Y se puso en pie—. ¿Vendrán conmigo?

Alyssa asintió y se levantó también.

—Claro que sí —contestó. Luego dijo a los suyos—: ¡A cabalgar!

En breves momentos los tuanos estuvieron a caballo de su montura y galopando a paso veloz por los conductos de ventilación, siguiendo a Neville como guía. Dos veces fueron a parar a puntos muertos y tuvieron que retroceder, pero cada vez estaban más cerca de Chillido, puesto que su voz mental se oía cada vez más potente en la cabeza de Neville.

Una advertencia, Ser Neville, le dijo en un determinado momento.

¿Qué ocurre?

Hay una enorme discrepancia de tamaño entre nosotros y el resto de nuestra compañía.

¿Qué quiere decir?

Pero aunque lo había preguntado, ya sabía la respuesta. Él mismo lo había imaginado. Algo de aquel espejo por el que habían cruzado para llegar al presente nivel de la Mazmorra había alterado sus tamaños.

Cabríamos en las palmas de sus manos, contestó Chillido.

Maravilloso, pensó Neville. Diminutos como eran, ¿cómo podían siquiera esperar rescatar a los demás, de tamaño normal?

Los conductos de ventilación continuaban desplegándose bajo el rápido paso de los silvers de los tuanos.

Ahora se han parado, transmitió Chillido a Neville.

De nuevo, la mente de éste se llenó de imágenes de lo que ella veía.

Una celda, dijo Neville.

Chillido asintió telepáticamente.

Y ahora veo al Ser Guafe.

Pero no a mi hermano.

Esperaré hasta que sus carceleros se vayan para acercarme a ellos.

No, repuso Neville. *Espere a que lleguemos nosotros. Porque puede que otro de los prisioneros la confunda con un..., usted dispense, Chillido, con un bicho.*

Me pondré en contacto con ellos por medio de la telepatía.

Insisto en que nos espere. ¿Quién sabe? Quizá sus capturadores también posean la capacidad de comunicarse sin hablar. Si usted transmite mientras están presentes, podría ser que todos acabáramos prisioneros.

Entonces daos prisa, dijo Chillido a modo de respuesta.

Alyssa puso de nuevo a la compañía a toda marcha cuando Neville le hubo contado los pormenores de la conversación con la mujer araña, pero aún tardaron casi media hora para llegar al compartimiento de las celdas que Chillido había mostrado a Neville por medio de sus ojos. Él y Alyssa miraron por la reja más cercana

y vieron a los prisioneros. Chillido estaba colgando al otro lado de la reja del conducto.

—No veo a Annabelle —dijo Neville. *Se la han llevado*. Dudó un instante y luego añadió—: Tienen intención de matarla. ¿Sabe adonde la han llevado?

Chillido negó con un movimiento de la cabeza.

No, pero puedo seguirle el rastro por los pensamientos.

Tome contacto con los demás, le dijo Neville. *Vea si pueden sacarnos de este maldito conducto.*



Podría haber resultado cómico contemplar la confusión que el súbito acto de presencia de Chillido provocó en sus compañeros, a no ser la situación tan grave. Guafe fue el primero en recobrase.

—Clive y yo llegamos como gigantes —dijo el ciborg.

—Ya nada me sorprende como imposible —añadió Smythe.

Subido a hombros de Guafe y por medio de la hebilla de su cinturón, Smythe soltó los tornillos que fijaban la reja a su encaje. Con gran cautela, pasaron todos uno a uno, Neville, los tuanos y los silvers, a las manos ansiosas de los demás.

—*Mae de Deus* —masculló Tomás—. ¿Qué harán con nosotros después?

Sidi contó rápidamente a Neville lo que les iba a ocurrir a Annabelle y a Clive.

—¿Está en la otra mitad de la ciudad? —preguntó Neville.

—Allí estaba la última vez que lo vi —dijo Guafe.

—Annabelle es nuestra preocupación más inmediata —dijo Sidi.

Neville asintió con lentos movimientos.

—Pero ¿y Clive? —quiso saber—. Si esos ren quieren utilizarlo de modo similar...

—Lo sé, señor —dijo Smythe, también con preocupación evidente—. Pero Annabelle está más cerca.

—Eso seguro —acordó Neville. Desde su elevada posición en la palma de la mano de Smythe miró los barrotes de la celda y luego al ciborg—. ¿Puede sacarnos de aquí, Guafe?

—Puedo intentarlo.

El ciborg cruzó la celda hacia los barrotes. Ejercitó los músculos un momento, y luego, con sus manos metálicas, agarró dos barrotes y empezó a hacer fuerza en ellos para separarlos. Durante un tiempo que se sintió larguísimo pareció no ocurrir nada. A diferencia del rostro de un hombre, el de Guafe no daba signos del enorme esfuerzo que estaba realizando. Su frente metálica estaba seca, y su expresión denotaba concentración, pero nada más.

Smythe depositó a Neville en el suelo y fue a echar una mano al ciborg. Un

momento después, Sidi y Tomás se añadían a él, y éstos pronto recibían la ayuda de los dos japoneses y del par de contrabandistas, Sordiam y Kan. Con tantos brazos a la tarea, su éxito fue cosa asegurada.

Poco a poco los barrotes empezaron a ceder.

Cuando el espacio fue lo suficientemente ancho como para permitir el paso de un hombre, se retiraron de la reja y prorrumpieron en un breve hurra. Neville se metió en el bolsillo del pecho de Smythe; Chillido trepó a su hombro; Alyssa y su silver, en un bolsillo lateral, y otro tuano con su correspondiente silver en el otro. El resto de los tuanos se repartieron con presteza en los bolsillos de los demás. Los prisioneros pasaron al corredor del otro lado de los barrotes.

—Ahora, por esta puerta —dijo Tomás.

A diferencia de la puerta de la celda, ésta era de metal sólido, y maciza, salvo por una ventanilla a nivel del ojo. Guafe espizó por ella.

—Vía libre en el pasillo —dijo.

Pero antes de que nadie pudiera preguntar cómo tenía pensado abrir aquella puerta, con una mano se colgó del travesaño del marco y se izó a peso. Cuando estuvo a la altura deseada, rompió la ventana con el canto de la mano libre y pasó el brazo al otro lado. Un instante después todos oyeron el ruido del cerrojo al descorrerse.

Guafe descendió de nuevo al suelo. Dio un empujón a la puerta y ésta se abrió en silencio hacia el pasillo. Guafe cruzó el umbral y los cristales rotos crujió bajo sus pies.

—¿Por qué no intentó la huida antes? —interrogó Smythe.

Él ciborg se encogió de hombros.

—Solo llegué una media hora antes que vosotros —respondió—. Y además esperaba el momento oportuno.

El ciborg volvió la vista hacia la diminuta Chillido que cabalgaba en el hombro de Smythe.

—¿Hacia dónde ahora? —le preguntó.

La arácnida cerró los ojos un momento y luego señaló hacia su izquierda con una quitinosa extremidad superior.

—Hacia allí.

El lugar adonde la llevó Peotor era una nave descomunal, casi la cuarta parte de un estadio de fútbol. Annabelle se detuvo en la entrada y se quedó atónita mirando aquel inmenso volumen, con un zero flanqueándola a cada costado y siguiendo todos sus movimientos. Poco a poco fue asimilando la asombrosa vista.

Una pared entera estaba ocupada por lo que ella supuso que era una especie de pantalla de vídeo. La mayoría del tiempo emitía unas indefinidas formas grises, pero a intervalos regulares aparecían las imágenes de una serie en rotación, separadas unas de otras por los momentos en que la pantalla entera se volvía gris. Annabelle vio en la pantalla la desolada superficie de un asteroide, y de nuevo las formas grises; un bosque de coníferas, profundo y espeso como los del Estado de Nueva York, y de nuevo las formas grises; el interior de una nave espacial...

A lo largo de otra pared, con sus cristalinas superficies de ordolita ultrailuminadas por las imágenes fluctuantes de la videopantalla, se hallaba la larga hilera de ghosters que la sangre de Annabelle debía poner en marcha. No los contempló durante mucho tiempo. Evidentemente, existían con el único propósito de la guerra, y el hecho de que algo de su persona los iba a hacer operativos le producía una sensación de vértigo, de vacío interior.

Pero ¿qué podía hacer?

Los chaffri matarían a sus amigos si no actuaba según sus órdenes, si no actuaba voluntariamente de acuerdo con ellos de tal modo que el equilibrio químico de su sangre fuera el exacto para que los ghosters entrasen en funcionamiento. Sin embargo, ¿qué tipo de destrucción causarían aquellas máquinas? ¿Se detendrían los chaffri una vez hubiesen conquistado la Mazmorra? Una vez que la Mazmorra estuviera bajo su férula, ¿no proseguirían su expansión hacia todos aquellos mundos de donde habían cogido prisioneros, todas aquellas pobres almas que no eran más que piezas del juego en la demencial lucha de los chaffri contra los ren y los gannine?

Se imaginó a todos aquellos ghosters cayendo sobre su propia tierra, sembrando la destrucción por doquier.

Pensó en su hija, Amanda. En los miembros de su banda. En sus amigos y familiares. En toda la gente que formaba la confusión de locos que era su planeta. En todos aquellos cientos de millones de seres de todos los distintos mundos y tiempos, mundos y tiempos de donde los Señores de la Mazmorra habían sacado su carne de cañón.

¿Cómo podría ser ella responsable de todas aquellas muertes?

Porque sería su sangre la que alimentaría aquellos malditos artilugios.

Ella sería parte de los ghosters.

Ella sería responsable.

Annabelle siempre había poseído cierta rudeza callejera, algo que la Mazmorra había potenciado en ella, más y más cuanto más hacía que estaba atrapada en ella; pero nunca había sido amante de la violencia. Nunca la había atraído la guerra. Aunque estaba dispuesta a luchar por lo que creía, no disfrutaba con los instrumentos que causaban dolor, con las cosas cuya mera razón de existir era la destrucción.

Y aquellos ghosters...

En la gran pantalla apareció un paisaje selvático, y desapareció en las formas grises.

Su mirada viajó, a través de la gran extensión del suelo, hacia el costado de la sala opuesto a los ghosters. Sus ojos se iluminaron al ver la japonesa Nakajima 97 allí estacionada; junto a ella había un globo de aire caliente deshinchado, también una curiosa máquina que se parecía a las típicas naves espaciales en forma de platillo, y algunos otros artefactos que no reconoció, pero que supuso que eran vehículos voladores de uno u otro tipo.

—¿Qué están haciendo esas naves ahí? —preguntó a Peotor.

El chaffri se encogió de hombros.

—A veces, cuando vamos en busca de gente, también traemos sus vehículos consigo. Dejamos que los conserven, mientras no funcionen; pero si pueden ponerse en marcha, tenemos que quitárselos.

Annabelle recordó algo que Clive le había contado de su estancia en Dramara.

—¿Y los aerodeslizadores que tienen los dramaranos?

—Confiscamos solo los vehículos que pueden alcanzar cierta altura. La atmósfera de la Mazmorra no es la misma que encontraríamos en un mundo similar al tuyo. Aquí, cuanto más arriba, más espesa es. Tememos que una nave como la Nakajima podría romper irreparablemente el cielo.

El gris de la videopantalla se aclaró para dejar paso a una bulliciosa calle de ciudad, con criaturas extraterrestres ajetreadas en toda su longitud, extraños automóviles circulando con lentitud por donde se hallaría la acera en el mundo de Annabelle y peatones andando por el medio de la calzada.

La imagen se desvaneció y dejó paso al gris.

Annabelle volvió a mirar la Nakajima, evocando el vuelo que realizó en ella. La pintura verde del fuselaje y de las alas había perdido color y se descascarillaba; los círculos rojos en los extremos de las alas y cerca de la encrucijada de la cola estaban en condiciones deplorables, pero para ella el aeroplano seguía siendo una máquina espléndida. Annabelle tenía ante sí algo hecho para la guerra, pero cuyo uso no se restringía necesariamente a la guerra.

En la pantalla apareció la vista de un yermo paisaje ártico. Annabelle captó tan solo un atisbo de una figura en el hielo, y entonces la imagen se esfumó y dejó paso a

la grisura.

—¿Qué son esas imágenes? —preguntó ella señalando la pantalla—. ¿Una especie de..., qué..., meditación visual o algo por el estilo? Pasan con la misma regularidad, los mismos paisajes se repiten...

—Eso es la Puerta al noveno nivel, donde han despertado los gannine —le explicó Peotor—. Vamos a enviar a los ghosters a través de ella una vez que hayan sido activados.

—¿Todos esos diferentes lugares hay en el nivel nueve? —preguntó Annabelle. Peotor respondió:

—No exactamente. Las imágenes que ves son randoms, una serie de los mundos en miniatura que los gannine han creado en el noveno nivel para confundir nuestros aparatos de orientación en el momento de dar el salto entre los niveles. Las imágenes se han ido incrementando día a día y pronto ya no quedará nada de las interrupciones grises; entonces, el noveno nivel quedará cerrado para nosotros, por esta Puerta.

—¿Cuando la pantalla está gris significa que el paso al siguiente nivel está abierto?

—Exacto.

La superficie del asteroide apareció de nuevo a la vista, y fue sustituida de inmediato por el color gris.

—Así pues, ¿esos lugares que muestra la pantalla no son reales? —preguntó Annabelle.

—Oh, sí, desde luego que son reales. Solo que no sabemos dónde se hallan.

—Pero, claro, con vuestra tecnología debéis tener vuestras propias puertas en funcionamiento, ¿no?

Peotor asintió.

—Sí, pero algo en la naturaleza de la ordolita que usamos para fabricar los ghosters y los zeros, impide a éstos saltar por ningún otro lugar que por las puertas creadas por los gannine.

En la pantalla, la grisura se convirtió en el bosque conífero; luego se volvió gris otra vez.

Un técnico se les acercó desde el costado de la nave más cercano a la puerta por la que habían entrado. Allí había bancos de maquinaria electrónica y de otros aparatos, y chaffris ataviados con colores chillones se agitaban entre ellos, atareados como hormigas.

—Estamos a punto para ella —dijo el técnico.

Peotor cogió el brazo de Annabelle.

—Recuerda —le dijo mientras la conducía—. Tienes que hacerlo voluntariamente. Annabelle volvió la mirada hacia él.

—Voluntariamente. Fantástico. Entregar mi vida para que podáis utilizar mi sangre y podáis alimentar a todos esos monstruos, solo para que vuestros muchachos puedan matar con más eficacia.

—No a todos —explicó Peotor—. Solo a uno. Cada ejemplar necesita unos cinco

litros de sangre Folliot para la combustión inicial.

—Luego vais a necesitar a otros Folliot para alimentar a los demás.

Peotor asintió.

—Ya estamos trabajando en eso.

«Oh, Cristo», pensó Annabelle. «¿Y si van tras Amanda?»

—Pero —dijo Peotor— por el momento solo necesitamos a uno en funcionamiento.

Annabelle echó un vistazo a los ghosters y reprimió un escalofrío. Luego, el yermo ártico en la pantalla atrajo su atención un instante.

Justo antes de que desapareciera advirtió que había un hombre en el hielo. Y no solamente pudo vislumbrarlo, sino que pudo reconocerlo. Era Clive.

La pantalla se volvió gris.

Annabelle se giró hacia el chaffri que cogía su brazo.

—Allí, en el hielo... —empezó.

—Lo sé —dijo—. Es tu antepasado. Es una lástima que no pudiéramos capturarlo antes de que un random se lo tragase, pero no estamos dispuestos a arriesgarnos a perseguirlo. Cruzar hacia un lado es fácil, regresar es otra cosa bien distinta.

—Pero...

—Al menos los ren no lo tienen. Y desearía poder decir lo mismo de su hermano...

Mientras iban hablando, el chaffri fue conduciendo a Annabelle hacia donde los técnicos se preparaban para trasplantar su patrón cerebral a las computadoras y para recoger luego la sangre que alimentaría a los ghosters.

—Sois un auténtico atajo de hijos de puta, ¿no?

Peotor chascó la lengua repetidas veces.

—Voluntariamente, ya sabes —le dijo—. No lo olvides. O tus amigos sufrirán las consecuencias. Voluntariamente.

¡Qué risa! Y, de todas formas, ¿quién le podía asegurar que después soltarían a los demás?

Y, al verse rodeada por varios técnicos sonrientes, todos a punto para conectarla a sus máquinas, comprendió que había llegado de veras al final del camino.

«Annie, estás con la mierda hasta el cuello», observó para sus adentros.

¡Qué conclusión más brillante! Le vino a la memoria Jack Casady, con su pensamiento positivo, con toda la psicología *pop* que decía: «Sí, tú también puedes ganar, solo con que lo *creas*».

Sea como fuere, no creía ahora que cantar una canción sirviese de nada.



El primer zero con el que se tropezaron quedó más sorprendido que ellos mismos de su encuentro.

Guafe iba a la cabeza cuando doblaron una esquina y se hallaron frente a la perruna criatura. Pero antes de que ésta tuviera conciencia clara de la situación y pudiera dirigir sus láseres al grupo, Guafe salvó de un salto la distancia que lo separaba de ella y abatió su puño metálico contra el casquete protector que guardaba su cerebro.

El primer golpe resquebrajó el casco transparente; el segundo, lo rompió. El líquido de su interior se derramó por el cuerpo de la criatura, produciendo chisporroteos y pequeños estallidos al entrar en contacto con sus componentes eléctricos. El cerebro quedó aplastado en su alojamiento. Un láser incontrolado disparó contra una pared, y en su trayectoria casi alcanza a Smythe y lo siega en dos; luego, los sistemas del zero se apagaron y la criatura se desplomó.

—Estupendo —dijo Kan—, yo me largo de aquí. El otro contrabandista, Sordiam, asintió mostrando su acuerdo.

—En breves minutos, este lugar estará atestado de zeros, pero de los crecidos, no como éstos.

—Ahora estamos muy cerca de donde tienen al Ser Annabelle —dijo Chillido.

—Me parece muy bien —dijo otro de los prisioneros—. Vayan tras ella si quieren, pero yo estoy con Kan. Por nada del mundo quiero irme al noveno nivel.

Kan asintió.

—Si fuesen sensatos, regresarían a los Tugurios con nosotros.

—Quedarse aquí es puro suicidio —añadió Sordiam.

Pero Smythe simplemente hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Yo seguiré.

—Yo también —apoyó Sidi. Miró a los demás prisioneros a su entorno—. Ahora sois libres; vosotros decidís adonde queréis ir.

Cuando por fin prosiguieron la marcha, su compañía quedó compuesta solo por Guafe, Smythe, Finnbogg, Tomás, Sidi y los dos japoneses. En los bolsillos de todos y en los hombros de Smythe se hallaban Neville, Chillido y los tuanos con sus monturas. Guafe siguió al frente de la partida, llevando consigo uno de los aparatos de rayos láser del zero derribado, incluida la carga energética. Era un equipaje molesto y voluminoso, pero con él se sentían más seguros.

—Dios mío, vaya banda de rufianes parecemos —comentó Smythe.

—Debemos apresurarnos —los apremió Chillido—. Siento que Annabelle está más y más inquieta.

—Bueno —repuso Tomás—, pues dígale que allá vamos.

—¿Alguien sabe si los chaffri tienen capacidad telepática? —interrogó Chillido con su voz cliqueteante, preocupada por si el hecho de entrar en contacto con Annabelle podía alertar al enemigo de su proximidad.

El aullido de una distante sirena acabó con la necesidad de cualquier precaución.

Evidentemente, era una alarma y significaba que los chaffri ya estaban alertados.

—¡Corred! —exclamó Guafe emprendiendo un rápido trote, con Smythe volando a su lado.

Al llegar a un súbito ensanchamiento del pasillo, Chillido avisó:

—Aquí es. El Ser Annabelle está tras esa puerta.

Varios zeros, de talla humana, hicieron su aparición al otro extremo del pasillo; sus láseres se agitaron en sus alojamientos buscando hacer blanco en el grupo de Guafe, pero éste destruyó a los zeros, sin darles siquiera ocasión de abrir fuego. Luego dirigió el arma a la puerta que tenían enfrente y disparó de nuevo.

El aviso de Chillido llegó en el mismo instante en que los técnicos aplicaban el primer electrodo en la sien de Annabelle.

¡Ser Annabelle! No permitas que te hagan daño. Estamos en camino.

¿Estaban en camino?

Durante un largo período, Annabelle permaneció estupefacta. Aquella voz en su cabeza era la voz de Chillido. Chillido, de quien, junto con Neville y Clive, no tenía noticias. ¿Qué hacía ella allí?

Su instinto de supervivencia entró en acción.

—Me pica aquí —dijo.

Se llevó la mano al pecho como para rascarse y activó el Baalbec. El técnico que le estaba colocando el electrodo salió despedido por la sacudida del campo energético del Baalbec. Y chocó contra los bancos de maquinaria con tanta fuerza que hizo añicos el cristal de los medidores de unidades de valium.

—¿Qué diablos...? —exclamó Peotor.

Fue a agarrar a Annabelle, pero también se vio repelido con fuerza. Colisionó con uno de los zeros y ambos cayeron al suelo en una maraña. El otro zero hizo fuego de inmediato.

—¡No! —gritó Peotor.

Demasiado tarde. El rayo láser rebotó en el campo energético y fue a parar a los bancos de maquinaria. Plástico y metal quedaron fundidos en el acto. De las máquinas salieron una erupción de chispas y voluminosas nubes de humo.

Los demás técnicos tardaron largo tiempo en recobrase. Al sonar la sirena de alarma corrieron hacia sus armas. El zero disparó de nuevo contra Annabelle. Esta vez, el rayo desviado abatió a dos de los técnicos y el aire quedó lleno de un hedor acre de carne chamuscada.

El otro zero se había levantado y también abrió fuego, pero, como había ocurrido con los disparos de su compañero, los rayos desviados causaron más daños al equipamiento chaffri que a su prisionera.

Entonces, la puerta de la enorme sala se abrió y los compañeros de Annabelle hicieron su aparición.

—¡Por la pantalla! —les gritó Annabelle—. Cuando se ponga gris os llevará al noveno nivel.

Los zeros se volvieron para hacer frente a los intrusos, pero ambos fueron derribados por el láser de Guafe. Y la misma hozada del rayo que los barrió también alcanzó a Peotor. Cayó al suelo partido en dos, y de su tronco brotó un abundante manantial de sangre.

¿Y qué será de ti?, preguntó Chillido.

Os seguiré, le contestó Annabelle.

Y corrió hacia la Nakajima.

Guafe hizo limpieza del resto de los técnicos y la compañía entera se dirigió a la pantalla. Apareció el paisaje selvático y el resplandor de su sol envió extrañas sombras huidizas hacia la sala, y luego se desvaneció en la grisura.

¿Ser Annabelle?, llamó Chillido.

Annabelle había alcanzado el ala del avión japonés y estaba trepando para entrar en la cabina del piloto. Una vez que hubo abierto el casquete transparente corredizo, echó un vistazo hacia la pantalla (que, en realidad, era una Puerta), junto a la cual estaban reunidos sus amigos.

¿Dónde demonios estaba Chillido?, pensó.

¿Que estás haciendo?, le preguntó la arácnida.

¡Me llevo el avión!, respondió ella. *Venga, iros. Nos encontraremos en el siguiente nivel.*

Peotor le había contado que era imposible salir de los randoms una vez se caía dentro de uno. Era una tontería que todos arriesgasen el pellejo metiéndose en un random, pero de ninguna forma quería abandonar a Clive a su soledad.

Pero...

¡Cruza la pantalla y basta!

Ahora ya estaba dentro de la cabina. Cerró de golpe la cubierta de plexiglás y vio que la pantalla se volvía gris. Sus amigos dudaron un largo momento. Annabelle apretó el botón de arranque de la Nakajima. El motor gimoteó, tosió repetidas veces, rugió como un animal vivo y por fin produjo un zumbido potente y uniforme.

Annabelle encaminó la Nakajima hacia la pantalla.

Pero entonces más zeros aparecieron en la puerta por la que Guafe y los suyos habían entrado; esta vez eran zeros de los grandes, se percató Annabelle.

«Venga, rápido, cruza», exhortó mentalmente a sus compañeros.

Como si por fin la hubieran oído, atravesaron la pantalla, todos juntos, y la grisura se los tragó.

Ahora solo quedaban Annabelle y los zeros.

Sabía que la Nakajima estaba preparada para combatir, pero sabía también que no aguantaría demasiados impactos de láser.

Giró el aparato y lo llevó a un extremo de la enorme sala, para poder alcanzar la máxima velocidad posible en tierra. Cuando tuvo de nuevo el aparato en línea con la pantalla, obligó al motor a dar todo de sí. La Nakajima empezó a correr hacia la pantalla, hasta adquirir gran aceleración. Y levantó el morro en el mismo instante en

que el yermo helado aparecía en escena, con la minúscula figura de Clive en medio de la tundra.

«Tiene que ser ahora», pensó.

Los rayos láser de los zeros estallaron como pirotecnia a su alrededor. Un determinado número de ellos tocaron el aparato, pero no le causaron daños suficientes para impedirle el despegue.

Y entonces cruzó.

Y voló por encima de la tundra, y tras sí no quedó indicio alguno de la Puerta. En las extensiones heladas que se desplegaban bajo ella, la figura se volvió hacia el rumor del motor. Muy arriba, en el brillante cielo crepuscular de la tundra, rotaba lentamente la espiral de estrellas; Annabelle también la reconoció. Era el mismo símbolo que Horace tenía tatuado en la palma de la mano. La misma constelación estelar que Clive le había descrito, la misma que había anunciado a Clive su llegada a la Mazmorra.

«¿Qué diablos...?», pensó ella.

«Ahora no hay tiempo de pensar en eso», comprendió, e hizo virar el avión en un gran arco acrobático. Con la espiral de estrellas ahora a sus espaldas, escudriñó el horizonte que tenía ante sí. Donde fuera que se hallase la Puerta por la que había cruzado, desde aquel lado no era visible.

«No te preocupes por eso tampoco».

Volvió de nuevo su atención a la figura que aguardaba abajo, en el hielo.

«Allá voy, Clive. Y espero que podamos volver a salir de aquí».

Selecciones del cuaderno de apuntes del comandante Clive Folliot

Los siguientes dibujos pertenecen al cuaderno particular de apuntes del comandante Clive Folliot, que apareció misteriosamente junto a la puerta del *The London Illustrated Recorder and Dispatch*, periódico que proporcionó los fondos a su expedición. No había otra explicación que acompañase el paquete, excepto una enigmática inscripción de la misma mano del comandante Folliot.

«Para gran consternación nuestra, llegamos a este nivel de la maldita Mazmorra con la compañía dividida. Quedamos separados en cuatro grupos, y ¡algunos de nosotros con los tamaños drásticamente modificados! ¡Y en qué lugar más desafortunado caímos!

»Volvimos a reunimos gracias a un pequeño golpe de suerte. Así pues, seguimos avanzando, reforzados en número, en busca de la salida de este singular y espantoso lugar. Si regresamos, o cuando regresemos, ¿seremos los mismos?»

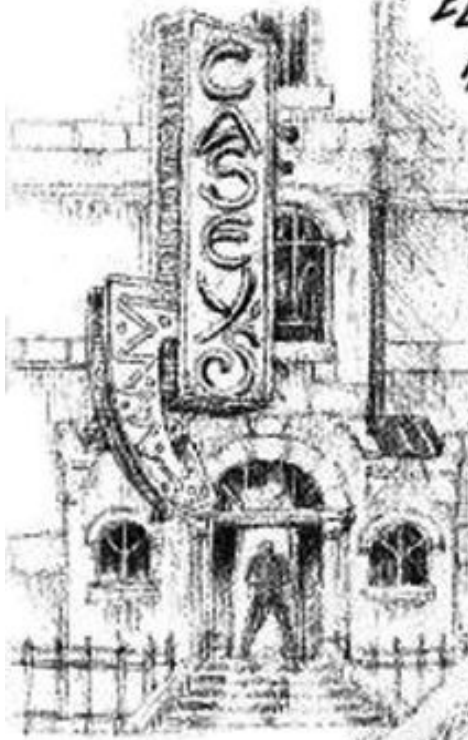


ALYSSA, LA CANCIÓN
DEL VIENTO, Y SU
COMPañIA,
CABALGANDO
EN LOS SILVER.

MR. JAKE, QUIEN
CONDUJO A ANNABELLE,
FINNBORG Y SMYTHE
POR LOS TUGURIOS.



EL LOCAL DE CASEY, CASEY'S, UN BAR
MUSICAL. SEGUN LA DESCRIPCION DE
ANNABELLE, NI
MUCHO MENOS
UN ESTABLECIMIENTO
RESPETABLE.



SIDI Y TOMÁS
CASI CAEN PRESA
DE ESTE SER DE
MÚLTIPLES
ARTICULACIONES
LLAMADO
BRÉZHOO.

POOT, UNO DE "LES ENFANTS
PERDUS," QUE SALVO LA VIDA
A SIDI Y A TOMAS CON SU
EXCELENTE DISPARO.





*Sidi y Tomás Escapan con
ellos en su globo.*



*Fui interrogado por esos tres "oradores."
¿Querían saber si yo era el auténtico
Clive Folliot!*

FRANCHUTE, EL MENTOR
DE LOS ENFANTS PERDUS.



EL MESIAS SUFRE
UN TERRIBLE DESTINO.

NEVILLE y CHILLIDO TUVIERON LA DESGRACIADA EXPERIENCIA DE TROPEZARSE CON ESE PAR DE GIGANTES. ¿PARODIAS DE NEVILLE y yo mismo o DEL OLIVO y ACEITUNO DE LEWIS CARROLL?





CHILLIDO, TAL COMO LA ENCONTRÓ NEVILLE
EN SU SUEÑO MORTAL; ESPERANDO A
QUE LA RECOLECTORA SE LA LLEVARA
AL MÁS ALLÁ.

ESAS CRIATURAS CON
CEREBRO HUMANO Y
OJOS REFULGENTES ERAN
LOS PERROS GUARDIANES
DE LA CIUDAD
SUBTERRÁNEA.



ARALT, EL PLANETA ORIGINAL DE LOS REN; ANTE ÉL
EL ASTEROIDE QUE, SEGÚN CRÉEN, ES LA MAZMORRA.

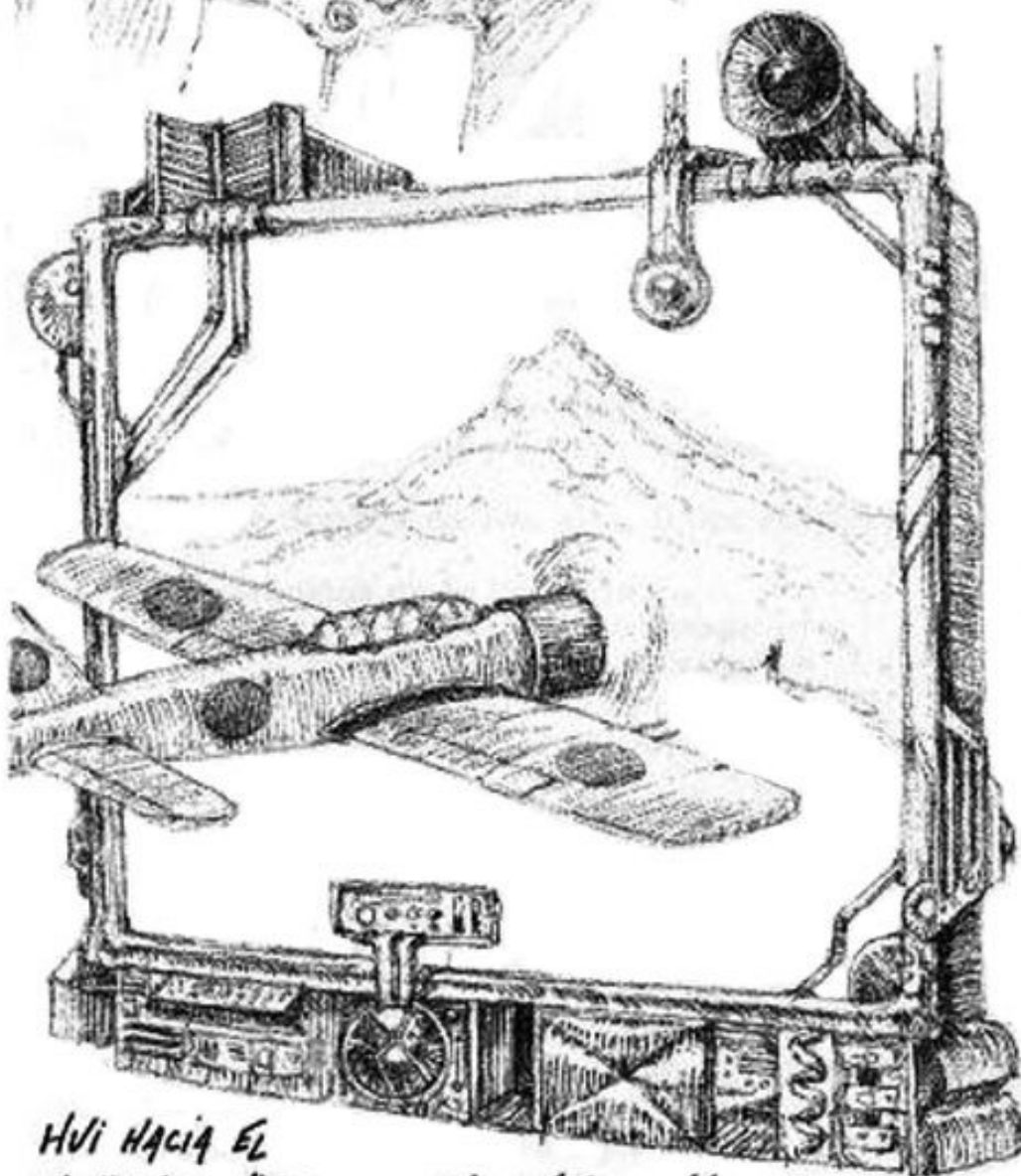


LOS CHAFFRI, UNA DE LAS RAJAS QUE LUCHAN POR
HACERSE CON EL CONTROL DE LA MAZMORRA.



TANTO LOS REN COMO LOS CHAFFRI
QUIEREN LA SANGRE DE LOS
FOLLIOY PARA ALIMENTAR A
ESTA HORRIPILANTE MAQUINA
DE GUERRA, EL
GHOSTER.

LOS PODERES DE LA MAZMORRA
REDUJERON A MINIATURAS A CHILLIDO
Y A NEVILLE.



HUI HACIA EL
SIGUIENTE NIVEL CRUZANDO ESTA PANTALLA.
ANNABELLE INTENTA SEGUIRME EN LA NAKAJIMA.

Notas

[1] En la traducción se pierde un juego de palabras entre starship, «estrellato» y también «nave espacial», y airplane, «avión». (N. del T.) <<